

se



Lectulandia

Verdens Gang. Invierno de 1999. Un hombre regresa a casa. Está oscuro, hace frío y su coche avanza por una carretera solitaria. De repente, los faros iluminan algo que parece un animal. El hombre pisa el freno con decisión. Frente al vehículo encuentra a un niño en *shock*, casi congelado. Sobre la cabeza lleva una cornamenta de corzo.

Catorce años después, una mujer es brutalmente asesinada en un lago de montaña. En un plazo de tres semanas, tres personas han muerto. En cada ocasión, el criminal ha dejado una pista invitando a los investigadores Holger Munch y Mia Krüger a un juego mortal. Comienza una carrera contrarreloj contra el más peligroso y aterrador tipo de asesino en serie: el que elige sus víctimas completamente al azar.

Lectulandia

Samuel Bjørk

El niño en la nieve

ePub r1.0

Titivillus 28.02.2019

Título original: *Gutten som elsket rådyr*
Samuel Bjørk, 2018
Traducción: Martin Simonson

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

El día de Navidad de 1999 un hombre jubilado salió de Oslo en su coche y cruzó las montañas en dirección a Hemsedal. Tenía setenta y un años, era viudo y había pasado la Nochebuena en casa de su hija. Normalmente le encantaba ese trayecto, por dos razones. En primer lugar, no le gustaba la ciudad. Siempre era un alivio alejarse de la gente y de sus constantes necesidades. La otra razón era simplemente que podía sumergirse en la naturaleza, que era de una belleza extrema en esa región. Bosques, páramos, cumbres montañosas, agua, todo igual de espectacular, y en cualquier estación del año. Noruega en todo su esplendor. Auténtica belleza hasta donde alcanzaba la vista. El invierno había llegado pronto ese año y cuando la mágica nieve ya se había posado era como conducir a través de una hermosa postal. Normalmente. El jubilado tenía problemas de vista y había intentado a toda costa salir a una hora prudente para poder disfrutar de la vuelta a casa. De día. Pero no lo había conseguido. La oscuridad no le gustaba. Una cosa era estar sentado delante de la chimenea en su casa, eso estaba bien, entonces no le importaba para nada que el globo hubiese girado de tal manera que ahora le tocara a él estar rodeado de noche. Para nada. Podía resultar hasta acogedor. Tomarse una copa de algo bueno. Acurrucarse bajo la manta en el sofá mientras la vida animal nocturna se despertaba afuera, escuchar cómo el frío agarraba la casa con fuerza y hacía crujir la madera de los gruesos troncos de las paredes. ¿Pero en el coche? ¿Tan lejos de casa? No, eso no le gustaba. El jubilado redujo la velocidad y acercó la cara al parabrisas. Había comprado faros de largo alcance nuevos para el coche. Faros potentes para situaciones de emergencia, como aquella. Los encendió mientras las nubes invadían el cielo y tapaban la última luz débil que la luna había arrojado. De repente, se hizo una impenetrable oscuridad heladora. El jubilado inspiró hondo y se preguntó por un momento si debía parar y esperar. Aunque habría sido de tontos, claro. Por Dios. Hacía casi veinte grados bajo cero ahí fuera y estaba lejos de la casa más cercana. Había que aguantar como fuera. Como buenamente pudiera. El jubilado estaba a punto de encender la radio en busca de algo que lo

mantuviera despierto cuando los faros alcanzaron una cosa que le hizo plantar el pie en el freno con fuerza.

«Mierda».

Una figura en medio de la carretera.

«¿Qué narices...?».

Cincuenta metros.

Veinte metros.

Diez metros.

Pisó el freno, desesperado; sintió el corazón latir con furia y agarró el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. El mundo estuvo a punto de desplomarse frente a sus ojos antes de que el coche, por fin, parara.

El jubilado se quedó sentado, tratando de recobrar el aliento.

«¿Qué diablos...?».

En medio de la carretera, delante de él, había un niño.

No se inmutaba.

Tenía los labios azules.

Y una cornamenta de corzo sobre la cabeza.

1

ABRIL DE 2013

El niño de diez años con el pelo rizado estaba sentado en la popa de la barca, tratando de mantenerse lo más quieto posible. Echó una mirada a su padre, que iba remando, y notó el calor por dentro. De visita en casa de su padre, otra vez. Por fin. Ya había pasado bastante tiempo desde la última vez, cuando su madre se enteró de lo que pasaba en la casa de su padre. Esta se encontraba en el bosque, lejos de todo, casi en el monte, y su madre solía decir que estaba abandonada. El niño había intentado explicarle que le daba igual que su padre no preparase el mismo tipo de comida que su madre, y que fumase dentro de casa, y que guardase una escopeta en el salón. La usaba para cazar perdices nivales, no humanos, pero mamá no había querido oír más. Ya no iba a haber más visitas, incluso había llamado a la policía, o, bueno, quizá a la policía no, pero sí a alguien que había ido a su casa a hablar con él en la cocina, apuntando cosas en un cuaderno, y después no había vuelto a ver a su padre. Hasta ahora.

El niño de diez años tenía ganas de decir que había leído varios libros desde la última vez. Sobre pesca. En la biblioteca. Que ya se había aprendido el nombre de unos cuantos peces —farra, salvelino, maruca, trucha, salmón—, y además sabía que no había lucios en ese tipo de aguas, porque a los lucios les gustaba esconderse entre los juncos. Y ahí no había nada de eso, solo una especie de ciénaga que se extendía hasta el mismo borde del agua. Pero no dijo nada, porque ya había aprendido la lección. Cuando salían a pescar era preferible no hablar, solo en voz baja y si papá había hablado primero.

—La primera salida por el lago Svarttjønn este año —susurró su padre con una sonrisa que le partió la barba en dos.

—Tan mágico como siempre —murmuró el niño a modo de respuesta y notó que el chorro de calor le volvía a atravesar el cuerpo al ver como su

padre le guiñaba un ojo.

El niño había intentado explicárselo a su madre muchas veces. Lo de su padre. Que le gustaba mucho estar ahí. Los pájaros al otro lado de la ventana. El olor que desprendían los árboles. Que el dinero no era tan importante, que no era culpa de su padre el que no quisieran comprar sus dibujos, que estaba bien cenar sin antes lavarse las manos y sin tener un mantel sobre la mesa. Pero ella no quería escuchar, y a veces costaba mucho encontrar las palabras, así que había dejado de intentarlo.

«Estaba con su padre».

Levantó la mirada hacia las nubes, esperando que desapareciesen en breve. Los peces acudían a la luz de las estrellas. Volvió a mirar a su padre, los brazos fuertes que movían los remos a través del agua, casi totalmente negra, y le entraron ganas de decirle que también se había entrenado, y que en breve sería capaz de remar él solo, pero no dijo nada. No lo hacía en el gimnasio donde iba su madre, ya que allí los niños no estaban permitidos, sino que había entrenado en su habitación. Llevaba casi seis meses haciendo flexiones y abdominales prácticamente todas las tardes y, sí, se había mirado en el espejo varias veces, pero los músculos no habían crecido mucho. Aun así, por lo menos tenía un plan. Quizá el verano siguiente. Entonces tal vez habría hecho efecto. El niño del pelo rizado se había imaginado cómo iba a ser. Entraría por la puerta con la mochila sobre la espalda, quizá vestiría una de las camisetas de manga corta que llevaba la gente del gimnasio de mamá, con brazos fuertes y músculos capaces de mover los remos sin problemas, y así su padre podría estar sentado en la popa mientras él remaba.

—No se debe salir a pescar sin tomarse una cerveza —susurró su padre y le guiñó un ojo otra vez mientras se agachaba entre las piernas y abría otra de las latas verdes tumbadas en el fondo de la barca.

El niño asintió con la cabeza, aunque sabía que esa era una de las cosas que su madre había comentado a la gente que los fue a ver, que su padre bebía demasiado, lo cual era una irresponsabilidad. Svarttjønn. El lago bello y secreto, perdido en el monte, que muy poca gente conocía, y ahora estaban allí juntos, los dos, así que trató de no pensar en ello. Que su madre había dicho que no iba a poder ir a ver más a su padre. Que esta quizá fuera la última vez.

—¿El primer lance? —susurró su padre. A continuación sacó los remos y los colocó dentro de la barca.

—¿Mosca o señuelo normal? —murmuró el niño de pelo rizado, sabiendo que esto era importante, aunque todavía no terminaba de entender por qué.

Su padre se tomó otro trago de cerveza, echó una mirada rápida hacia las nubes y después miró al agua oscura.

—¿Qué opinas tú?

—¿Señuelo normal? —contestó el niño, un poco inseguro al principio, pero notó un cosquilleo agradable en las mejillas cuando su padre le sonrió y asintió, y abrió la caja de los señuelos que estaba a su lado.

—Demasiado oscuro para mosca, ¿no te parece?

—Claro —respondió el niño y miró hacia las nubes, fingiendo por un momento que no se había dado cuenta de que el cielo no estaba tan despejado como debería.

—Ten —dijo su padre cuando ató el colorido anzuelo en el extremo del sedal. Fue un momento solemne el recibir la caña que su padre le tendía, y, aunque el niño sabía lo que su padre le iba a explicar, hizo como si estuviera aprendiendo algo nuevo cuando volvió a susurrar—: Lances cortos, para que no alcancemos el fondo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repuso el niño y levantó la caña sobre la borda de la barca.

Sujetar el carrete. Levantar la caña. Movimiento hacia atrás. Soltar en el momento exacto. El niño de pelo rizado volvió a notar como el calor le atravesaba el cuerpo al ver la mirada de su padre, que le decía que lo había hecho todo bien. Vio como el colorido anzuelo volaba por el aire y caía sobre el agua negra con un chapoteo apenas audible.

—No demasiado —susurró su padre y abrió otra lata de cerveza—. Tira. Con cuidado.

El niño hizo lo que le indicaba su padre y de repente le entraron ganas de decirle a su madre que estaba equivocada. La barca. El agua. Le gustaba mucho estar con su padre. Daba igual lo que opinara la gente de los cuadernos. ¿Quizá incluso pudiera venir a vivir aquí? Dar de comer a los pájaros. Ayudar a arreglar el tejado. Reparar los peldaños de las escaleras, los que estaban sueltos. Se había concentrado tanto pensando en lo bonito que podría ser que estuvo a punto de olvidarse de la caña que sujetaba entre las manos.

—¡Ha picado!

—¿Qué?

—¡Algo ha picado!

El niño se espabiló y vio como la caña se doblaba. Trató de mover la manivela del carrete pero resultaba prácticamente imposible.

—¡Es grande! —exclamó el niño y olvidó por completo que en realidad no debía moverse.

—Vaya —dijo su padre, y se colocó en la popa—. Y encima en el primer lance. ¿Estás seguro de que no es el fondo?

—No... lo... creo —contestó el niño y giró la manivela como pudo. Costaba tanto que toda la barca comenzó a desplazarse lentamente hacia la orilla.

—Ya casi lo tenemos aquí —comentó su padre sonriendo y levantó los brazos por encima de la borda—. No me jodas.

—¿Qué pasa?

—No mires, Thomas —exclamó su padre de repente, cuando lo que el niño había enganchado con el anzuelo apareció en la superficie.

—¿Papá?

—Túmbate en el fondo de la barca. ¡No mires!

El niño quería oír las palabras, pero los oídos no le funcionaban.

—¿Papá?

—Agáchate, Thomas. ¡No mires!

Aun así, miró, y vio a la chica que flotaba en el agua junto a la barca. La cara, de un azul pálido. Los ojos abiertos. La ropa empapada que flotaba alrededor del cuerpo, demasiado ligera para una excursión por el monte.

—¿Papá?

—¡Túmbate, Thomas! Me cago en la leche...

Al niño no le dio tiempo a ver más, porque su padre se lanzó hacia él y lo empujó hacia el fondo de la barca.

No era cierto que Karoline Berg tuviera miedo de volar. No era más que una excusa. La verdad era que tenía miedo de viajar en general. Le gustaba estar en su casa. Le gustaban las rutinas, o, más bien, *necesitaba* las rutinas.

—¿No puedes venir a verme, mamá?

—Lo haría encantada, Vivian, pero, ya sabes, me da pánico volar...

—¿Y no puedes coger el tren?

—¿Dieciséis horas encerrada en una caja hermética con desconocidos?

—Ya, si yo lo entiendo, pero tengo muchas ganas de que me veas bailar, ¿sabes?

—Ya te he visto bailar, Vivian. Muchas veces.

—Lo sé, pero esto no es la casa de la cultura de Bodø. Es la Ópera de Oslo, mamá. ¡La Ópera! ¿Te dije que me han dado un hueco en la compañía de Alexander Ekman? Bailaré *El lago de los cisnes*. ¡*El lago de los cisnes*! ¿No te parece alucinante?

—Vivian, es fantástico. Enhorabuena, mi amor.

—No sales nunca de allí y estás totalmente sola. ¿No quieres darte una vuelta por Oslo? Podríamos salir a cenar. Ir al Maaemo. Ya sabes, tiene tres estrellas Michelin y todo, podríamos...

«Por supuesto que quería ver a su hija bailar».

«Por Dios, era lo que más quería».

—Bueno, nos vemos cuando vuelvas a casa la próxima vez, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. En fin, debo marcharme, tenemos que ensayar. ¿Tú qué tal estás? ¿Todo bien?

—Yo estoy bien, Vivian, por mí no te preocupes.

—Vale, mamá, hablamos en breve.

—Sí, hablamos.

Por Dios, ¿cómo había llegado a esto? Los días que pasaban sin que ocurriera nada. ¿Qué había sido de su vida?

¿La vida que había soñado?

Tenía cuarenta y dos años, pero se sentía mucho mayor. Cada sábado bajaba a tomar un bocadillo de marisco en el Sydvest. No se lo decían en alto, pero en su fuero interno sabía que se reían de ella. Las amigas. Las mismas de antaño, hace tiempo. En el instituto de Bodø. Terminaban el bachillerato y era ella la que iba a marcharse. A la India. A África. A recoger manzanas en Guatemala. A tocar la guitarra en las calles de Ámsterdam. Las otras no iban a ir a ningún sitio, iban a casarse, tener hijos, ser funcionarias o trabajar en el súper, pero en cualquier caso no iban a salir de Bodø, aunque ahora parecía que todas habían dado la vuelta al mundo salvo ella.

Hacía dos años que Vivian había ido a Oslo a una audición. La guapa y fuerte Vivian, que había llegado de repente, casi de la nada. El aeropuerto de Bodø. Donde los aviones despegaban hacia cualquier parte del mundo y los soldados de la OTAN venían a hacer maniobras. Karoline Berg tenía veinte años y ninguna preocupación en la vida. Él era de Inglaterra. La dejó con una gran barriga y sin una dirección donde poder dar con él.

¿La culpa era de él?

¿De Luke Moore, de Leeds, el piloto simpático con los rizos oscuros?

«¿Fue por su culpa que nunca salieras de aquí, Karoline?».

«No, la única culpable eres tú».

Vivía en un apartamento a tan solo doscientos metros del aeropuerto, pero no había ido nunca.

No había ido a ningún sitio.

«Tienes que ir a Alicante, es un lugar precioooooooso».

Mette.

La que en realidad había sido su mejor amiga, pero ya no. Estaba casada y con hijos, tenía una bonita casa en Hundstad, se marchaba de vacaciones cada verano a ciudades lejos de aquí.

«Por Dios, Key West, yo ya sabía que era bonito, pero me ha flipado».

Synnøve.

Apenas había sido capaz de sumar dos y dos en el instituto, pero luego había conquistado a un emprendedor de Harstad al que le gustaban los veleros e invertía en inmuebles en el extranjero.

Se reían de ella, sí, eso era lo que hacían. Cada vez que entraban en el súper. No en alto, pero se les veía en la cara.

—¿Quiere el recibo? ¿Una bolsa?

Alimentos y productos amontonados sobre la cinta, y siempre el mismo ruidito.

Cómo odiaba ese ruido.

Pan duro.

Biip.

Leche.

Biip.

Cuatro latas de Coca-Cola de oferta.

Biip.

Eres fea.

Biip.

Nunca vas a llegar a nada.

Biip.

Hasta que, sin que nadie se enterase —¿qué no dirían si lo supieran?—, llamó a un número de teléfono que había encontrado en internet. Había tomado varias copas de vino tinto antes de atreverse a hacerlo. Y, bueno, las primeras veces había colgado sin decir nada, con las manos sudorosas, pero al final, al tercer intento, se había atrevido a abrir la boca.

El psicólogo.

Por Dios, más leña al fuego, otra razón más para reírse de ella, pero aun así lo había hecho.

«Afortunadamente».

El aeropuerto de Bodø.

Vivía al lado desde hacía casi treinta y cinco años, pero nunca había entrado por las puertas.

Karoline Berg llevó la enorme maleta, roja y nueva, los últimos metros que la separaban de la entrada y se detuvo para tratar de recobrar el aliento.

¿Qué era lo que le había dicho el psicólogo?

«Pasito a pasito».

«Vamos, vas a conseguirlo, Karoline».

Podía ver su propia cara reflejada en las relucientes puertas automáticas. Casi podía tocarlas, pero aun así parecía que eran de otro planeta. Se había comprado ropa nueva. Había ido a la peluquería. De hecho, después de que por fin consiguiera hacer aquella llamada había hecho caso a todo lo que le había dicho. No desde el principio, desde luego; entonces la sensación que había tenido era que todo resultaba asqueroso. Como si le saliera mierda por la boca cada vez que la abría. Le había preguntado muchas cosas personales. Cosas que a ella nunca se le habían ocurrido. ¿Qué relación tienes con tu

padre? ¿Qué tal con tu madre? Por Dios, se había mareado, se había visto desbordada por todos esos pensamientos y sentimientos que no sabía que llevaba dentro. No había podido dormir por la noche. Sin embargo, después de algunas semanas, había ido soltándose. Era como un alud de nieve. Una vez que decidió abrirse, no hubo vuelta atrás.

Sonrió ante sí misma en el espejo de las puertas.

Qué guapa eres, Karoline.

Qué buena eres, Karoline.

¿Un nuevo abrigo, Karoline? Muy bonito.

Le había dado ese tipo de tareas.

«Tienes que aprender a quererte».

¿Oslo?

La capital.

Tenía ganas de ir desde hacía mucho tiempo.

Ver el Palacio Real. El Parlamento. La avenida de Karl Johan. El Teatro Nacional. El parque Frogner, con todas sus estatuas. Y sobre todo la Ópera.

Inspiró hondo una última vez, se obligó a sí misma a dar los últimos pasos. Primero uno. Luego otro. Ya estaba dentro. Se encontraba en la terminal de salidas. Se sentía un poco mareada, pero no se paró. Lo estás haciendo bien, Karoline. Solo falta un poco. Ahí está. Una pantalla azul. SK4111. SAS. Oslo. Salida a las 12.35.

«Ya voy, Vivian».

«¡Ya va tu madre a verte bailar!».

Holger Munch estaba de pie junto a la ventana de su apartamento cuando encendió el cuarto cigarrillo del día. Se sentía como un idiota. La primavera había llegado a la ciudad y las hojas verdes ya estaban brotando en los árboles alrededor del estadio de Bislett, pero eso era lo único que le hacía sentirse un poco mejor. El invierno había sido difícil. «No, había sido un buen invierno, por eso se sentía tan estúpido». Había disfrutado de una excedencia. Miriam, su hija, había tenido un accidente y Munch había pedido la excedencia para ayudarla a recuperarse. El accidente había vuelto a unir a la familia un poco. Hacía más de diez años que había dejado su antigua casa en Røa, pero a lo largo del invierno había sido como si los recuerdos trágicos de aquel entonces se hubiesen borrado, como si el divorcio de Marianne casi no hubiese ocurrido. Al principio, Miriam había estado en el hospital, pero como iba recuperándose le habían dado el alta y la habían trasladado a su antigua casa. Y él la había acompañado. Rolf, el nuevo marido de su exmujer, se había marchado para hacer hueco para la convaleciente, y Munch había aprovechado para ocupar su lugar. Casi habían vuelto a ser una familia. «Joder, incluso él debería haberse dado cuenta de que no iba a funcionar. Por Dios, qué tonto había sido». Cenas todos juntos alrededor de la exclusiva mesa del salón. La mesa que habían comprado aquella vez hacía tanto tiempo ya, cuando acababa de empezar a trabajar como investigador de homicidios y por primera vez ganaba lo suficiente como para darse un capricho. Las noches de los viernes delante de la tele como una familia completamente normal. Él y Marianne, sentados en el mismo sofá, con la nieta Marion entre ellos. Casi habían perdido a Miriam. Él debería haberse dado cuenta de que esa era la razón por la que ella se comportaba así. Como si hubiesen vuelto los viejos tiempos. Como si estuvieran juntos de nuevo.

Ella no le había echado la culpa, y eso que Munch era el culpable de que su hija casi llegase a perder la vida. Bueno, el culpable. La unidad de homicidios había estado a la caza de un asesino perverso y Miriam había sido su última víctima. Mejor dicho, podría haber sido su última víctima. Munch dio otra calada al cigarrillo y negó con la cabeza. Sentía que el miedo todavía no lo había abandonado del todo. «¿Y si...? ¿Qué hubiera pasado en caso de...?». Pero todo había salido bien. Afortunadamente. Y él se había acurrucado en su mundo feliz. Él y Marianne. Miriam. Y la pequeña Marion. Incluso había vuelto a ponerse su alianza. Menudo idiota, debió de ser eso lo que vio. Hacía tan solo unos días. Ella había salido a las escaleras mientras él estaba fumando un cigarrillo.

«Oye, Holger, tenemos que hablar...».

Lo había visto en sus ojos.

«Mañana vuelve Rolf...».

No había hecho más que asentir con la cabeza. Había recogido lo poco que había llevado consigo y se había marchado, como un perro con el rabo entre las piernas, otra vez.

Menudo imbécil.

Como un adolescente inocente.

¿Qué se había pensado?

Holger Munch apagó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero junto a la ventana y estaba a punto de encender otro cuando sonó el teléfono.

El nombre en la pantalla.

Llevaba tiempo sin verlo.

Anette Goli.

La competente abogada rubia que había mantenido la unidad de homicidios a flote en su ausencia.

—¿Sí?

—Hola, Holger. —Se oyó la agradable voz de Anette.

Desde hacía algo más de diez años Holger Munch lideraba la unidad de investigaciones especiales, con sede en la calle Mariboegate, y durante ese tiempo había reunido a los mejores del país. Anette Goli era una de esas personas, sin lugar a dudas. No se podía decir que no hubiera habido conflictos entre la unidad y la comisaría central de Grønland. A Munch le gustaba hacer las cosas a su manera, pero no todo el mundo se alegraba de ello. Mikkelson, el jefe, era uno de ellos. Munch estaba bastante seguro de que, si no hubiese sido por el impecable porcentaje de crímenes resueltos por la unidad, Mikkelson les habría traído de vuelta a casa para estar encima de lo

que hacían. La política. El control. Anette Goli solía hacer las veces de diplomática. Ella era el pegamento que mantenía todo unido.

—¿Cómo te va? —preguntó Goli—. ¿Ella qué tal está?

—Miriam está bien —contestó Munch y estiró la mano en busca de otro cigarrillo—. De hecho, cada vez mejor. Ahora vuelve a hablar, no del todo bien, pero poco a poco.

—Me alegro de saberlo —dijo Goli, y su voz se volvió más seria—. Siento interrumpirte, pero tenía que consultarte. Mikkelson quiere que la unidad vuelva a ser operativa. Sin forzar la máquina, claro está. Y solo si te sientes preparado para volver.

—¿Se trata de la chica que encontraron en el lago?

—Sí —repuso Goli—. ¿Ya te has enterado?

Munch se había encerrado en una burbuja, allá en Røa, y había intentado mantener la realidad a cierta distancia, pero había sido imposible no enterarse de la noticia.

Los medios de comunicación no hablaban de otra cosa. Una chica joven, con traje de ballet, encontrada muerta en un lago en el monte, lejos de la civilización.

—¿Y bien? —se interesó Munch—. ¿Sabemos quién es?

—Vivian Berg, veintidós años, trabajaba en el Ballet Nacional.

—Entiendo —dijo Munch—. ¿O sea que era de aquí?

—En realidad era de Bodø, pero vivía aquí, así que Mikkelson quiere que nos ocupemos del caso.

—¿Alguien había avisado de su desaparición? —preguntó Munch y notó como ya estaba volviendo.

La mentalidad de poli.

¿Una chica con traje de ballet?

¿En un lago perdido en el monte?

Pues eso, lo había aparcado, pero ya no tenía sentido. Estaba de vuelta en su pequeño apartamento, solo. La alianza, otra vez guardada en el armario del baño.

—No, y no sabemos muy bien por qué.

—¿Entonces cómo hemos podido enterarnos de quién es?

—Su madre bajaba de Bodø para hacerle una visita sorpresa, pero no la encontró en su casa.

—Mierda —exclamó Munch.

—Tú lo has dicho —repuso Goli—. ¿Qué me contestas, entonces? ¿Estás preparado? ¿Empezamos a mover ficha? ¿Ponemos en marcha la unidad?

—¿Quién lleva el caso ahora?

—Los de Kripos, pero es solo por ahora. Es nuestro, si estás preparado.

—¿Estás en la oficina?

—Sí —respondió Goli.

—Llego en veinte minutos —dijo Munch y colgó.

Mia Krüger estaba a punto de poner una tira de cinta adhesiva en la última caja de cartón cuando oyó el tono de Skype desde el portátil, que estaba abierto sobre la mesa del salón, delante de ella. Sonrió al ver quién era.

Verano Interminable.

«Seis meses en un velero en el Caribe».

Cogió la taza de café del suelo y se acomodó en el sofá con las piernas recogidas bajo el cuerpo.

—Buenas, Mia, ¿cómo te va? ¿Ya has comprado el billete de avión?

Viktor Vik. Un viejo colega que había abandonado hacía muchos años tanto el frío helador de Noruega como la policía para seguir sus sueños.

—Sí, ayer —afirmó Mia—. Hago escala en Nueva York.

—Qué bien —sonrió la cara morena en el otro lado—. ¿Cuándo llegas?

—El martes que viene. ¿Estáis en St. Thomas?

Un camarero de tez morena apareció detrás de Viktor y colocó un cóctel sobre la mesa.

—No, estamos amarrados en Road Town, en Tórtola. Demasiado follón allí.

—¿Dónde, en St. Thomas?

—Sí, es un puerto deportivo para pijos. Además, es allí donde llegan todos los turistas americanos.

—¿Me acerco yo, entonces?

—No, no —dijo Viktor Vik, y sacó un par de billetes de dólares del bolsillo de la colorida camisa.

El camarero asintió con la cabeza y se alejó de la mesa. Mia veía una palmera de fondo. Un ventilador giraba en el techo. Una pareja con una sonrisa en la cara y una copa en la mano pasaba por detrás, agarrada, ella con un bikini blanco y él con el torso desnudo.

El Caribe.

Todavía le costaba creer que fuera verdad.

—Nosotros iremos a buscarte. Tú tranquila. Joder, cómo está pegando el sol hoy. ¿Y allí qué? ¿Todavía invierno?

Guiñó un ojo y se secó la frente con el dorso de la mano.

—No, ya se parece más a la primavera —respondió Mia y echó una mirada por la ventana.

El débil sol enviaba sus tímidos rayos sobre el suelo del salón, que estaba prácticamente vacío. Abril. Primavera en Oslo. Trece grados de temperatura. La impenetrable oscuridad que había envuelto a la capital por completo a lo largo de todo el invierno ya había desaparecido, pero no era nada en comparación con lo que la esperaba.

«Las islas Vírgenes».

—Aquí el verano dura todo el año —dijo Viktor Vik sonriendo y se tomó otro sorbo del cóctel—. Me alegro de que te hayas animado a venir, Mia. Tengo ganas de verte. ¿Me llamas antes de subirte al avión, para que sepa que estás en camino?

—Sí, claro —asintió Mia—. Creo que llegaré a St. Thomas sobre la una de la tarde del martes.

—Tiene sentido, es cuando llega el avión de la mañana de Nueva York —confirmó Viktor—. Te envió un mensaje si tenemos que hacer noche en otro sitio, ¿vale?

—Por mí, perfecto.

—Te espera el Verano Interminable —comentó Viktor Vik esbozando una sonrisa y levantó la copa una última vez, después pulsó la pantalla y colgó.

Mia Krüger apagó la conexión y notó como el calor se extendía por su cuerpo.

Seis meses en un velero.

¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Su padre en la cocina de casa en Asgardstrand, inclinado sobre las revistas de veleros a las que se suscribía.

«Mira esto, Mia, un J-Class Endeavour. ¿Has visto qué preciosidad?».

Tenía ocho años. Un momento en que estaba a solas con él. Su hermana gemela, Sigrid, estaba fuera, haciendo alguna actividad. Ballet. Coro. Equitación. Habían sido diferentes en eso. Sigrid, siempre activa. Ella, más tranquila. Sin muchas ganas de dejarse ver. Dos chicas que habían nacido a la vez y que siempre estaban unidas, pero aun así muy diferentes entre sí.

«Si tú eres Blancanieves, yo soy la Bella Durmiente, ¿vale?».

«¿Por qué siempre tengo que ser Blancanieves, Sigrid?».

«Porque tú tienes el pelo moreno y yo rubio, ¿no te habías dado cuenta?».

«No. Soy tonta».

«¿Tonta? Nunca vuelvas a decir eso. Eres la persona más inteligente que conozco, Mia».

Mia Krüger cerró el portátil y colocó otra vez la taza de café sobre el suelo.

No debía volver a pensar en eso.

Ya se había acabado.

Pasó la cinta adhesiva sobre la tapa de la caja y sacó el marcador. Estuvo un rato pensando en qué poner, pero al final escribió algo muy simple.

«Fotos».

Mia levantó la caja del suelo, la llevó a la habitación más pequeña y la colocó junto con las demás. Los recuerdos. Por fin había reunido las fuerzas necesarias para repararlo todo, terminar con todo lo que le había resultado tan difícil. La última caja había sido la más dolorosa. Sobre todo había sido duro ojear uno de los álbumes. «El álbum de Mia». Su madre se lo había confeccionado. En la portada estaba ella en un carrito de bebé, por una vez sola en una foto, y después una larga sucesión de imágenes: «2.º cumpleaños de Mia y Sigrid». «Sigrid y Mia en clase de baile». «¡Papá ha comprado un coche nuevo!». Toda su infancia en Asgardstrand estaba documentada como solamente un álbum de fotos de los años ochenta podía hacerlo. Recuerdos descoloridos que habían provocado un deseo inmediato de ir corriendo al baño y desenroscar la tapa de los frascos de pastillas para anestesiarse, pero no lo había hecho, claro.

Ya no quedaba nada.

«Se acabaron las pastillas».

Todos los armarios estaban vacíos.

«Se acabaron las botellas».

Cuatro meses atrás, casi hacía más frío en el interior que en la calle. Alcohol y pastillas. Una anestesia permanente contra un mundo con el que no sabía cómo relacionarse.

Diez años antes habían encontrado a su hermana gemela Sigrid muerta por una sobredosis de heroína en un sótano sucio de Tøyen. Sus padres, arrasados por la tristeza, no habían tardado en seguirla.

Hacía un año había vendido su piso de Oslo, había comprado una casa en la costa de Trøndelag y había decidido acompañarlos.

Quitarse la vida.

«Ven, Mia, ven».

Su hermana gemela Sigrid, con una falda blanca, corriendo por un campo de trigo amarillo, llamándola en un sueño hipnótico.

«Por Dios, qué estúpida había sido».

Todavía se avergonzaba de ello.

Mia lanzó una última mirada a las cajas de cartón, cerró la puerta tras de sí y volvió al salón.

«Una nueva vida».

«Seis meses en un velero».

Sonrió otra vez, colocó la taza de café vacía sobre la encimera y estaba a punto de meterse en el baño para darse una ducha cuando alguien llamó a la puerta. Se dirigió al pasillo y vio una cara conocida a través de la mirilla. Su vecino Alexander, un chico joven, de unos veinte años, junto con una chica rubia que Mia suponía que era su hermana.

«¿Has pensado en la posibilidad de alquilar el piso?».

«¿Mientras estás fuera?».

«Está atravesando un momento malo...».

Mia Krüger había pensado en vender el piso y dejar la ciudad indefinidamente, pero siempre había tenido cierta debilidad por la gente que necesitaba ayuda. En eso también habían sido diferentes, Sigrid y ella. Sigrid siempre había sido más dura, mientras que Mia era frágil ante los demás. Algunas veces se sentía incluso transparente. Policía. Estaba claro que debería haber tenido otra profesión. A veces el mal había estado a punto de derrumbarla. En realidad, lo que quería haber estudiado era literatura. Desde que era pequeña se había sumergido en el mundo de la ficción, como un espacio de libertad que la protegía de las impresiones tan fuertes del mundo que la rodeaba. Lo había intentado, había llegado a matricularse en la universidad, había ido a algunas clases, pero no llegó a obtener el título. Le había parecido muy improductivo. Leer libros mientras Sigrid estaba viviendo en la calle, chutándose en portales. No, tenía que hacer algo más concreto. Casi por casualidad se había presentado a las pruebas para acceder a la academia de policía y por alguna que otra extraña razón lo había hecho muy bien. Como si hubiera nacido para ello. Munch la había contratado en la unidad de homicidios antes de que ella terminase los estudios. Le había encantado el trabajo desde el primer momento. El compañerismo en el equipo. La gente, tan competente e inteligente. La sensación de formar parte de algo importante. Hacer de escudo ante tanta miseria. Pero había sido un arma de doble filo. Extremadamente afilada, pero a la vez muy frágil.

«Esto es lo que te hace tan especial, Mia».

«Por eso eres la mejor de mi equipo».

Holger Munch casi había sido como un padre para ella durante los últimos diez años, y le iba a estar eternamente agradecida, pero ya era hora.

Una hoja en blanco.

«Seis meses de libertad».

Notó como la alegría se extendía por su cuerpo otra vez mientras abría la puerta y dejaba pasar a los jóvenes.

Mia pidió un café y una botella de agua mineral Farris y encontró una mesa tranquila en un rincón del Justisen. Hacía unos meses habría pedido una cerveza y un Jagermeister. Ahora parecía que llevaba otra vida. La idea casi le provocaba náuseas. Munch llegaba tarde y, mientras esperaba, Mia estuvo jugueteando con la pulsera que llevaba alrededor de la muñeca. Por un momento había pensado en la posibilidad de guardarla junto con las demás cosas, pero al final no lo había hecho. Le habían dado una a cada una en la confirmación. Una pulsera de plata con un corazón, un ancla y una letra. La M en la suya y la S en la de Sigrid. Después de la fiesta las habían mirado juntas a la luz de la ventana en su habitación. Fue Sigrid la que se lo propuso.

«Si quieres, te doy la mía y yo me quedo con la tuya».

Mia no se la había quitado desde entonces. La fecha que aparecía en la pantalla del móvil era el 10 de abril. Dentro de ocho días se cumplirían once años. El día de la sobredosis. Era la razón por la que había elegido justo esa fecha para el viaje. No tenía fuerzas para ir al cementerio. Tenía miedo de lo que la visita pudiera provocar en su cabeza. Cuatro meses sin estupefacientes. Entrenamientos casi todos los días. Nunca se había sentido tan bien. El encuentro con la lápida podría arrastrarla a toda esa oscuridad de nuevo, simplemente no quería arriesgarse.

Sigrid Krüger,
hermana, amiga e hija.

Nacida el 11 de noviembre de 1979. Fallecida el 18 de abril de 2002.

Muy querida. No te olvidaremos nunca.

No, no había podido guardar la pulsera. Era suficiente con las fotografías y el resto de las cosas.

La S de Sigrid.

La M de Mia.

Se tomó un sorbo de la botella de agua Farris y echó una mirada hacia el bar, donde un hombre mayor acababa de pedir una cerveza fría. No. No era un problema para ella. Simplemente no le apetecía.

Munch llegó media hora tarde. Se quitó la trenca beis y le dio un abrazo antes de sentarse. Dejó una carpeta sobre la mesa entre ellos.

—¿Has pedido algo de comer? —preguntó, lanzando una mirada hacia la barra del bar.

—No, no tengo hambre —contestó Mia.

Munch hizo una señal a un camarero, que vino a la mesa, y pidió un bocadillo de gambas y un zumo de manzana.

—Escucha, Mia —dijo, inclinándose ligeramente hacia ella—. He hablado con Mikkelson, y estamos totalmente de acuerdo. Él es un idiota. Ya no estás suspendida. Se equivocó. Necesitamos que vuelvas al trabajo. ¿Vale?

Mia sonrió levemente.

—Me marcho dentro de una semana, Holger.

—¿Ya lo tienes decidido?

—Sí.

—¿Estás totalmente segura?

Mia asintió con la cabeza.

Munch suspiró y se rascó la barba.

—Entiendo. De acuerdo. Me hubiera gustado tenerte a bordo, pero te dejo. No volveré a molestarte. Simplemente quería preguntar.

—¿La unidad está operativa otra vez?

—Sí.

—¿Se trata de la chica que encontraron en ese lago?

Munch asintió con la cabeza mientras llegaba el camarero con su pedido.

—Vivian Berg. Bailarina de ballet. Fue encontrada vestida de faena. Por un niño y su padre que habían salido a pescar.

—¿Dónde?

—El sitio se llama Svarttjønn. Está lejos, por Vassfaret. El lago está en medio del monte. Una estampa curiosa.

—¿Qué es lo que resulta curioso?

Munch hincó los dientes en el bocadillo de gambas y habló con la boca llena.

—Desapareció de su piso el jueves y fue encontrada el sábado, vestida con el traje de ballet al completo, en medio del monte. Qué es lo que *no* resulta curioso, querrás decir.

Puso un dedo sobre la carpeta entre ellos.

—Toda la información está ahí.
—Sé lo que intentas hacer, Holger, pero ya he tomado la decisión.
—Comprendo —repuso Munch.
—¿Qué quieres decir con que estaba vestida con el traje al completo?
—El pelo recogido. Falda de ballet, un tutú de esos. Mallas blancas. Y zapatillas de media punta.
—¿Zapatillas de media punta? ¿Las llevaba puestas?
Munch asintió con la cabeza.
—Curioso.
—Efectivamente.
—¿A cuánta distancia de la carretera está el lago?
—Estará a tres cuartos de hora andando, a través de un terreno bastante accidentado.
—¿La llevaron en brazos hasta allí?
—A saber —respondió Munch, encogiéndose de hombros.
La estaba mirando por encima del bocadillo, y ella ya lo podía ver en su mirada.
—¿Qué? —dijo, ladeando la cabeza.
—¿A qué te refieres? —contestó Munch.
—¿Qué es lo que no quieres contarme?
Munch le lanzó una mirada seria y se limpió la boca con una servilleta.
—Creo que caminó ella sola —repuso al final.
—¿Qué quieres decir?
—Las zapatillas de media punta están llenas de grietas y agujeros. Las suelas. Quiero decir que es evidente que caminó monte arriba.
—¿Te refieres a que se quitó la vida?
—No, en absoluto. La mataron con una aguja clavada en el corazón.
—¿Una jeringuilla?
—Sí.
—¿Qué contenía?
—Etilenglicol.
—¿Y eso qué es?
—Un anticongelante.
—¿Qué cojones...?
—¿Verdad? Algo letal que cualquiera puede comprar en una estación de servicio.
—¿Y qué te hace pensar que no subió al lago y se lo inyectó ella sola?

—¿A ti qué te parece? —dijo Munch y se echó hacia atrás en la silla—. ¿Con ese dolor? ¿Tú lo harías así?

Un momento de despiste y se le había escapado.

Justo hacía un año.

Una mesa llena de pastillas de todos los colores.

Sola en una isla de la costa de Trøndelag.

«Ven, Mia, ven».

—Lo siento —dijo Munch y volvió a inclinarse hacia ella—. No quería...

—No pasa nada, Holger —contestó Mia y levantó una mano.

—Por cierto, ¿cómo estás? —continuó Munch, todavía con expresión triste en la cara—. Se me ha olvidado por completo preguntarte. Perdóname. Ya sabes cómo son las cosas.

—Claro, Holger, te entiendo. Estoy bien. Muy bien, la verdad.

Levantó la botella de Farris, la agitó un poco en el aire y se tomó un trago simbólico.

—Genial —comentó Munch—. Tienes buen aspecto, te veo de puta madre si te digo la verdad. Hacía tiempo que no te veía tan..., cómo decirlo...

—¿Sobria? —apuntó Mia con una sonrisa.

Munch se rio un poco.

—No era la palabra que buscaba, pero, bueno, ¿por qué no? ¿Cuánto tiempo llevas?

—Cuatro meses.

—Ostras, enhorabuena.

—Tenía que hacerlo —dijo Mia suspirando—. La última vez no fui nada profesional, lo siento de verdad.

—Ni lo menciones —bufó Munch, negando con la cabeza—. Si no hubiera sido por ti, ¿quién sabe qué podría haber ocurrido? Por Dios, no me atrevo ni a pensarlo. Resolviste el caso. Me importa una mierda lo que tuvieras que meterte para conseguirlo, pero, sea como fuere, me alegro de verte ahora tan... despierta.

Mia sonrió. Se notaba que sentía lo que decía.

—¿Cómo está ella?

—¿Miriam? Cada vez mejor. Es una mujer fuerte. Estará bien. Por cierto, te manda recuerdos. Deberías ir a verla algún día.

—Intentaré hacerlo antes de marcharme —dijo Mia.

—Muy bien. Se alegraría mucho.

Munch sonrió amablemente y metió una mano en el bolsillo de la trenca.

—¿Me acompañas mientras fumo?

Mia asintió con la cabeza y lo siguió fuera, bajo la luz de las lámparas del patio interior. Era primavera en Oslo, pero no hacía demasiado calor, evidentemente. Cruzó los brazos alrededor del cuerpo mientras Munch encendía el cigarrillo y se ponía serio otra vez.

—¿Y si me das una semana? —dijo cautelosamente.

—No lo sé, Holger.

—Una semana. Nada más. Solo quiero que lo veas y me digas qué piensas.

Mia cerró la boca y reflexionó un poco.

«Una chica joven con un traje de ballet».

«Metida en un lago en pleno monte».

«¿Una jeringuilla con anticongelante?».

—Hemos encontrado algunas cosas raras en el lugar del crimen —dijo Munch, aclarándose la garganta con aquella mirada que Mia había visto ya tantas veces en sus ojos.

«Pasa algo raro aquí, Mia».

—¿Qué habéis encontrado?

—¿Me das una semana?

Ahora la expresión en sus ojos casi era suplicante.

—De acuerdo —contestó al final Mia y suspiró.

—Fantástico —dijo Munch sonriendo, dándole una palmadita en el hombro.

—¿Qué encontrasteis, entonces?

—No sé muy bien por dónde empezar —respondió Munch, apurando el momento—. Había una cámara en el lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Una cámara de fotos montada sobre un trípode.

—¿Orientada hacia el cadáver?

Munch asintió gravemente con la cabeza y dio una larga calada al cigarrillo.

—¿Tenía fotos?

—No, estaba vacía. El tío se había llevado la tarjeta de memoria.

—¿Y por qué un tío? ¿Sabes que era un hombre?

—Encontramos huellas de pie en el barro. Del número 43.

—¿Ella estaba en la orilla del lago?

—Sí.

—¿Y la cámara de fotos estaba orientada directamente hacia ella?

—Sí —volvió a asentir Munch.

—Curioso —murmuró Mia.

—Sí, lo sé.

—¿Algo más?

—No sé muy bien si resulta relevante o no, pero también encontramos una página de un libro infantil a un trecho del lugar.

—¿Qué libro?

—Uno de Astrid Lindgren. *Los hermanos Corazón de León*. ¿Me haces el favor, entonces? ¿Echas un vistazo? Significaría mucho para nosotros.

Munch apagó el cigarrillo.

—Me parece que esto es una historia que se repite, Holger. Apareces con fotografías y quieres que yo las mire.

—¿Solo un vistazo rápido?

—Vale, Holger, por ser tú —accedió Mia suspirando y lo acompañó de vuelta a la mesa.

Por un momento, Munch sintió cargo de conciencia mientras se metía el cigarrillo en la boca y miraba por la ventana. Vacaciones. De todo. Por Dios, poca gente se merecía un descanso más que Mia, pero no había remedio, ahora la necesitaba. «Es un caso para Mia». Lo había pensado en el momento que vio por primera vez las fotos del lugar del crimen. Holger Munch había trabajado como investigador de homicidios durante casi treinta años, y no se topaba con un asesinato como ese todos los días. «Frío. Calculado. Planificado. Como si alguien hubiese aprovechado cada segundo». Asesinatos. Homicidio. Para los legos sonaba terrible, naturalmente, y la verdad es que lo era, para todos los implicados, pero en casos normales la solución era extremadamente simple. Los móviles siempre eran evidentes. Celos. Odio. Venganza. A menudo en combinación con una buena dosis de alcohol. La naturaleza humana. No resultaba muy difícil explicarlo. Munch podía contar con una mano las ocasiones en las que no había visto el suceso claramente desde el primer momento, para después encontrar al autor de los hechos entre el grupo de los primeros sospechosos. Estaba claro que podía llevar tiempo, pero su primera intuición normalmente era la correcta. «¿Pero esto?». Meneó levemente la cabeza y dio otra calada al cigarrillo, y después oyó la vibración del teléfono en el bolsillo de la trenca beis.

—Soy Anette, ¿tienes un momento?

—Sí, cuéntame —contestó Munch.

—Al final he conseguido hablar con el hospital de Ulleval. Parece que Karoline Berg podría estar preparada para un interrogatorio ya.

—Estupendo —repuso Munch—. ¿Ya nos han dado una hora?

—Tú dime cuándo quieres ir y lo cierro con la persona que esté de guardia.

—De acuerdo, muy bien. ¿Y qué pasa con la directora del Ballet?

—Christiane Spidsøe —dijo Goli—. Hoy está trabajando en la Ópera. No parecía estar en forma, pero nos puede recibir cuando haga falta.

—¿Alguna novedad sobre el coche?

La gente de Kripos, el Servicio Nacional de Investigación Criminal, había encontrado un Mercedes gris. Abandonado en la cuneta cerca de algo que parecía el inicio de algún tipo de pista forestal. Los técnicos habían encontrado un collar debajo del asiento. La madre de Vivian Berg había confirmado que pertenecía a su hija. Todo resultaba muy extraño. ¿Él la había llevado hasta el lugar? ¿Ella había seguido sola por el camino? ¿Por qué estaban las puertas del coche abiertas? ¿Y por qué había dejado el coche ahí arriba?

—Es de un tal Thomas Lorentzen, abogado. Denunció el robo del Mercedes el miércoles pasado.

—¿Conocido por la policía?

—No me consta, pero he pedido a Grønlie que haga unas llamadas, no termino de fiarme de las nuevas bases de datos de por aquí.

—Vale, bien —asintió Munch, y pudo ver movimientos junto a la mesa en el interior del Justisen.

—Y vosotros, ¿qué tal? —preguntó Anette.

—Ahora está repasando las fotos.

—¿Está a bordo?

—Creo que sí —contestó Munch.

—Muy bien —comentó Goli—. Ya les he dicho a los médicos forenses que vas a ir, ¿quieres hacer eso lo primero?

—Lo haré a lo largo del día. Quién era, ¿Ernst-Hugo?

—No, parece que Vik se ha jubilado. Hay una nueva. Lillian Lund.

—Vale. Creo que empezaremos con Karoline Berg, si está en condiciones de hablar con nosotros.

—¿Te llevas a Mia?

—Espero que sí —respondió Munch.

—De acuerdo, buena suerte. Te llamo si hay cualquier novedad —dijo Goli y colgó.

Munch tiró la colilla al suelo de asfalto seco y volvió a entrar en el Justisen. Se aclaró la garganta y se sentó discretamente sobre la silla al otro lado de la mesa.

—¿Qué opinas?

Había visto esa expresión de Mia muchas veces. Los ojos de color azul claro que lo miraban, pero que aun así parecían estar a kilómetros de

distancia.

—Creo que ya han terminado mis vacaciones —repuso Mia y pasó una mano por su pelo azabache.

—¿Estás segura? —preguntó Munch.

—Eso parece —murmuró Mia.

—¿Qué piensas? —dijo Munch y puso una mano cautelosa sobre la carpeta que estaba entre ellos.

—Hay algo que no encaja.

—¿A qué te refieres?

—No podemos ver lo que vio la cámara. ¿Los técnicos no sacaron una foto parecida?

Repasó las fotografías y miró a Munch, ya un poco menos ausente.

—Si no está aquí, no —respondió Munch.

—Yo no... —empezó a decir Mia y volvió a desaparecer.

Munch no contestó. Dejó que desapareciese. ¿Cómo cambiaba el equipo con Mia Krüger? Como de la noche a la mañana. Podía disponer del tiempo que quisiera.

—¿Qué ves?

—No entiendo por qué eligió ese lugar —dijo al final y lo volvió a mirar.

—¿Por qué?

—¿Quería estar a solas con ella primero? ¿Era eso?

—¿A qué te refieres con «primero»?

Ladeó la cabeza ligeramente y lo miró. Munch también había contemplado ya esa expresión, esa mirada que decía: «¿No ves lo que veo yo?».

—¿Dejó la cámara? ¿Y a ella la dejó en el agua, sin intentar esconderla?

—¿Sí...? —dijo Munch.

—Quería que la encontrásemos —concluyó Mia y estiró el brazo en busca de algo sobre la mesa. Pareció casi sorprendida por no encontrarlo.

Una copa.

Las otras veces que Munch la había visto estudiar fotografías de esa manera siempre había tenido una botella a mano, y parecía que por un momento su cuerpo no se había dado cuenta de que ya no era así.

—¿Tú crees? —dijo Munch.

—¿Tú no? —repuso Mia y se tomó un sorbo de Farris.

—No lo sé. Explícamelo.

—Siempre se arrepienten un poco, ¿verdad? Intentan esconder lo que han hecho para convencerse a sí mismos de que no lo han hecho, ¿acaso no fue

eso lo que me enseñaste tú? Joder...

Mia volvió a desaparecer.

—Quería estar a solas con ella un rato.

Munch no dijo nada.

—Era eso lo que querías, ¿verdad? —continuó Mia con la mirada ausente de nuevo. Las palabras salieron apenas audibles de su boca—. Tú y ella. A solas allí arriba, en el bosque. Te la llevaste. ¿Cómo te la llevaste? ¿La conocías? ¿Subisteis juntos? ¿Ella se fiaba de ti?

—¿Y qué piensas sobre el libro? —dijo Munch.

—¿A qué te refieres? —contestó Mia, confusa.

—La página del libro. ¿Es relevante?

—Por supuesto.

Mia abrió la carpeta y giró una fotografía hacia él.

—¿Qué tengo que buscar?

—¿Desapareció el jueves?

—Sí.

—La semana pasada llovió, esta semana no. No lleva mucho tiempo ahí. La humedad que podemos apreciar vendrá del suelo. La dejó ahí para nosotros después.

Mia se echó hacia atrás en la silla y se pasó la mano por el pelo otra vez.

—*Los hermanos Corazón de León*, ¿qué crees que significa?

—Demasiado pronto para decirlo —respondió Mia y volvió a desaparecer por un momento.

—¿Entonces vuelves al equipo? —preguntó Munch.

—Las vacaciones más cortas de la historia —murmuró Mia con una sonrisa ligeramente resignada—. ¿Has dicho algo de su madre?

—Vino de Bodø para verla bailar —asintió Munch—. No la encontró y avisó de su desaparición.

—¿Dónde está ahora?

—En el hospital de Ulleval. En estado de shock.

—¿Pero podemos verla?

—Acaban de darme luz verde —afirmó Munch.

—Dame dos minutos —dijo Mia y se fue hacia los baños.

El policía Jon Larsen, más conocido como Curry, tenía tanto dolor de cabeza que le costaba mirar por el parabrisas. Se tomó un sorbo de la botella de agua que sujetaba entre las piernas, cerró los ojos con fuerza y trató de decidir si debería estar contento con la tarea que le había tocado o no. Vigilancia. Poca acción, desde luego. Echó una mirada hacia el piso de la calle Kyrre Greppsgate. Lotte. Una yonqui de diecisiete años. Otra persona más en el escalafón más bajo de la jerarquía del mundo de la droga, pero aun así tenían que vigilarla. Quizá porque podría llevarlos hasta alguien de más arriba. No se había quedado con todos los datos en la sesión informativa. Tenía suficiente con mantener los ojos abiertos y el desayuno en su sitio. Tal vez debería haber elegido otro bar, pero al final había acabado en el de toda la vida, como siempre. Cerveza y whisky. Un par de partidas de billar. Más cerveza. Más whisky. Y después se había despertado en la misma cama, con esa jovencita en la otra almohada y una resaca de órdago.

Luna. ¿Qué clase de nombre era ese? Veintiún años, con rastas y una argolla en la nariz. Un tatuaje en el brazo de algún personaje que a Curry no le sonaba de nada. Luna. ¿Quién coño llamaría así a su niña? Ahora se daba cuenta de que lo había pensado. Era una cría. Una niña. Bueno, tampoco era una niña, pero, aun así, él le sacaba catorce años. Una camarera del bar. «No, esto tenía que terminar. Tenía que hacer algo».

Intentó poner en marcha la cabeza para diseñar algún tipo de plan, pero no le dio tiempo a empezar antes de que la puerta del coche se abriese. Su compañero entró sigilosamente y se sentó en el asiento de al lado. Allan Dahl. Lo opuesto a Curry en muchos sentidos. Un tipo larguirucho con un bigote que ya llevaba la última vez que Curry había trabajado en la unidad antidroga, y que de repente había vuelto a ponerse de moda sin que Dahl se hubiera dado cuenta.

—¿Alguna novedad?

—Nada —murmuró Curry.

—No hay más salidas que esa, ¿verdad?

—No, a no ser que hayan construido otra desde la última vez que miramos.

Dahl sacó su café del sujetatazas sin percatarse del marcado sarcasmo.

—*Mocca latte* para mí, un americano normal para ti. Siento haber tardado tanto, he tenido que bajar hasta el Kaffegutta de la calle Vogtsgate para encontrar algo decente.

Curry probó el café, pero no percibió ninguna diferencia con respecto al café que servían en otros sitios.

—Bueno —dijo Dahl y lo miró de reojo con una expresión de curiosidad—. Ayer me encontré con tu mejor amiga. ¿Se va de viaje?

—¿Quién?

—La superdetective. Vino a la primera planta para sacarse un nuevo pasaporte. ¿Le ha salido un trabajo en el extranjero o qué?

Curry se tomó otro sorbo del café y poco a poco fue dándose cuenta de a quién se refería su compañero.

«Mia Krüger».

Negó ligeramente con la cabeza. La superdetective, tal cual. Había tenido muchos motes, pero era la primera vez que oía ese. Los colegas del cuerpo siempre habían tenido cierta envidia. El equipo de Munch estaba muy bien valorado y los que no habían sido elegidos tendían a soltar improperios. Aquella vez había dejado la unidad antidroga con la cabeza alta, y había visto las caras de satisfacción cuando volvió temporalmente.

«Ah, ¿sí?».

«¿La unidad disuelta otra vez?».

«¿No ha ido bien la cosa?».

Curry no se consideraba la persona más lista o culta del mundo, pero había veces que pensaba que la gente a su alrededor se portaba casi como críos. La envidia era palpable en los pasillos, los dardos envenenados volaban por todas partes, la lucha por las mejores posiciones en la jerarquía no cesaba, como si estuvieran en el instituto o en un gallinero.

En fin, daba lo mismo.

«Esta noche no iba a emborracharse».

Ya lo había decidido. Todas las noches esta semana, el mismo bar, la misma chica joven a su lado en la cama. ¿Qué vería en él?

—¿O ya le has perdido la pista?

Parecía que Dahl no estaba dispuesto a tirar la toalla.

—Nos llamamos por teléfono de vez en cuando —contestó Curry.

—¿Fue autodefensa aquella vez, o es verdad que se cargó al tío sin más?

Curry fingió un repentino interés por lo que sucedía en el piso que estaban vigilando, pero Dahl no quiso dejar el tema.

—Dicen que se le fue la olla. Que no está del todo cuerda. Fue ella la que lo mató, ¿verdad? No fue Munch.

Curry suspiró.

Había sido un caso muy sonado unos años antes. También en aquella ocasión lo habían mandado de vuelta a Grønland. Munch y Mia habían seguido una pista hasta una caravana cerca de Tryvann, en busca de una chica que había desaparecido. Habían llegado y habían encontrado otra cosa. Un conocido traficante adicto a las drogas, Markus Skog. Exnovio de Sigrid, la hermana gemela de Mia. Esta le había pegado dos tiros en el pecho. La habían suspendido inmediatamente y, como Munch la había defendido, también a él. Traslado a otra ciudad. Las actividades de la unidad, suspendidas.

—Fue en defensa propia —dijo Curry, esperando que cambiase de tema de una vez.

—¿Pero fue ella la que disparó?

—Sí, fue ella. Munch no entró en la caravana hasta después, creo.

—Entonces, ¿cómo iba a poder defenderla?

Dahl se tomó un sorbo del café y le guiñó un ojo.

—Por cierto, ¿fue la prensa la que se inventó aquel sobrenombre?

Curry suspiró. Parecía que ese iba a ser el tema de conversación del día. Los medios de comunicación se habían hecho eco de la noticia, y de la noche a la mañana Mia Krüger se había convertido en la famosa nacional número uno. Se abrió la veda. La nueva favorita de los paparazzi. Afortunadamente, no habían tardado en perder el interés, los buitres continuaron en busca de su siguiente víctima, pero parecía que la curiosidad todavía estaba presente en el cuerpo de policía.

—¿Qué sobrenombre?

—Mia Rayo de Luna.

—No, ese nombre se lo puso su abuela.

Curry dejó la taza de café y se giró hacia su compañero con irritación.

—Creo que es porque se parece a una india. Ya sabes, ese pelo largo y negro. Una piel que se pone morena con facilidad en verano. Por cierto, es adoptada, ¿lo sabías?

—¿Qué? No tenía ni idea...

—Sí, las dos gemelas —afirmó Curry—. Justo después de nacer. Mia y Sigrid. Las adoptó una pareja en Åsgardstrand. Muy buena gente, por lo que me han dicho. Ahora todos están muertos, la tropa entera está enterrada en el mismo cementerio, ya solo queda ella. Luego tiene una cicatriz sobre uno de los ojos. Un tío en un interrogatorio que perdió los estribos. Tuvo suerte de no quedarse ciega. También le falta una falange en uno de los dedos. Un rottweiler, creo. Le clavó los colmillos en la mano, parece que tuvo que pegarle un tiro al animal.

Dahl se pasó la mano por el pelo y asintió con la cabeza con una sonrisa leve.

—Bueno, qué más. Tiene un tatuaje también, creo, una mariposa, en la cadera.

Curry se subió el jersey.

—Por aquí, creo.

—Vale, relájate —murmuró Dahl—. Era solo por saber. Joder, vamos a tener que pasar el día entero aquí.

—La pregunta es por qué —dijo Curry—. Parece que la chica no sale nunca. Probablemente está ahí arriba, flotando en un cielo rosa, y mientras tanto estamos malgastando unos recursos que podíamos haber usado mejor en otro sitio.

—Las órdenes son las que son —replicó Dahl resentido, encogiéndose de hombros—. ¿Qué te pasa hoy? ¿No te han dado de desayunar o qué?

Curry negó con la cabeza y se tomó otro sorbo de la botella de agua. Los chicos antidroga. Nada había cambiado. En las últimas semanas la ciudad se había inundado de heroína y se rumoreaba que era mercancía de primera. El equipo que se encargaba de las víctimas de sobredosis no paraba y Curry sentía en el fondo de su alma que algo iba mal en el sistema. Aquí, en lo que se suponía que era el mejor país del mundo. ¿Quizá lo más sensato era legalizar esa mierda? ¿Imponer algún tipo de orden? La gente tenía necesidad de drogarse, eso era evidente, ¿por qué no dejar que lo gestionase el Estado? Quizá no la heroína, pero las cosas más ligeras, hachís, marihuana. Dejar a la gente tomarse un respiro, eliminar los beneficios, legalizarlo todo. Simplificaría mucho las cosas. ¿Estar vigilando a una chavala de diecisiete años que bastante tenía con sobrevivir el día a día? Carecía de sentido.

Dahl se quedó sentado en el asiento del copiloto, parecía que por fin se había dado por aludido.

¿Hablar mal de Mia Krüger?

Ni de coña.

Él desde luego no lo iba a hacer.

Hijos de puta envidiosos.

—Bueno —dijo Dahl después de un rato, aclarándose la garganta en un intento evidente de mejorar el ambiente—. La tipa que encontraron en ese lago, qué raro, ¿verdad? Vestida con un traje de ballet. ¿Te has enterado de algo o qué?

—No —contestó Curry.

—Es un poco raro que no nos comenten nada, ¿no te parece? Quiero decir, ya han pasado dos días. Debería haber salido algo, por lo menos internamente.

—Kripos —señaló Curry suspirando—. Siempre se lo guardan todo.

—Bueno, no lo sé —replicó Dahl—. Creo que hay algo más.

—¿Como por ejemplo?

—Que quede entre nosotros, pero tengo una amiga entre los técnicos que dijo que habían encontrado algo raro.

—¿Qué era?

—No lo especificó, parece que han puesto mordaza a todo el mundo.

—Sí, ¿eh? —contestó Curry y se tomó otro sorbo de café.

—Desde luego, hay algo que no quieren contarnos —concluyó Dahl bostezando—. Joder, tengo hambre. ¿Necesitas tomarte unos minutos o qué? No me importa quedarme un rato solo. Podrías ir a pillar algo para comer.

—Si acabas de salir, coño. ¿Por qué no has traído nada?

Dahl se encogió de hombros con un gesto hacia el piso, como para decir que no quería perderse ni un solo detalle.

Curry suspiró. No tenía ni idea de por qué tenían que pasar todo el día en un coche, vigilando a esa tal Lotte de diecisiete años.

Estaba a punto de salir del vehículo cuando llegó un mensaje a su móvil. Curry no fue capaz de ocultar la sonrisa al leerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Dahl.

—Tendrás que prepararte tu propia comida.

—¿A qué te refieres?

—Me dice Anette Goli que la unidad está en marcha otra vez. Suerte con la yonqui.

Curry volvió a sonreír y le dio una palmadita cordial en el hombro antes de salir del coche y parar un taxi para bajar al centro.

Karoline Berg tenía una mirada anestesiada, pero ninguna pastilla del mundo podía ocultar que algo en ella había muerto y nunca volvería a cobrar vida. Tenía cuarenta y pocos años, el pelo rubio le llegaba hasta los hombros y había insistido en recibirlos de pie, aunque era evidente que le costaba mantenerse en esa postura.

—Insisto, le estamos muy agradecidos por acceder a hablar con nosotros —dijo Munch después de los saludos iniciales, cuando Karoline Berg estaba de nuevo en la cama de la habitación del hospital.

Mia Krüger tenía un mal presentimiento. La mujer parecía estar en otro lugar, ausente, o por lo menos no estaba preparada para un interrogatorio. Habría preferido dar media vuelta y marcharse.

—No puedo creer que ya no esté aquí.

Un hilo de voz aguda bajo una mirada desenfocada.

—Entiendo —musitó Munch, y se sentó en una silla junto a la cama—. Y sentimos tener que molestarla, pero necesitamos comprender lo que ha ocurrido.

Los encuentros con los allegados de las víctimas. Siempre afectaban demasiado a Mia. Afortunadamente, Munch era su polo opuesto en ese sentido. Mia había visto varias veces cómo sacaba el osito de peluche que llevaba dentro para facilitar las cosas. Esa aura de tranquilidad, de seguridad, que hacía que los dolientes tuvieran la sensación de estar en buenas manos. A menudo había pensado que, si no hubiese sido por su poca religiosidad, Munch podría haber sido un buen pastor.

—Al principio creí que no era ella —murmuró Karoline Berg y miró por la ventana—. No parecía ella. Siempre estaba tan llena de vida... Lo que había sido Vivian ya no estaba allí, y entonces no podía ser ella.

—Comprendo —asintió Munch con amabilidad—. Insisto, Karoline, si esto es demasiado para usted no hace falta más que decirlo. Usted marca el ritmo.

—Esos pendientes de perlas —continuó Karoline Berg sin reparar en que Munch estaba hablando—. Ella nunca se los habría puesto. Odiaba los pendientes. Lo intenté, se supone que todas las chicas deben llevarlos, pero nada, se cerraba en banda.

Munch lanzó una mirada a Mia y levantó las cejas levemente.

—¿Entonces esos pendientes eran una novedad para usted?

Karoline Berg asintió con la cabeza para sí sin apartar la mirada de la ventana.

—Lo siento de verdad, pero tenemos que preguntarlo —dijo Munch—. ¿Conoce a alguien que hubiera podido hacerle esto a Vivian? ¿Alguna vez le dijo que..., bueno, que había pasado algo? ¿Tenía enemigos?

La mujer se giró hacia Munch. Por la mirada ausente parecía que todavía no terminaba de darse cuenta de que estaba allí.

—No creo que ella y Sebastian fueran novios. Que yo sepa, únicamente eran amigos. Vivian solo quería bailar, nunca prestaba mucha atención a los chicos.

Mia se aclaró la garganta discretamente en un intento de captar la atención de Munch. Era evidente que Karoline Berg no estaba preparada para aquello. Ni siquiera contestaba a las preguntas que se le formulaban.

—¿Sebastian? —dijo Munch en tono suave—. ¿Se acuerda del apellido?

—¿Pendientes de perlas? No, Vivian, eso no te lo habrías puesto nunca. ¿Querías parecerle a la abuela? Si tú siempre decías que no eran elegantes, ¿no? Decías que resultaban demasiado cursis.

Karoline se rio en voz baja y los ojos se le fueron cerrando, hasta que ya solo se vio el blanco. La pobre mujer se quedó así un momento, y después pareció que volvía en sí y se dio cuenta otra vez de que estaban allí.

—Vaya, lo siento —murmuró y se incorporó en la cama.

Munch puso una mano sobre la suya con cuidado.

—No se preocupe, Karoline. Estoy pensando que quizá deberíamos volver más tarde, para que pueda descansar un poco más.

Echó una breve mirada a Mia, que afirmó con la cabeza y se puso en pie.

—¿Ya se marchan? No, no. Quiero ayudar, déjenme ayudar. No puede estar allí sola, alguien tiene que ayudarla. Vivian, ya viene mamá.

Karoline Berg intentó levantarse, pero sus manos no encontraron el extremo de la manta.

—Está bien —dijo Munch con un tono tranquilizador y pulsó el botón rojo junto a la cama.

—¡No tenemos nada que ver con él! —exclamó Karoline Berg de repente.

—¿Con quién? —preguntó Munch.

—Vivian, tienes que prometerlo. ¡Ya no forma parte de esta familia!

El fino cuerpo ya temblaba.

La puerta se abrió y dos enfermeros entraron en la habitación. El primero le puso una mano en la frente y miró a Munch.

—Creo que deberían marcharse.

—Por supuesto —contestó Munch, levantándose.

—¿Karoline? ¿Se encuentra bien?

La puerta se abrió de nuevo, esta vez era un médico.

Una vez fuera, en el aparcamiento, Mia se dio cuenta de que hacía tiempo que no había visto a Munch tan furioso.

—¿Quién coño aprobó esto? Nunca deberíamos haber entrado en esa habitación.

—A mí no me preguntes —repuso Mia y entró en el Audi—. Bueno, ¿qué pensamos sobre todo esto?

—¿Te refieres al tal Sebastian?

—Estaba pensando más en lo último que dijo.

—Llama a la oficina —señaló Munch y encendió el motor del coche—. Habla con Gabriel. Ha estado en la unidad de crímenes económicos, pero creo que ya ha vuelto.

Mia asintió y sacó el teléfono de la cazadora de cuero.

—¿A dónde vamos?

—A ver a la directora del Ballet de la Ópera —respondió Munch y entró en la calle Ullevalsveien.

—Vale —dijo Mia y marcó el número de Gabriel Mørk.

En el momento en que Gabriel Mørk pulsó el botón del ascensor se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había sentido ese cosquilleo en el cuerpo. Prestado a crímenes económicos. No había estado mal, pero no tenía nada que ver con esto, evidentemente.

Calle Mariboesgate, 13.

«La unidad estaba otra vez operativa».

Se sonrió a sí mismo en el espejo de la puerta del ascensor y pensó en cómo le había cambiado la vida. Y en tan poco tiempo. Un giro de ciento ochenta grados. Él ya era otro. Hacía menos de un año, Holger Munch lo había sacado de su vida de hacker en un sótano delante de sus ordenadores y lo había metido en el cuerpo de policía. Ahora vivía en un piso nuevo de Torshov y estaba acostumbrado a levantarse por la mañana para ir a trabajar. Y sobre todo había tenido una hija.

«Emilie».

Todavía estaba en estado de shock. ¿Él, padre? Gabriel Mørk no sabía muy bien qué había esperado de la vida, pero nada de esto, desde luego. La tranquilidad. La sensación de estar avanzando en una dirección concreta. Ser parte de algo más grande que uno mismo. A veces se despertaba en medio de la noche solo para levantarse y mirarla. Esos pequeños dedos que se doblaban lentamente hacia las palmas blandas. La mano de Gabriel sobre la barriguita, solo para comprobar que respiraba.

«¿Qué estás haciendo?».

«Solo quería ver si estaba bien».

«Por Dios, Gabriel, está dormida, está bien».

«Sí, pero...».

Volvió a sonreír mientras se abría la puerta del ascensor.

El año anterior habían trabajado en un caso que tenía que ver con Miriam, la hija de Munch. Se había salvado por poco, saltando a ciegas por un precipicio, y había estado a punto de morir, pero afortunadamente había sobrevivido. Munch había pedido una excedencia para cuidar de ella, y la unidad había sido disuelta. Habían enviado a Curry a la unidad antidrogas; a Ylva, a delitos contra el orden público, y él mismo había ido a la unidad de delincuencia económica. Parecía que solo Anette Goli y Ludvig Grønlie habían mantenido la precaria existencia de la unidad. No sabía dónde había estado Mia, pero tenía ganas de volver a verla.

«De vuelta».

«Por fin».

Salió del ascensor y se topó con una cara conocida.

—Vaya, ¡pero si es Mørk, el papá!

Curry, el bulldog, salió de la sala de descanso y le dio una palmadita en el hombro.

—¿Al final le has puesto Mia?

—¿Cómo? —exclamó Gabriel.

—Deja al chaval, Curry —dijo Ludvig Grønlie—. Muy buenas, Gabriel, me alegro de verte.

—Solo ha sido una pregunta —protestó Curry con una sonrisa leve—. Tenemos una apuesta entre manos. ¿O no?

—¿A qué te refieres?

—Te está tomando el pelo, no le hagas caso —aseguró Grønlie y continuó por el pasillo.

—¿Sí?

—Solo queríamos saber si le has puesto Mia a tu hija —dijo el bulldog sonriendo.

—No —contestó Gabriel, que por fin comprendió de qué estaban hablando—. Le hemos puesto Emilie.

—Narices, ya he perdido —se lamentó Curry con una mirada pícaro, dándole un golpe en la espalda.

—Ja, ja —dijo Gabriel y entró en su despacho.

Era un secreto a voces que Mia Krüger le caía muy bien a Gabriel Mørk. De hecho, había pensado en la posibilidad de ponerle ese nombre a su hija, pero Tove, su novia, se había opuesto. En varias ocasiones había lanzado alguna indirecta de que estaba muy bien que Gabriel trabajase con gente tan competente, pero ¿era realmente necesario hablar tanto sobre esta compañera? De modo que no, no le habían puesto Mia a la niña.

«Emilie».

Pensó en la niña y sintió el calor por dentro. Justo se acababa de sentar junto al escritorio y había enchufado el portátil a la red cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Buenas, soy Mia. Necesito que nos mires una cosilla, ¿vale?

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—¿Los técnicos ya te han mandado su teléfono y el ordenador?

—No lo sé, pero lo puedo mirar. ¿Por qué?

—Parece que tenía un novio, pero solo sabemos el nombre.

—¿Y cuál es?

—Sebastian. Echa un vistazo, a ver si puedes enterarte de quién es.

—Claro.

Gabriel se colocó el teléfono entre el hombro y el oído y movió los dedos sobre el teclado. Buscó la página de Facebook de Vivian Berg.

—Veo a un tal Sebastian Falk. O por lo menos constan como amigos en Facebook. Vamos a ver...

—¿Qué te sale? ¿También es bailarín?

Pudo oír a Munch al fondo, gruñendo algo en voz baja.

—No, no parece —dijo Gabriel mientras repasaba rápidamente los datos de la página—. Más bien parece un tipo de deportes extremos y esas cosas. Pone que es instructor de supervivencia en el monte, aunque no sé muy bien qué significa eso.

Un joven en la cima de una montaña. En una pared de escalada. Tres hombres en un pub, cada uno con una cerveza en la mano. Un helicóptero con algunas personas colgando debajo. Un kayak en medio de un río espumoso. A Gabriel Mørk siempre le había sorprendido la cantidad de información que la gente compartía en ese sitio.

—Fotos de..., bueno, cómo llamarlo, actividades al aire libre, un enlace a la Semana de Deportes Extremos de Voss, fotos de saltos en paracaídas, escalada libre... ese tipo de cosas. No pone nada sobre una relación, pero eso tampoco significa mucho.

—¿Tenemos una dirección?

Gabriel pinchó en otra pestaña y entró en el registro.

—Solo encuentro a un Sebastian Falk. No sé si es el mismo, pero vive en Tøyen, tengo el número.

—Dáselo a Ludvig y dile que se ocupe del tema ya, ¿vale?

—Por supuesto.

Hubo un momento de silencio en el otro lado. Gabriel volvió a oír a Munch decir algo, pero no se quedó con el mensaje.

—Necesito una cosa más. Esto es algo más difuso, pero creemos que alguien de la familia puede haber estado involucrado de alguna manera.

—¿Involucrado, cómo?

—No lo sabemos. ¿Puedes mirar si tenemos algo sobre algún pariente?

—Por supuesto —respondió Gabriel.

—Genial —dijo Mia—. ¿Me llamas si encuentras algo?

—Sí, claro. ¿Ya estáis viniendo?

—No, vamos camino de la Ópera —contestó Mia.

—Vale, os llamo si... —comenzó el joven hacker, pero Mia ya había colgado.

Gabriel se quitó la chaqueta, sacó una lata de Coca-Cola de la mochila e introdujo sus datos de acceso en el sistema. Durante el periodo de aprendizaje Gabriel Mørk había estado cerca de sufrir un ataque al ver la cantidad de información de la que el Estado disponía, incluso sobre ciudadanos normales. Hacía poco más de un año había tenido que usar vías secretas para acceder a sitios como esos, pero ahora tenía pleno acceso a toda la información que quisiera con tan solo un golpe de teclado. Al principio le había parecido hasta demasiado fácil.

Diez bases de datos diferentes, entre ellas los registros de ADN, el de fotografías y huellas dactilares, el registro de identidad personal y sobre todo Indicia, el registro de antecedentes penales en el que la policía no solo podía acceder a datos sobre personas que habían cometido algún crimen, sino también a información sobre gente sospechosa de haberlo hecho, lo cual incluía a todos los miembros de la familia, el círculo social y compañeros de trabajo.

«Macrodatos».

«El Gran Hermano te está viendo».

Sus viejos amigos de la red habrían sufrido un infarto de microchips si hubiesen sabido a qué se dedicaba él ahora, pero, a decir verdad, ya no le preocupaba. Al principio sí, después de haber recibido algunos mensajes sarcásticos a través de los chats de IRC en los que solía participar.

«¿Qué tal se está en el otro bando?».

¿Todavía le molestaba?

No, para nada.

Niñas de seis años colgadas de árboles y con señales alrededor del cuello. Una adolescente desnuda sobre un lecho de plumas en medio de un círculo de

velas. Vivian Berg, de veintidós años, encontrada en un lago del monte, asesinada con una jeringuilla de anticongelante clavada en pleno corazón.

Podían decir lo que quisieran.

Él ya era policía.

Gabriel incluso se sentía un poco orgulloso cuando dio un sorbo de la Coca-Cola y se metió en la primera base de datos.

Christiane Spidsøe era una mujer grácil y morena de treinta y pocos años, y no cabía duda de que había sido bailarina. Se movía casi con pasos de baile sobre el suelo del despacho, echó café en las tazas como si fuera parte de una función, con una sonrisa en la cara y la cabeza alta, pero, por mucho que la bella mujer intentase que pareciera que era una reunión del todo normal, Mia podía ver claramente hasta qué punto el asesinato le había afectado.

—¿Leche o azúcar?

La grácil directora se inclinó sobre la mesa con un gesto hacia una bandeja de plata.

—Yo nada, gracias —respondió Munch.

—Vaya tragedia —dijo Spidsøe y echó una breve mirada a Mia.

—Sí, sentimos lo ocurrido, debió de ser un shock —comentó Munch mientras se desabotonaba la trenca.

—Terrible —confirmó Spidsøe, meneando la cabeza—. Todavía nos cuesta creerlo. Vivian. Era nuestro... rayito de sol. —Sonrió levemente y se llevó la taza a la boca—. Puede sonar estúpido, pero es la verdad. Vivian no era como los otros, no estaba tan obsesionada consigo misma, si me entienden.

—No del todo —contestó Munch con una sonrisa.

—Bueno, ya sabe —explicó Spidsøe—. Estamos hablando de bailarines.

—Sigo sin comprender del todo —insistió Munch con tono amable.

—Mi hermana bailaba —dijo Mia.

—¿Sí? ¿Profesionalmente?

—No, solo cuando éramos pequeñas. Funciones escolares y esas cosas.

—Qué bonito —asintió Spidsøe—. El baile es una forma de arte que lamentablemente no se aprecia tanto en medio de la vorágine de las

interpretaciones literarias, pero hacemos lo que podemos. Por el bien de la sociedad y todo eso.

—¿La conocía? —preguntó Munch y tosió levemente.

—¿A Vivian? Sí y no —contestó Spidsøe y dejó la taza sobre la mesa—. Como directora del Ballet soy responsable de casi sesenta bailarines, además de profesores de ballet, pedagogos y el equipo administrativo, pero trato de entablar relaciones personales con todos en la medida de lo posible.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó Mia.

—El miércoles por la tarde —respondió Spidsøe—. Estamos ahora entre funciones, así que todos tuvieron fiesta el jueves y el viernes. De hecho, Vivian pasó por mi despacho para preguntar si podía tomarse el lunes libre también.

—¿Por qué razón?

—Tenía que irse de viaje a algún sitio.

—¿Le dijo dónde? —preguntó Munch con curiosidad.

Spidsøe estiró la mano hacia la bandejita de plata y dejó caer un azucarillo en su taza.

—Creo que por motivos familiares, pero no estoy segura, estaba ocupada con otras cosas. Hemos tenido un problema con el presupuesto, así que hemos estado bastante liados últimamente.

—¿Pero usted le dio permiso para ir?

Spidsøe asintió con la cabeza.

—Todos trabajan día y noche durante la temporada de las funciones. Me interesa que los bailarines se tomen unos días cuando pueden.

—¿Pero no sabe a dónde iba a ir?

—No, por desgracia —repuso Spidsøe.

Mia miró por la ventana. Vio un velero a lo lejos.

—Vaya tragedia. ¿Tienen alguna idea de...?

—Todavía no, por desgracia —contestó Munch.

—¿Vivian llevaba pendientes? —preguntó Mia.

—¿Qué quiere decir?

Spidsøe la miró con una expresión de extrañeza.

—Ya sabe.

Mia se tocó el lóbulo de la oreja.

—Eh, pues no, la verdad es que no tengo ni idea. ¿Por qué lo pregunta?

Ya era más que evidente que la directora luchaba por mantener las apariencias. Christiane Spidsøe se había puesto una máscara de seriedad para

salir del paso, pero en realidad estaba a punto de hundirse. El platito bajo la taza tintineó cuando lo volvió a colocar sobre la mesa con manos temblorosas.

—Lo siento, yo...

Spidsøe sonrió ligeramente y una lágrima rodó por su mejilla. La retiró con mano firme y volvió a estirar la espalda.

—Somos nosotros los que debemos pedir disculpas —dijo Munch—. Sabemos lo difícil que debe de ser. Apreciamos mucho que se tome el tiempo de ayudarnos.

—Faltaría más —repuso Spidsøe, y otra lágrima cayó para seguir el mismo camino que la anterior.

Mia se sintió casi indispuesta.

«Todo ese dolor».

La salvó el teléfono, que vibró en el bolsillo de su cazadora.

Ludvig Grønlie en la pantalla.

—Tengo que coger esta llamada —se disculpó, y salió al pasillo.

—¿Sí?

—He dado con él —dijo Grønlie—. Sebastian Falk. Está de vacaciones en Suiza, escalando. Pobre hombre, no se había enterado de que estaba muerta.

—¿Cómo reaccionó?

—Estado de shock total —murmuró Ludvig—. No consiguió pronunciar ni una sola palabra. Tuvo que colgar y llamarme después de un rato.

—¿Le preguntaste si tenían una relación?

—Tuve la sensación de que eran amigos cercanos, pero que no había nada más. Dijo que vendría lo más pronto que pudiera, en el primer avión.

—¿Le pediste que se pusiera en contacto con nosotros en cuanto llegara?

—Está más que dispuesto a ayudar, le dije que me llamase.

—Perfecto. Gracias, Ludvig —contestó Mia y colgó.

Mia estaba a punto de volver a entrar en el despacho de la directora del Ballet cuando sonó el teléfono otra vez.

—Buenas —dijo Gabriel Mørk—. ¿Pasa algo con tu teléfono?

—Sí, se comporta de manera extraña. Voy a comprarme uno nuevo cuando tenga un rato. ¿Has dado con algo?

—Sí, desde luego —respondió el joven hacker, y Mia se dio cuenta de que estaba excitado—. Me ha costado un rato, pero al final lo he encontrado.

—¿Qué tienes?

—He localizado una entrada en Indicia sobre Karoline Berg, en relación con un hombre llamado Raymond Greger.

—¿Ella ha sido investigada por la policía? —dijo Mia, sorprendida.

—No, ella no, pero él sí. Lo raro es que no pusiera nada en el documento, solo figuraba el nombre de una abogada de la policía de Bodø.

—¿El documento de Indicia estaba vacío?

—Sí, no había nada, solo estos nombres, pero llamé a la abogada de la policía. Muy interesante, desde mi punto de vista. ¿Tienes un rato?

—Claro, suéltalo todo.

—Parece ser —continuó Gabriel— que este Raymond Greger era el sospechoso de un caso extremadamente raro hace unos años.

—¿Y de qué manera está relacionado con Vivian?

—Vale, perdona, es su tío.

—¿El hermano de Karoline Berg?

—Sí, pero no de sangre. Hermanastro.

—¿De qué era sospechoso?

—Bien, aquí es donde la cosa se pone interesante —continuó Gabriel—. En dos ocasiones diferentes desaparecieron dos niñas de Bodø. Aparecieron, y las dos contaron la misma extraña historia.

—¿Qué historia?

—Un hombre se las había llevado consigo hasta una casa en las afueras de la ciudad.

—¿Hubo abuso?

—Eh, no exactamente. Había jugado con ellas.

—¿Qué quieres decir con «jugar»?

—Jugar en el sentido de jugar. Habían jugado a celebrar una fiesta de cumpleaños, con muñecas, se habían disfrazado...

—¿Cómo...?

—Sí, lo sé, es lo más raro que he oído en mucho tiempo.

—Entonces, ¿por qué no figuraba eso en la base de datos?

—Bueno, verás —dijo Gabriel, impaciente por contarle—. Las dos niñas identificaron a Raymond Greger, pero la acusación fue desestimada.

—¿Por qué?

—No me quedé con la copla, creo que por una cuestión técnica, puede que Anette sepa explicarlo mejor. Sea como fuere, Raymond Greger fue absuelto y consiguió que su abogado obligase a la policía a borrarlo todo del registro.

—Extraño. ¿Te ha dado alguna explicación de por qué?

—Probablemente para que pudiera seguir ejerciendo su profesión.

—¿A qué se dedica?

—Es profesor de instituto.

—¿Me tomas el pelo?

—No.

—¿En Bodø?

—No, no, se marchó de la ciudad.

—¿Sabemos dónde está ahora?

—Sí, claro —respondió Gabriel con tono triunfal—. Lo he localizado. Hoy en día trabaja en el instituto de Hedrum. Justo al lado de Larvik.

—Joder.

—Pues sí. ¿Crees que puede ser interesante?

—Sin duda —contestó Mia—. Muy bien, Gabriel.

—La abogada de la policía quería que la pusiéramos al corriente.

—De acuerdo, se lo dices a Anette.

—Sin problema.

—Excelente trabajo, Gabriel. Luego nos vemos.

Mia se metió el teléfono en el bolsillo y volvió a entrar en el despacho de la directora del Ballet.

El abogado Thomas Lorentzen estaba en su despacho en la calle Gabrielsgate, mirando nerviosamente el teléfono que tenía delante. Estaba esperando una llamada que por fuerza se iba a producir. Estaba seguro de ello. Ahora iban a llamarlo, estaba casi garantizado. «Mierda, ¿cómo había podido pasar?». Su coche, el Mercedes, robado en el patio interior justo debajo de su oficina, menos de una semana antes. ¿Y ahora había aparecido en un caso de asesinato?

«Joder, no encajaba de ninguna manera».

El teléfono seguía en la mesa, delante de él. El objeto muerto, negro y brillante se reía de él, esa era la sensación que tenía. Lo torturaba con su ausencia de sonido. Tenía ganas de arrojarlo contra la pared. «Suena, joder. Sabes perfectamente que vas a sonar en cualquier momento, ¿para qué hacerme esperar?». Lorentzen lanzó una mirada envenenada al teléfono, se aflojó el nudo de la corbata y se levantó de la silla. Mientras caminaba hacia el minibar vio un reflejo de su cara en la ventana. ¿Parecía cansado? No se sentía cansado, aunque era cierto que todo esto había pasado factura. Joder, él no tenía nada que ver con este asesinato.

¿O sí?

«¿Estaba relacionado con esa otra cosa?».

Lorentzen abrió el minibar y se sirvió un whisky doble en uno de los vasos de cristal que estaban en la balda de la pared. Regresó apresuradamente y no se dio cuenta hasta que estuvo sentado otra vez tras la enorme mesa de caoba. Mierda de teléfono. Ni siquiera tenía un aspecto chulo. No como su teléfono habitual, que había pedido especialmente de Inglaterra, un iPhone chapado en oro. Sabía de sobra que no debía presumir en público y enseñar a todo el mundo lo rico que era, pero no había podido reprimirse. Algún lujo tenía que permitirse, ¿o qué? Después de todo lo que había hecho. Joder,

¿acaso no eran conscientes del enorme riesgo que estaba asumiendo? Empezó a crispase.

Joder, conque un cadáver. Y tampoco era uno de los yonquis jóvenes que no importaban a nadie. Los medios de comunicación no hablaban de otra cosa. Una mujer joven. Una bailarina de ballet. Encontrada en un lago. Había repasado su memoria febrilmente en busca de alguna conexión, pero no se le había ocurrido nada. Tuvo que haber sido pura casualidad, era la única posibilidad. La policía lo había llamado antes. Un tal Grønlie.

—¿Es usted Thomas Lorentzen?

—¿Sí?

—¿Es usted el dueño de un Mercedes Benz E220 gris, con matrícula DN 87178?

—¿Sí?

—¿Dice que el coche fue robado?

—Sí, el miércoles pasado, ¿por qué?

—¿Y está seguro de ello?

¿Seguro?

Claro que estaba seguro.

El coche estaba aparcado justo ahí debajo. En su plaza privada. En realidad estas cosas no deberían pasar en su propio patio interior, pero aun así había desaparecido.

—Póngase en contacto con nosotros si se le ocurre algo, ¿de acuerdo?

Lorentzen se quitó la corbata y notó el sudor bajo los brazos.

¿Si se me ocurría algo?

¿Como qué?

¿Lo habían descubierto?

«¿Todo esto era una trampa para pillarlo?».

«¿Todo esto no era más que...?».

Se paró a sí mismo, echándose hacia atrás en la silla con una sonrisa.

Él era importante, sí. Pero fingir la muerte de una bailarina de ballet en un lago del monte y poner en marcha todo este espectáculo en los medios de comunicación solo para pillarlo a él, pues no, je, je, eso era demasiado.

Trata de recomponerte, Thomas.

Relájate.

Recuerda lo que dijo el médico.

Lorentzen encontró un pequeño frasco en un cajón y se tragó dos pastillas blancas y redondas con otro sorbo de whisky.

¿La policía?

¿Por qué había llamado la policía?

«Si ya tenían un hombre dentro».

«Se suponía que él debía protegerlos de este tipo de cosas, ¿no?».

Lorentzen volvió a levantarse, todavía con la mirada clavada en el teléfono que estaba sobre la mesa.

«Suena, joder».

Vació el vaso y lo volvió a llenar de whisky. Intentó esquivar el reflejo en la ventana esta vez, pero su cabeza comenzó a moverse en los círculos habituales de los últimos tiempos. No solo por lo que había pasado, no, también porque quizá ya había llegado el momento.

«Coge el dinero y lárgate».

«Desaparece».

Se secó el sudor de la frente.

¿Por qué no?

Si ya tenía suficiente.

Hacía tiempo que tenía suficiente.

Solo que...

Volvió a acomodarse en la silla y notó que sí, estaba cansado.

«Lo encontrarían».

Fuera donde fuese, ¿no era así?

«Estaban por todas partes».

Había vendido su alma al diablo.

«Voluntariamente».

No había vuelta atrás, ¿no fue eso lo que le dijeron?

Lorentzen negó con la cabeza y se desabotonó la camisa un poco más.

Joder, qué calor hacía ahí.

«Tienes que recomponerte, idiota».

Vale, había que perfilar un plan.

Dejó su vaso sobre el escritorio y abrió el portátil. Introdujo el código de acceso y ya estaba dentro. La cifra que aparecía en la pantalla era exagerada. Un ciudadano normal necesitaría trescientos años para llegar a tener una minúscula parte de eso.

«Ginebra».

Un plan comenzó a consolidarse en su cabeza, podía sentir el inicio de una sonrisa tomar forma en las comisuras de los labios.

«El próximo envío».

Los dedos corrieron rápidos sobre el teclado y vio la planificación del tiempo y el mapa que apareció en la pantalla.

Tenía contactos, claro que los tenía. Contactos que ellos no conocían.

«Esta iba a ser la última vez, y luego...».

La sonrisa se extendió por la cara de Lorentzen mientras vaciaba el whisky y cruzaba el suelo con las piernas tambaleantes para llenar el vaso de nuevo.

Se quedó de pie con él en la mano.

Me largo.

Desaparezco.

Asintió con la cabeza y miró a la ventana.

«Se acabó».

Sonrió y levantó el vaso en un brindis dirigido a su propio reflejo. Entonces comenzó a moverse el objeto de la mesa.

«Sonaba el teléfono».

El vaso se deslizó entre sus manos, pero ni siquiera oyó cómo impactaba contra el suelo.

«Mierda».

Thomas Lorentzen se quedó inmóvil, totalmente rígido durante unos segundos, antes de levantar por fin el teléfono del escritorio.

—¿Diga?

La lluvia martilleaba la chapa del Audi negro. Un Munch empapado llegó corriendo por la plaza y se sentó en el asiento del conductor.

—He cambiado de idea. No vamos a bajar.

—¿Por qué no? —dijo Mia.

—Raymond Greger ha cogido la baja médica y no contesta al teléfono. Puede estar en cualquier lugar.

Mia encontró una pastilla en el bolsillo de la cazadora de cuero cuando la intensidad de la lluvia aumentó. Martilleaba en el exterior como una orquesta del diluvio universal, y la gente corría como gatos asustados en busca de algún sitio donde refugiarse.

—He enviado una patrulla. Si dan con él podemos replantearnos el viaje, pero no tengo ganas de pasarme tres horas en el coche para nada.

—¿La policía de Larvik?

Munch asintió con la cabeza y sacó la cajetilla de cigarrillos del bolsillo de la trenca empapada.

—¿Qué opinas sobre Spidsøe?

—Parecía sincera, ¿no crees? —contestó Mia.

Munch se encogió de hombros.

—Tuve la sensación de que había algo que no nos quería contar, pero no estoy seguro.

Encendió el cigarrillo y bajó la ventanilla un poco.

La gotas de agua salpicaron el interior del coche, mezclándose con el humo gris, pero Mia no dijo nada.

—¿Cómo puede volver a trabajar en un instituto un tío que ha secuestrado niñas? —dijo Munch con irritación, mirando por el parabrisas.

—Si no tenemos nada sobre él en el registro, no hay nada que lo impida —observó Mia lacónicamente.

Munch negó con la cabeza.

—Entonces hay algo en el sistema que no funciona como debe — murmuró y dio otra calada al cigarrillo, justo cuando sonó el teléfono de Mia.

—¿Mia Krüger? —se oyó una voz masculina.

—Sí.

—Muy buenas, soy Torfinn Nakken, le llamo desde el Servicio de Conserjería de Bislett. ¿Usted vive en la plaza de Sofiesplass número 3?

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—¿En la tercera planta? —continuó la profunda voz.

—¿De dónde ha dicho que me llama?

—El Servicio de Conserjería de Bislett. Nos encargamos del mantenimiento del edificio. Siento molestar, pero es que han entrado a robar en la oficina y nos faltan unas cuantas llaves. ¿Ha visto algo raro últimamente?

Mia despejó el humo del cigarrillo de Munch con la mano y bajó la ventanilla de su lado.

—¿Como por ejemplo? —dijo Mia.

—No sé, desconocidos pululando por las escaleras, si ha desaparecido algo, cosas así.

—Que yo sepa, no.

—De acuerdo, muy bien —contestó Nakken, aliviado—. Estas llaves de seguridad valen una pasta, sobre todo porque tengo que cambiar todas las cerraduras en todo el edificio. Cientos de miles de coronas. El seguro se hará cargo, claro, pero no tiene sentido denunciarlo si no ha habido problemas y no se han dado cuenta de a qué puertas corresponden, ¿verdad?

Rio por lo bajo.

—Oiga, estoy un poco liada —dijo Mia mirando de reojo a Munch, que acababa de recibir un mensaje.

—Sí, claro, solo quería comprobarlo. Pondré que no ha habido incidencias en el piso de Krüger, Mia.

—Muy bien —respondió Mia.

—Que tenga un buen día.

—Usted también —repuso Mia y colgó.

—Era Anette —dijo Munch.

—¿Y?

—Ha conseguido el nombre del psiquiatra.

—¿Qué psiquiatra?

—¿No te lo había dicho? Disculpa. Han encontrado medicinas en el piso de Vivian. Antidepresivos recetados por su médico de cabecera, al parecer por recomendación de este hombre.

Munch levantó el teléfono hacia ella.

—¿Wolfgang Ritter?

—Te suena, ¿verdad? —dijo Munch, aparentemente satisfecho.

—No.

—¿En serio? ¿Wolfgang Ritter? ¿No ves las noticias?

Mia negó con la cabeza y encontró otra pastilla en el bolsillo de su cazadora. Había tirado la tele hacía ya mucho tiempo y evitaba la prensa en la medida de lo posible. Cuando era pequeña había sido obligatorio estar al tanto de las cosas, toda la familia leía el periódico junta en el salón de su casa en Asgardstrand, pero ya no tenía fuerzas. Antaño los medios de comunicación habían asumido una especie de responsabilidad social. Estaban para informar a la población. Ahora el capital mandaba. El miedo y los famosos compartían espacio en una carrera alocada por conseguir las mejores cifras de audiencia y de clics en internet.

Ni siquiera aguantaba leer los titulares de los tabloides en el supermercado, los evitaba como buenamente podía.

—«¿Cuál es la principal causa del conflicto entre Israel y Palestina?».

—«¿Cómo se llama el escritor contra el que el ayatolá Jomeini decretó una fatua?».

—«¿Por qué se manifestaron los estudiantes chinos en la plaza de Tiananmén?».

Su madre, Eva Krüger, había sido profesora en el instituto de Asgarden y le había parecido especialmente importante que las chicas fueran buenas estudiantes y estuvieran al día con respecto a lo que sucedía en el mundo. Sigrid había sido la mejor, claro está. La mejor en todo. Mia a menudo se había preguntado si esa podía ser la razón, que todo ese perfeccionismo al final la hubiera superado, que las drogas constituyeran una especie de rebelión; pero no terminaba de encajar. Su madre y su padre. Eva y Kyrre. Él, propietario de una tienda de pinturas. Un matrimonio sin hijos. La adopción de las gemelas había sido como un regalo del cielo. Su madre podía ser bastante brusca a veces, pero en absoluto demasiado dura. Ejercía de profesora en casa a menudo, quizá en exceso, pero no era más que eso.

Markus Skog.

Él tenía la culpa.

—¿El Doctor LSD? —insistió Munch.

—¿Quién?

—¿Wolfgang Ritter? ¿El jefe de Blakstad? ¿El psiquiatra que se ha pronunciado a favor de administrar drogas psicodélicas a pacientes con trastornos graves?

—Nunca había oído hablar de él.

—Hace una semana pusieron un documental largo sobre él en la tele — comentó Munch—. ¿No lo viste?

—No, no lo vi. ¿No había gente que se dedicaba a ese tema ya en los años setenta?

—Sí, sí, pero ya no. Oye, ¿estás conmigo o en tu mundo?

Munch se giró en el asiento y le echó una mirada.

—Lo siento —se disculpó Mia y trató de concentrarse en el presente—. Estoy aquí.

—Una chica en apariencia sana y normal, nuestro pequeño rayo de sol, ¿y le recetan antidepresivos potentes? ¿No te parece un poco extraño?

Munch se rascó la barba y estiró la mano en busca de otro cigarrillo, pero cambió de idea.

—Sin duda —asintió Mia—. ¿Ya hemos hablado con él?

—Necesitamos un permiso del juez para hacerlo.

—¿Secreto profesional?

—Anette está en ello, es una formalidad, no creo que le vaya a llevar mucho —afirmó Munch, y después volvió a sonar su teléfono—. ¿Sí?

«Le había disparado».

«Dos tiros en el pecho».

«Markus Skog».

—¿Y habéis estado en su casa?

«No, ya había terminado con aquello».

—¿Tiene familia? Ponte en contacto con el instituto y averigua si alguno de sus colegas sabe algo.

«Los recuerdos ya estaban guardados en las cajas en casa».

—Pon un coche junto a su casa. Y envía una orden de busca y captura general. Sí. Es muy importante para nosotros. Usad todos vuestros recursos, a poder ser. Manténme informado. Genial, muchas gracias.

Munch colgó y frunció el ceño.

—¿Larvik?

—Sí. No lo encuentran. No está en su casa. Los vecinos no lo han visto desde hace una semana.

—Vaya.

—Demasiada casualidad, ¿no crees? —preguntó Munch.

—Está claro —asintió Mia—. Habrá que volver a hablar con ella, ¿no?

—¿Con quién, con Karoline Berg?

—Sí.

—No me apetece nada, pero creo que tienes razón.

Munch suspiró y sus dedos repiquetearon contra el volante.

—¿Te vienes a ver a la médica forense?

—No, quiero hablar con Halvorsen, del equipo técnico. Me parece extraño que no hayan encontrado nada.

—Vale, entonces te dejo de camino —dijo Munch y salió de la plaza de aparcamiento.

—Pregúntale sobre las heridas de la boca —dijo Mia cuando llegaron a la altura del edificio de Kripos, en la avenida de Brynsalleen.

—¿Qué heridas?

—Vivian Berg tenía algunas heridas alrededor de la boca. No recuerdo haber visto heridas así antes.

—De acuerdo.

—¿Convocarás una puesta al día esta tarde?

—Sobre las siete u ocho —afirmó Munch.

—Te veré entonces —dijo Mia y salió del coche.

Munch pulsó el timbre y después de un rato se oyó una voz. La nueva forense. Lillian Lund. Tenía cierta curiosidad por conocerla.

—¿Sí?

—Soy Holger Munch.

—Ah, sí, muy buenas. Entra. Estoy en la sala uno. Al fondo del pasillo. Sigue la música.

«¿La música?».

Munch no sabía muy bien qué quería decir hasta que entró en el edificio. Los tonos flotaban hacia él desde una habitación al fondo del pasillo, una anomalía positiva en un entorno que, por lo demás, resultaba muy lúgubre. No pudo reprimir una sonrisa al descubrir qué música era. Bach. Uno de sus compositores favoritos de todos los tiempos. Y tampoco era cualquier grabación. Glenn Gould. Las Variaciones Goldberg. Tenía un CD en casa. Lo había puesto tantas veces que casi se lo sabía de memoria. El pianista Glenn Gould. Un genio, sin lugar a dudas, pero también un artista al borde de la locura. Munch no pudo evitar pensar en Mia mientras avanzaba por el pasillo en busca de la sala de la que provenía la música.

—¿Hola?

Munch llamó a la puerta donde sonaba la música y estuvo a punto de entrar, pero le paró un joven con un delantal de plástico blanco, mascarilla quirúrgica y guantes de látex.

—¿Quién es usted?

—Soy Munch —dijo Munch y enseñó su tarjeta de identificación—. Unidad de homicidios de la calle Mariboegate. ¿Lillian Lund?

La música sonaba más alta en el interior de la sala. Tonos suaves, bellos, en contraste con la habitación gris y fría, y sobre todo en comparación con el cadáver que estaba sobre la mesa delante de ellos.

—Hola, Munch —se oyó la voz de alguien que de repente apareció desde la otra habitación del fondo y se quitó uno de los guantes para saludar.

Llevaba una mascarilla, que también bajó.

—Soy Lillian Lund —dijo la mujer delante con una sonrisa.

Pelo oscuro. Ojos azul claro. Munch calculó que tendría más o menos su misma edad.

—Este no es el tuyo —dijo con un gesto de cabeza hacia el cadáver que estaba sobre la mesa—. La tengo en la dos, si me dejas terminar aquí estaré contigo enseguida.

—Te espero en el pasillo —asintió Munch.

—Muy bien —contestó Lillian Lund con una sonrisa y se giró hacia el joven que lo había parado en la puerta—. ¿Puedes volver a sacarme las muestras que te he pedido antes?

—¿Otra vez?

—Creo que están contaminadas, estos valores son demasiado altos.

—Bien, sin problema —dijo el joven rubio y lanzó una mirada fortuita hacia Munch antes de volver a la habitación de donde había venido.

Munch regresó al pasillo, encontró una silla y pensó en la posibilidad de fumarse un cigarrillo. En los viejos tiempos no habría supuesto un problema. Ernst Hugo Vik, el viejo forense que se había ocupado de la mayoría de los casos que Munch había investigado, había sido un hombre excéntrico y sobre todo un fumador empedernido, a quien le daban igual las normas establecidas.

Algo le decía a Munch que bajo el nuevo régimen de Lillian Lund las reglas eran diferentes, así que desistió.

Pocos minutos después estaba de nuevo delante de él.

—Buf, lo siento —dijo Lund con una sonrisa y se sentó en la silla enfrente de Munch—. Cuatro cadáveres en cuatro días. Tu chica y tres fallecidos por sobredosis. Parece que la ciudad se inunda de muertos estos días.

—¿Traéis las víctimas de sobredosis aquí? —preguntó Munch, sorprendido.

—Naturalmente, ¿por qué preguntas?

—Por nada, simplemente es algo nuevo para mí.

—Nueva jefa, nuevas reglas —dijo Lillian Lund con tono amable—. Quiero echar un vistazo a todos, ¿no te parece correcto?

—Sí, sí, claro —asintió Munch y tuvo la sensación de que ya le caía bien esta nueva médica forense.

Despierta y decidida. Y punto extra por Glenn Gould sonando en los altavoces.

—¿Quieres verla? ¿O es verdad lo que dicen, que solo quieres ver las fotografías?

—¿A qué te refieres?

—¿No es verdad? —dijo Lund, curiosa—. ¿No eres el investigador que no necesita ver los cadáveres?

—Creo que estás pensando en Mia Krüger —respondió Munch con una sonrisa.

—Ah, de acuerdo, lo siento.

—No pasa nada. ¿Qué has podido sacar hasta ahora?

Munch se levantó de la silla.

—¿Qué quieres decir con «hasta ahora»? —dijo Lund—. Por cierto, tienes ropa en aquel armario.

¿Ponerse ropa de plástico para inspeccionar un cadáver? Desde luego, no hacía falta en la época de Vik. No cabía duda de que corrían tiempos nuevos en el Instituto de Medicina Forense.

—Bueno, quiero decir que no has tenido mucho tiempo —continuó Munch.

—Ah, eso es un mito, que todo lleve tanto tiempo. Puede que algunas veces sí, pero en esta ocasión no había dudas.

Lund se subió la mascarilla y le hizo un gesto para que la siguiera hasta la sala de examen. Echó hacia un lado la sábana blanca que cubría el cuerpo y puso un dedo sobre un punto en la caja torácica. Los cortes que se habían efectuado durante la autopsia estaban cosidos con puntos tan toscos que por un momento a Munch le pareció que el cuerpo que tenía delante no era real. Nunca le había gustado esto, no terminaba de acostumbrarse a ver cadáveres. Algunas de las pocas veces que había visto series de detectives en la tele, donde los investigadores curtidos estaban inclinados sobre los cadáveres sin inmutarse, le habían entrado ganas de llamar y quejarse. No era serio. Sobre todo, nada realista.

—Ahí tienes el pinchazo de la aguja. ¿Recibiste el informe que remití a Kripos? ¿Etilenglicol?

Munch asintió con la cabeza.

—No recuerdo haber visto nada parecido antes. ¿Y tú?

Munch no contestó. Sentía respeto por el cuerpo blanco e inerte que estaba delante de él. Después de treinta años como investigador todavía no se había acostumbrado. La muerte. Una vida que había terminado. Reducida a un objeto de interés técnico sobre una mesa en un sótano del hospital de Ulleval.

—¿La tapo? —preguntó Lund con una mirada amable.

—Sí, adelante —contestó Munch en voz baja.

—Te comprendo perfectamente —comentó Lund—. Yo lo hago a diario, pero incluso para mí es difícil.

—¿Qué decías antes? —preguntó Munch, poniéndose otra vez la careta profesional.

—¿Lo habías visto alguna vez? ¿Líquido anticongelante?

—Usado de esta manera, nunca —respondió Munch—. Hemos tenido varios casos de personas que han sido envenenadas con anticongelante, pero siempre por vía oral, y durante cierto tiempo. Normalmente no reviste mayor gravedad. Tienen lesiones, pero sobreviven. Hace falta una dosis bastante grande.

—Sí, lo sé —asintió Lund y se mordió el labio ligeramente—. Ha debido tener bastante sangre fría, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, yo no soy la investigadora, pero..., en fin, no todo el mundo es capaz de colocarse tan cerca de alguien y clavarle una aguja en pleno corazón...

—Solo estamos en la fase inicial —señaló Munch.

—Sí, entiendo —dijo Lund y repasó la parte inferior del cuerpo blanco—. La vagina. No hay señales de penetración con violencia. No hay rastro de semen. No parece que el motivo sea sexual, hasta donde yo puedo ver.

Munch asintió con la cabeza.

—Las uñas, las manos —continuó Lund, señalando con el dedo—. Tan poca cosa que llama la atención. No hay restos de nada. Casi parece que alguien la hubiera lavado.

—¿De verdad? —exclamó Munch con curiosidad.

—Sí —repuso Lund, frunciendo las cejas—. Concienzudamente, además. El cuerpo está casi por completo libre de cualquier resto.

—Bueno, estaba en el agua cuando la encontraron, ¿no?

—Sí, lo sé, pero aun así deberíamos haber encontrado algo. ¿Ninguna herida? ¿Ni un moratón? ¿Ni un rasguño en ningún sitio? Debería haber... luchado un poco, ¿no? Quiero decir, ¿una chica fuerte como ella?

—Estamos barajando la teoría de que ella misma caminó hasta la escena del crimen —dijo Munch en voz baja.

—¿En serio?

Lund lo miró con sorpresa.

—Sí, lo sé —asintió Munch—. Solo hemos llegado hasta ahí.

—¿No hay ningún sospechoso?

—Estamos investigando a algunas personas, pero sospechosos como tales no tenemos, lamentablemente.

—Esto es lo único que todavía no termino de comprender —dijo Lund y se movió hasta el cabecero de la mesa.

—¿El qué?

—¿Ves la boca?

—¿Sí?

—Estuvo tapada con cinta, ¿verdad? Al principio no me fijé bien, pero había que... ¿Ves esto? —Señaló la piel alrededor de las comisuras de los labios—. Esto no es normal.

—¿A qué te refieres?

—Estos sarpullidos. Parecen casi quemaduras, ¿lo ves?

—Es cierto —asintió Munch—. Mia me pidió que te preguntase sobre ello.

—¿Las heridas alrededor de la boca?

—Sí.

—Bien observado —dijo Lund—. No han sido provocadas por la cinta. La verdad es que no sé qué las ha podido causar, pero he enviado unas muestras a analizar.

—¿Cuándo crees que te contestarán?

—No deberían tardar mucho, a lo largo del día de mañana, diría yo.

—Muy bien —repuso Munch.

De repente fueron interrumpidos por el joven asistente rubio, que entró sin llamar. Esta vez, por alguna razón, evitó la mirada de Munch.

—Siento interrumpir, pero tenemos uno nuevo en camino.

—¿Sobredosis? —dijo Lund.

—Sí.

—Joder. Perdona el lenguaje, pero ¿qué está pasando en esta ciudad?

Meneó la cabeza con irritación y se encaminó a la puerta. Munch la siguió hasta el pasillo.

—Lo siento, tengo que dejarte.

Lillian Lund se quitó el guante y la mascarilla y le dio la mano.

—Gracias por la ayuda hasta el momento —dijo Munch.

—No hay de qué. Te llamo en cuanto me entere de algo —contestó la médica forense y regresó deprisa por el pasillo en dirección a la música.

Theo Halvorsen estaba inclinado sobre un microscopio en el laboratorio, pero se levantó rápidamente de la silla cuando vio a Mia entrar.

—Rayo de Luna —dijo el técnico forense de mediana edad sonriendo—. Cuánto tiempo sin verte. ¿Dónde has estado?

—En ningún sitio, desgraciadamente —contestó Mia.

—¿Otra vez suspendida? ¿Es eso? —preguntó Halvorsen, quitándose las gafas.

—¿Es eso lo que dicen?

—Depende de a quién preguntes —contestó el técnico sonriendo y se encogió de hombros—. Algunos dijeron que te habían despedido. Otros que salías a navegar.

—Lo último es cierto, pero no me dio tiempo. Tienes a la bailarina de ballet, ¿verdad?

—Ah, sí, desde luego —repuso Halvorsen y suspiró—. Además de un montón de cosas más; parece que nunca doy abasto. ¿Crees que llegará el día en que esté más tranquilo?

El técnico abrió los brazos con un gesto rendido y miró a su alrededor. El alargado laboratorio estaba lleno de papeles y cajitas desde el techo hasta el suelo. No había ventanas en la habitación y daba la sensación de que uno se encontraba en un sótano, aunque estuvieran en la cuarta planta. Sabía que Halvorsen había pedido que tapasen las ventanas para no tener distracciones.

Theo Halvorsen. Mia conocía al técnico, de unos cincuenta y pocos años, desde hacía casi diez y sabía que, a pesar de que no paraba de quejarse de lo atareado que estaba, si ella tenía una pregunta, él era la persona más indicada para sacarla de dudas. Halvorsen era como un pequeño Einstein. No le gustaba colaborar con la gente, prefería hacerlo todo él solo, pero lo que sacaba siempre era más preciso y correcto de lo que venía de la tercera planta.

—¿Has ido a la cabaña últimamente? —preguntó Mia y lo siguió hacia el interior del laboratorio.

—¿Cuándo he tenido tiempo? —respondió Halvorsen y volvió a ponerse las gafas.

Encontró un pequeño taburete y sacó una caja de cartón de una estantería.

—¿Y cómo está Britt?

—Todavía no me ha dejado, peor para ella —contestó Halvorsen, guiñándole un ojo, y llevó la cajita de cartón de vuelta al microscopio.

—¿Esto es lo mío? —dijo Mia con un gesto de cabeza hacia la caja.

—¿A qué te refieres?

—A esto. ¿Por qué guardas cosas recientes tan lejos?

—Rayo de Luna... —Halvorsen suspiró, negando ligeramente con la cabeza—. Sé que todos se desviven por ti y se dejan engañar por tus encantos victorianos, pero yo no, aquí se hace todo según el protocolo.

—¿Qué es esto, entonces?

—Dientes —contestó él, enfundándose un par de guantes de látex azules—. No todos los asesinatos resultan estéticamente agradables, querida, ni se llevan a cabo con inteligencia y gusto por el arte, para que Hércules Poirot, o la joven Krüger, puedan usar sus cerebritos y acabar en los libros de historia.

Halvorsen suspiró y abrió la caja.

—Un joven traficante al que mataron a palos con un pie de cabra detrás del centro comercial de Manglerud. Ahora quieren saber si tiene algo que ver con otro gánster que encontraron con la boca ensangrentada en el parque de Sofienbergparken. Bonito, ¿verdad?

A pesar de que Halvorsen tenía fama de quejarse de todo, a Mia le caía bien. Se les habían atascado varios casos en los que la increíble destreza del técnico había producido las pruebas que necesitaban, y ella sabía que no era más que una careta que se ponía cuando el mundo iba en su contra.

—¿Entonces ya no vas a la cabaña?

—Bueno, sí, de vez en cuando —dijo Halvorsen y volvió a colocar el ojo contra el microscopio.

Mia esperó impaciente hasta que los dientes rotos que había estudiado estuvieron otra vez en la cajita y Halvorsen terminó de tomar sus apuntes en el portátil que se encontraba en el banco detrás de él.

—Bien, ahora nos toca —dijo Halvorsen, quitándose las gafas de nuevo.

—¿Vivian Berg? —dijo Mia y encontró otra pastilla en el bolsillo de la cazadora.

Halvorsen se desplazó en su silla con ruedas por el suelo y volvió con una carpeta que puso delante de ella.

—Esta ya la hemos visto, ¿no? —dijo Mia después de ojear el contenido.

—Sí —respondió el técnico—. Pero no tengo más.

—Esto fue lo que remitiste a Kripos, ¿verdad?

Halvorsen asintió con la cabeza.

—Sí. Y les dije lo mismo a ellos.

—¿A qué te refieres?

—Que esto no es más que una broma. ¿Cómo voy a sacar algo de este material?

—¿Qué quieres decir? —dijo Mia.

—¿No has leído el informe?

—Sí, o... ¿no? ¿Qué pone?

Halvorsen suspiró.

—Pone que es un circo, eso es lo que pone.

—¿Un circo?

—O sea, ¿que de verdad no lo has leído? Todos los días me hago la misma pregunta. ¿Para qué me molesto en trabajar?

Halvorsen suspiró pesadamente y después volvió a rodar por el suelo, sentado en la silla. Regresó con una hoja que pasó a Mia sobre la mesa.

—Explícame esto —le pidió Mia después de leer lo que le había dado.

—Exceso —repuso Halvorsen.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien os está tomando el pelo.

—¿Tomando el pelo en qué sentido?

Halvorsen suspiró de nuevo y señaló la lista que le había dado.

—Restos de ADN.

—¿Sí?

—¿ADN de un país entero en un único lugar? ¿Cómo voy a poder hacer mi trabajo cuando el coche y el lugar del crimen contienen más pelo y piel que los desagües de las piscinas públicas de Frognerbadet?

—¿Esto viene del Mercedes?

—Y del lago Svarttjønn —asintió el técnico y volvió en su silla hasta el portátil—. Solo por ser tú, Rayo de Luna.

Acercó el portátil y abrió un documento.

—Mira.

Mia miró la pantalla, pero seguía sin comprender.

—¿Qué estoy viendo?

—Un auténtico caos —respondió Halvorsen suspirando y señaló con el dedo.

—¿Qué quieres decir?

—Sesenta y un pelos. Cuarenta y nueve trozos de piel. Ocho muestras de excrementos. En ningún caso el ADN coincide con algo en nuestras bases de datos. Según esta información, más de cien personas han estado en el lugar del crimen, y también en el coche. ¿Cómo se supone que voy a sacar algo en claro de todo esto?

—¿El autor del crimen ha contaminado las escenas?

—Eso, Sherlock, es algo que creo que podemos afirmar con seguridad —sentenció Halvorsen y dejó que las gafas le colgasen sobre el pecho en sus cordones—. La pregunta es más bien de dónde ha sacado todo este material. ¿Ha recolectado cabellos y muestras de piel? ¿Excrementos? ¿Quién haría algo así, Mia? Por cierto —añadió, y se levantó bruscamente.

Desapareció en el fondo del laboratorio y volvió con una cámara de fotos.

—Esto es lo que pasa cuando uno tiene demasiadas cosas que hacer.

—¿Esta es la cámara que encontrasteis en el lugar del crimen?

—Sí. Una Nikon E300. No hay huellas dactilares, por supuesto, ni en la cámara ni en el trípode, pero...

Halvorsen le dirigió una sonrisa torcida y le pasó la cámara.

—Mira por el visor.

Mia levantó la cámara hacia la luz y miró.

—¿Ves algo?

Le costó, pero después de un rato lo descubrió.

«Inscrito en la lente».

—Joder —murmuró—. ¿Ha podido hacerlo él?

Ahora lo vio con claridad.

«Un número».

—Mierda —masculló y miró una vez más para asegurarse.

—Me parece que es un cuatro, pero tú eres la detective —señaló Halvorsen y se encogió de hombros.

Mia notó como el corazón le latía un poco más fuerte bajo la cazadora de cuero.

¿Un número?

Volvió a acercar la cámara al ojo.

Sí, allí estaba.

No había duda.

—He sacado una foto —dijo Halvorsen y se levantó.

—¿Con esta cámara?
—Sí. Mira esto —contestó.
Mia estudió la foto rápidamente. No había duda.
Un cuatro.
«Toscamente inscrito en la lente».
—¿Me la puedo llevar?
—Sí, claro.
—Gracias, Theo —dijo Mia y se metió la foto en el bolsillo de la cazadora—. De verdad.
—Faltaría más, Rayo de Luna.
—Dale recuerdos a Britt de mi parte.
—Acabará dejándome, si tiene dos dedos de frente.
—Me informas si encuentras algo más, ¿vale?
—Claro —asintió Halvorsen—. Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?
—Lo haré, Theo. Hasta pronto.
—Siempre un placer, Rayo de Luna —respondió el amable técnico forense sonriendo y se llevó un dedo a la frente.

Hay mucho que hacer en poco tiempo, así que sería bueno que lo hiciéramos de la manera más eficaz posible —dijo Munch desde su posición al lado de la pantalla.

Gabriel Mørk dejó la Coca-Cola sobre la mesa y le dio tiempo justo a sentarse en la silla antes de que se apagase la luz.

—¿Me estás mirando a mí? —preguntó Curry.

—Sí. Si puedes esperar con las preguntas hasta cuando haya terminado, te lo agradecería —murmuró Munch y ojeó los papeles que tenía delante sobre la mesa.

Se oyeron unas leves risas entre los presentes, pero se cortaron rápidamente cuando apareció la primera foto en la pantalla.

—Vivian Berg, veintidós años —comenzó Munch y repasó la primera serie de fotos, pulsando el botón del mando una y otra vez—. Desapareció de su piso en el barrio de St. Hanshaugen el jueves por la tarde y fue encontrada flotando en el lago de Svarttjønn el sábado a primera hora de la mañana.

—¿Lo sabemos con seguridad? —dijo Curry.

—¿El qué, Jon? —repuso Munch suspirando.

—Que desapareció de su piso el jueves.

—¿Anette? —dijo Munch con un gesto hacia Goli, que se levantó.

—Tenemos dos testigos del portal que vieron a Vivian Berg salir de su apartamento el jueves en algún momento entre las cinco y las cinco y cuarto de la tarde. El vídeo que nos acaba de llegar muestra que esto es factible, pero...

—¿El vídeo? —preguntó Curry, quien evidentemente no estaba puesto al día.

Acababan de recibir una grabación de una cámara de seguridad de un quiosco, que según lo que se decía mostraba a Vivian Berg saliendo de su

casa.

—¿Qué es lo que he comentado antes sobre dejar las preguntas para el final? —dijo Munch.

—Sí, pero vamos... —replicó Curry.

—Para los que todavía no lo sepáis —explicó Anette, levemente rendida—, nos han llegado tres grabaciones. El Mercedes que entra en la E18. El Mercedes pasando por el centro comercial de Sandvika Storsenter, y ahora esta, que muestra a Vivian saliendo de su apartamento, probablemente encaminándose al coche.

»Según los forenses, Vivian había estado menos de veinticuatro horas en el agua cuando la encontraron —continuó Anette—. La última grabación de Sandvika demuestra que el coche pasó por el centro comercial el jueves por la tarde, un poco antes de las siete, lo cual nos da un margen de entre un día y un día y medio.

Miró de reojo a Munch, quien asintió con la cabeza.

—Perdona —dijo Ylva—. ¿Día y medio para qué?

La joven islandesa había llegado al equipo a finales del año anterior; nadie sabía muy bien dónde la había encontrado Munch, pero había encajado perfectamente. Gabriel estaba muy contento de no ser ya el miembro más joven. Había muchas cosas que los investigadores mayores daban por sentado, y ahora tenía a Ylva para hacer ese tipo de preguntas y evitar que él quedara como un aficionadillo.

—Desde la última vez que la tenemos localizada hasta que fue encontrada —contestó Munch.

—¿Y cuánto tiempo lleva llegar desde Sandvika hasta el lago de Svarttjønn?

—Máximo dos horas —respondió Anette.

—¿La retuvo en el coche? —dijo Ylva—. ¿Durante más de veinticuatro horas?

—En breve lo vamos a analizar —repuso Munch e hizo otro gesto con la cabeza hacia Anette.

—Bien —continuó Goli—. Vivian desapareció el jueves por la tarde. Según Kripos parecía que había dejado el apartamento apresuradamente. Se había olvidado el móvil. Había un portátil abierto sobre la mesa del salón. Había comida sin recoger en la cocina. Según parece, estaba preparando la cena cuando de repente se viste, sale al rellano, cierra la puerta con llave y abandona tranquilamente el edificio.

—¿Cómo? —exclamó Curry, incapaz de reprimirse—. ¿Deja su apartamento apresuradamente, sin llevarse nada, pero aun así sale tranquilamente?

—Otro elemento que hemos descubierto gracias al examen de su apartamento son las medicinas —continuó Goli—. Como ya sabe todo el mundo, se hallaron tanto sustancias antidepresivas como calmantes. Todo indica que Vivian no se encontraba del todo bien. Hemos estado hablando con su médico de cabecera y su psiquiatra, y ahora estamos tratando de obtener acceso a sus historiales.

—Gracias, Anette —dijo Munch y Goli volvió a sentarse.

—Raymond Greger —apuntó Ludvig Grønlie y se levantó—. Un tipo misterioso, he encontrado muy poco sobre él. En Bodø no pudieron sacar nada en claro, es evidente que ha habido abogados de por medio que han amenazado con esto y lo otro. Sea como fuere, el caso en el que estuvo involucrado hace unos años, cuando fueron secuestradas dos niñas, no es algo que podamos usar contra él o aprovechar de otra manera. Esto es lo que sabemos. Tiene cincuenta y ocho años. Soltero. No tiene hijos. Trabaja como profesor en el instituto de Hedrum en las afueras de Larvik y actualmente está de baja por...

Grønlie se puso las gafas y rebuscó entre sus hojas.

—Bueno, eso tampoco ha quedado claro, pero estamos en ello. La policía de Larvik lo está buscando y les he explicado que es nuestra principal prioridad ahora mismo.

—¿Y su teléfono? —dijo Gabriel, abriendo la boca por primera vez.

—Según Telenor está apagado, y parece que lo ha estado desde el jueves —contestó Grønlie y se sentó.

—¿No había nada en el teléfono de Vivian? —preguntó Ylva con curiosidad.

—No según la lista que me han dado —respondió Gabriel—. No ha estado en contacto con su tío. Tampoco eran amigos en Facebook. No hay nada que indique que tienen alguna relación.

—Raymond Greger —observó Munch—. Sin lugar a dudas, es nuestro número uno ahora mismo. Lo dicho, Larvik lo está buscando y aumentaremos los esfuerzos esta noche si no damos con él. ¿Mia?

—Un par de cosas —repuso Mia y se colocó junto a la pantalla.

Hizo una señal a Munch y una nueva fotografía apareció en la pantalla. Gabriel no la había visto antes.

—Esto estaba inscrito en la lente de la cámara.

—¿Qué es? —preguntó Ylva, colocándose mejor las gafas.

—Un número. El número cuatro —respondió Mia e hizo otro gesto de cabeza hacia Munch, y esta vez lo pudieron ver con más claridad—. Primero pensé —continuó— que eso de..., ya sabéis, de sacar una foto del asesinato, que era su obsesión. Para visualizarlo, guardarlo. Pero ya no estoy tan segura.

—¿Sabemos que es un hombre? —interrumpió Curry.

—Las huellas de los pies alrededor del trípode son del número cuarenta y tres —dijo Mia tranquilamente.

—¿Y si fuera una mujer con zapatos de hombre?

—Entonces las huellas serían más profundas en el centro, y menos nítidas en los márgenes —contestó Mia, dirigiendo otro gesto de cabeza hacia Munch.

Una nueva foto.

Esta vez la página del libro.

—Fijaos en que el número de la página ha sido tachado —continuó Mia—. Nos está diciendo que este número no es importante.

—¿Cómo...? —comenzó Ylva, pero Mia la ignoró y Munch pulsó el botón de nuevo.

—«Ahora llego a lo malo» —citó Mia con un gesto hacia la página del libro en la pantalla—. «No tengo fuerzas para pensar en ello, pero no puedo dejar de hacerlo». *Los hermanos Corazón de León*. En este fragmento, el hermano más joven, Karl León, habla del incendio. Karl está enfermo y necesita ayuda, y el gran héroe, su hermano mayor, Jonatan, sacrifica su vida para que su hermano pueda vivir. Después todo el mundo desea que hubiera muerto el hermano pequeño en su lugar.

Silencio en la sala.

—Tenemos el número cuatro —continuó Mia—. Eso es una cosa. Y tenemos esta página del libro, que es otra. Aquí es donde debemos empezar.

—Sin embargo... —comenzó Ylva otra vez, pero fue interrumpida.

—También tenemos que ver esto —dijo Mia—. Algo que, en mi opinión, es muy importante. Esta grabación de las cámaras de seguridad que vamos a ver ahora muestra a Vivian saliendo de su apartamento, el jueves pasado. Fijaos especialmente en cómo camina, ¿vale? He conocido a muchas bailarinas. Son flexibles, se mueven como gatos, controlan cada músculo de su cuerpo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Curry.

—Esta persona no es una bailarina —contestó Mia en voz baja e hizo un gesto a Munch, que pulsó el botón del mando—. Esta no es la auténtica

Vivian Berg.

Kurt Wang nunca había oído una voz como la suya. En grabaciones, sí, pero nunca en vivo. Billie Holiday. Radka Toneff. Amy Winehouse, tal vez. Cuando la chica baja y sonriente con su larga melena pelirroja se acercaba al micrófono y la voz suave se extendía por el amplio salón, que también hacía las veces de local de ensayo, era como si el tiempo se parase. Como si las nubes desaparecieran. Como si el frío invierno se convirtiera en verano. Como si el mundo de fuera no existiese. Kurt no estaba del todo seguro de si estaba enamorado de la voz o de la chica en sí.

«Ella. Ella. Ella. Claro que era ella. No podía dormir. No podía respirar. Le costaba hasta llevar el saxo a la boca».

Nina Wilkins Quartet.

Se habían conocido en el programa de jazz de la Academia de Trondheim. El mejor centro educativo del país para jóvenes músicos de su calibre. Lo habían aceptado en su primera prueba. ¿Cuántos saxofonistas habían realizado las pruebas de acceso? Muchos. Un montonazo. ¿Y quién había sido aceptado directamente? ¿Pasando las tres pruebas con facilidad, recibiendo aplausos entusiastas? Él. Kurt Wang. El chico torpe y vergonzoso de Manglerud, Oslo, donde los hombres solo eran hombres si jugaban al hockey sobre hielo. Joder, en realidad debería estar hinchado de confianza en sí mismo. No debería importarle una cantante de jazz medio sueca. Había muchas de esas allí en Trondheim, chicas encantadoras, extremadamente talentosas, que cantaban. Aun así, la primera vez que oyó cantar a Nina Wilkins, sus rodillas se habían transformado en gelatina, y desde entonces se había sentido como un perrito de compañía. Bueno, un perrito no, por Dios, él era dueño de sí mismo, solo que un poco débil. Tenía la mente un poco nublada.

Ella le había propuesto que el grupo entero se trasladase a Oslo y él había aceptado, diciendo que sí, claro.

«Y eso que estaba muy a gusto allí arriba. El piso de Møllenberg. Los bares. Nueve museos. La tienda de antigüedades. El pub de Ramp. Trondheim. Una ciudad hermosa. Un entorno perfecto para el jazz».

Ella había propuesto que cambiasen a Mulle por otro batería, un portugués que no le sonaba de nada. Sí, sí, Nina, claro, si eso es lo que piensas.

«Y eso que Mulle y él siempre habían tocado en el mismo grupo, eran como dos hermanos gemelos, improvisaban juntos como si fueran un único cuerpo con dos cabezas».

Ella le había propuesto que comenzara a tocar el saxo soprano, darle un descanso al tenor, subir una octava, más alto, más frágil, más frenético, como lo había hecho John Coltrane al final del periodo de Miles Davis. Por supuesto. Claro, Nina. Podía cambiar a soprano, en realidad él mismo había pensado muchas veces que debería hacerlo, ¿o no?

«No, era su madre la que lo había querido. Jan Garbarek en vinilo en el salón de su casa de Manglerud. Él siempre había preferido los tonos más redondos del tenor».

No, tenía que espabilar. No podía seguir así. El Nina Wilkins Quartet. Nina. Nina. Nina. La voz que entraba en su cabeza a todas horas.

Por lo menos desde que el portugués había llegado a Oslo. El nuevo batería. Era bueno, claro que sí, ese no era el problema. Buena técnica. Tocaba con suavidad. El tío respiraba música, ¿pero era mejor que Mulle? No, a Kurt no se lo parecía. Anda que no había estado hechizado. Debería haberlo visto venir a kilómetros de distancia. Nina y el portugués. Enfundados en un abrazo en el sofá. Besos apasionados durante los ensayos. Bajando por la calle cogidos de la mano, camino del Blå.

Debería haberlo dejado. Debería haber dicho basta. Por supuesto que debería haberlo hecho. Si hubiese sido un hombre de verdad. Pero ¿cómo iba a hacerlo?

«Esa voz».

«Por Dios, qué voz».

«Como miel y papel de lijar al mismo tiempo».

«Como la respuesta a un enigma».

«Cada vez que abría la boca...».

«Así que le había...».

Hechizado.

Nina Wilkins Quartet.

Afortunadamente, había llegado el éxito. En el festival de jazz de Vossajazen, el año anterior. Habían tocado en uno de los escenarios más pequeños, pero habían recibido las mejores críticas de todos. Apoteósico. Y luego el festival de Kongsbergjazen. Lo mismo. Lleno absoluto. La gente se peleaba por las entradas. La idea era atenerse al repertorio, pero el público no quería que bajasen del escenario. Éxtasis total. Había escupido sangre y los labios se le habían quedado entumecidos durante varios días después, pero había merecido la pena. Por supuesto. Y ahora iban a tocar en Molde. La guinda del pastel. Y no era en un sitio pequeño, no, tocaban en la propia catedral de Molde. Si su madre hubiera vivido se habría sentido increíblemente orgullosa.

—Hoy no tengo buenas sensaciones —murmuró Nina y se alejó del micrófono.

Se tocó el cuello con una mano y lanzó una mirada furtiva hacia el batería, que asintió compasivamente con la cabeza.

Otra vez.

Pasaba con cada vez más frecuencia, y no le gustaba.

Billie Holiday lo hacía.

Charlie Parker.

Coltrane.

Miles.

¿Qué clase de argumento era ese?

—No es que nos chutemos, Kurt, ¿qué coño te pasa?

Una dosis suave o no.

Jeringuilla o pipa.

Sí, estaba enamorado.

Sí, cantaba como un ángel.

¿Pero heroína?

Que se jodieran.

Ni siquiera tenía fuerzas para quedarse en la habitación. Siempre salía a la calle cuando se ponían. Volvía para encontrarse con las miradas flotantes, las sonrisas que estaban en otra dimensión. Y tampoco tocaban mejor, aunque estaban convencidos de ello. Solo *se sentían* mejor, eso era lo único, la heroína no tenía nada que ver con la música que salía. Le gustaba más su voz cuando estaba limpia. ¿Y el portugués? Ni siquiera sabía dónde empezar. Nunca iba al compás. Siempre un poco por detrás. O un poco por delante.

«No, ya estaba harto».

«Lo dejaría después de Molde».

«Hasta aquí había llegado».

«Tenía otros proyectos en mente».

«De hecho, un montón de ellos».

«A fin de cuentas, era Kurt Wang».

Estaba delante del espejo del pasillo, después de que Nina y el portugués hubiesen desaparecido en dirección a la cocina otra vez, cogidos de la mano, la sonriente boca de ella contra la mejilla de él. Kurt se miró en el espejo, negó con la cabeza y se puso la bufanda alrededor del cuello. Menudo plan. La noche estaba fresca, pero no aguantaba ese olor. Heroína quemada sobre papel de aluminio. Que no, había estado a punto de vomitar la primera vez que el portugués había encendido el mechero bajo el papel de aluminio con el trozo marrón.

«Mierda».

Encendió un cigarrillo y sintió que ya se había decidido. Ya estaba cansado. Totalmente harto. Había que olvidarse de esa voz. Y también de su enamoramiento. Se le pasaría con el tiempo, ¿no era eso lo que decían? Ya habían transcurrido cinco años. Debería remitir en breve, ¿o no? Terminaría este ensayo y después llamaría a Mulle. Pondría en marcha el trío otra vez. Si contestaba su llamada, claro. Habían pasado ya cuatro meses desde la última vez que hablaron. Sería comprensible, naturalmente.

«Nina. Nina. Nina».

Su amigo había salido del local rabioso, echando humo.

Joder, menudo frío. Ya estaba oscuro. ¿No se suponía que había llegado la primavera? Kurt Wang metió las manos en las mangas del jersey y echó la colilla al suelo. De repente apareció una figura delante de él.

—Perdona, ¿eres... Kurt Wang?

Un joven de su edad estaba delante él, con la cara escondida bajo la enorme capucha de su anorak.

—¿Sí? —dijo Kurt y sacó la cajetilla de cigarrillos de la cazadora para encender otro.

«¿Cómo podía ese tío saber su nombre?».

«¿Sería un fan?».

Sonrió y sintió el calor, aunque había decidido hacía tiempo que no iba a pensar en esas cosas.

«La música ante todo».

—¿Dónde está tu saxo? —preguntó el hombre bajo la capucha y lo miró con curiosidad.

—¿Qué quieres decir? —contestó Kurt sonriendo.

Un fan, evidentemente. Estaba claro que no debería afectarle, pero se dio cuenta de que en ese momento le hacía sentirse bien. Ser reconocido. En la calle. Al final sí que había conseguido algo. Pero no, había tomado la decisión.

«Ya era suficiente».

—Lo tengo arriba, en el local de ensayo —dijo Kurt, todavía con una sonrisa en la cara—. No sé, ¿quieres un autógrafo o algo? Lo siento, pero ando un poco liado, así que...

—Está bien. Tengo uno que podemos usar —lo interrumpió el hombre bajo la capucha.

—¿A qué te refieres?

Hasta allí llegó.

De repente, Kurt notó algo húmedo en la cara.

—No es nada personal —dijo la voz, que de repente le llegaba desde muy lejos.

«¿Qué coño...?».

Kurt podía ver el cigarrillo con claridad, pero ya no estaba en su mano.

Tenía alas y estaba subiendo hacia la cuarta planta. Seguía humeando y dio unos golpes en la ventana para que le dejaran entrar en la cocina, y una vez dentro se mezcló con el papel de aluminio y se convirtió en una pipa de origami que le recordaba a un colibrí, posándose en un árbol lleno de miel y papel de lijar, que empezó a cantar a pleno pulmón.

Con labios que hablaban en portugués.

2

El teléfono despertó a Munch, que de repente no estuvo seguro de dónde se encontraba. Por un momento pensó que estaba de vuelta en su antigua casa de Røa, pero no tardó en darse cuenta de que solo había sido un sueño. Se había dormido en el sofá con la ropa puesta. Se había quedado trabajando en la oficina hasta tarde y no había tenido fuerzas para meterse en la cama. El reloj de la pared sobre la encimera marcaba las siete y cuarto. ¿Cuántas horas había dormido? ¿Tres? El teléfono dejó de sonar y después volvió a empezar. La pantalla mostraba el nombre de Anette Goli. Munch se incorporó, todavía medio dormido, y pulsó el botón verde.

—¿Estás despierto?

—Pues sí —dijo Munch, aclarándose la garganta.

Estiró la mano en busca de la cajetilla de cigarrillos que estaba sobre la mesa, pero luego se acordó de la promesa que se había hecho a sí mismo.

«Intenta no fumar antes del desayuno».

Dejarlo, a esas alturas, quedaba por completo descartado, pero podía intentar reducir un poco el consumo.

—He hablado con Wolfgang Ritter. Puede recibiros hoy, cuanto antes mejor.

Por la voz, parecía que Anette Goli llevaba mucho tiempo despierta.

—Vale —repuso Munch y se frotó los ojos.

—He llamado a Mia, ella ya está preparada. Por cierto, Mikkelson también me contestó.

—¿Y bien?

—Bueno, nos da todos los equipos que queramos. De hecho, por extraño que resulte, parecía que estaba dispuesto a ayudarnos con lo que fuese.

—Genial —dijo Munch, que ya empezaba a despertarse—. Asigna a Curry y a toda la gente que haga falta para peinar el bloque de pisos donde

vivía la víctima. Que llamen a todas las puertas. Sé que Kripos ya dio una vuelta por allí, pero quiero hablar de nuevo con todo el mundo, ¿vale?

—Lo haré —contestó Goli—. Por otra parte, Lillian Lund quiere volver a hablar contigo. ¿La llamas?

—De acuerdo. ¿Estás en la oficina?

—Sí. No conseguí volver a casa anoche.

—Me paso por allí luego —dijo Munch y colgó.

El corpulento investigador estiró los brazos hacia el techo. El sofá era demasiado duro. Tenía el cuerpo rígido. Tampoco estaba muy bien entrenado, la verdad. Tendría que intentar dormir en condiciones. Típico error de principiante. Un caso nuevo, trabajar las veinticuatro horas, olvidarse de dormir, olvidarse de comer. A esas alturas debería saber que casos como aquel no se resolvían de la noche a la mañana, más bien eran casi siempre una carrera de fondo.

Se tomó un tiempo para ducharse. Acababa de ponerse la ropa cuando sonó el teléfono otra vez. Munch se sorprendió al ver quién era.

¿Miriam?

Notó una vez más la familiar y punzante sensación de preocupación paternal. Una mancha oscura de miedo dentro de él que no terminaba de desaparecer.

¿Por qué llamaría a esas horas?

¿Había pasado algo?

—Hola, Miriam —dijo Munch con una sonrisa—. ¿Ya te has levantado?

Esperó pacientemente la respuesta. Sabía que le costaba formular las palabras, sacarlas de la boca de manera correcta.

—Todo... todo bien, papá. ¿Y... tú?

—Todo genial —contestó Munch y estiró resignado la mano en busca de un cigarrillo, después de todo. Tenía que agarrarse a algo.

Estaba muy orgulloso de ella, y le dolía oírla así. Estaba luchando contra los efectos de las lesiones, y era típico de ella, la chica independiente, no reconocer lo difícil que era. Y sobre todo le resultaba reconfortante escuchar como le llamaba «papá» otra vez. Durante muchos años habían tenido una mala relación, sin apenas hablarse. El odio que emanaba de sus ojos, las pocas veces que se veían. Tanto que había estado a punto de no dejarle ver a su nieta. Pero eso ya pertenecía al pasado. Gracias a Dios. Lo apreciaba más que el oro. ¿Pero oírla luchar de esta manera? Tuvo que tomarse un momento para recomponerse.

—¿Ayer hiciste ejercicio al final?

—El fisio... fisioterapeuta... vino a casa. Estoy... mejor, creo. Se me cansan... los brazos, pero tengo... tengo más fuerza en las... piernas.

—Qué bien —dijo Munch—. Muy bien, Miriam. Me alegro mucho. ¿Está Marion contigo?

—Está... dormida —tartamudeó su hija.

Munch notaba que le estaba costando hablar. En realidad quería que ella colgase, para que pudiera descansar, pero era evidente que había llamado para decirle algo, así que la dejó seguir.

—Me... ha dicho que ibas a comprarle un... ¿caballo?

—Sí, se lo he prometido, un caballito para sus muñecas —dijo Munch con rapidez.

—No debes... consentirle todo... lo que te pide, ¿vale? Estoy... intentando educarla para que... no sea tan... tan...

—Lo siento —la interrumpió Munch para que no tuviera que esforzarse en vano.

—Bueno, me parece... importante...

—Claro, Miriam. Haré un esfuerzo, te lo prometo. Solo que..., bueno, ya sabes que me cuesta decirle que no.

Miriam rio por lo bajo. A Munch le sentó bien oírlo. Sonrió y encendió el cigarrillo.

—Va... vale —continuó su hija—. Pero no te... he llamado por eso.

—¿No?

Llegó otra llamada. Ludvig Grønlie. Afortunadamente, había aprendido cómo rechazarlas sin colgarle el teléfono a la persona con la que estaba hablando. Holger Munch era de la antigua escuela y no se había comprado el smartphone hasta que no se había visto obligado a hacerlo.

—He... decidido que voy a casarme —dijo ella tranquilamente.

—¿Qué has dicho?

—Voy a casarme —repitió Miriam, pronunciando las palabras con más claridad—. Este verano.

—Ah, ¿sí? —dijo Munch—. ¿De verdad?

Miriam había estado comprometida con un médico de Sandefjord, el padre de Marion, su nieta. Desde fuera había parecido que era una buena relación, pero Munch no sabía mucho más, no tenía un trato muy cercano con el tipo. Ahora lo habían dejado y Marion pasaba una semana en cada casa. En realidad, Munch había protestado, no quería que la pequeña tuviera que vivir en dos casas, pero a la nieta no parecía importarle.

«Ay, abuelo, hoy en día todo el mundo tiene dos casas, ¿no lo sabías?».

Una niña precoz, naturalmente, igual que su madre.

«No, no lo sabía, Marion».

«Ahora es algo totalmente normal, abuelo, y es porque así celebras dos veces tu cumpleaños y recibes el doble de regalos en Navidad, y es el rey quien lo ha decidido».

«¿En serio? Es muy bueno este rey, ¿no?».

«Sí, ¿verdad? Vive en el castillo e izan la bandera para que todo el mundo sepa que está en casa y no en su cabaña en el monte».

«Es listo también, entonces».

«Sí, el rey es muy listo. No tiene ningún trabajo, no hace más que saludar a la gente desde el balcón. ¿Puedes regalarme un caballo, abuelo?».

«¿Un caballo? ¿Dónde vas a guardar un caballo?».

«¡No es para mí, abuelo! Es para la Barbie, no puede tener ropa de montar a caballo sin tener un caballo, ¿a que no?».

«No, claro, es evidente que no».

—No te... estoy pidiendo permiso, papá. Solo quería avisarte, ¿vale?

Con o sin heridas gravísimas, su hija seguía siendo la misma de siempre. Nadie iba a decirle lo que tenía que hacer.

—Claro, claro —contestó Munch—. Entonces, ¿con quién...?

—Por eso quería... contártelo. Quiero que... lo conozcas. Se llama Ziggy, y me hace muy feliz —dijo Miriam.

Munch podía notar que a su hija le faltaba el aliento.

—Enhorabuena, Miriam, me alegro mucho.

—¿De verdad?

—Pues claro. ¿Irás de blanco? ¿Puedo llevarte al altar?

La hija soltó una risita.

—Habrá que... verlo. Queremos... hacerlo aquí, en el jardín de casa.

—Yo te llevaré, Miriam, lo hagas donde lo hagas. ¿Vale?

Hubo un rato de silencio.

—Gracias, papá. Yo... lo valoro mucho —dijo su hija al final.

—Ahora tienes que descansar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Me alegro de lo de este Ziggy. Os iré a ver en cuanto pueda. En este momento ando bastante liado, pero dentro de unos días, ¿vale?

—Gracias.

—Ahora descansa. Nos veremos en breve.

—Vale, papá. Que... te vaya bien.

—Igualmente, Miriam.

Munch acababa de colgar cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—¿Vamos juntos?

—Claro, sin problema —dijo Munch—. ¿Vienes tú?

—Estaré en diez minutos —contestó Mia y colgó.

Samantha Berg, de treinta y seis años, había soñado que se casaba. Todo había salido fabulosamente, había sido tan increíblemente satisfactorio que cuando se despertó y se dio cuenta de que estaba en su cama, todavía sola, había pensado en tomarse otra pastilla para dormir. Cerrar los ojos. Volver a acurrucarse bajo el cálido nórdico. «Volver a la playa de arena blanca».

Por Dios, todo había sido totalmente perfecto. Justo como se lo había imaginado. Caminando descalza sobre la arena. El vestido blanco, ondeando al viento. La música de fondo. Un ramo de flores como los de las películas americanas. Y allí había estado él. El príncipe. Samantha no estaba segura de quién había sido esta vez, pero le había recordado un poco a Brad Pitt. Mucho más joven, claro está, y perfectamente vestido, con ojos azules que brillaban mientras esperaba su llegada. Con un anillo en la mano. Cómo la habían mirado, todos los invitados, con admiración y envidia. En un lado, la familia y amigos de él. En el otro, la familia y amigos de ella. También había estado Laila Bekkevag, esa horrible persona, su vieja amiga del colegio que siempre colgaba fotos en Facebook de su perfecta vida familiar, y siempre se lo recordaba cuando se veían.

—¿Estás todavía sola, Samantha? Pobrecita, debe de ser horrible, tú, que siempre has querido tener marido e hijos. En fin, por lo menos tienes el gato.

Las otras amigas de su grupo no eran tan horribles, pero también lo veía en sus ojos.

La compasión. Se compadecían de ella.

«Ay, ¿por qué nunca le tocaba a ella? Tampoco era mucho lo que pedía».

El pastor había sido un hombre mayor que le había recordado un poco a su abuelo, con una voz rasposa, una gran barba blanca y una sonrisa que llegaba hasta la eternidad.

«Samantha, ¿quieres a este hombre que está junto a ti? ¿Prometes quererlo para siempre, en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte os separe?».

Había tenido ganas de gritarlo en alto. «¡Sí, sí, sí!». Pero se había reprimido, claro está, solo se había ruborizado un poco y lo había dicho en voz baja, «Sí», tal y como correspondía a una jovencita. Le había guiñado un ojo seductoramente mientras él le ponía el anillo de diamantes en su fino dedo. Había cerrado los ojos cuando él se inclinaba, envueltos los dos en el ligero aire de verano, para besarla. Había sido maravilloso. El calor que recorría su cuerpo al sentir los fuertes brazos rodeándola, los labios contra los suyos.

El frío de las baldosas del baño cuando abrió el armario para sacar el frasco con las pastillas para dormir, el frío helador bajo sus pies; eso fue lo que la había despertado. El sueño había desaparecido, ya no podía volver a él por mucho que lo intentase, así que había devuelto el frasco a su sitio y se había ido a la cocina para prepararse el desayuno, como siempre.

«¿Era aburrida, ella?».

«¿Era por eso por lo que nadie la quería?».

Hacía lo mismo todos los días, eso era verdad, pero tampoco importaba tanto, ¿no? A ella le gustaban sus rutinas. Era más fácil así. Los días se sucedían mejor con un plan definido. Levantarse a las siete y media cuando sonaba el despertador. Entrar en la cocina y encender la radio. Preparar el desayuno, normalmente pan duro para ella y atún para la gata, Rebekka. Luego se daba una ducha y después, cuando se había secado concienzudamente, entraba en la habitación para vestirse. Nada demasiado extravagante, pero sí con clase. Ella era la que vendía los vestidos, no la que se casaba, así que tenía que ser discreta. No podía competir con las clientas, pero sí debía irradiar buen gusto y elegancia. No era fácil, claro está, teniendo en cuenta su limitado presupuesto, pero de una manera u otra siempre lo conseguía. Hacía ya bastante tiempo que no se quejaban de su forma de vestir en el trabajo, y ella lo tomaba como una buena señal.

Vestidos de Novias, S. A., en la calle Prinsensgate.

Allí era donde trabajaba.

Había oído como sus amigas chismeaban la última vez que habían salido. Laila Bekkevåg, inclinada hacia delante con su asquerosa sonrisa, cuando Samantha volvía de la barra con las copas.

—Trabaja en una tienda de novias, pero es incapaz de encontrar pareja, el destino a veces es muy irónico.

—¿Es verdad que está en la cárcel?

—¿Quién?

—El tío con el que se había comprometido.

—Por Dios, qué mala suerte tiene.

Samantha Berg bajó del metro en la plaza Jernbanetorget y pensó en la posibilidad de reactivar su perfil en *El lugar de encuentro* otra vez. Lo había intentado en Tinder, un poco, pero no era lo suyo *para nada*. No había encontrado mucho que le interesara, y los que se habían puesto en contacto con ella..., bueno, por decirlo de manera sencilla, solo buscaban una cosa.

Mala suerte.

«¿Quizá no fuera más que eso?».

Samantha introdujo la llave en la puerta y desactivó la alarma. Un mundo de vestidos de novia. Era consciente de ello, la verdad era que le gustaba su trabajo, dijeran lo que dijeren sus amigas. Le gustaba caminar por el lujoso local todo el día, rodeada de esas bellas creaciones. Daba lo mismo que todavía no le hubiese tocado. Ya llegaría su turno, seguro que sí. Había que tener paciencia, nada más.

Podría subir algunas fotos nuevas esta vez. Se había sacado algunas en el parque Frognerparken, un día que salió a pasear con Rebekka, en las que no se le veía el cuerpo entero, y habían salido bastante bien. No había que rendirse. «El que quiere, puede. No hay mal que por bien no venga». Eso era ley de vida, ¿no?

Sonrió ante sus propios pensamientos, colgó el abrigo en la trastienda y justo estaba volviendo a la tienda cuando sonó el timbre de la puerta. La primera clienta del día. Una chica joven de pelo rubio bajo una gorra verde entró en la tienda. Otra futura novia. Samantha se alegró solo con pensarlo.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte?

La joven la miró nerviosamente bajo la visera de la gorra.

—Venía a comprar un..., bueno, un vestido de novia.

—Has venido al lugar adecuado. ¿Tenías en mente algo especial?

La chica se quedó clavada en el suelo, pensativa.

Siempre pasaba lo mismo.

Había muchísimas cosas para elegir. Claro que resultaba difícil. A ella misma le costaría.

—Tengo un presupuesto de unas diez mil coronas —dijo la chica.

Samantha volvió a sonreír. No era muy común empezar con el precio, pero ella lo entendía. Había visto a muchas chicas regresar a los probadores, cabizbajas y con cara de decepción, después de enterarse de cuánto costaba el vestido de sus sueños, del que acababan de enamorarse.

—Daré para bastantes cosas. ¿Algún diseño especial? ¿Clásico? ¿Más moderno? Nos han llegado algunas novedades de Rosa Clará que a mí personalmente me parecen absolutamente fantásticas. Son de corte tradicional, pero a la vez frescos, con unas líneas muy limpias. Siempre lo he dicho, y lo mantengo, que los vestidos de novia españoles son los más bonitos. ¿Algo así, quizá? ¿Cómo lo ves?

Samantha llevó a la chica a la sección de Rosa Clará y sacó uno de los vestidos.

—Este me gusta mucho. Es...

—Sí, es bonito. Me lo llevo.

La chica de la gorra verde asintió brevemente con la cabeza y se quedó mirando por el cristal del escaparate.

«¿Qué le pasaba en el pelo?».

«¿No parecía muy extraño?».

—¿Qué quieres decir? ¿No deseas probártelo?

—No, no es necesario.

«¿Era una peluca?».

—¿Estás segura? Quiero decir, al fin y al cabo es importante que...

—Me lo llevo —dijo la chica otra vez—. ¿Cuánto?

—El precio es de ocho mil cuatrocientas, y otras mil seiscientas para el sastre. Puede parecer bastante dinero, pero es importante que te quede perfectamente en un día tan especial, ¿no crees?

—Me lo llevo.

—Muy bien —dijo Samantha, sorprendida—. Parece que te puede quedar bien. Lo mejor es que te lo pruebes, claro, los probadores están justo allí, al fondo, estaría encantada de ayudarte.

—¿Cuánto has dicho que cuesta?

La chica de la peluca ya estaba esperando en la caja.

—Ocho mil cuatrocientas. Lo dicho, si quieres...

—¿Puedo pagar con billetes?

—¿Qué quieres decir?

—En efectivo.

La chica la estaba mirando a los ojos. Samantha había visto muchas miradas en ese lugar. Ojos que brillaban de alegría y expectación, pero nunca había visto una mirada como esa.

La joven parecía casi asustada.

—¿Entonces te lo meto tal cual en una bolsa?

—Sí, muy bien —dijo la chica e introdujo la mano en el bolso.

Sacó un fajo de billetes. Contó el dinero con dedos temblorosos y puso los billetes sobre el mostrador.

—¿Apunto algún nombre?

—No —contestó la chica.

—Quiero decir, si es necesario hacer algún...

—No, está bien —la interrumpió la chica y cogió la gran bolsa blanca.

—Si hubiera cualquier cosa, vuelves y te ayudamos, ¿vale? En fin, podemos hacer los arreglos que hagan falta.

Dejó de hablar, porque se había quedado sola. La chica de la gorra verde ya estaba saliendo por la puerta.

Samantha negó con la cabeza, entró en la trastienda y se sirvió una taza de café.

«¿Debería hacerlo? ¿Ahora?».

«¿Crear otro perfil?».

En realidad no tenía permiso, así eran las normas, no podía usar ni el teléfono ni el ordenador durante el horario de trabajo, pero ¿acaso no acababa de vender un vestido?

¿A las diez y cuarto de la mañana?

¿Un Rosa Clará?

¿En menos de una hora?

«Narices, eso tenía que significar algo».

Samantha sacó el teléfono de su bolso, volvió al mostrador con una sonrisa ensimismada y comenzó a pensar en cómo debía presentarse esta vez.

El hospital psiquiátrico de Blakstad. Ese monumento amarillo a media hora de viaje de la ciudad. Los árboles y el parque que lo rodeaban. El inmenso mar. Una vez que Mia estuvo en el Lorry, hacía ya mucho tiempo, había oído una conversación en la mesa de al lado.

—¿Por qué los locos siempre se quedan con las mejores vistas? Quiero decir, vayas donde vayas en este país, pasa lo mismo. Bergen. Trondheim. Esta ciudad. Las mejores propiedades inmobiliarias. ¿Acaso no les da igual? Si pasan todo el día encerrados. Dará lo mismo donde estén, ¿no? Imagínate lo que podríamos hacer con esas fincas.

Mia salió del coche y mientras caminaba junto a Munch hacia el macizo complejo no pudo evitar pensar que tenía razón. El psiquiátrico de Blakstad estaba situado en un lugar digno de la realeza.

—Aquí es médico jefe, y además tiene una consulta privada en Oslo —dijo Munch y tiró la colilla.

Mia metió la mano en el bolsillo en busca de otra pastilla.

—Es bastante común, ¿no?

—Puede ser —murmuró Munch.

—O sea, ¿que ella era paciente de aquí? —dijo Mia mientras se acercaban al monumental edificio.

—Creo que no —contestó Munch—. Tengo entendido que en la consulta privada. ¿Cuánto crees que gana esta gente?

—¿Qué quieres decir?

—¿Un sueldo del Estado, siendo médico jefe en un lugar como este? ¿Y además con una consulta privada? ¿Es legal, eso? Quiero decir, se ve que sí, pero aun así.

Negó con la cabeza e introdujo la mano en la trenca para sacar otro cigarrillo. Cambió de idea después de recorrer la mitad del camino y volvió a

dejarlo en el bolsillo. Una enfermera con el pelo pulcramente recogido en una cola de caballo y una tarjeta colgada del cuello los dejó pasar y entraron en el edificio.

Mia se había imaginado a un psiquiatra alemán clásico, alto y con barba, gafas, chaqueta de tweed y una pipa en la mano, pero Wolfgang Ritter no correspondía con las expectativas generadas por su nombre. El hombre del otro lado del escritorio era delgado como un alfiler, tenía un aire femenino y hablaba en voz tan baja que Mia tenía que acercarse mucho para oír lo que decía. El psiquiatra llevaba un pulóver marrón de cuello alto que podría tener unos treinta años, y el resto de su vestimenta, y la habitación en general, le indicaba a Mia que este era un hombre que estaba más pendiente de asuntos de índole espiritual que del aspecto de su entorno más inmediato. En una de las ventanas había una lámpara de lava con globos de cera rosa, y el reloj de la pared tenía toda la pinta de ser de los años setenta, lo cual era lo único que lo asociaba a la imagen de Doctor LSD, si era así como lo llamaban.

—Es una tragedia, una auténtica tragedia —dijo Ritter en voz baja—. Vivian era una princesa. Era realmente única.

—Lamentamos lo ocurrido —comentó Munch.

—Su madre estará destrozada, me imagino —murmuró Ritter, y se subió las gafas de montura de acero un poco sobre la nariz.

Era una observación extraña, pero Mia lo dejó estar.

—Siento ir al grano de esta manera, pero tenemos muchas cosas entre manos —dijo Mia—. ¿Qué clase de diagnóstico tenía Vivian?

—Diagnóstico, enfermedad, normalidad, ¿qué significa eso en realidad? —contestó Ritter y se echó hacia atrás en la silla—. En primer lugar somos seres humanos, ¿no creen? Algunos tienen la mochila más cargada que otros, claro está, ¿pero eso significa que debemos ponernos etiquetas?

Munch miró de reojo a Mia, quien entendió perfectamente lo que le quería transmitir. Por su manera de hablar, parecía que Ritter habitaba en otro sistema solar.

—Ziprasidona y sertralina —dijo Munch y sacó una nota del bolsillo—. Lo tomaría para algo, ¿no? ¿Fue usted quien se lo recetó?

Munch pasó la nota sobre el desordenado escritorio. Ritter sujetó las gafas con una mano y echó un breve vistazo a la nota antes de encogerse levemente de hombros. Volvió a recostarse en la silla.

—Todos necesitamos un poco de ayuda, ¿no es así? Un diabético necesita insulina. Un niño toma pastillas de flúor. Eso no es algo que la naturaleza nos regale libremente, ¿verdad?

—Creo que no nos está entendiendo —dijo Mia con tranquilidad—. No estamos tratando de meter a nadie en el trullo. Solo estamos intentando hacernos una idea general de quién era Vivian. Una chavala de veintidós años no toma medicamentos tan potentes porque le dé la gana, ¿no?

Wolfgang Ritter se quedó callado un momento, contemplándolos a través de los cristales de las gafas.

—Vivian Berg tenía algo que llamamos trastorno de identidad disociativo —dijo al final—. Provocado por una madre que no era capaz de ocuparse de ella. Empezó ya cuando era pequeña, debido a la necesidad del alma de desaparecer en otra dimensión ante una realidad difícil a la que no puede hacer frente. ¿Se refería a eso? ¿Era eso lo que quería oír?

Meneó la cabeza de manera casi imperceptible y lanzó una mirada altiva a Mia.

«Sé lo que hago, por si tenías dudas».

—¿Alteración...? —dijo Munch.

—Trastorno de identidad disociativo —precisó Ritter—. A menudo se confunde con la esquizofrenia, lo cual lleva a que muchos pacientes no reciban el tratamiento adecuado, pero no era el caso de Vivian aquí, naturalmente. Quiero pensar que sé lo que hago. Vivian estaba mejorando rápidamente. Con casi cada visita se notaba el progreso. Resulta trágico, sobra decirlo, que no le diera tiempo a curarse por completo.

—¿Estuvo ingresada aquí? —quiso saber Munch.

—No, en Blakstad no. Era paciente de mi consulta.

—¿Tenía personalidad múltiple? —preguntó Mia con curiosidad.

—Sí, y por eso los diagnósticos a menudo se confunden —afirmó Ritter—. Son condiciones muy parecidas. Los síntomas pueden ser idénticos. Un control reducido sobre los impulsos, inestabilidad emocional, autolesiones, desrealización...

—Desrea...

—Pérdida del sentido de la realidad —aclaró Ritter con una sonrisa.

Munch lanzó una breve mirada a Mia.

—¿Tenía problemas a la hora de identificar lo que era real en su alrededor?

—Así es —asintió Ritter—. Algo que, naturalmente, provoca dificultades para integrarse en el mundo real. En el entorno profesional, familiar, social.

—¿Entonces ella creía que era otra persona? —dijo Mia.

Ritter asintió con la cabeza.

—¿Quién?

Ritter vaciló un poco antes de hablar.

—Oigan, sé que tienen acceso a su historial, pero aun así me parece que... —se quitó las gafas— que no debo hablar de esas cosas, ¿me entienden?

—¿Prefiere que enviemos un técnico para sacar la información directamente de su ordenador?

Mia se arrepintió un poco del tono duro, pero estaba cansada y no tenía tiempo para andar negociando.

—Por supuesto que no —respondió Ritter—. Pero aun así...

—Lo entendemos —intervino Munch—. Pero nos sería de gran ayuda, así que si puede...

—Un hombre —dijo Ritter en voz baja.

—¿Un qué?

—Vivian creía, de vez en cuando, que era un hombre.

—¿Por qué un hombre? —se sorprendió Munch.

—Ni idea —repuso Ritter, encogiéndose de hombros levemente.

Hubo un silencio en la habitación.

—Necesitaba alguien a quien considerase más fuerte que ella —dijo Mia al final.

Se dio cuenta de que Ritter reaccionaba; no se había esperado semejante respuesta.

—Esa podría ser una de las teorías —convino el psiquiatra y se metió el extremo de una de las patillas de las gafas en la boca—. Se supone que los fenómenos disociativos surgen como una reacción de defensa, bien durante, bien después de una experiencia traumática. Se supone que el factor etiológico más importante son los abusos sexuales o físicos serios y sostenidos. Cuanto antes ocurren en la vida de una persona, más agudos se vuelven los síntomas.

—¿Entonces Vivian sufrió abusos? —preguntó Munch.

—No, no he dicho eso —murmuró Ritter.

—¿Por qué, entonces, tenía esa...?

Munch se giró hacia Mia.

—Trastorno de identidad disociativo —dijo Mia, pronunciando las palabras lentamente. Ritter la había retado a una absurda competición y a Mia le hubiese gustado no ser tan infantil como para meterse con él, pero había algo en aquella mirada ofendida que la obligaba a seguir—. No sufrió abusos. Le llegó por la vía asociativa —concluyó lacónicamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Munch.

—Raymond Greger —contestó Mia.

—¿Sí? —murmuró Munch, confuso.

—Diría que Karoline Berg sufrió algún tipo de abuso a manos de su hermanastro y que ella hizo partícipe a su hija de su dolor. Pasa a menudo, ¿verdad, *doctor*? ¿Entre las madres solteras y sus hijas? ¿Los roles se vuelven difusos? ¿La que se supone que debe cuidar de ti no hace bien su trabajo?

Si Ritter estaba impresionado no lo mostraba, pero, cuando habló, Mia se dio cuenta de que su tono había cambiado.

—Vivian Berg no fue víctima de abusos —dijo en voz baja—. Eso sí, creció en un entorno de inseguridad donde tenía esa impresión. Ocurre más a menudo de lo que uno puede pensar. Los niños admiran a sus padres de un modo que en realidad no nos merecemos. Tienen personalidades frágiles y, si no estás pendiente, pueden buscar rápidamente un hueco para esconderse si no se sienten seguros. Suelo decir que esa es la razón por la que no creo en ningún dios. Si hubiese existido tal cosa, la deidad en cuestión habría creado una raza que para valerse por sí misma no hubiese necesitado ayuda durante sus primeros veinte años de vida ni hubiera sido tan vulnerable, ¿no creen?

—¿Entonces, uno se esconde en su propia cabeza? —dijo Munch.

—Uno se esconde. Desaparece. Busca ayuda —confirmó Ritter sonriendo.

—Pero —continuó Munch—, si estaba gravemente enferma, ¿por qué no fue ingresada para recibir tratamiento?

—Hablamos de ello, naturalmente —contestó Ritter—. Pero el ballet era muy importante para ella. Mientras viniera a verme con regularidad podíamos mantenerlo a raya.

—¿Estaba mejorando?

—Sin lugar a dudas. Las pastillas ayudaban algo, pero lo más importante era mantener la distancia, claro está.

—¿La distancia? —dijo Munch, pero se dio cuenta de cuál era la respuesta mientras formulaba la pregunta—. ¿De su madre?

—Así es —asintió Ritter—. Mantener una distancia física del problema no lo es todo, evidentemente, pero es más importante de lo que uno podría pensar.

—¿Ella lo sabía? —preguntó Mia.

—¿Qué quiere decir?

—Vivian. Cuando vino, ¿era consciente de su enfermedad?

—En parte, sí —dijo Ritter—. En realidad vino para recibir tratamiento por los síntomas, ahí es donde suele empezar todo.

—¿Y los síntomas eran...?

—Trastornos alimenticios, sobre todo, pero eso es algo muy común en su profesión, así que tardé un tiempo en darme cuenta de cuál era el verdadero problema.

Mia ya percibía cierto orgullo en su voz.

—¿Muchos de sus pacientes tienen ese problema?

—Lo siento, pero no puedo hablar de otros pacientes —contestó Ritter con una sonrisa, y otra vez con esa mirada un poco altiva.

—No hablo de casos concretos, sino... —insistió Mia.

—Lo dicho. El papel que les he firmado solo da acceso al historial de Vivian.

—¿Hablabas mucho sobre su madre? —quiso saber Munch.

—Al principio, no. Pero con el tiempo sí lo hizo, naturalmente. Teníamos que sacar el tema. Le resultaba doloroso, desde luego. Quería a su madre más que a cualquier otra persona en este mundo. Es difícil, ¿verdad? Cuando das cuenta de que en realidad es esa persona la que más daño te ha hecho.

—¿Alguna vez habló de Raymond Greger?

—Sí, desde luego, varias veces.

—¿De qué manera?

—Bueno, con ira, con desesperación. Sabía todo lo que su madre le había contado. Se habló de la posibilidad de matarlo.

—¿Matarlo?

—Sí, naturalmente. Se lo recomiendo a todos mis pacientes.

—¿A qué se refiere? —dijo Munch, lanzando una breve mirada a Mia.

—No en sentido literal, evidentemente —puntualizó Ritter con una sonrisa y se quitó las gafas otra vez—. Pero es una parte importante de mi terapia.

—¿Matar?

Ritter se rio un poco.

—Es una buena manera de deshacernos del animal que llevamos dentro y que no alcanzamos de otra manera, ¿no le parece? Es un método que me ha proporcionado grandes éxitos, modestia aparte.

—¿Y cómo se lleva a cabo, si se puede saber? —preguntó Munch con curiosidad.

—¿Cómo matamos al animal?

—¿Sí?

Ritter volvió a sonreír levemente.

—Bueno, hay distintas maneras. Algunas veces mediante juegos de rol. Otras veces los pacientes lo escriben. Hay gente que lo dibuja. Depende por

completo de lo que más le convenga a la persona en cuestión.

—¿Y qué fue lo que hizo Vivian? —dijo Mia.

Ritter se quedó callado un momento.

—No llegamos tan lejos, pero estuvimos muy cerca. Quería realizar una coreografía.

—¿Una danza... macabra? —preguntó Munch, frunciendo la nariz.

—Nunca la vio bailar, ¿verdad? —dijo Ritter.

—No —respondió Munch.

—¿Usted sí? —quiso saber Mia.

—Sí, varias veces. Ella era..., no sé cómo decirlo. Completamente única. Sublime. Es una auténtica pérdida para el mundo que ya no esté. Podría haber llegado hasta donde hubiera querido. Verla encima de un escenario era..., bueno, resultaba casi indescriptible.

Munch volvió a mirar a Mia, y ella se dio cuenta una vez más de qué quería transmitirle.

El teléfono que estaba sobre la mesa ya llevaba un rato vibrando. Esta vez, Ritter se puso las gafas y lo miró.

—Lo siento, pero tengo que dejarlos. Algunos de mis pacientes..., bueno, tengo que ocuparme de ellos, si me entienden.

—Gracias, es todo de momento —dijo Munch y se levantó—. ¿Puede enviarnos todo lo que tiene por escrito?

—Mi secretaria se ocupará de ello —contestó Ritter y les dio la mano—. Si necesitan cualquier otra cosa pueden llamarla.

—¿Qué opinas? —dijo Munch cuando estaban de nuevo en el aparcamiento.

—Las piezas van encajando poco a poco, ¿verdad? —respondió Mia y sacó otra pastilla de su cazadora.

Munch encendió un cigarrillo y la lluvia empezó a caer sobre ellos una vez más en esta primavera de Oslo que no terminaba de arrancar.

—¿Raymond Greger?

—Tenemos que encontrarlo —asintió Mia.

—Estoy de acuerdo. Llamaré a Larvik y les diré que movilicen a más gente. ¿Tienes hambre?

—No me importaría comer algo.

—Bien. No puedo pensar con la tripa vacía. ¿Una hamburguesa?

—¿Tal vez algo más sano?

—La vio bailar...

—Ya lo sé —dijo Mia.

—¿Has tenido la misma sensación que yo?

—Sí. ¿Lo presionamos un poco?

—Nos lo pensamos —contestó Munch y la adelantó para dirigirse al coche cuando sonó su móvil.

Ella lo vio en su cara.

Tardó un buen rato en colgar.

—¿Dónde?

—Un hotel en Gamlebyen.

—¿Está relacionado? —dijo Mia y abrió la puerta del coche apresuradamente.

Munch no contestó, se limitó a asentir con la cabeza con una mirada oscura mientras ocupaba el asiento del conductor.

El hotel Lundberg estaba al fondo de una callejuela de Gamlebyen con las vías de tren como vecino más próximo, y no se parecía mucho a un hotel. Solo la letra O seguía iluminada en el viejo rótulo de neón, y en un aviso en la puerta, escrito a mano, ponía SOLO PAGOS EN EFECTIVO, lo cual decía bastante sobre la clientela habitual del desgastado local. Las patrullas que habían acudido al lugar del crimen habían cortado la estrecha calle y Mia vio que los medios de comunicación ya estaban en camino. Una multitud de excitadas hormigas se amontonaban detrás de las barreras cuando entraron por la oxidada puerta. Anette Goli, ligeramente estresada, les salió al encuentro en la sucia recepción.

—¿Sabemos quién es? —dijo Munch, desabotonándose la trenca.

—En el carné de identidad pone que su nombre es Kurt Wang —contestó Anette—. Nos han dicho que es músico de jazz, pero estamos comprobándolo.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó Mia con curiosidad.

—El recepcionista —repuso Anette con un gesto de cabeza hacia la habitación detrás del mostrador, donde un hombre mayor estaba sujetando una taza de café con dedos temblorosos.

—¿Muchos huéspedes?

—No —respondió Goli—. Un yonqui en la habitación número tres y una chica bosnia, que niega ser prostituta, en la cinco.

—¿Siguen aquí? —quiso saber Munch.

—De momento no los dejamos salir de sus habitaciones —contestó Anette.

—¿Cuántas hay? —preguntó Mia.

—Diez. La víctima está en la nueve —dijo Anette y les enseñó el camino por el pasillo.

Se encontraron con un técnico forense que les dio unos guantes de látex azul a cada uno.

—¿Y los pies? —dijo Munch, señalando sus zapatos.

—No importa —murmuró el técnico y salió de la habitación.

Se dieron cuenta de lo que había querido decir cuando llegaron al marco de la puerta. El suelo ya no era nuevo, por expresarlo de una manera suave, y unas huellas en la moqueta, medio podrida, no iban a marcar ninguna diferencia.

—¿Nos dais un momento, por favor? —pidió Anette.

Los tres técnicos salieron de la habitación.

—Mierda —dijo Munch cuando entraron y vieron el cuerpo tendido sobre la cama.

—La misma cámara —comentó Goli con un gesto de cabeza hacia el trípode donde estaba montada—. Una Nikon E300. ¿Será importante?

La pregunta era para Mia, pero no escuchaba. Hacía tiempo que no estaba en un lugar del crimen. Ya casi se le había olvidado cómo era. En los últimos años se había escondido tras las fotografías. Las había usado como escudo, pero esta vez no. Notó como se le iba metiendo bajo la piel.

«La oscuridad».

—El teléfono de la mesilla —oyó la voz de Anette desde lejos—. Era de la víctima, y estaba programado a través de Spotify para poner la misma canción una y otra vez. Eso fue lo que alertó al recepcionista. Parece que las paredes son bastante finas.

—¿Qué canción?

Era Munch, hablando desde cerca a través de la niebla.

—John Coltrane. *My Favorite Things*.

Mia respiró hondo. Encontró una pastilla en el bolsillo de la cazadora y la usó como siempre había hecho, como una maniobra de distracción. Era un truco que había aprendido de un psicólogo. «El sabor salado en la lengua. Te protege. Representa algo bueno. Algo bonito. ¿Lo notas, Mia? ¿Lo consigues?».

—¿*My Favorite Things*? —dijo Munch.

—Sí —confirmó Anette.

—¿Significa algo?

—Por supuesto —susurró Mia—. Todo lo que hace significa algo. Nada ocurre por casualidad.

—¿Entonces ese texto de la pared es nuevo?

Goli señaló la pared, donde alguien había escrito un mensaje con un rotulador negro sobre el dibujo florido del papel de pared, encima de la cama.

WATCH WHAT I CAN DO.

«Mira lo que sé hacer».

—Sin lugar a dudas —contestó Mia, tratando de recomponerse.

Hasta el momento apenas había mirado la cama, por miedo a cómo podría afectarle, pero ahora posó la mirada sobre el cadáver.

Un joven.

De unos veinticuatro o veinticinco años.

A su lado, un saxo.

Tenía los zapatos puestos. Y la cazadora también.

Los ojos estaban abiertos.

La expresión era de terror.

Los puños, cerrados con fuerza.

Como si hubiese querido defenderse pero no hubiera podido hacerlo.

—¿Qué crees que significa? —murmuró Anette—. ¿El mensaje?

—Es de *Bambi* —respondió Mia y se acercó a la cámara, que estaba montada sobre un trípode de tres patas y girada hacia el pálido joven de la cama.

—¿De dónde? —dijo Munch, inseguro.

—*Bambi* —repitió Mia y acercó el ojo a la lente—. Lo dice el conejo. El que se desliza sobre el hielo.

—Pero no puede...

La voz de Munch volvió a desaparecer entre las brumas.

Había tenido la sensación ya en el laboratorio de los forenses, pero en aquella ocasión había conseguido apartarla. Un número inscrito en la lente. Podría ser casualidad, ¿no? ¿Algo que ya estaba allí? En una lente antigua, usada. No tenía por qué significar nada, ¿verdad?

Mia metió la mano en el bolsillo para sacar otra pastilla en el momento en que sus ojos encontraron lo que estaba buscando, pero habrían preferido no ver.

«Otro número».

«El siete».

—Las mismas heridas en la boca —dijo Munch desde la distancia, señalando con un dedo azul—. ¿Ya hemos examinado el pecho? ¿Hay señales de pinchazos?

—He pensado que deberíamos esperar a los médicos forenses —dijo Anette, que seguía en la niebla—. Están en camino. Acabo de hablar con

Lund.

—Un nuevo número —murmuró Mia y respiró hondo.

Los otros dos la miraron.

—¿En la lente? —dijo Munch, flotando sobre el suelo.

Mia asintió con la cabeza.

—Joder —dijo Munch desde su posición detrás de la cámara—. Siete. ¿Cuatro? ¿Siete? ¿Qué coño se supone que significa esto? ¿Qué piensas, Mia?

El suelo sucio ya comenzaba a moverse, mezclándose con las descoloridas flores de la pared, y la mareaba.

—No estoy segura —repuso Mia, mordiéndose el labio.

—¿Estás bien?

—¿Qué?

Ahora los dos la estaban mirando. Los lejanos ojos parecían raros en medio de la niebla.

—Necesito pensar un poco —dijo Mia, encaminándose hacia la puerta—. ¿Os ocupáis del recepcionista?

—¿Qué? Sí, sí, claro. ¿Te marchas?

—Tengo que ordenar las ideas un poco —murmuró Mia y se quitó los guantes.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo Munch.

Frunció las cejas y se acercó al joven de la cama otra vez.

—¿La misma canción una y otra vez en el teléfono?

—Así es —asintió Goli.

—Os llamo —susurró Mia y salió del edificio, respirando el aire fresco de la calle.

Cómo lo hacemos? —dijo Anette cuando Mia salió de la habitación.

—¿A qué te refieres? ¿La prensa? —preguntó Munch.

Uno de los técnicos forenses metió la cabeza por la puerta, pero Munch le pidió que esperase.

—Sí —contestó Goli—. Una víctima es una cosa. Dos ya son algo muy diferente. Creo que deberíamos hacer algún tipo de declaración.

—Organiza una rueda de prensa —ordenó Munch y suspiró—. Pero no vamos a decir nada sobre posibles conexiones. Todavía no. Por razones técnicas de la investigación y un largo etcétera. Ya sabes cómo va el tema.

—¿Y Mikkelson? —dijo Anette.

—¿Ya te ha dado un toque?

—¿Tú qué crees? —respondió Anette suspirando, y al momento su teléfono se puso a vibrar en el bolsillo otra vez—. Lo de siempre. ¿Creemos que se trata de un asesino en serie? ¿Munch ya está preparado para hacer frente a la investigación? ¿Mentalmente, Mia está en condiciones de trabajar?

—¿Otra vez? ¿Cuándo lo dejará?

—¿Sabes que ingresó en una clínica? —dijo Anette en voz baja—. ¿Para desintoxicarse?

—Sé que se encuentra mucho mejor y que tiene un aspecto cojonudo, sí. ¿Qué quieres decir con desintoxicarse?

—La clínica Vitkoff, en la costa de Jæren —contestó Anette—. Ingresó en enero y se quedó un mes.

—Pues genial, ¿no? ¿Y qué?

Munch ya podía sentir la irritación. Siempre lo mismo. Mikkelson. Cuando Mia resolvía sus casos y conseguía que la prensa lo elevase a la categoría de héroe, entonces nunca había problemas. ¿Y ahora él? ¿Se suponía que él tampoco estaba en condiciones de hacer su trabajo?

—Bueno, no lo sé —repuso Anette—. La acabas de ver, ¿no? Puede que no esté en plenas facultades.

—Mia estará bien —gruñó Munch, y le entraron unas repentinas ganas de fumarse un cigarrillo.

—¿Y tú? —preguntó Anette con amabilidad.

—¿Yo? ¿Qué me pasa a mí?

—Todos lo entenderían si dijeras que estás saturado. Han sido dos asesinatos en muy poco tiempo. Y lo de Miriam también pasó hace poco.

—¿De qué lado estás, dices?

—Del tuyo, Holger, solo quería...

—Yo estoy bien. Mia está en plenas facultades. Puedes decirle a Mikkelson que se calle la puñetera boca si no tiene nada constructivo que aportar. Tenemos trabajo entre manos. ¿Convocas la rueda de prensa, entonces?

—Claro, Holger.

Un técnico forense metió la cabeza por la puerta otra vez, y esta vez Holger le hizo una señal para que entrase. Despejó la irritación en la calle, con un cigarrillo debajo de la O de neón que parpadeaba sobre su cabeza, y después volvió a entrar en la habitación de detrás de la recepción.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme aquí? —preguntó el hombre mayor.

Era evidente que el hallazgo del joven muerto en la habitación número nueve le había impactado.

—Holger Munch, unidad de homicidios —dijo Munch y le dio la mano.

—Jim —murmuró el hombre mayor—. Myhre. Jim Myhre. Lo siento.

Llevaba una cola de caballo rala y canosa y unas gafas redondas. Munch había visto esa mirada muchas veces. El deje de nerviosismo delante de las autoridades. No era de extrañar, claro. Si este hombre era el propietario y gerente del hotel Lundgren, habría tenido mucho que ver con la policía a lo largo de los años.

—No pasa nada, Jim —dijo Munch—. Puedo ver que está cansado. ¿Ha estado aquí durante todo el turno de noche?

—Si no, ¿cómo me gano la vida? Joder, no puedo permitirme contratar a nadie. Cuesta mantener todo esto a flote.

—Lo comprendo —asintió Munch—. ¿Entonces fue usted quien lo recibió, a Kurt Wang?

—¿A quién? —dijo Myhre.

—El hombre de la habitación número nueve. ¿No registran los nombres de los clientes?

—Solo aceptamos efectivo —murmuró Myhre y se frotó los ojos levemente—. Me da igual cómo se llamen, siempre y cuando paguen.

—¿Cuándo vino?

Myhre tardó un rato en responder.

—Tarde. Podrían haber sido las once, más o menos.

—¿Y llegó solo?

—Sí.

—¿Y no vino nadie más, digamos que antes o después?

—¿Qué quiere decir?

—¿Nadie lo siguió?

—No —dijo Myhre y puso la taza de café en la mesa con la mano temblorosa.

—¿Y cómo estaba?

—¿A qué se refiere?

—¿Cómo fue la conversación que tuvieron? —¿La conversación?

—¿Sí? ¿Cómo fue? ¿«Hola, necesito una habitación»?

—Algo así —contestó Myhre y tosió levemente—. No lo sé. Entró. Con el dinero en la mano. No recuerdo exactamente qué dijo.

—Inténtelo —lo animó Munch.

—«Necesito una habitación», algo así. Quiero decir, nada fuera de lo normal. Eso sí, parecía que estaba colocado, pero estamos acostumbrados a eso. No es que sea el Grand Hotel exactamente, tenemos la clientela que tenemos.

—¿Colocado?

—Tenía los ojos como canicas —dijo Myhre y trató de levantar la taza de café de la mesa otra vez, sin conseguirlo plenamente—. Estaba en las nubes, vamos, pero, bueno, en fin, no podemos permitirnos el lujo de rechazar a nadie por ese motivo.

—¿Y el saxo?

—¿Qué quiere decir?

—¿Lo llevaba en una bolsa o algo?

—¿Qué quiere decir con el saxo? Llegó sin nada.

—¿No llevaba una funda, un bolso, algo así?

Myhre negó con la cabeza.

—No. Solo dinero en la mano.

—Bien, ¿y entonces qué pasó? ¿Por qué entró en su habitación?

—Normalmente nunca lo hago, pero, vamos, ¿la misma canción? ¿Toda la noche? Las paredes son tan finas que se oye todo. Justo al lado, sin parar. Me estaba volviendo loco.

—¿Entonces entró tal cual?

—No, llamé a la puerta, claro está, varias veces. Y al final, bueno, la puerta se abrió de algún modo, en realidad no había pensado entrar.

Myhre se calló un momento, le estaba costando llevarse la taza de café a la boca. Resultaba evidente que lo que había visto en la habitación le había dejado en estado de shock.

—¿Y no habló con alguno de los otros clientes? ¿No hubo más gente que entrase o saliese?

—No —dijo Myhre—. O sí...

Se rascó la coronilla levemente.

—¿Con quién?

—No se me ha ocurrido antes, pero ahora que lo pienso...

—¿Qué? —lo apremió Munch con impaciencia.

—El de la lavandería.

—¿Sí?

—Tenemos un acuerdo con unos vietnamitas —murmuró Myhre—. Y normalmente me envían..., bueno, cómo decirlo, en todo caso no me envían hombres jóvenes blancos, si me entiende.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, nos lo hacen casi gratis, se ocupan de buscar mano de obra barata, ¿no es así cómo funciona? —dijo Myhre, frunciendo la nariz.

—¿Pero esta vez era un joven? ¿De origen noruego?

—Sí, un hombre blanco —asintió Myhre—. No me paré a pensar en ello, la verdad, a fin de cuentas la gente necesita trabajar, sea de donde sea. A mí estas cosas me dan igual.

—¿Y este hombre habló con Kurt Wang?

—Sí, los vi en el pasillo.

—¿Qué pasó?

—A saber, no me quedé a escuchar, solo los vi hablar juntos, eso fue todo.

—¿Es una lavandería con la que trabaja habitualmente?

—Sí, estoy muy contento, son baratos y eficaces. A veces dejo que algunos de ellos duerman aquí, es un acuerdo que tenemos. No es usted de Hacienda, ¿verdad?

—No —dijo Munch—. ¿Sabe el nombre de la empresa? ¿Tienen una dirección?

—Sí, hombre —contestó Myhre y volvió a dejar la taza sobre la mesa.
Se levantó, se acercó a un tablón de corcho lleno de notas detrás de la mesa y volvió con una tarjeta de visita.
—¿Lavandería Sagene?
Myhre asintió con la cabeza.
—La lleva una familia vietnamita. Muy buena gente. Como le decía, a veces los ayudamos si necesitan un sitio donde dormir y eso.
Dejó de hablar y desvió la mirada ligeramente.
—Si hospeda a inmigrantes ilegales, no es algo que me importe a mí —aclaró Munch.
—No, no, nosotros...
—Lo dicho, me da igual. En todo caso, ¿no había visto antes a ese joven, entonces?
—No.
—¿Pero sí sabía que venía de la lavandería?
—Sí, sí —asintió Myhre—. Vino con el atuendo completo. Eso sí, lo hizo muy mal.
—¿A qué se refiere?
—Bueno, ni siquiera lavó. Me puso alguna excusa, que tenía que ir a buscar algo, pero no lo volví a ver.
—¿Pero sí que habló con Wang? ¿El hombre de la habitación número nueve?
—Sí, fijo —afirmó Myhre, parpadeando—. ¿Ya puedo irme? Llevo sin dormir desde ayer por la tarde.
—Creo que va a tener que acompañarnos a comisaría —dijo Munch, levantándose.
—¿Ahora? —protestó Myhre suspirando.
—Sí —repuso Munch y volvió a la recepción, donde Anette Goli acababa de terminar de hablar por teléfono y venía a su encuentro.
—Habla con alguien para que se lleven al tío. Necesitamos una declaración completa y firmada, ¿de acuerdo?
—De acuerdo —asintió Goli e hizo una señal a uno de los agentes que estaban junto a la puerta—. ¿Tú ya te vas?
—Voy a Sagene —respondió Munch y se metió la tarjeta de visita en el bolsillo de la trenca.
—¿Nos vemos luego en el despacho?
—Sí —contestó Munch.
—Vale —dijo Goli, y su teléfono volvió a sonar.

La lavandería Sagene se encontraba, como era de esperar, en el barrio de Sagene, junto a una iglesia, en una parte de la ciudad que Munch conocía bien. Había vivido cerca hacía mucho tiempo. Junto con Marianne. Un apartamento de cuarenta metros cuadrados con una habitación minúscula y el baño metido en la cocina. Acababa de empezar como investigador. Ella todavía estudiaba para maestra. No tenían mucho dinero ,pero estaban bien. Munch sintió una punzada de dulce nostalgia que le recorrió el cuerpo y se permitió una pequeña sonrisa cuando tiró la colilla al suelo y entró por las puertas de cristal que daban al pequeño local.

Lavandería y tintorería. Una recepción con un pequeño mostrador y largas filas de ropa que colgaba por detrás. Al otro lado del mostrador había una señora que se levantó con una sonrisa cuando Munch entró.

—Bienvenido, ¿quiere limpieza en seco? —dijo la mujer vietnamita y cogió un lapicero que tenía guardado detrás de la oreja—. Hoy tenemos oferta de camisas, tres por una y gratis si traje, y otra si dos trajes.

—Vengo de la policía de Oslo —le informó Munch y le enseñó su carné de identificación—. ¿Es usted la propietaria?

La señora mayor se puso unas gafas que le colgaban de un cordón alrededor del cuello y lo miró pensativa.

—¿Hay problemas?

—No, no —la tranquilizó Munch con una leve sonrisa—. Todo está en orden, solo quería hacer unas preguntas acerca de uno de sus empleados. ¿Usted es la responsable?

—Un momento —dijo la mujer vietnamita y desapareció tras las filas de ropa.

Volvió, seguida de cerca de un hombre joven y bien vestido que podría tener unos veinticinco años.

—Dinh Nguyen —se presentó el hombre educadamente y estrechó la mano de Munch—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Usted es el propietario?

—Soy el gerente.

Llevaba pantalones de color caqui, con raya. Una camisa blanca debajo de un jersey negro. Unas manos bien cuidadas y un reloj de oro alrededor de la muñeca. Munch tuvo la impresión de que habría encajado mejor en un catálogo de moda que en una tintorería. Parecía que las cosas iban bien en la lavandería Sagene.

—Venía en busca de un poco de información sobre uno de sus empleados —le explicó Munch.

—¿Sí? —dijo Nguyen con curiosidad—. ¿De quién se trata?

—Uno que fue a lavar al hotel Lundgren ayer por la noche. De origen noruego.

—¿Lundgren? Que yo sepa, no enviamos a nadie a ese hotel ayer. ¿De origen noruego? ¿Quiere decir blanco?

—Sí, se supone que es un hombre blanco. ¿Tiene a alguien que responda a esa descripción?

—No, lo siento, somos una empresa familiar. Prácticamente todos nuestros empleados son tías y tíos y sobrinos —contestó Nguyen y sonrió levemente.

—¿Así que nadie de fuera?

—No, nosotros...

El joven fue interrumpido por la señora mayor. Siguió un breve intercambio de palabras entre ellos en algo que Munch supuso era vietnamita.

—Ah, sí, claro —dijo Nguyen, girándose de nuevo hacia Munch—. Lo siento, podría ser unos de los trabajadores por horas.

—¿Trabajadores por horas?

—Intentamos ayudar a todos en la medida de nuestras posibilidades —explicó el elegante vietnamita con un gesto de cabeza hacia una fila de sillas delante de una de las ventanas—. No podemos hacer muchos contratos indefinidos, pero a veces viene gente a preguntar si tenemos algo.

—¿Y lo tienen?

—Sí, desde luego, a veces sí.

—¿Se dedican al lavado y limpieza en seco de ropa?

Nguyen asintió con la cabeza.

—Y a estos trabajadores por horas ¿cómo se los contrata?

—Entran, se sientan allí, esperan y si nos llega un pedido para el que no tenemos gente suficiente se lo damos a ellos.

—¿Y lavan ropa?

—Sí, tenemos suficiente gente para la tintorería.

La señora mayor dijo algo de nuevo, pero esta vez Nguyen la ignoró.

—¿Y qué clase de gente es?

—¿Los trabajadores por horas?

—Sí.

Nguyen vaciló un poco. Munch lo entendía bien. Al igual que en el hotel, el joven podía tener miedo de que él viniese del sindicato o de Hacienda.

—Bueno, como decía...

—Escuche —lo interrumpió Munch, rascándose la barba un poco—. No me interesa quiénes son, ¿vale? Si tienen permiso de residencia, si pagan sus impuestos. Si las cosas funcionan como tienen que funcionar, eso ya es asunto de otros.

Nguyen lo miró de reojo bajo su flequillo bien peinado, y al final cedió.

—Muchos son inmigrantes, eso es cierto. Es difícil encontrar trabajo en este país. Quiero decir, es ya de por sí complicado para la gente que ha nacido aquí. En fin, solo intentamos ayudar como podemos.

Munch levantó una mano en un gesto de no querer oír más.

—Sí, sí. Lo comprendo perfectamente. No es asunto mío. Lo único que necesito saber es si uno de sus empleados corresponde a la descripción que le he dado.

—Creo que sé a quién está buscando —dijo al final.

—¿Sí?

Nguyen asintió con la cabeza.

—Normalmente no contratamos a... ¿cómo lo ha llamado? ¿Personas de origen noruego? No suelen venir casi nunca. Sobre todo son afganos, somalíes, polacos... Pero sí que tuvimos a uno.

La mujer volvió a abrir la boca, pero Nguyen la cortó con irritación.

—¿Qué dice? —preguntó Munch con curiosidad.

—Dice que sabe quién es y que ya no es bienvenido por aquí.

—Problemas, no, no —confirmó la señora mayor y agitó un torcido dedo en el aire.

—Mamá, me hago cargo de esto —dijo Nguyen suspirando.

—¿De quién estamos hablando?

—¿Ha dicho que tenía unos veinticinco años? ¿Blanco?

—Sí.

—Hemos tenido a uno por aquí, pero hace tiempo que no lo veo.

—¿Por qué?

—Tuvimos una pequeña discusión.

—¿Sobre qué?

—Para empezar, los trabajadores por horas no pintan nada en mi despacho.

—¿Sí?

—Y, bueno, la verdad es que les pedimos que se identifiquen. No quiero comerme el marrón si ellos trabajan sin pagar a la Seguridad Social. Si trabajan por encima del límite permitido tienen que enseñarme su certificado de autónomo.

—¿Y este hombre no lo hizo?

—Karl —dijo la señora mayor, negando con la cabeza.

—¿Tiene sus datos?

—Muy poco —dijo Dinh Nguyen—. Nombre, dirección, teléfono. Nunca vi su certificado de autónomo.

—Debe dinero —apuntó la mujer.

—Mamá, te he dicho que me encargo yo.

—Nos engañó, miles de coronas.

—¿Les debe dinero?

Nguyen suspiró levemente.

—Como decía antes, me niego a comerme el marrón si alguien trabaja de manera ilegal. No nos conviene. Así que normalmente no les pagamos si no pueden demostrarnos que pagan sus impuestos.

—Demasiado bueno. Tontito —dijo la señora mayor y se quitó las gafas otra vez.

—¿Aun así le pagó?

Nguyen asintió con la cabeza.

—Dijo que vendría a entregarme los papeles, pero nunca lo hizo.

—¿Y hace cuánto sucedió esto?

—No lo sé... ¿Tres semanas?

—¿Y desde entonces no lo ha visto?

—No.

—¿Así que no enviaron a nadie al hotel Lundgren ayer?

El vietnamita negó con la cabeza.

—No, nosotros no.

—¿Ha dicho que tenía algunos datos suyos?

—Espere un momento —repuso Nguyen y desapareció en la trastienda.

—Tontito —repitió la señora mayor, que había tomado asiento en la silla detrás del mostrador de la recepción, donde comenzó a hacer punto.

—Tenga —dijo Nguyen y dejó una nota sobre el mostrador.

—¿Karl Øverland?

El vietnamita asintió con la cabeza.

—¿Y esta es su dirección?

—Sí, pero el número de teléfono no funciona, ya lo he probado.

La señora mayor negó con la cabeza y dijo otra vez algo en vietnamita que, a juzgar por la expresión de Nguyen, no eran precisamente alabanzas a su hijo.

—¿Lo reconocería?

—¿Qué quiere decir?

—Si envió un dibujante, ¿puede ofrecernos una descripción de su aspecto?

—Sí, claro —asintió Nguyen—. Sería capaz de identificarlo en cualquier lugar. Me alegro de servir de ayuda. ¿Puedo preguntar por qué lo están buscando?

—No, lo siento. Pero mil gracias por todo.

Munch levantó la nota y la metió en el bolsillo de la trenca.

—Nos pondremos en contacto con usted. Gracias por todo —dijo con un gesto de despedida a la mujer, que estaba haciendo punto, y después salió a la calle, bañada por un incipiente sol primaveral.

Mia estaba delante de su portal y se dio cuenta de que el aire fresco le había venido bien. La oscuridad se había apoderado de ella por un momento, pero no la había conquistado. Afortunadamente. Era solo un pequeño aviso. De su alma. De lo que iba a pasar si no se andaba con cuidado. Joder. Por esa misma razón había reservado aquel viaje. Para descansar un poco. «Trata de evitar el estrés en los próximos meses». ¿No era eso lo que le había dicho la terapeuta en la clínica de Jæren? Había pasado treinta días en la clínica de desintoxicación y después se había sentido como una persona nueva. Demasiado tarde. El caso ya se le había metido bajo la piel. «Bien, ándate con un poco de cuidado, entonces». Se recordó a sí misma que tenía que enviar un mensaje a las islas Vírgenes para decirle a Viktor que se perdería el barco esta vez. Introdujo la llave en la puerta del portal y nada más abrir se encontró cara a cara con un rostro viejo, una vecina.

«¿Cómo se llamaba? ¿Fredriksen?».

La señora mayor estaba en la entrada, junto a los buzones de correo, agitando un puño. El bastón en una mano. La peluca ligeramente torcida. El fuerte olor a perfume empalagoso. Los ojos, demasiado maquillados. Una boca pintada de rojo, abierta y gritando en voz tan alta que Mia casi enseguida deseó no haber entrado.

—¡Hay que sacarlos de aquí! ¡Necesitamos firmas! ¿Tú no eres la policía del tercero? ¡Ya está bien! ¿Has visto las bolsas de basura que dejan en el patio? ¿Has notado el olor en el portal?

Mia negó ligeramente con la cabeza y se deslizó por las escaleras, solo para encontrarse con otra cara que la miraba expectante delante de su propia puerta en la tercera planta.

—Hola, Mia, ¿qué tal? ¿Todo listo para el viaje? Mi hermana está muy contenta de poder alquilar el apartamento. Le pareció la bomba.

El vecino subió el pulgar y le dirigió una sonrisa de oreja a oreja.

«Joder, se le había olvidado».

—Lo siento, ha habido un cambio de planes, al final seguramente no me vaya.

—Ah... —dijo el chico rubio con una mirada decepcionada.

—Ya, es una pena —repuso Mia y abrió la puerta.

El vecino estaba a punto de decir algo más, pero de repente se dio cuenta de lo que estaba pasando abajo, en el portal.

—¿Qué cojones? ¿Es la señora Vigen otra vez?

Suspiró y meneó la cabeza con irritación.

—Se le ha metido en la cabeza que los iraníes del cuarto tienen que irse. Típico, ¿verdad? Cómo estamos. Putos racistas por todas partes. Ya le vale, señora Vigen.

El chico desapareció por las escaleras. Mia, agradecida de que todavía quedase gente decente en el mundo, entró por la puerta y cerró con llave.

Se quedó indecisa en la entrada durante un rato. «No, esto no iba a funcionar. Aquí no podía pensar». Esperó en la entrada hasta que por fin las voces se callaron al otro lado de la puerta, antes de bajar en silencio por las escaleras y poner rumbo al Lorry.

—¡Hola! —dijo una cara conocida, claramente sorprendida de volver a verla—. ¿Quieres lo de siempre?

El colorido pub al fondo de la calle Hegdehaugsveien casi había sido su segunda casa, aunque de eso hacía ya bastante, claro.

Cuatro meses ya.

—No, tomaré una taza de té y una Farris —pidió Mia y sacó el cuaderno de su bolso.

—Claro —contestó el camarero con amabilidad y se retiró tan discretamente como había venido.

Mia casi ni recordaba la última vez que se había sumergido en el análisis de las circunstancias sin la ayuda de sustancias, pero era lo que había. Por lo menos debía intentarlo. Se quedó sentada, mirando las hojas en blanco del cuaderno, hasta que el ruido de fondo, distante y apaciguado, del agradable local le dio la paz que necesitaba. Apoyó el bolígrafo en la hoja, se introdujo en su propia cabeza y poco a poco el mundo fue desapareciendo alrededor de ella.

Vivian Berg. Veintidós años. Bailarina de ballet. ¿Un lago de montaña, lejos de la ciudad? ¿Marcas en las suelas de las zapatillas de media punta?

¿Había caminado sola? ¿Sí? ¿Voluntariamente? Dudoso. El vídeo. ¿Las drogas? ¿Estaría hipnotizada? ¿Había algo que Mia no veía?

Kurt Wang. Músico de jazz. Veintipocos años. ¿La edad es importante? «Mira lo que sé hacer». ¿Bambi? ¿Bambi sobre el hielo?

¿El lago de la montaña? ¿Hielo?

¿Agua? ¿Purificación?

El número cuatro.

El número siete.

Mia estiró la mano en busca de la taza de té sin darse cuenta de que lo hacía.

¿4-7?

¿7-4?

¿47?

¿74?

Los hermanos Corazón de León.

Hay un incendio.

Hay un incendio...

¿En casa?

¿En el número 47? ¿O en el número 74?

Estiró la mano y cogió el teléfono, distraída.

—Al habla Grønlie.

—Hola, soy Mia, solo una cosa rápida. ¿Puedes mirar si tenemos datos sobre un incendio?

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento. Una familia muerta en un incendio, ¿puedes mirar si tenemos algo sobre eso?

—Tendrás que darme datos un poco más precisos —repuso Ludvig.

—Sí, perdona, el número de la casa puede ser o bien 47, o bien 74. ¿Puedes mirar si hay algo así en los registros?

—Sí, claro —contestó Grønlie.

—Gracias —dijo Mia y colgó rápidamente, no quería perder el ritmo.

Chica, veintidós.

Chico, quizá veinticinco.

¿Hermana mayor?

¿Hermano más joven?

¿Una tragedia familiar?

La casa, incendiada.

¿Quién sobrevivió?

¿Quién era el culpable?

«¿Eras tú el culpable?».

Líquido anticongelante en el corazón. Una jeringuilla.

Frío. Hielo.

¿Un incendio? ¿Calor?

«¿Hielo y fuego?».

El bolígrafo volaba sobre el papel. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba sonriendo.

¿Hielo y fuego? Va de esto, ¿verdad? ¿Murieron calcinados? ¿Fue por tu culpa? ¿Líquido anticongelante? ¿Te arrepientes? ¿Lo sientes? ¿Quieres ayudarlos? ¿Enfriarlo todo?

¿Es eso lo que quieres enseñarnos?

Lo es, ¿verdad?

«¿Que lo sientes?».

«¿Lo sientes?».

«¿Te arrepientes?».

«¿No era tu intención?».

«¿Quieres que te ayudemos?».

«¿Tenemos que encontrarte?».

—Disculpa, ¿Mia Krüger?

Mia se sobresaltó y el bolígrafo estuvo a punto de caérsele de la mano. Se había metido tan profundamente en su propio subconsciente que le costaba encontrar el camino de vuelta a la realidad.

—Eh, ¿sí...?

—Siento molestar, pero ¿tienes dos minutos?

Americana negra, camisa blanca, guantes, el pelo con raya lateral. Los ojos que la miraban le sonaban de algo, pero aun así no consiguió situarlos.

—¿Y tú eres...? —preguntó Mia.

—Ya, lo siento —contestó el hombre elegante—. No voy a molestarte más que un momento, pero es un poco importante. ¿Puedo sentarme?

No esperó respuesta, sino que sacó la silla del otro lado de la mesa y se sentó.

—Estoy un poco ocupada ahora mismo —comenzó Mia.

—Es solo un momento. El caso es que hemos llegado a un punto en que tenemos que hablar contigo.

El aspecto.

La mirada.

Mia era capaz de reconocer a un policía a cien metros de distancia, pero nunca antes había visto a este hombre.

—Wold —dijo el hombre y le tendió la mano sobre la mesa—. De la unidad especial.

La irritación de Mia se convirtió en curiosidad. Wold hizo un gesto al camarero para decirle que no quería nada y volvió a mirarla por encima de la mesa.

—Puedo ver que estás ocupada y entiendo por qué, naturalmente. Dos cadáveres en poco tiempo. No te entretendré mucho, pero necesito hablar contigo. Espero que no te importe.

—Tengo la impresión de que lo vas a hacer, lo quiera o no —dijo Mia y agarró la taza de té con una mano.

—Lamento que lo veas así —afirmó Wold y miró a su alrededor—. Pero sí, como te decía, tenemos que hablar contigo sobre un asunto.

Mia miró a su alrededor y vio que el pub ya estaba bastante lleno de gente, pero no vio a nadie que le llamase la atención.

—¿Quién tiene que hablar conmigo? ¿La unidad especial? ¿He metido la pata? ¿Otra vez?

Wold esbozó una sonrisa torcida.

—No, no, por supuesto que no, Mia. Esta vez el asunto no va sobre ti.

Se inclinó hacia ella sobre la mesa.

—Esta investigación que tenéis entre manos, ¿puedo preguntarte algo sobre ella?

—Por supuesto que no —respondió Mia con tono seco—. No puedo dar detalles sobre una investigación que aún no ha concluido.

Wold sonrió y levantó una mano levemente.

—Podría haber ido directamente a Munch, o incluso a Mikkelson.

—¿Entonces, por qué no lo haces?

Wold se quedó callado un momento.

—Sabes a qué nos dedicamos, ¿verdad?

—¿La unidad especial?

—Sí.

—Sé que investigáis asuntos internos de la policía —contestó Mia suspirando—. Esto qué es, ¿Veinte Preguntas? Como puedes ver, estoy un poco liada.

Se oyó una vibración desde el bolsillo de la americana, pero no contestó.

—Vale, Mia, iré al grano. ¿Thomas Lorentzen?

—¿Quién? —dijo Mia.

«¿Thomas Lorentzen?».

Tardó unos segundos en acordarse. El abogado. El dueño del Mercedes que había sido usado para transportar a Vivian Berg.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mia, curiosa.

—Solo tenemos que saber si es una parte central de vuestra investigación. ¿Es importante? ¿Concentráis vuestra atención en él?

—¿Por qué quieres saberlo? —dijo Mia.

—¿Lorentzen está involucrado? Es lo único que queremos saber. Es una pregunta sencilla. Si me das un sí o un no, te dejo en paz.

Wold sonrió levemente y se acomodó en la silla otra vez. Mia reflexionó un momento y al final cedió. La unidad especial. Si quería saber algo sobre el caso podía llamar directamente a Grønland. No había razones para alargar el proceso. Tenía ganas de volver a meterse en la materia del caso. Había algo ahí. Estaba cerca de algo importante. Lo notaba.

—No, Lorentzen no es importante para nosotros —dijo rápidamente y volvió a levantar el bolígrafo de la mesa.

—¿No tienes curiosidad? —preguntó Wold, sin mostrar señales de levantarse.

—¿De qué?

—¿De saber por qué nos interesa?

—Sí, claro —repuso Mia y suspiró—. Pero ahora mismo estoy un poco ocupada. ¿Ya hemos terminado?

Wold parecía un poco contrariado.

—Lo siento, Mia, debería haber planteado este tema de otra manera. ¿Te importa que...?

Hizo un gesto que indicaba que quería quitarse la americana.

—Escucha... —empezó Mia, pero Wold la interrumpió.

—El asunto es que necesito tu ayuda —dijo al final—. Estamos atascados. Necesitamos asistencia. Hemos hablado mucho de quién podría hacerlo, y te hemos elegido a ti. Así de sencillo.

—¿Y quiénes sois? —preguntó Mia, vacilando un poco antes de dejar el bolígrafo otra vez sobre la mesa.

Wold reflexionó.

—¿Esto queda entre nosotros?

—Tú has venido a mí —contestó Mia impaciente—. Yo no te he pedido nada.

—Sí, claro —asintió Wold y miró a su alrededor en busca de un camarero—. Creo que necesito un café. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

—Como te decía —prosiguió Wold cuando el camarero se hubo marchado de nuevo—, le hemos dado muchas vueltas a este tema, que es un poco sensible, si me entiendes, pero al final te hemos elegido a ti.

—Un honor —comentó Mia y tomó un sorbo de Farris—. ¿Y quiénes sois?

—Preferiría empezar hablándote de Thomas Lorentzen, ¿te parece bien?

—Vale —se resignó Mia.

—Heroína —dijo Wold y se llevó la taza a la boca.

—¿Heroína como en qué?

—Importación. Distribución. Y blanqueo de dinero.

—Vaya —exclamó Mia y notó como iba bajando la guardia.

—Todavía no tenemos todas las piezas del puzle —continuó Wold—, pero para nosotros es importante que no se le toque en estos momentos. Arruinaría un caso al que hemos dedicado mucho trabajo.

—No lo estamos investigando —repitió Mia—. El robo de su coche fue pura coincidencia, tal y como lo vemos nosotros. Podría haber sido cualquiera.

—Muy bien —asintió Wold—. Perfecto. Pero eso no es todo, claro.

—Ya lo has dicho antes. ¿Por qué yo? ¿Qué puedo hacer por vosotros? Wold parecía elegir las palabras con esmero antes de pronunciarlas.

—Tenemos razones para pensar que uno de los nuestros está involucrado.

—¿Uno de los nuestros?

—Sí. —Wold miró a su alrededor en el pub y se acercó un poco más—. Creemos que tiene a un policía en un puesto clave de su entorno.

—¿Y pensáis que soy yo? —se asombró Mia.

Wold se rio un poco.

—No, para nada. Pero creemos que tal vez podrías ayudarnos.

—¿Por qué?

—Porque lo conoces.

—¿Cómo? —dijo Mia—. ¿Sabéis quién es?

—Creemos que sí —contestó Wold—. Pero necesitamos pruebas.

—¿Y se supone que os las voy a proporcionar yo?

—Esa es la idea, sí. ¿Estarías cómoda con ello?

Wold se echó hacia atrás en la silla y se volvió a acercar la taza de café a la boca.

—¿Qué quieres decir? ¿Chivarme de un conocido?

—Chivarse es una palabra un poco fuerte, yo no lo llamaría así. Pero sí, para el caso, se trata de eso. Como te decía, estamos un poco atascados. Necesitamos ayuda.

—¿Así que ese tal Lorentzen está involucrado en el tráfico de heroína y creéis que recibe ayuda de uno de los nuestros?

—Sí.

—¿Y se trata de un policía identificado al que yo conozco?

—Sí.

—¿Te refieres a nuestro equipo? ¿De la calle Mariboegate 13?

—Así es.

—No me jodas —dijo Mia, negando con la cabeza—. No me lo creo.

—Yo tampoco me lo creía al principio —replicó Wold, encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres decir? —repuso Mia y sintió como le crecía la curiosidad por dentro.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? —contestó Wold y se encogió de hombros otra vez—. Munch es conocido por elegir a los mejores, pero todo el mundo puede equivocarse, ¿o no?

—No me lo creo —dijo Mia con cautela.

—¿No te crees el qué?

—Que uno de los nuestros pueda estar involucrado. En algo así. Todo lo que hacemos es increíblemente transparente. Somos casi como una familia. ¿Alguna vez has abrazado a un padre justo después de haberse enterado de que su hija de seis años ha muerto?

—No, nunca.

—Eso influye en un equipo, ¿me entiendes? —dijo Mia, que ya estaba irritada.

—Lo entiendo perfectamente —repuso Wold—. Por supuesto. Sé lo que hacéis y quiero que sepas que todos hablamos de vosotros con el mayor respeto, pero aun así.

—No es uno de los nuestros —zanjó Mia lacónicamente y estiró la mano en busca de la taza de té, pero descubrió que ya estaba vacía.

Echó una mirada a su alrededor, pero no vio al camarero.

Nada, no podía ser verdad.

Heroína.

¿Uno del equipo?

Y una mierda.

—Curry —dijo Wold de repente, y fue como si la aguja de un tocadiscos raspase un disco de vinilo.

—¿Cómo?

—Creemos que es Jon Larsen —repitió Wold con tono serio.

—De ninguna manera —respondió Mia y se le escapó una risita—. ¿Curry? No, ahí estáis equivocados. Jon puede ser muchas cosas, pero jamás haría nada que...

—Estábamos bastante seguros de que se trataba de un agente de la unidad antidroga —la interrumpió Wold.

—Curry no pertenece a esa unidad —señaló Mia.

—Larsen ha estado vinculado a ella en varias ocasiones —replicó Wold—. Además, hay detalles de su vida privada que nos hacen pensar que está atravesando un mal momento.

—Escucha —dijo Mia.

—Déjame seguir, por favor —insistió Wold—. A Jon Larsen lo dejó su prometida hace algún tiempo, ¿verdad? Y, en aquella relación, ella era la propietaria de todo, entre otras cosas del piso en el que vivían. Él no tiene nada.

—No, pero...

—Ahora está en un apartamento de alquiler, no tiene dinero, está endeudado hasta las cejas. Bebe demasiado y tiene una relación sin compromiso con una chavala de veintiún años. Luna Nyvik, una camarera de un bar, que figura en los registros policiales por ser sospechosa de tráfico de drogas. Es así como lo hacen. Captan a gente joven que no tiene ni idea de nada. Los usan como mulas. Así es como lo introducen en el país.

—No es Curry —repitió Mia—. Si lo conocieras, dirías lo mismo.

Wold levantó la mano y volvió a interrumpirla.

—¿Quieres ayudarnos? ¿Por lo menos para confirmar que no es él?

El teléfono vibró en el bolsillo de su americana de nuevo. Esta vez echó un vistazo a la pantalla y se levantó de la mesa.

—Lo siento, ha surgido algo —se disculpó Wold—. ¿Por qué no lo consultas con la almohada y me dices algo?

—Creo que os equivocáis —insistió Mia.

—Ahí tienes mi número —repuso Wold y posó un dedo sobre la tarjeta de visita que le había dejado—. Te llamo mañana. ¿De acuerdo?

Wold le echó una breve sonrisa, seguida de un firme apretón de mano. Después se encaminó hacia la puerta a través de la multitud y desapareció.

Mia levantó el bolígrafo de la mesa otra vez y trató de buscar el camino de vuelta al material, pero el momento había pasado.

Mierda.

«¿Curry?».

No.

Imposible.

Iba a pedir otra taza de té cuando sonó el teléfono.

—Buenas, Holger, ¿qué ocurre?

Munch tenía la voz rara.

—Hay algo que creo que deberías ver —dijo en voz baja.

—¿De qué se trata?

De repente se oyeron unas risas estruendosas en el interior del pub y a Mia le costó captar lo que decía.

—Será mejor que lo veas tú misma. Te enviaré la dirección.

—De acuerdo —contestó Mia y metió los apuntes rápidamente en el bolso antes de salir del pub para buscar un taxi.

Mia pagó al taxista y encontró a Munch delante de un solárium con un cigarrillo en la boca y cara de pocos amigos.

—¿Qué ocurre?

Munch no hizo más que negar con la cabeza.

—¿Te acuerdas de la contaminación de pruebas en la escena del crimen?

—Sí.

—El recepcionista del Lundgren ha dicho que Kurt Wang habló con alguien antes de entrar en su habitación. Un joven que venía de una lavandería.

—¿Ayer por la noche?

—Sí.

—Una lavandería —repitió Mia y encontró una pastilla en el bolsillo—. No se nos había ocurrido. ¿Pelo? ¿Uñas? ¿Excrementos? Allí es donde ha reunido todo aquello. Es brillante, Holger.

¿Una lavandería?

«Naturalmente».

Notó un leve cosquilleo en el cuerpo y sonrió a Munch, quien, por alguna que otra razón, no parecía tan excitado.

—¿Y? —dijo Mia expectante.

—He ido a ver la empresa.

—¿Sí?

—Y no enviaron a nadie al hotel ayer.

—¿Pero...?

Mia negó con la cabeza, sin entender qué le molestaba.

—¿Pero sabían quién era?

Munch dio una calada al cigarrillo y asintió lentamente con la cabeza.

—Karl Øverland. Me dieron una dirección. Llamé al número de teléfono que les había dejado, pero estaba apagado.

—Genial, Holger. ¿A qué esperamos, entonces? ¿Qué ocurre? ¿Qué era lo que ibas a enseñarme?

—La calle Bergensgata, 41 —murmuró Munch.

—¿Qué?

—La dirección que les había dado.

Mia estaba casi de puntillas por la curiosidad, le costaba estar quieta, pero Munch seguía sin decir nada.

—Joder, Holger. ¿Qué pasa? Tenemos un nombre, tenemos una dirección, ¿a qué estamos esperando? ¿Qué ibas a enseñarme?

—Esto —dijo Munch en voz baja.

Tiró la colilla a la acera, metió las manos en los bolsillos de la trenca y dio la vuelta a la esquina del bloque de viviendas.

La calle Bergensgata.

«Le sonaba de algo».

«¿Qué era lo que había...?».

Munch paró al final de la acera con un gesto de cabeza hacia el otro lado de la calle.

«Fue entonces cuando lo vio».

El pequeño local industrial, pintado de rojo.

«Qué cojones...».

—¿Qué significa esto, Holger?

Munch se giró hacia ella y asintió con la cabeza.

—¿Ahora entiendes?

—¿Les dejó... esta dirección?

Mia notó como le subía una náusea por la garganta.

—Joder, Holger. ¿Estás seguro?

Munch asintió de nuevo, con la boca cerrada.

—Pero... no puede ser verdad, ¿no?

—¿Deberíamos habernos dado cuenta? —murmuró Munch—. ¿Las fotografías? ¿La cámara colocada delante del cadáver? ¿No deberíamos haber visto la conexión?

—Mierda —murmuró Mia y se obligó a sí misma a mirar otra vez, aunque el cuerpo le pedía otra cosa.

El rústico edificio industrial de Bjølsen.

La calle Bergensgata, 41.

«Allí era donde los había tenido presos».

En su taller.

«Todas las herramientas».

«Para mantenerlos despiertos».

«Justo lo suficiente».

—Klaus Heming —murmuró Munch y sacó otro cigarrillo de la trenca.

Se quedó colgando de la boca sin encender.

—¿El mismo edificio? —dijo Mia—. No puede ser.

Trató de recomponerse.

Hacía ocho años.

Klaus Heming.

El hombre de las cartas.

Fotografías de las víctimas.

Sacadas en el interior del taller.

«Enviadas a las familias».

«Como si no fuera suficiente haberlos perdido».

El hombre de las cartas.

Habían pasado ocho años, pero todavía no podía abrir su propio buzón sin notar una leve sensación de náusea inexplicable.

«Mierda».

—La calle Bergensgata, de Bjølsen —dijo Munch y por fin consiguió encender el cigarrillo—. No entiendo cómo no me di cuenta desde el principio.

—Si está muerto, ¿no?

Munch la miró y asintió con la cabeza.

—La última vez que miré, sí.

—Entonces, ¿qué...? —exclamó Mia y lanzó otra mirada, casi involuntaria, al edificio del otro lado.

—¿Un imitador? —sugirió Munch, encogiéndose de hombros.

—¿Eso crees? —replicó Mia—. Si Heming nunca nos dio nada, ¿verdad? ¿Números? ¿Mensajes? Lo único que quería ese hijo de puta era...

—Es solo una idea —la interrumpió Munch—. Alguna conexión sí que hay, ¿no crees?

—¿Cómo dices que se llamaba el tío? —preguntó Mia—. ¿El de la lavandería?

—Karl Øverland —dijo Munch.

—¿Y?

—¿Y qué?

Munch la miró con irritación.

«El caso había estado a punto de acabar con ellos».

Holger estaba entonces en medio de una serie de sesiones de terapia familiar. Habían pasado dos años desde la separación, y había suplicado a Marianne que le diese otra oportunidad. Al final había accedido. De acuerdo. Lo probamos. Por Miriam. Todo para darse cuenta de que Munch pasaba todo el día fuera de casa.

Klaus Heming.

El hombre de las cartas.

Con un taller propio.

Y sus propias herramientas.

«Joder».

—¿Qué hacemos? —murmuró Mia.

—He pedido a Ludvig que busque todos los Karl Øverland que tengamos en los registros —dijo Munch y frunció las cejas—. Ahora vamos a reunir a toda la gente en la oficina, para que podamos...

Se quedó callado, con una mirada oscura.

—¿Una puesta en común?

—Empezamos con eso.

—¿Tienes coche?

—Lo tengo aparcado un poco más adelante —murmuró Munch y negó lentamente con la cabeza otra vez, antes de abrocharse mejor la trenca alrededor del voluminoso cuerpo y enviar el cigarrillo, que estaba a medio fumar, por el aire en dirección al edificio rojo.

Curry se estaba llevando el vaso de whisky a la boca cuando lo llamaron. No oyó el teléfono, lo había puesto en modo silencio y no hacía más que vibrar sobre la mesa delante de él como una abeja irritada. Vio como su propia mano atravesaba el aire para pulsar el botón verde, pero afortunadamente se dio cuenta a tiempo de que no debía contestar. No eran más que las cinco de la tarde y ya estaba borracho. «Mierda». Solo había querido darse una vuelta por el bar. Saludar a Luna. Despejar la cabeza. Ver si podía encontrar algo en las notas que se había llevado. Como solía hacer Mia. No eran más que excusas, claro. Había tenido una ganas tremendas de tomarse una copa. Y al final se había pasado.

El teléfono paró por fin. Y llegaron los mensajes. Primero uno. Luego otros dos. Levantó el teléfono en la penumbra del bar y apenas fue capaz de leerlos. Anette Goli. Munch. Parecía que algo había pasado. Todos pidiendo reuniones en la oficina. «Joder». No, no podía ser. Ahora mismo, no. No podían verlo así. Vació el vaso de whisky e hizo un gesto a Luna para que se acercase a la mesa.

—Otro —murmuró y repiqueteó con un dedo en el borde del vaso.

La joven lo miró de reojo.

—¿Estás seguro, Jon?

—¿Qué quieres decir? —musitó, y se dio cuenta de que balbuceaba—. ¿Se puede o no?

Ella le pasó una mano rápidamente por el pelo.

—Sí, bien. Pero solo uno.

Alguien dejó caer una moneda en la vieja jukebox del fondo del local y una canción country comenzó a sonar desde las paredes. Se oyeron los golpes desde la mesa de billar. Era uno de los pubs más cutres de Oslo, tan viejo que ni siquiera los hípsters se animaban a frecuentarlo. Tatuajes de marineros.

Chupas de cuero con insignias de clubes de motos. Almas solitarias en cada rincón, moviendo los labios sobre sus sucios vasos de cerveza sin decir nada. Dos hombres con cazadora deportiva, que parecían haberse equivocado de sitio, estaban sentados junto a la barra del bar. Lo habían mirado a escondidas y al principio él no entendía por qué. Por un momento sintió paranoia. «Joder, ¿eran polis? ¿Estarían vigilándolo o qué?». Pero cuando estaba terminando el tercer vaso de whisky se dio cuenta. Él era un caso miserable. Las miradas que le habían lanzado eran de compasión. Otro alcohólico más con manos temblorosas.

«Mierda».

¿Cómo había llegado a esto? Antes siempre lo había podido controlar. Se tomaba una copa cada cierto tiempo, sí, pero nada como esto. Bebía como una esponja. Como un árbol al que le faltara agua. Había visto un anuncio en la prensa unos días antes, y lo había leído con interés. Centro de tratamiento de Sollia. «¿Conoces a alguien que necesite ayuda?». Apartó la idea de la mente cuando Luna volvió con otro whisky y una cerveza para acompañar.

—¿Quieres que llame a Katrine? ¿Le pido que se haga cargo de mi turno? Se acercó más, pasándole los dedos calientes sobre la mejilla.

—¿Por qué?

Trató de concentrarse, pero no terminó de enfocar la mirada.

—Para ir a casa. ¿Quieres?

Curry se estiró y la apartó con un gesto.

—No, no, está bien, solo quiero...

Uno de los hombres con cazadora deportiva volvió a lanzarles una mirada.

—¿Estás seguro?

—Tienes clientes —balbuceó él y trató de sonreír.

—Puedo hacerlo, no hace falta más que decírmelo, ¿vale?

—Estoy bien —afirmó, pero ella ya estaba de vuelta en la barra.

Curry se llevó el vaso a la boca de nuevo y notó que los temblores habían remitido. Menos mal. Notó el calor a medida que la bebida le bajaba por la garganta y acababa reposando en su estómago.

No había comido.

Claro.

Por eso estaba así.

Podía aguantar el alcohol, no era eso, era simplemente que no había comido.

«¿Tú, a tratamiento? Anda ya».

Sonrió y vació la mitad del vaso de cerveza mientras la canción de country se desvanecía y comenzaba otra.

Había empezado demasiado pronto, simplemente.

Se había olvidado de comer.

Uno de los tipos con cazadora deportiva volvió a mirarlo, y a Curry le entraron ganas de hacerle una mueca y decirle al tío que se fuera a la mierda, pero no lo hizo. En lugar de ello giró la cabeza hacia la ventana, y de repente vio una cara conocida que le hizo encogerse en su asiento.

¿Allan Dahl?

«No me jodas».

El puñetero cotilla de la unidad antidroga. Curry tenía una puesta en común en el trabajo, y aquí estaba, medio ahogado en un vaso de whisky. Munch se enteraría enseguida. Se agazapó en el apartado cuando el agente cruzó la calle, pero no entró en el bar, afortunadamente. Un coche lo estaba esperando junto a la acera. Allan Dahl entró en el coche y se marcharon. Menos mal.

¿El conductor?

¿No había visto esa cara en algún sitio antes?

Trató de hacer memoria, pero ya no estaba operativa.

Total.

La pantalla de televisión detrás de la barra del bar. Las noticias que no paraban nunca. La bailarina de ballet del lago en el monte. El joven del hotel. No hablaban de otra cosa ya. Caras serias en el estudio. Pasaron a una entrevista grabada con Anette Goli. Al principio no la reconocía, llevaba el uniforme de policía puesto. Era de un evento de la mañana. La rueda de prensa. Flashes de cámaras, ávidas manos con micrófonos en el aire. Otro corte: las caras en el estudio otra vez, y a continuación unas imágenes que parecían ser en directo. Se sobresaltó un poco al ver de qué lugar se trataba.

«Mierda».

Se levantó y caminó a trompicones hacia la barra del bar.

—Sube el volumen.

—¿Qué?

Los tipos con cazadora deportiva lo miraron de soslayo, pero le daba igual.

—El volumen —murmuró otra vez con un gesto hacia el mando a distancia.

Luna por fin comprendió qué quería decir.

«Estamos delante del instituto de Hedrum de Larvik —dijo una mujer con el logotipo de TV2 en la cazadora—, donde trabaja el hombre que, según lo que hemos podido saber, es el principal sospechoso de la policía».

Empezó a entrar en la pantalla texto blanco sobre un fondo rojo.

«Raymond Greger».

Joder.

Puñetera comisaría de Larvik.

Alguien había largado.

Munch iba a explotar.

—¿Qué ocurre? —dijo Luna con preocupación justo cuando su teléfono comenzaba a vibrar otra vez, en un lugar lejano.

—Tengo que ir al trabajo —murmuró y se sentó sobre uno de los taburetes, pero no estaba en su sitio.

El suelo se acercó y Curry trató de protegerse, pero los brazos no querían ayudarlo.

—¿Estás bien?

La bonita cara de Luna sobre la suya. Los tipos con cazadora deportiva también se habían levantado.

—Tengo que ir a la oficina —balbuceó y trató de ponerse en pie, pero las piernas tampoco funcionaban como debían.

—Llamo a Katrine.

Una sombra gris.

Un susurro.

Desde el fondo del mar.

Antes de que la música country de repente desapareciera y lo dejara solo, postrado en el frío suelo.

El párroco Paul Malley estaba sentado en el confesionario de la catedral de Sankt Olav, tratando de averiguar si al final había sido una buena idea. La misa matutina había terminado y parecía que los feligreses habían tenido suficiente con ir a trabajar. Todo estaba quieto en el inmenso interior de la catedral. El sonido de la nada retumbaba en sus oídos desde aquel espacio, bello y espiritual, que tanto significaba para él. La catedral de Sankt Olav. No le cabía la menor duda, era la más bella del país. Había sido ahí donde le habían ordenado diácono cinco años antes, y sacerdote tan solo seis meses más tarde. Después de una breve sustitución como administrador de la parroquia en Lillehammer, lo habían llamado para que volviera, y ahora era tanto sacerdote de la parroquia como rector de la catedral. Paul Malley no podía estar más contento con el camino que Dios había elegido para él. Desde el punto de vista histórico, la comunidad católica de Noruega no había sido comparable a la protestante, pero en los últimos diez años se notaba un pequeño cambio. En gran medida se debía a la inmigración —ahora daban misas semanales tanto en polaco como en vietnamita—, pero los feligreses noruegos también habían aumentado de manera importante. Actualmente él daba, con la inestimable ayuda de los diáconos y los capellanes, claro, tanto como tres misas diarias entre semana, a las ocho y las once de la mañana y a las seis de la tarde. Y una semana antes había tenido la idea de realizar un cambio en ese programa. No en el horario de las misas, no, las horas en que se daban estaban muy bien. La misa matutina, la misa del mediodía y una misa después de trabajar. De esa manera, los discípulos podían decidir en qué momento, a lo largo de su atareado día laboral, les venía bien venir a ver al Señor.

Bueno, discípulos... en fin, no era el término correcto. Paul Malley sonrió levemente. Solo Jesús tenía discípulos, pero aun así había veces que tenía esa

impresión, como si la comunidad le perteneciera. Eran raras las ocasiones en las que no podía reconocer una cara, y, si aparecía un rostro nuevo, siempre se esforzaba en presentarse a la persona en cuestión. Al fin y al cabo, era uno de los elegidos de Dios, la puerta al Señor; era importante que desempeñase sus funciones con cercanía en lugar de distancia. De nuevo, era por eso por lo que había decidido realizar un cambio en el programa diario.

Las misas funcionaban muy bien, pero quería ampliar los horarios de la confesión. En el viejo programa, el confesionario solo se abría media hora al día, entre las 17.15 y las 17.45. No había habido una demanda enorme y tenía la sensación de que era por el horario. ¿Confesar los pecados por la tarde? No, eso no parecía tener sentido, después de un largo día de trabajo. En realidad, él los entendía. A esas horas lo único que quería la gente era irse a casa, sentarse en la mesa y tal vez rezar al Señor en su propio hogar. Y, entonces, un día se le ocurrió: ¿por qué no abrir el confesionario después de la misa matutina? Al fin y al cabo, ¿acaso la noche no era el momento de la oscuridad, cuando el alma estaba sola? La necesidad de confesar los pecados sería más fuerte por las mañanas, ¿no?

No tenía ganas de rendirse, pero, ahora que estaba solo en medio del silencio, se dio cuenta de que le estaba entrando hambre. Se levantó la sotana y se ató los cordones de los zapatos. Notó el olor a suelo recién fregado, a pinochas de abeto, en el pequeño habitáculo. ¿Había un rastro de limón también? Tuvo que sonreír levemente ante la agradable fragancia, pero al mismo tiempo estaba un poco molesto por haberse equivocado. ¿Confesión por la mañana? Aparentemente, nadie tenía ni tiempo ni ganas para ese tipo de cosas. Decidió darles unos minutos más. No, tenía otras cosas que hacer en lugar de quedarse ahí sentado en el angosto confesionario y oler el suelo. Se había equivocado y ya era hora de reconocerlo. Paul Malley suspiró y se subió la sotana para levantarse, pero justo entonces oyó el ruido de pasos que resonaban desde la nave central de la catedral.

¿Había alguien que...?

¿La Virgen le había mostrado su piedad?

Volvió a sentarse rápidamente e hizo la señal de la cruz.

Los pasos ligeros y cautelosos avanzaron sobre el duro suelo hasta llegar al confesionario. Paul Malley sonrió ampliamente al ver como la puerta se abría y una figura entraba en el habitáculo contiguo.

Esperó unos segundos hasta que el recién llegado se hubiese acomodado, antes de abrir la trampilla.

—Ave María Purísima.

Hizo la señal de la cruz otra vez y oyó la voz de la otra persona.

—Sin pecado concebida.

La voz era cautelosa. Un joven. Paul Malley pudo atisbarlo tras la rejilla, pero no lo llegó a ver, claro, esa era la función de ese habitáculo. Cercanía, pero a la vez distancia suficiente para que la confesión fuera cómoda.

—El Señor esté en tu corazón para que puedas arrepentirte humildemente de tus pecados.

—Jesús, hijo de Dios, apiádate de mí, que soy pecador. Es... es la primera vez que me confieso.

¿Primera vez?

Malley notó como se le aceleraba el corazón, no había nada como un nuevo miembro en la comunidad.

—He..., bueno, no sé —dijo el joven, que aparentemente estaba luchando para encontrar la puerta de entrada a su alma.

—Tómate el tiempo que necesites, hijo mío —le sugirió Malley con tranquilidad—. Aquí no hay nadie más que el Señor y tú. Él no juzga a nadie y quiere escucharte, confieses lo que confieses.

—Gracias —murmuró el desconocido y se calló de nuevo un momento; después pareció que cogía carrerilla—. No sé si es un pecado, o..., bueno, no va conmigo, esto, es algo de lo que he sido testigo.

—¿Sí? —lo animó Malley con tono tranquilo—. ¿Puedo preguntar de quién se trata?

—Mi hermano —dijo la voz al final.

El joven hablaba en voz tan baja que Malley tuvo que acercarse a la cabeza a la rejilla.

—¿Tu hermano? ¿Te refieres a tu hermano carnal, o es un hermano de la comunidad?

El joven pareció sobresaltarse un poco al oír la pregunta, pero luego la respuesta llegó enseguida.

—No, no. Es mi hermano. Mi hermano mayor. Vivimos juntos. Solo él y yo. Nuestros padres ya no están.

—Lo lamento —dijo Malley con amabilidad—. ¿Y de qué has sido testigo? ¿Es algo que quieres compartir con el Señor?

Hubo otro silencio al otro lado de la rejilla.

—¿Puedo preguntar una cosa? —dijo el joven en voz baja.

—Por supuesto, hijo mío.

—Ni siquiera sé por qué he venido. Solo necesitaba hablar con alguien. Quizá debería haber ido a ver a un psicólogo o algo, no sé si esto tiene sentido

aquí, no quiero molestar ni nada...

Malley nunca interrumpía a la gente que venía al confesionario, pero ahora sintió que debía hacerlo.

—Hijo mío. Cosas grandes o cosas pequeñas, da lo mismo. Si has venido para hablar, eres bienvenido. No hace falta ni avergonzarse ni sentirse culpable, aquí eres limpio y yo te escucho gustosamente.

—Gracias —dijo el joven y pareció aliviado.

—Tu hermano, entonces. ¿De qué has sido testigo?

—Le tengo miedo —dijo el desconocido.

—Miedo, ¿por qué?

—Parece otro. Tengo miedo de que... haga cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Malley sintió una creciente curiosidad.

—Ya no habla conmigo. Desaparece en medio de la noche. Cierra su puerta con llave cuando viene a casa. No quiere dejarme entrar en su habitación. Creo que está ocultando algo allí.

—¿Sí? ¿Puedo preguntar cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—¿Y a qué se dedica?

—Bueno, no trabaja. Verá, ha estado enfermo.

El desconocido se paró otra vez. Malley oyó como se retorció sobre el banco de madera al otro lado. Era evidente que el joven no estaba cómodo.

—¿Enfermo? ¿En qué sentido?

—No sé si debería contarle todo esto, padre. Tengo la sensación de que le estoy fallando. De que...

—Esto es algo entre el Señor y tú —lo interrumpió Malley con voz serena—. No estás fallando a nadie. El Señor es el padre de todos nosotros.

—No, esto no funciona. Me he equivocado. Tengo demasiado miedo.

A Malley ya le estaba costando quedarse quieto.

—¿De qué tienes miedo, hijo mío?

—Es peligroso.

—¿Qué quieres decir?

—Mi hermano. Es peligroso.

—¿Tienes miedo de que te... haga daño?

Silencio total en el otro lado. Después a Malley le pareció oír unos sollozos ahogados.

—Hijo mío, escúchame.

—No —repuso el joven y se levantó—. No me atrevo. Duele demasiado. Siento haberlo molestado, padre.

Malley oyó como se giraba la manija de la puerta y tomó una decisión rápida.

—Hijo mío —dijo, con un tono un poco más serio esta vez—. Tengo una propuesta. ¿Quieres escucharla?

Hizo efecto.

El desconocido volvió a sentarse laboriosamente.

—Me parece bien que vayas a casa, de verdad, pero antes me gustaría llegar a un acuerdo entre tú, el Señor y yo. ¿Sí?

—¿Un acuerdo? —repitió la voz triste.

—Es evidente que estás soportando una carga y me doy cuenta de que esto es difícil para ti. Pero ahora has venido y sabes quién soy. Ve a casa y piensa en ello, y vuelve cuando estés preparado. Puede ser mañana o dentro de unos días, no importa, pero me gustaría que me prometieras que volveremos a vernos, ¿te parece bien?

Pasó un largo rato. Malley casi podía oír el dolor del joven al otro lado, cómo le estaba reventando por dentro. Al final abrió la boca.

—De acuerdo, padre. Volveré. ¿Estará aquí?

—Por supuesto —dijo Malley con amabilidad—. Quiero que sepas que estaré aquí todas las mañanas esperándote. Puedes venir a verme cuando quieras.

—Gracias —repuso el joven, aliviado—. Lo valoro mucho, de verdad. Mil gracias.

—Entonces, hasta la próxima —se despidió Malley.

—De acuerdo, padre, mil gracias.

Malley sonrió al oír como los pasos se alejaban sobre el suelo de la catedral y finalmente desaparecían.

«Al final no había sido mala».

«La idea de la confesión por la mañana».

Se lo agradeció a la Virgen y salió del confesionario, cruzó las manos sobre el pecho y se encaminó tranquilamente a la sacristía.

Gabriel Mørk se había dormido en el sofá de la sala de descanso y lo despertó Ludvig Grønlie cuando entró para coger una taza de café.

—¿Qué pasa?

—Kripos está aquí. Munch quiere una puesta en común ya. No creo que sea necesario que vengas. Es más o menos lo mismo que aquello que repasamos hace unas horas.

—No, no, ahora voy —contestó Gabriel, ahogando un bostezo.

Había tenido un sueño muy extraño. Era cartero. En un velero. Estaba llevando una carta muy grande. En la carta ponía los nombres de Tove y Emilie. Había visto la isla a lo lejos, pero por mucho que tratara de navegar en el sentido correcto no se acercaba. No hacía más que alejarse. Vio las caras tristes durante un breve momento. La carta no hacía más que crecer, y al final lo había arrastrado hacia el fondo del mar.

«¿Una indirecta, tal vez?».

Su madre siempre había dado mucha importancia a los sueños. Decía que eran muy significativos. Más de lo que pensábamos. La relación que guardaban las imágenes con la realidad y todo eso. Se había vuelto así en los últimos años, un poco esotérica. A Gabriel nunca lo había convencido, se había limitado a asentir con la cabeza y decir que sí mientras su madre exponía los detalles de lo que había vivido durante la noche, pero ahora tuvo la sensación de que su cabeza estaba tratando de comunicarle algo.

Había trabajado tanto en los últimos días que casi no había tenido tiempo de contestar a los mensajes de casa. «No había que seguir el ejemplo de Munch». Eso fue lo que había pensado cuando llegó el mensaje de Goli.

La unidad de crímenes económicos había sido tranquila. De nueve a cuatro. Trabajo en la oficina. Habían podido desayunar juntos, cenar juntos, acostarse a la vez todas las noches.

¿Y ahora?

«No exactamente».

Gabriel se frotó los ojos para despejar el sueño y notó que tenía la camiseta empapada en sudor.

El hombre de las cartas.

La realidad se mezclaba con el subconsciente.

No era más que un chaval entonces, pero lo recordaba muy bien, evidentemente.

«Klaus Heming».

El hombre que había mantenido presas a sus víctimas. Jugaba con ellas como si fueran muñecos y después enviaba fotos a los familiares.

Había provocado una conmoción nacional, la gente no se lo creía y negaba la realidad de manera colectiva mientras los detalles de la terrible historia se iban exponiendo uno tras otro en la pantalla de los televisores.

La inocente Noruega.

En el centro de la ciudad de Oslo.

No, no podía ser verdad.

Nadie podía ser tan malvado.

Tenía que ser algo que venía de Estados Unidos.

Del mundo exterior.

No podía ser uno de los nuestros.

No aquí, en casa.

Su madre había entrado en algo que más tarde comprendió que debía de ser parecido a una depresión. Los vecinos también. Cabizbajos y cariacontecidos en el portal, luchando con el miedo cada vez que abrían sus buzones para después desaparecer rápidamente tras sus puertas cerrándolas a cal y canto.

El paso del tiempo.

Ya había quedado atrás.

La vida volvía poco a poco a la normalidad.

Un clásico noruego.

Perdonamos.

Elegimos creer en la bondad.

Pero ya había vuelto la oscuridad. Lo había visto en las caras de los miembros del equipo a lo largo de toda la noche. Incluso Munch, que normalmente era un oso de peluche bonachón, había patrullado los pasillos con las cejas fruncidas y la mirada negra.

«Llama a casa».

Gabriel reprimió otro bostezo, sacó una Coca-Cola del pequeño frigorífico y estiró su rígido cuerpo mientras avanzaba por el pasillo.

Munch ya estaba en el podio junto a la pantalla cuando entró en la sala de reuniones.

—Gabriel Mørk —dijo Munch al verlo—. Tecnología, bases de datos, redes sociales.

Gabriel devolvió los saludos de las tres caras que no había visto antes y tomó asiento al fondo de la sala, junto a Mia.

Kripos. Investigadores tácticos. Dos hombres y una mujer. Su presencia había causado cierta tensión en los pasillos durante la noche, y también había provocado un intercambio de palabras breve pero intenso entre Anette y Munch, pero ahora parecía que estaba contento de que estuvieran ahí, pese a que todo había sido organizado por Mikkelson.

¿Más gente?

¿Por qué no?

Gabriel no había entendido el problema.

¿Una lucha de egos por ver quién mandaba?

¿Ahora?

Había estado a punto de abrir la boca, pero al final se había callado.

—¿Quieres decir algo sobre el nombre, Mia? —preguntó Munch y miró a Mia Krüger, que se quedó sentada.

—Karl Øverland —asintió Mia—. Me ha costado, lo reconozco y lo lamento, pero si elimináis la «erre» del apellido y alargáis la primera «ele» lo vais a ver.

Los tres investigadores de Kripos se giraron hacia ella con curiosidad.

—Karl Øve... —dijo la mujer, un poco confusa.

—Karl Løve —la corrigió Mia, que parecía estar muy espabilada a pesar de la mirada oscura—. Es decir, Karl León. Ha sido culpa mía, debería haberlo visto desde el principio.

—De acuerdo —dijo uno de los investigadores de Kripos.

Pelo rubio.

Bigote.

Un aspecto que pasaba desapercibido, tal y como siempre sucedía con esa gente.

—O sea que otra conexión con *Los hermanos Corazón de León* —dijo el segundo investigador.

Pelo oscuro. Barba.

De nuevo, podría haber sido uno cualquiera.

Quizá fuera así como conseguían el trabajo. La capacidad de mezclarse con la gente en cualquier contexto sin que nadie se fijase en ellos.

—Así es —asintió Mia—. Jonatan y Karl León. Al principio no estábamos seguros, pero ya no hay duda. Lo usa de manera consciente y directa para jugar con nosotros.

—Recuérdame quién de los dos era Karl —dijo la mujer.

—El hermano pequeño que sobrevive —contestó Mia—. Jonatan lo salva, pero muere en el intento. Después, el pequeño Karl vive con la sensación de que la gente hubiese preferido que falleciera él, y no su hermano.

—¿De modo que no existe ningún Karl Øverland real? —preguntó el rubio, girándose hacia Munch esta vez.

—En Oslo, no —intervino Ludvig Grønlie con la mirada puesta en sus apuntes—. Hay uno en Stavanger, pero, aquí en la ciudad, nadie que nosotros sepamos.

—¿Y qué sucede con Raymond Greger? —dijo la mujer, mirando a Munch.

—Seguimos buscando —respondió Munch suspirando—. Resulta extremadamente desafortunado que algún idiota de la comisaría de Larvik haya pasado el nombre a los medios de comunicación, pero, bueno, al final puede que nos ayude. Cuantos más ojos, mejor, habrá que verlo así.

—¿Pero la teoría principal es que todo esto tiene algo que ver con Klaus Heming?

Era el hombre de pelo moreno.

—No está claro —respondió Munch, pasándose una mano por la barba.

Las miradas ya estaban otra vez puestas en Mia.

—Tenemos una cámara que apunta a los cadáveres —dijo Mia—. Tenemos la dirección de la calle Bergensgata que dejó. Lo he estado pensando, y creo que podemos verlo de dos maneras.

La habitación ya estaba sumida en el silencio, todo el mundo esperaba a que empezara a hablar.

—O bien sigue vivo Klaus Heming... —empezó Mia.

—Imposible —la interrumpió Munch—. Yo mismo leí el informe.

—O bien quiere decirnos que él es parecido.

—¿Parecido? —dijo el hombre del bigote rubio.

—Que se identifica con Heming. En plan «tomadme en serio», ¿me entendéis?

Hubo otro silencio mientras trataban de asimilar lo que Mia acababa de decir.

—Heming no tenía ningún allegado, ¿verdad?

La mujer esta vez.

—No —contestó Munch—. No tenía esposa, pareja de hecho, hijos, ni siquiera hermanos.

—¿Y sabemos que está muerto?

Fue el hombre del bigote rubio quien había formulado la pregunta, que se quedó flotando en la sala como una ráfaga de algo con lo que nadie quería relacionarse.

Por lo menos, Gabriel no.

¿Klaus Heming?

¿Vivo?

No, eso no podía...

No estaba a favor de la pena de muerte, pero aun así el país entero había suspirado de alivio cuando salió la noticia. Klaus Heming se había suicidado. Colgándose de los cordones de sus propios zapatos en la celda de aislamiento.

Se había hecho justicia.

Esa era la sensación común a todos.

—Según el Estado noruego y toda la gente con la que he hablado, Klaus Heming está muerto y enterrado para siempre en el cementerio de Var Frelser —dijo Munch.

—Pero... —comenzó el moreno.

—Mantengamos la teoría dos —lo interrumpió Munch con severidad—. Utiliza a Heming para decirnos algo. Quiere mostrarnos la seriedad de su empeño.

—Sí, bien, pero... —replicó el rubio.

Munch lo ignoró y ojeó las notas que tenía delante de sí. Se pasó la mano por la frente, de repente parecía que estaba un poco cansado.

—La lavandería —lo ayudó Mia.

—Sí, efectivamente —dijo Munch—. El misterioso Karl Øverland ha sido lo que se conoce como un trabajador de día. Si esto escalase, y tuviéramos más víctimas, es posible que hayan sido escogidas en lugares donde ha trabajado. Podría parecer que sí, o no, no del todo.

Reflexionó un momento.

—Puede que las víctimas no hayan sido escogidas de esos lugares, sino que los sitios se hayan usado de otro modo, de alguna manera.

—¿El lago del monte, entonces? —dijo el moreno, un poco dubitativo.

—Estábamos pensando más en la Ópera —aclaró Mia—. ¿Lavan ropa en la Ópera? No lo hemos comprobado, ¿verdad, Holger?

—No, pero ahora sí que lo vamos a hacer —murmuró Munch y se frotó los ojos.

—Sabemos que el hotel Lundgren era uno de sus clientes. ¿También van a la Ópera? ¿Otros sitios? ¿Podemos prevenir otros posibles asesinatos?

Mia lanzó una mirada hacia el moreno, que asintió con la cabeza.

—Yo apostaría por ello, claro que sí.

—Bien —dijo Munch y repasó la sala con la mirada—. ¿Ludvig?

—Me pongo con el retrato robot de este Karl Øverland, tanto en el hotel Lundgren como en la lavandería.

—Muy bien. ¿Ylva?

Munch la buscó con la mirada, pero no estaba allí.

—Está descansando —dijo Anette—. Pero la he puesto a mirar todo lo que tenga que ver con las cámaras, tenemos que encontrar algo ahí en breve, el tipo no puede ser un fantasma.

—Perfecto —dijo Munch—. ¿Gabriel?

—Estoy con el teléfono y el ordenador de Kurt Wang, tratando de encontrar posibles conexiones con Vivian Berg en las redes sociales.

Munch ya parecía estar realmente cansado, le costaba registrar todo lo que Gabriel le había dicho.

—Bien, de acuerdo. ¿Jon?

Silencio otra vez.

—Hace tiempo que no tenemos noticias de Curry —dijo Anette—. No sé dónde anda. Seguiré intentándolo.

—Perfecto. Bueno, necesito un pitillo. Anette actuará como enlace. Todo lo que encontremos me lo mandáis a través de ella, ¿de acuerdo?

Las personas de la sala asintieron levemente con la cabeza y se levantaron.

Gabriel entró en su despacho y estaba a punto de cerrar la puerta cuando de repente Mia se coló detrás de él.

—Necesito que me hagas un favor.

—Claro, ¿qué?

—El psiquiatra. Ritter. Necesito acceder a su base de datos.

—¿A qué te refieres?

Mia bajó la voz y miró hacia atrás por encima del hombro.

—Todo lo que tiene. El resto. Los otros pacientes. ¿Podrías conseguir eso?

—¿Te refieres a hackear su sistema?

—Sí.

—No lo sé —dijo Gabriel mientras Munch, visiblemente cansado, pasaba por detrás con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios—. ¿Hackear el hospital psiquiátrico de Blakstad? Vamos, Mia. Creo que eso infringe todas las leyes que la Comisión de Protección de Datos haya podido establecer desde que existe. Además, lo más probable es que pierda mi trabajo y que me manden a la cárcel diez años, aparte de que Munch me matará. ¿Por qué no podemos limitarnos a buscar en los registros?

—¿Y piensas que encontraremos allí lo que estamos buscando? —dijo Mia.

—No —contestó Gabriel.

—No me refiero a Blakstad, por Dios, no te lo pediría.

—¿No? Entonces, ¿qué?

—Tiene una consulta privada junto al estadio de Ullevaal. Allí solo hay pacientes suyos.

—¿O sea que Blakstad no?

—No, solo su pequeña consulta privada.

Mia sonrió y ladeó la cabeza.

—Ya, pero, joder, Mia...

—Gracias —dijo ella y le guiñó un ojo, con un apretón en el brazo—. ¿Me llamas cuando lo tengas?

—Sí, bien, el caso es que no puedo... —comenzó Gabriel, pero Mia ya había sacado su teléfono del bolsillo de la cazadora de cuero y estaba saliendo de la habitación.

Ellen Iversen estaba sentada en su coche delante del instituto de Morellbakken. Se arrepentía de haber invitado a tanta gente. ¿Cuarenta años? ¿Acaso era eso una buena ocasión para celebraciones? Se echó una breve mirada en el espejo retrovisor. Se sentía cansada, y también lo parecía. Tenía bolsas bajo los ojos, la piel estaba casi gris, los ojos tenían los bordes un poco rojos. Parecía que llevaba una semana sin dormir. «Joder, ¿por qué había tenido que meterse en ese lío ahora? Si estaba feliz, ¿no?».

Lo había conocido en la tienda. Era uno de los profesores del instituto. No había sido nada especial, era un día normal y un cliente totalmente normal.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Estoy buscando unas sillas de cocina.

—¿Tenía algo especial en mente?

—Quizá unas de Arne Jacobsen, ¿tienen?

—Sí, tenemos.

—Por cierto, la silla que he visto en el escaparate ¿de dónde es?

—Es una que diseñé yo misma.

—¿De verdad?

Halagos. ¿Era tan fácil? Le habían gustado sus sillas. Y la mesa de salón que también era de ella. Y las lámparas. Había comprado casi toda su colección. ¿Con un sueldo de profesor de instituto? Fue lo primero que había pensado; lo reconocía, las cosas que ella diseñaba no eran para nada baratas. Pero luego le contó que su madre había fallecido y que había heredado dinero, y entonces le había entrado cargo de conciencia por haber sido una malpensada.

«Por Dios, espabila ya».

«Ya basta».

«Esto no va a acabar bien para nadie».

Ellen Iversen echó un vistazo a su teléfono y se dio cuenta de que estaba poniéndose de mala uva. ¿Las dos menos veinte? Tenía la cita con el dentista en veinte minutos, y tardaría por lo menos un cuarto de hora en conducir hasta allí. Habían quedado a la una y media, ¿no? Sacó su iPhone e intentó llamarlo. Otra vez. Seguía sin contestar. ¿Cuántos mensajes había enviado? ¿Cincuenta? ¿Había recibido una sola respuesta? No.

Adolescentes.

Su hijo Ruben acababa de cumplir catorce años y le había estado lloriqueando hasta que le compró el último modelo de móvil, demasiado caro, ¿pero era capaz de contestar cuando ella lo llamaba? No. ¿Era capaz de tenerlo cargado para que ella pudiera dar con él? No. ¿Era capaz de pagar su propia cuenta, tal y como habían quedado? No. ¿Era capaz de mantener su habitación mínimamente recogida, ayudar en casa, sacar la basura, *hacer cualquier cosa* para que ella no se sintiera completamente estúpida al entregarle el dinero? Tampoco.

Negó con la cabeza e intentó llamar otra vez, pero seguía sin recibir respuesta.

Adolescentes.

El dentista. ¿Por qué no era capaz de ir al dentista?

—¿Qué tal te ha ido en el dentista hoy, Ruben?

—¿El dentista?

La misma conversación dos semanas más tarde.

—¿Qué tal te ha ido en el dentista, Ruben?

—Eh, ¿qué quieres decir?

«Pediré una hora libre en el trabajo».

«Iré a recogerte al instituto».

«Quedamos en la entrada a la una y media».

«¿Queda claro?».

«¿Tengo que escribírtelo en la mano?».

Ellen Iversen suspiró y sacó el pintalabios del bolso. ¿Era una cana lo que vio en el espejo? ¿Otra más? ¿Ya tenía que ir a la peluquería otra vez? Si había ido hace nada. No, ¿qué estaba haciendo? En realidad le importaba un carajo que le saliera una cana o dos. Era bonito. Totalmente natural. Y el pintalabios. En realidad no solía usarlo muy a menudo. Tenía unos labios muy bonitos tal y como eran, pero sabía perfectamente por qué lo hacía. Aquí estoy, delante del instituto, y en realidad he venido para buscar a mi hijo, pero en lugar de ello estoy mirándome en el espejo porque *él* trabaja aquí. Me sorprendes, Ellen. Estás casada. *Felizmente* casada.

Bueno, feliz lo que se dice feliz... Ellen Iversen salió del coche y echó a andar hacia la entrada del instituto. No era infeliz, no, pero estaba claro que le pasaba algo. ¿Estaba aburrida? ¿Era tan sencillo como eso?

Toda su vida se había vuelto tan... práctica.

Echaba en falta la chispa, la expectación.

Empezó a llover ligeramente cuando atravesó el patio y llamó a la puerta de la conserjería.

—Hola, ¿puedo ayudarla?

—He venido a buscar a mi hijo, Ruben Iversen.

—¿Qué clase?

—9A.

—Vamos a ver. Ahora tienen inglés con Heidi Laukvang en el aula 104.

Ellen Iversen le dio las gracias y se encaminó por el pasillo. Llamó a la puerta y saludó a través del cristal. Heidi Laukvang vino hacia ella y sacó la cabeza por la puerta.

—Hola, ¿qué puedo hacer por usted?

—¿Está Ruben? Vamos al dentista y parece que se le ha olvidado.

Laukvang frunció las cejas.

—No, Ruben no ha venido hoy.

—¿En serio?

Ellen Iversen sintió como la ira crecía dentro de ella y tuvo que cerrar las mandíbulas con fuerza.

«Puñetero crío».

«¿Haciendo pellas?».

«Sí que lo había sospechado, pero...».

«¿Hoy?».

«¿El día que tocaba ir al dentista?».

«¿Y ella había pedido una hora libre en el trabajo?».

«¿Qué se pensaba?».

«No, ya estaba bien...».

Vio a Martin al otro lado del cristal.

—¿Podría hablar un minuto con Martin?

Laukvang hizo un gesto con la mano y el aletargado adolescente atravesó el aula laboriosamente. Parecía que estaba a punto de sufrir un colapso por el cansancio acumulado cuando llegó a la puerta.

—¿Ruben no iba a dormir en tu casa? —dijo Ellen Iversen, tratando de mantener un tono correcto.

—Sí, pero no vino...

—¿Me estás diciendo la verdad, Martin? —dijo Ellen y puso una mano sobre su hombro.

Heidi Laukvang volvió al interior del aula y cerró la puerta tras de sí.

—Eh, oiga, ¿por qué le iba a mentir?

—¿Pero se suponía que iba a ir a tu casa a dormir?

El chico asintió con la cabeza.

—¿Así que esa parte era verdad?

—Todo es verdad —dijo Martin, con un gesto rendido—. No tengo ni idea de dónde puede estar.

—¿No te ha llamado?

—No, tranqui, que me maten si miento. Se lo juro.

—¿Y no has hablado con él?

—Pues lo intenté un montón de veces tanto en Facebook como por el móvil, pero no contestó, así que pensé que..., bueno, quizá...

—¿Qué pensaste?

—Que al final no le habían dado permiso. Ya sabe.

—¿Saber el qué?

—No, quiero decir que usted es guay, pero su padre, bueno, en fin...

—Gracias, Martin, siento molestarte. No es culpa tuya, claro.

Ellen Iversen se relajó lo suficiente como para sacar una auténtica sonrisa esta vez.

—¿Entonces no sabes dónde está?

—Ni idea —dijo el adolescente y se encogió de hombros.

—Vale, pero ¿dónde crees que podría estar si, digamos, un día os tomaseis un rato libre del instituto?

El chico la miró con una expresión insegura.

—¿Storo, tal vez? —murmuró al final.

—¿El centro comercial?

—¿Sí? O..., bueno, no lo sé.

—Gracias, Martin. Si te llama o te escribe le dices que lo estoy buscando, ¿vale?

—OK, señora I. —asintió el cansado adolescente y volvió al aula.

«El centro comercial de Storo, ¿de qué iba ese chaval?».

«En pleno mediodía».

«Ya hablaría con él».

Ellen Iversen volvió a sentir como la ira se apoderaba de ella mientras regresaba con pasos decididos por el pasillo. En el patio apretó el paso bajo la lluvia para llegar al coche lo más rápido posible.

Gabriel Mørk estaba delante del bloque de oficinas junto al estadio de Ullevaal, pensando que podría haberle dicho algo a Munch, después de todo. También pensaba que podría haber sido conveniente llevar algún tipo de disfraz. Un clásico de Mia, esto. Leyes y normas, esas cosas eran para otros. Debería haber dicho algo, claro. A Anette. La abogada de la policía. Ella habría tramitado una solicitud de acceso a la base de datos del psiquiatra Wolfgang Ritter. ¿Se lo habrían permitido? Seguro que no. De ninguna manera. Naturalmente. Faltaría más. ¿Cuántos pacientes podía haber tenido durante veinte años de evaluación de los sentimientos más íntimos de la gente? ¿Mil, quizá? ¿Dos mil? Era evidente. Por importante que fuera el asunto. El mismo juez podría haber sido uno de los pacientes. Estaba nervioso cuando entró en el edificio y tomó el ascensor hasta la cuarta planta. No había más que oficinas, afortunadamente. Facilitaría mucho las cosas. Dentista. Ginecólogo. Y Ritter. Una recepción tras una puerta de cristal. Gabriel repasó rápidamente los detalles del entorno con la mirada. Parecía haber una sala de espera común al fondo del pasillo. Unas sillas. Un pequeño sofá. Inspiró hondo, abrió la puerta de cristal y sonrió hacia la recepcionista. Una señora mayor con rizos blancos y gafas colocadas cerca de la punta de la nariz. Había que fingir que no pasaba nada. Una vez más deseó poder esconderse detrás de cualquier cosa mientras murmuraba algo y se dirigía a la sala de espera. Un hombre con el sombrero en la mano. Un montón de revistas sobre la mesa. Carteles en las paredes. Un expositor con folletos junto a una de las paredes. Hizo un gesto con la cabeza hacia el hombre, que no le devolvió la mirada, y sacó el MacBook de la mochila. Se sentó con el ordenador sobre el regazo y trató, como buenamente pudo, de parecer totalmente normal, aunque no sabía muy bien qué significaba eso.

Gabriel había pensado en diferentes maneras de hacerlo, pero había llegado a la conclusión de que esta era la única posibilidad. Para acceder al ordenador de Ritter necesitaba acceso a una red. En realidad solo había tres alternativas. La primera, en casa de Ritter. Descartado. Segunda, seguir a Ritter hasta que se conectase a una red pública y abierta. No tenía tiempo para hacer eso. La oficina era la única posibilidad. Encendió el Mac y miró a su alrededor. El hombre seguía sin levantar la mirada. La mujer de la recepción le echó un breve vistazo, pero después miró a la mesa otra vez. Parecía que no sospechaba nada. ¿Y por qué lo iba a hacer? El ginecólogo. El dentista. El psiquiatra. La gente iba y venía constantemente.

Esperó unos segundos.

«Wifi. Buscando redes...».

Salieron un montón. Era un problema, claro, eso de estar en un edificio de oficinas. Su ordenador detectaba todas las redes en las plantas de arriba y de abajo. Repasó rápidamente la lista y encontró la que supuso que era la buena. Felles4. ¿Una red pública para todas las oficinas? Eso sería brillante. Nada podría ser mejor. Más tráfico. Menos probabilidades de que alguien se diera cuenta de que él había estado allí. Puso en marcha uno de los programas que se había descargado antes de salir de la comisaría.

«John The Ripper».

No estaba seguro de que la gente fuera consciente de la existencia de estos programas. Accesibles en la red para quien tuviera interés en usarlos. En realidad podían hackear sin tener ningún tipo de conocimiento previo, no hacía falta más que activarlo. Pinchar en el enlace. Pulsar el botón, y trabajaba solo. Llevaría un rato, claro está, y Gabriel sintió como el nerviosismo iba apoderándose de él cuando la recepcionista le lanzó otra mirada por encima del borde de las gafas.

El logotipo era amarillo sobre un fondo rojo, con un dibujo de Jack el Destripador. Podía resultar macabro, tal vez, pero cumpliría su función. Estaba a punto de hacer doble clic en el icono cuando se dio cuenta de que tal vez existía una manera más sencilla de lograrlo. El Destripador era muy bueno, pero, aun así, ningún programa podía hacer esto en solo unos segundos. Llevaría, bueno, por lo menos diez minutos.

Tomó la decisión rápidamente, dejó el Mac sobre la mesa y se acercó a la recepción.

—Disculpe —dijo en voz baja, adoptando su expresión más inocente—. Estoy esperando a mi novia. ¿No habrá una red wifi que pueda usar?

—Por supuesto —contestó la señora mayor con una sonrisa y escribió algo en una nota.

La amabilidad misma.

—Se llama Felles4.

Un post-it amarillo por encima del mostrador.

—Hemos tenido algunos problemas con ella pero creo que ya está en orden.

—Mil gracias —dijo Gabriel y casi le entró cargo de conciencia. Era una señora muy amable, y aquí estaba él, mintiéndole a la cara.

No había otra. El fin justifica los medios, ¿no era eso lo que se decía? Se obligó a sí mismo a caminar con tranquilidad cuando volvió al sofá para introducir el código de acceso.

Felles4.

«JgFrPh45».

Por lo menos habían sido lo suficientemente inteligentes para elegir una contraseña difícil de hackear. El problema era que la facilitasen a cualquiera.

Lo apartó de su mente y no pudo evitar esbozar una sonrisa al ver las barras negras del wifi en la parte superior de la pantalla que mostraban que estaba conectado. El cosquilleo de los viejos tiempos había vuelto. No sabía exactamente qué era, pero siempre le habían fascinado estas cosas. No le gustaba destruir, nunca había sido lo suyo, le bastaba con la sensación de saber que podía hacerlo. Acceder a sitios en los que no debía entrar. Usar su cabeza para ganarlos. El chute. Se sobresaltó un poco cuando la puerta de cristal se abrió. Una madre con un niño. Normalmente estaba solo, en su propio sótano, esto era algo completamente diferente. Cuando salió en la pantalla el procedimiento de acceso se sintió de repente extrañamente desnudo. Había cinco ordenadores conectados a la red. El suyo entre ellos. De pronto se preguntó si debería haberse ocultado mejor, actuando de manera totalmente invisible, pero ya era tarde. Haría falta un profesional para darse cuenta de que él había entrado, e incluso así sería difícil volver a encontrarlo.

Las señales de las puertas.

Ginecóloga, Marit Eng.

«Mrit_Eng».

Dentista, Gert Oversjø Vik.

«Gover_V».

Psiquiatra, Wolfgang Ritter.

«Wolf_Ritt».

Hizo doble clic en John The Ripper e introdujo los datos que el programa le pedía.

Quince minutos más tarde estaba de vuelta en la calle, con el MacBook en la mochila y el corazón latiéndole con fuerza bajo el jersey.

Lanzó una última mirada hacia las ventanas de la cuarta planta antes de enfundarse la capucha. Encontró el número de Mia en el móvil y echó a andar hacia la parada de taxis con pasos apresurados.

3

Primera hora de la mañana. No eran ni las seis. Podía ser la ruta más aburrida del mundo, pero Jonas Olsen, de treinta y dos años, estaba tras el volante con una gran sonrisa en la cara. El cálido recuerdo de la noche anterior seguía en su cabeza. Le costaba creer que todo hubiese salido tan bien.

Parecía casi irreal.

Abril. La primavera ya estaba llegando de verdad. Todavía estaba oscuro en la calle, pero casi podía ver las hojas verdes en los árboles. Normalmente, la estación le pesaba. La soledad siempre parecía aguzarse en esa época del año. En realidad resultaba extraño. Uno podría pensar que ocurría lo contrario, que la época oscura era la difícil. Pero no, no parecía funcionar de esa manera. Había leído sobre ello en un artículo en internet. En Noruega había más de seiscientos casos de suicidio al año y la mayoría tenían lugar en primavera. No había terminado de pillarlo, tenía algo que ver con el hecho de que todo el mundo estaba deprimido en invierno, y que cuando salía el sol uno se daba cuenta de que no era como los demás. La oscuridad interior resaltaba con más claridad cuando había luz fuera, algo así. En fin, no había terminado de comprender todo lo que ponía en el artículo.

La luz del día iba ganando fuerza. Jonas Olsen se inclinó hacia delante y encendió la radio. La ruta de los jubilados. Kjelsas, Grefsen y Maridalen. Era buena si preferías tomártelo con calma, una ruta tranquila, no había muchas paradas y algunas de ellas estaban a bastante distancia entre sí. Por lo menos había bastante hasta la siguiente, Skar leir. El cuartel militar en desuso, que ahora era parte de un instituto de secundaria. Siempre le había parecido una parada innecesaria. Lejos de la ciudad y de la carretera general. No era capaz de imaginarse quién podía tener moral para ir hasta allí y robar unas tizas y un par de ordenadores obsoletos. Pero era parte del trabajo y hoy daba lo mismo,

en todo caso. Encontró una cadena que ponía una canción que le gustaba y se quedó canturreando mientras repiqueteaba alegremente con los dedos en el volante.

En realidad ya había dejado de intentarlo. Él era demasiado raro para conseguir una novia. Demasiado vergonzoso. Demasiado torpe. Recordaba con bochorno los años escolares. Casi todos sus tímidos intentos de relacionarse con el sexo opuesto habían salido mal. Se pasaba la mayor parte del tiempo en casa, leyendo libros. Y entonces había sucedido. Todavía le costaba creerlo. Linda. La sustituta en la recepción. La habitual estaba de baja por maternidad. Linda tenía algo especial. No habría sabido definir exactamente qué era. Pero sabía que le quedaba poco tiempo. La otra volvería. Si hubiese podido parar el reloj en la sala de café lo habría hecho. Para que no pasara el tiempo. Mientras el tiempo no avanzara, ella no se iría a ningún sitio.

Pero luego, de repente y sin motivo aparente, le había preguntado.

«¿Qué te parece si quedamos un día a tomar un café?».

Estaba tan confuso que le costó abrir la boca.

«Sí..., ¿por qué no?».

«O a cenar, si quieres. ¿Este sábado? ¿Te viene bien? ¿O estás ocupado?».

«¿Ocupado? No, no, para nada, el sábado me viene muy bien».

Aquellos ojos sonrientes lo habían mirado mientras le pasaba una nota por encima del mostrador. Su número de teléfono.

Después, en el coche, casi no había podido meter la llave. La alegría que había sentido había sido sustituida inmediatamente por la angustia habitual. Lo paralizaba, era como ahogarse lentamente en agua oscura y helada. No, no, no. ¿Por qué había aceptado? Aquello no saldría bien. Tenía que cancelar. ¿Qué iba a decirle? Ella lo odiaría al ver lo estúpido que era. Nervioso. Asustado. Incapaz de dar conversación. No le salían más que bobadas por la boca. Lo había vivido muchas veces ya. Las risas. Los susurros por la espalda cuando pasaba por delante de alguien en el pasillo del instituto, o en el trabajo.

«Pero a ella le había gustado».

—Me caes muy bien, Jonas.

«Linda».

—¿Quieres quedar mañana también?

«Le costaba creer que fuera verdad».

Era como si el mundo hubiese decidido darle un respiro de alegría. El sol salió de repente y despejó las sombras de los bosques alrededor del lago de

Maridalsvannet. Una nueva mañana en el reino de la primavera. Colores fuertes y maravillosos que lo rodeaban por completo. «Para variar», pensó al girar y tomar la salida hacia el aparcamiento de Skar. La naturaleza en la oscuridad. La naturaleza en la luz. La vida en solitario. La vida con... No se atrevió a terminar el último pensamiento. Solo habían quedado una noche. Todavía había grandes posibilidades de que lo fastidiara. No había que dar nada por hecho. Había que disfrutar de ese momento. Esa maravillosa sensación en el cuerpo.

El aparcamiento de Skar. Punto de partida para el sendero que atravesaba el bosque hacia Øyungen. La gente podía dar de comer a los patos. Tal vez montar una tienda de campaña y ver cómo despertaban los peces. Había un coche con el motor encendido en el aparcamiento y notó una repentina sensación de irritación. ¿Era necesario? ¿Por qué le costaba tanto a la gente tener un poco de consideración? Jonas Olsen giró la llave y apagó el motor, y después salió para comprobar la verja. La cadena seguía en su sitio. Las cerraduras estaban intactas. Echó una rápida mirada hacia la zona de acampada. Ni rastro de nada. Todo estaba bien. Estaba a punto de meterse en el coche de nuevo cuando vio algo que le hizo pararse. El coche que estaba con el motor encendido. ¿No pasaba algo... raro? Avanzó con pasos titubeantes por el aparcamiento. Al fin y al cabo era guardia de seguridad. Era su responsabilidad comprobar que todo estaba en orden. ¿Qué era lo que...?

No lo pudo ver bien hasta que estuvo a unos metros de distancia del coche. El humo que se filtraba por la ventanilla abierta del copiloto. No había mucho, solo un hilo gris, pero aun así.

—¿Hola?

Jonas Olsen llamó a la otra ventanilla, pero no parecía haber nadie dentro.

—Será mejor que apague el motor. ¿Podría...?

No vio a nadie que pudiera contestar ahí dentro. Qué extraño. Dio un par de golpecitos más a la ventanilla.

—¿Hola?

Nadie contestó. Guardia de seguridad. ¿Era su responsabilidad? Sí, debía de serlo. Olsen llamó a la ventanilla por tercera vez, antes de abrir la puerta, y contempló dos asientos vacíos, ocupados únicamente por el humo gris.

—¿Hola?

Entonces fue cuando lo vio.

«Algo estaba ardiendo».

«En el asiento trasero».

«¿Una casa de muñecas?».

—¿Hay alguien?

Jonas Olsen ya sentía la angustia. Las aguas oscuras. Sacó la cabeza rápidamente del interior del habitáculo, dio unos pasos para apartarse del coche y llevó los dedos a los botones de la radio que tenía enganchada en el bolsillo de la camisa.

—Centralita, soy JO y estoy en la ruta KGM, en Skar, ¿me recibes?

Se alejó un poco más del coche y notó como le latía el corazón con fuerza.

—¿Centralita? Soy JO. ¿Me recibes? Cambio.

No se había percatado antes, pero ahora lo vio. Una fina rendija. El maletero. El portón trasero no estaba del todo cerrado.

No quería, pero no podía evitarlo.

«No».

Jonas Olsen vio sus propias manos desde fuera mientras abrían el maletero, como si no le pertenecieran.

—¿Centralita? ¿Podéis...?

En el maletero había un chaval.

—¿Centralita?

Con los ojos abiertos de par en par.

—¿Hola?

Ya le estaba superando.

Cuando la voz del otro lado finalmente contestó, Jonas Olsen ya había perdido la conciencia.

El teléfono despertó a Mia Krüger antes de que se diera cuenta de que estaba dormida. No había parado de dar vueltas entre las sábanas y se había levantado varias veces. Las imágenes de Vivian Berg no la dejaban en paz. El cuerpo blanco y frágil, medio cubierto por el agua oscura. Los ojos desesperados de Karoline Berg, un mar de dolor que todavía no había alcanzado la superficie. El texto en la pared. El terror en los ojos de Kurt Wang.

«Ven, Mia, ven».

La imagen de su hermana en medio del campo de trigo.

Otra vez.

Hacía tiempo que no le venía a la cabeza, pero ahí estaba de nuevo.

Mia había entrado en la habitación de las cajas de cartón.

Se había preguntado si debía abrir una de ellas.

«El álbum de Mia».

Ver algunas fotos de la abuela.

Eso siempre solía ayudar.

La mujer que aullaba a la luna por las noches y que los vecinos llamaban bruja, pero que para Mia era la única que había parecido normal en este mundo de locos.

«No te estás escuchando, ¿verdad?».

«¿A ti misma?».

«¿No ibas a tomarte unas vacaciones?».

«Sabes que no estás bien, ¿verdad, Mia?».

Pensamientos oscuros en la noche y un cuerpo que no quería parar de moverse. Al final había pensado: ¿Lorry no está abierto hasta las tres?

Dos cervezas y un chupito de Jägermeister, ¿solo para poder dormir?

El antro de travestis de Charlie Brun en Tøyen siempre está abierto.

¿Unas pastillas, solo para poder descansar?

Aparentemente se había salvado sin saber muy bien cómo. El teléfono en la mesa indicaba las siete y media pasadas.

—¿Sí?

—¿Estás despierta?

Anette Goli al otro lado de la línea.

La competente abogada policial tenía una energía que Mia nunca había visto en otra persona. Parecía que no necesitaba ni comer ni dormir para poder existir.

—Ahora sí —bostezó Mia—. ¿Qué ocurre?

—Tenemos otro —dijo Goli lacónicamente.

—¿Dónde? —exclamó Mia, levantándose. Descubrió que ya tenía la ropa puesta.

«Te has vestido en medio de la noche, ¿verdad?».

«¿Para bajar al garito de Charlie en Tøyen?».

«Joder».

—Maridalen —dijo Anette—. En un maletero. Parece que el coche ha sido robado.

—¿Chica? —preguntó Mia y entró en el baño.

—No —contestó Goli—. Un chaval.

«¿Había ido al bar?».

«No, se había acostado sobria».

«Lo había conseguido por un pelo».

—Hay una marca de un pinchazo de jeringuilla en el pecho.

Mia se lavó la cara brevemente con agua fría. Notó como se iba despertando poco a poco.

—Catorce años. Ruben Iversen.

—¿Ya sabemos quién es?

—Sí. La ropa fue encontrada en una bolsa delante del coche. Un teléfono y una tarjeta bancaria. Estaba casi sin ropa en el maletero, solo llevaba un..., bueno, un...

—¿Un qué?

—Un bañador.

—¿Cómo?

Mia cogió la cazadora del gancho.

—Estaba casi desnudo en el maletero, solo llevaba un bañador y había algo que estaba ardiendo dentro del coche.

—¿Qué era? —dijo Mia, poniéndose los zapatos.

—Una casa de muñecas. ¿Estás ya en camino?
—¿Dónde estáis? —preguntó Mia.
—En Maridalen. El aparcamiento junto al cuartel militar de Skar.
—¿La familia ya ha sido informada?
—Su madre avisó de su desaparición ayer por la noche. Estoy intentando dar con ella. ¿Estás en camino?
—Llego enseguida —respondió Mia y colgó.

El periodista Erik Rønning estaba a un trecho de la barrera policial de Skar y se arrepintió de no haberse puesto un jersey más gordo debajo del abrigo de pelo de camello. ¿Primavera? ¿No se suponía que hacía más calor en esa estación? Se veía que no. Normalmente no hacía este tipo de trabajos. Era un periodista de reportajes y estaba más a gusto bajo techo. A poder ser, delante de la chimenea en el piso de Frogner, preferiblemente con una copa de coñac y un puro delante del ordenador. Unos años antes, Rønning había ganado el premio al mejor reportaje de investigación por una serie de artículos sobre la gente sin techo de Oslo, y ni siquiera en aquella ocasión había salido muy a menudo de su casa. Esa era la razón por la que ahora se encontraba en este lugar. Su jefe, Geir Grung, el redactor jefe de *Aftenposten*, lo había llamado unos meses antes. Quería saber si era verdad lo que decían los rumores que circulaban por la redacción. Que solo había enviado un fotógrafo para sacar fotos de personas necesitadas, y que luego se había inventado las historias. Que había fabricado entrevistas falsas. Que esos relatos lacrimosos que habían sido publicados en forma de una serie en las ediciones de fin de semana no eran más que mentiras. ¿Era cierto?

Erik Rønning no lo había ni reconocido ni desmentido, algo que se le daba bien. Habría podido ser político si la vida de otras personas le hubiese interesado, lo cual no era el caso. El periodista de veintisiete años sabía muy bien que, si salía a la luz que se lo había inventado todo, la reputación del periódico quedaría seriamente perjudicada, así que no se había mostrado demasiado preocupado. Les interesaría sobre todo salvar su propio pellejo. Había tenido razón. Aun así, como una especie de castigo adecuado, lo enviaban a este tipo de trabajos. Cadáveres que aparecían vestidos con trajes de ballet en lagos de montaña, o en lúgubres habitaciones de hotel. ¿Había una relación entre ellos? La policía decía que no, pero uno no se podía fiar de

ellos. Y ahora, otro cadáver más, en el aparcamiento de uno de los parques naturales más populares de Oslo. Todavía no les habían dicho de quién se trataba. Probablemente un yonqui. O una mujer asesinada por un novio celoso. A Erik Rønning en realidad le daba igual.

«A no ser que...».

Se ajustó el abrigo y se arrepintió de no haberse puesto un gorro. Había estado a punto de ponérselo en su casa, delante del espejo, pero al final no lo había hecho. Los gorros siempre estropeaban su peinado. Había elegido un fino jersey de cuello alto gris de cachemira, que iba muy bien con el abrigo beis, y un par de guantes de piel de cordero marrones lo suficientemente cortos como para mostrar el reloj, un Breitling que acababa de comprar. El que llevaba Leonardo DiCaprio en los anuncios. Se sentía un poco orgulloso de sí mismo. Afortunadamente, había tenido la sensatez de ponerse unos leotardos de lana debajo de los pantalones de vestir. Al fin y al cabo, vivía en Noruega. De momento. Mónaco podría ser una buena alternativa. Era lo que había pensado cuando compró aquellas acciones unos meses antes.

«¿Mia Krüger?».

Eso quería decir que Munch también andaba por ahí. ¿Conque habían sacado la artillería pesada? Al final, el cadáver del aparcamiento quizá fuera algo más que solo un borracho muerto por el frío, o un estudiante que se había suicidado. ¿Mia y Munch? Primero la bailarina, luego el músico de jazz, ¿y ahora esto? ¿Había una conexión, después de todo? Rønning sonrió para sus adentros y notó un leve cosquilleo en el cuerpo. ¿De verdad era un... *asesino en serie*? Porque eso sí que podría ser algo adecuado para un periodista de su calibre. Tal vez la diosa Fortuna no lo había abandonado al fin y al cabo. Rønning se abrió paso entre la multitud y encontró a Ole Lund, un colega del diario VG.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rønning.

—Todavía no sabemos gran cosa —contestó Lund—. Pero los rumores dicen que es un chaval joven.

Rønning se sacó un cigarrillo del bolsillo.

—¿Estudiante?

—No lo sé —dijo Lund—. Puede ser.

—¿Qué pasa? —preguntó otra persona que acababa de llegar.

«Del periódico *Dagbladet*». Vibeke no sé qué. Rønning no se acordaba, en cualquier caso, era una borde. Lo había intentado con ella una vez en el bar del Grand. Le había gustado cómo le quedaba la falda por detrás.

—Un estudiante —mintió Rønning—. Suicidio, probablemente.

—¿Estás seguro? —se extrañó Vibeke Borde—. No es lo que decían por la radio de la policía.

—¿Y qué decían, entonces? —preguntó Lund con curiosidad.

—Un chaval de catorce años —continuó Vibeke y lanzó una mirada a Rønning—. ¿No es eso lo que tienes tú?

—Ni idea. Acabo de llegar —contestó Rønning sonriendo y encendió el cigarrillo.

—Mierda.

Vibeke Borde negó con la cabeza y siguió hacia la barrera.

—¿Tenemos algún nombre?

—Oficialmente no, pero dicen que se llamaba Ruben Iversen. Catorce años.

Era una cara nueva, un tío joven con gafas.

Dagsavisen.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Lund.

—Tengo mis fuentes —dijo el de las gafas.

Rønning sacó su teléfono y envió un mensaje corto.

La víctima, probablemente un tal Ruben Iversen, 14, ¿vamos al instituto?
¿Enviamos a alguien para hablar con la familia, compañeros de clase, profesores,
etc.?

De repente hubo un movimiento entre la gente.

—¡Goli!

—¡Anette!

Abrieron la barrera para dejar pasar un coche negro. Lluvia de flashes y manos ávidas, la pesada respiración de gente que llevaba cámaras de televisión sobre los hombros.

—¡Goli!

—¡Anette!

—¿Hay alguna conexión con los otros asesinatos?

«Efectivamente».

«No era el único al que se le había ocurrido la idea».

Perfecto. Un reto. Ya era hora de demostrar quién era. No podía seguir prostituyéndose como un periodista de calle cualquiera.

Erik Rønning se alejó un poco, hasta conseguir una mejor vista general de la escena. Podría ser vago, pero no era tonto. Esa era la razón por la que había sido la mano derecha del redactor Grung. El niño mimado del redactor. Había estado realmente cómodo en ese papel, y el suceso le había hecho un poco de

pupa. La mirada de Grung cuando el viejo periodista se dio cuenta de que su niño mimado premiado no había sido más que un mentiroso.

Vale, eso ya pertenecía al pasado. No había razones para agachar la cabeza. Era hora de ganarse el caviar. Se alejó un poco más para ver si había otro camino de acceso al lugar. Munch y Mia, de acuerdo, eran de primera, ¿pero el resto? ¿El agente raso? No estaría más que un peldaño por encima de los seguratas de los centros comerciales, y Rønning dudaba de que hubiesen sido capaces de asegurar todo el escenario en tan poco tiempo. Los borregos de sus colegas seguían apiñados junto a las barreras, mirando hacia el camino.

«Aficionadillos».

«Normal que nunca llegaran a ningún sitio».

Erik Rønning sonrió para sí, tiró la colilla al suelo y comenzó a buscar otro camino de acceso al aparcamiento.

Mia llegó al aparcamiento de Skar y Munch le fue al encuentro con una expresión de preocupación en la cara.

—¿No has dormido?

—¿Qué quieres decir?

—Tienes un aspecto horrible.

—Vaya, muchas gracias —repuso Mia.

—Lo siento, no quería decir eso. ¿Va todo bien?

—Todo bien. ¿Qué tenemos?

—Otro coche —contestó Munch señalando con la cabeza hacia el extremo del aparcamiento—. Robado. De una familia de Økern. Volvieron de vacaciones. El coche había desaparecido.

—¿Y por qué no estamos allí?

—El equipo de la médica forense quería terminar primero.

—¿Es la nueva?

Mia hizo un gesto hacia el maletero abierto, donde una mujer de pelo moreno estaba gesticulando enérgicamente, haciendo que la gente corriese de un lado a otro.

—Lillian Lund —dijo Munch.

—¿Una señora severa?

—Parece buena gente —afirmó Munch.

—¿Pinchazo de jeringuilla?

—Sí.

Mia vio otra cámara montada en un trípode, dirigida hacia la parte trasera del coche.

—¿Has mirado la cámara?

—Trece —musitó Munch.

—Joder —exclamó Mia.

—¿Te dice algo?
Se giró hacia ella y encendió un cigarrillo.
—¿Cuatro, siete, trece?
—Tú eres el matemático —replicó Mia y se frotó los ojos.
—¿Un número de la lotería? —aventuró Munch.
—¿Qué quieres decir?
—No, nada. Joder, me molesta.
—¿El qué?
—Bueno, todo en realidad. Estos números. Me fastidia que juegue con nosotros de esta manera.
—¿Quién lo encontró? —quiso saber Mia.
—Un guardia de seguridad. Olsen. Estaba en estado de shock. Lo he enviado a la comisaría de Grønland. Anette se encarga del interrogatorio.
—¿Cuánto tiempo ha pasado?
—Un par de horas, ¿por qué?
Mia hizo un gesto de cabeza hacia la carretera.
—La prensa ya anda por aquí.
Munch se encogió de hombros.
—Los lobos ya huelen la sangre —murmuró Mia.
Un técnico cruzó el aparcamiento en dirección a ellos. Se bajó la mascarilla y suspiró en dirección a Munch.
—¿Tú has dado el visto bueno a esto?
—¿A qué te refieres?
—No podemos acceder hasta que no termine la médica.
—Seguro que no tardan mucho.
—Ya, pero...
—¿Habéis rastreado el bosque? —dijo Mia.
—Sí, estamos en ello. Nos ha dado el tiempo justo para empezar con el coche.
—Seguid por la zona de alrededor del aparcamiento —sugirió Munch—. Tendremos acceso en cuanto terminen.
El técnico meneó la cabeza y murmuró algo inaudible mientras volvía a colocarse la mascarilla y se marchaba para reunirse con los otros técnicos.
—¿Una casa de muñecas? —comentó Mia con curiosidad.
—Según el guardia, estaba ardiendo en el asiento trasero cuando llegó al lugar.
—¿La has visto?
—Sí, creo que puede resultar fácil averiguar de dónde es.

—¿Por qué?

—Parecía que estaba hecha a mano. No era un artículo general del Toys'R'Us. He visto algunas.

Una sonrisa torcida se formó en sus labios.

Marion, la nieta. El ojo derecho de Munch. Había inundado la habitación de la pequeña con tantos regalos que al final la madre había dicho basta.

—¿Estamos en ello?

—Grønlie se está encargando.

Munch dio otra calada al cigarrillo y viendo que otro técnico se acercaba a ellos. Estaba a punto de abrir la boca, pero Munch se anticipó.

—Esperamos —dijo bruscamente—. No nos va a llevar mucho tiempo.

—¿Hemos cerrado todo el perímetro? —preguntó Mia.

—Espero que sí —contestó Munch—. Ah, por cierto. Ludvig no encontró nada. Me pidió que te lo dijera.

—¿Nada de qué?

—Preguntaste sobre casos anteriores de incendios en casas con los números 47 o 74.

—Sí.

—No había nada en los registros.

—Bueno, por lo menos lo hemos intentado —dijo Mia.

—No estaba mal pensado —observó Munch.

—No era muy difícil. ¿Los hermanos Corazón de León? ¿Una casa en llamas?

—Parece que no ibas mal encaminada —comentó Munch con un gesto hacia el coche.

—¿Seguía ardiendo cuando llegó?

—Creo que sí—afirmó Munch—. Como te decía, estaba bastante tocado.

—Bien, ¿y de qué hora estamos hablando?

—¿Te refieres a cuándo vino?

—Sí.

—Ha dicho que llegó sobre las seis y cuarto.

—¿Y cuánto tiempo puede arder algo así?

—Es imposible decirlo. Si estuviera preparado con algo, ¿un par de horas, quizá?

—Así que ¿en algún momento entre las tres y las cuatro esta madrugada?

—Puede que incluso más tarde.

—Justo delante de nuestras narices.

—Sí, lo sé —dijo Munch y apagó el cigarrillo.

—¿Cómo llegó?

—Ni idea.

—¿No hay autobuses a esas horas?

—No, el primero del día acaba de pasar.

—¿Ha venido en su propio coche?

—Parece que sí —contestó Munch, con una expresión que indicaba que estaba a punto de encender otro cigarrillo, pero al final lo dejó—. ¿Pero quién ha venido con ese otro, entonces?

—¿Bici?

Munch se encogió de hombros.

—Puede haber cámaras a lo largo de la carretera. Sé que hay un supermercado Coop no muy lejos de aquí. Estamos en ello.

—¿Y no llevaba ropa?

—Solo un bañador. La ropa estaba metida en una bolsa delante del coche.

—¿O sea que le quitó la ropa aquí? Joder, pero...

—Ya lo sé —asintió Munch y encendió otro pitillo después de todo—. Estoy empezando a creer que estabas equivocada.

—¿Acerca de qué?

—De la casualidad de la elección de las víctimas. Creo que sabe exactamente a quién quiere y qué va a hacer con ellos.

Munch frunció las cejas y la mirada se le volvió más oscura. Sonó su teléfono y se apartó unos pasos, mientras negaba con la cabeza, para contestar.

—¿Mia Krüger?

—¿Sí?

Una mujer de pelo moreno de la edad de Munch vino caminando hacia ella, se bajó la mascarilla y le estrechó la mano.

—Soy Lillian Lund. Médica forense. Ya estamos listos para llevárnoslo.

—¿También te ocupaste de Vivian Berg?

—Sí —asintió Lund.

—¿Kurt Wang?

—Sí.

—¿Estás segura de que estamos hablando del mismo hombre?

—El modus operandi es el mismo, sí. Si es un hombre, no lo sé. Hay una marca de aguja en el pecho. No hay otras heridas visibles en otros sitios, algo que me llama la atención.

—¿Por qué?

Lund la miró extrañada.

—¿Señales de lucha? ¿Resistencia? ¿Por qué no? ¿No es raro? Ninguno de los dos las tenían.

—¿Nada debajo de las uñas?

La médica forense se encogió de hombros.

—Tenemos que meterlo en el laboratorio para poder afirmarlo con total seguridad, pero, hasta donde yo he podido ver, nada. Igual que los otros.

—¿Heridas en la boca?

Lund ladeó la cabeza ligeramente y la miró.

—¿Fuiste tú la que se fijó en ello?

—Sí.

—Bien observado —comentó Lund—. Pasa lo mismo en este caso. Bajo un trozo de cinta adhesiva, en esta ocasión.

—¿Cinta adhesiva?

—Sí. Sobre la boca. ¿Queréis verlo antes de que nos llevemos el cuerpo?

—Por favor —afirmó Mia y Munch volvió hacia ella apresuradamente.

—Holger —lo saludó Lillian Lund con una sonrisa.

—Hola, Lillian.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mia.

—Lo han encontrado —susurró Munch, expectante.

—¿A quién?

—A Raymond Greger. Lo están subiendo de Larvik.

—¿Quieres que me encargue?

—Lo haremos juntos. Sea como fuere ,tenemos que esperar un poco. Ha solicitado la presencia de un abogado.

—¿Queréis ver el cuerpo? —dijo Lillian Lund otra vez y se puso la mascarilla.

—Por supuesto —contestó Mia y siguió a la nueva médica forense hacia el maletero abierto.

Munch estaba detrás del espejo junto con Anette Goli. Le había pedido a Mia que empezase el interrogatorio sola. Se había dado cuenta de que era mejor así, en determinadas ocasiones. Resultaba menos intimidatorio. Al fin y al cabo, no tenían nada contra este hombre. Raymond Greger. Solo rumores. Una historia de Bodø. No había pruebas técnicas. No había testigos que pudieran situarlo en ninguno de los escenarios. No había llamadas de teléfono ni señales de repetidores. Existía una conexión familiar, pero no iba a servir de gran cosa si él no hablaba.

Se giró hacia Anette cuando Mia comenzó el interrogatorio.

—¿Subimos el volumen?

Anette asintió con la cabeza y giró la ruedecilla situada en el panel junto a la puerta.

—Son las 12.14 —dijo Mia, inclinándose un poco más sobre el micrófono—. Primer interrogatorio de Raymond Greger. Presentes en la habitación están Raymond Greger, el abogado Albert H. Wiik y la investigadora de homicidios Mia Krüger.

Su voz era suave y amable. Había esbozado su mejor sonrisa al entrar. Bien hecho. La había visto perder el control en varias ocasiones ahí dentro, dejando que las emociones la superasen, pero esta vez no.

—Quiero dejar claro desde el principio que mi cliente no comprende por qué ha sido blanco de las acusaciones dirigidas contra él —dijo el abogado y se ajustó el nudo de la corbata—. Si la fiscalía no presenta una acusación formal, solicitamos que pongan en libertad a mi cliente con efecto inmediato, y también quiere hacer constar que estamos valorando una contrademanda contra el Estado por las acusaciones dirigidas contra mi cliente en los medios de comunicación.

Abogados.

Munch negó con la cabeza y se soltó otro botón de la chaqueta.

—No hay ninguna acusación formal —replicó Mia, todavía con una ligera sonrisa en la boca—. Y lamento de verdad lo ocurrido. Como seguramente sabrán, disponemos de cuarenta y ocho horas, pero esperamos terminar a la mayor brevedad posible, naturalmente. Ustedes colaboran, nos dicen lo que necesitamos saber, y pueden irse enseguida. Así es como lo vemos nosotros. ¿Estaba usted en una cabaña? ¿De baja médica?

Greger lanzó una breve mirada en dirección al abogado, quien hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Últimamente he tenido una vida bastante intensa. Demasiado trabajo. Yo quería seguir trabajando, pero el médico dijo que me convenía tomarme unas semanas de descanso.

—Claro —dijo Mia—. ¿Y no se enteró de lo que había pasado? ¿Su sobrina, encontrada muerta?

—No, desgraciadamente —contestó Greger, y parecía estar triste de verdad—. No es mi cabaña. Me la ha prestado un amigo. Le gusta el estilo espartano, por decirlo de alguna manera, sin internet ni televisión; la única electricidad que hay es la que viene de un pequeño panel solar.

—¿Y cuando llegó la policía no sabía absolutamente nada?

Un vecino del archipiélago había dado el aviso después de que la noticia saliera en TV2.

—No, no sabía nada. Pobre chavala. Menuda tragedia.

—Usted es el hermano de Karoline Berg, ¿verdad? —preguntó Mia, buscando un poco entre sus notas.

Más teatro. Lo sabía perfectamente.

—Hermanastro —puntualizó Greger—. Mi madre volvió a casarse. Con el padre de ella. Y a mí me metieron como un bonus, por decirlo de alguna manera.

—¿Qué pasó con las dos niñas en 2007? —dijo Mia de repente.

Greger se sobresaltó repentinamente en la silla. El abogado también parecía un signo de interrogación a su lado. Munch soltó un pequeño bufido de satisfacción y se quitó la chaqueta.

—¿Qué quiere decir? —replicó Greger.

«Idiota».

Munch negó con la cabeza.

Tendría que haber sabido que ellos disponían de esa información, aunque no hubiera nada en los registros.

—Creo que mi cliente prefiere abstenerse de... —comenzó el abogado, pero el profesor de mediana edad lo paró.

Se quitó las gafas y se frotó la cara un poco.

—No fui yo —aseveró Greger al final y meneó la cabeza levemente.

—¿No fue usted? —dijo Mia y volvió a ojear las notas—. Camilla tenía siete años. Hege, nueve. Se llevó a las dos cuando estaban regresando del colegio, alegando diferentes razones. Las engañó para que entrasen en su coche. Las mantuvo presas durante varias horas. Le gustan las niñas, ¿verdad? ¿Le gusta jugar con ellas?

—Estoy convencido de que... —murmuró el abogado, con la cara ligeramente roja, pero Greger volvió a interrumpirlo.

—No fui yo —insistió con una expresión dolida.

—¿No lo hizo usted?

—Sí, pero no fui yo.

—Creo que va a tener que explicar esto un poco mejor —dijo Mia, con la sonrisa habitual—. ¿Dos niñas? ¿Secuestradas en pleno día, en contra de su voluntad?

—Escuche —repuso Greger—. Había..., en fin, estaba atravesando un mal momento. Yo estaba..., bueno, mi esposa me había dejado. Mintió acerca de todo, ¿me entiende? Engañó a la jueza. Se quedó con la custodia de mi hija. Yo ya no podía verla.

Mia echó una rápida mirada imperceptible sobre el hombro hacia el espejo.

—¿Tiene una hija? —dijo Munch a Anette.

—Lo siento, no lo sabíamos, mea culpa —murmuró la abogada policial—. Me pongo a ello.

Sacó el teléfono rápidamente del bolsillo y salió de la habitación.

—¿Su hija? —dijo Mia—. ¿Cuántos años tiene usted?

—Cincuenta y siete.

—¿Y cuántos años tiene ella?

—Nina —respondió Greger—. Cumplirá trece este verano.

—¿Así que en 2007 tenía siete?

Munch podía oír la irritación en la voz de Mia, y la podía entender. Había entrado en un interrogatorio sin la preparación adecuada. Munch era el responsable. Había actuado como un principiante.

—Entonces, ¿qué...? —comenzó Mia, pero Greger la interrumpió.

—No trato de justificar lo que hice. Fue un error. Lo sé. Está claro. Es que..., lo que le he dicho antes, era un momento difícil. Todo lo que había

luchado por conseguir me fue arrebatado de repente. Y Nina, ella era..., ella es..., bueno...

Greger se quitó las gafas otra vez y se secó algo que parecía una lágrima.

«¿Estaba actuando?».

Munch era incapaz de averiguarlo desde su posición.

—¿Así que echaba en falta a su hija y decidió buscar a otras niñas con las que poder jugar? —dijo Mia, ya sin rastro de amabilidad.

—Así es —asintió Greger y bajó la mirada hacia la mesa.

El abogado estaba con la boca medio abierta sin decir nada. Parecía que tenía tanta curiosidad por enterarse como el resto de la gente en la sala.

—Es consciente de que suena bastante raro, ¿verdad? ¿Dos niñas pequeñas? ¿Secuestradas?

—Lo sé, lo sé. No era yo. No hice nada. Solo estábamos... —dijo Greger y apoyó la barbilla en las manos.

—¿Jugando? —apuntó Mia con tono ácido.

—De hecho pedí que me castigasen —replicó Greger rápidamente—. No quería hacerles daño. Llévenme a la cárcel, eso fue lo que les dije.

La puerta de la sala tras el espejo se abrió de nuevo y Anette entró en la habitación, asintiendo con la cabeza.

—Hija. Trece años. La exmujer pidió el divorcio en 2007, se quedó con la custodia, sin visitas. Acusaciones de maltrato físico y psicológico a las dos. He intentado dar con la juez que llevaba el caso pero no estaba. Solo he podido hablar con una persona del archivo.

Mia echó otra mirada hacia el espejo.

«Me vendría bien un poco de ayuda».

—¿Y por qué le prohibieron ver a Nina?

—Ella mintió —respondió Greger lacónicamente.

—¿Sobre qué?

El abogado ya se había rendido. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y dejó que los acontecimientos siguiesen su curso.

—Dijo que yo las había tratado mal.

—¿Y no era verdad?

—Escuche, no soy perfecto, la verdad, pero aun así...

Sonó el teléfono de Munch. Lo sacó rápidamente de la trenca. Era un mensaje de Ludvig Grønlie.

¡Hemos encontrado la casa de muñecas! ¿Enviamos a Curry?

—¿Qué hacemos? —dijo Anette—. ¿Es nuestro hombre?

Munch negó con la cabeza.

—No estaba cerca cuando ocurrieron los hechos, ¿verdad?

—Todavía no hay nada que lo indique.

—¿No tenía ningún contacto con Vivian?

—Según Gabriel, no.

—Sácala de ahí —ordenó Munch, meneando la cabeza.

—Son las 12.24 —dijo Mia cuando Anette metió la cabeza en la sala de interrogatorio—. Terminamos momentáneamente el interrogatorio de Raymond Greger.

—¿Y qué tenemos que...? —empezó a preguntar el abogado, nervioso.

Parecía que todavía no se había dado cuenta de qué acababa de presenciar.

—Quédense sentados —contestó Mia y salió de la habitación.

Abrió los brazos en un gesto impaciente al entrar en la habitación tras el espejo.

—¿Qué coño, Holger?

—Sí, lo sé —asintió Munch—. Ha sido culpa mía.

—¿Quieres que lo presione sobre su relación con Karoline Berg?

—¿Crees que es nuestro hombre?

—No tenemos nada contra él, ¿no? —dijo Mia y miró a Anette, que negó con la cabeza—. Pero, aun así, ¿jugar con niñas pequeñas? —añadió y miró a Greger a través del espejo.

—Lo retenemos —respondió Munch—. Podemos tratar de conseguir que diga algo más, pero de momento creo que podemos tacharlo de nuestra lista.

—¿Me encargo yo? —preguntó Anette.

—¿Yo no? —dijo Mia.

—Hemos encontrado la tienda donde se compró la casa de muñecas —explicó Munch.

—¿Ya?

—Sí. Ludvig. Curry está en camino, vas con él, ¿de acuerdo?

—¿Está en la oficina?

—Creo que sí.

—Qué tío más retorcido —dijo Mia, mirando hacia la sala de interrogatorio.

—Anette se encarga —repuso Munch e hizo una señal a Goli, que asintió con la cabeza—. ¿Me llamas después?

—Vale —murmuró Mia y echó otra mirada a través del espejo antes de cerrar la cremallera de la cazadora de cuero y salir de la habitación.

Erik Rønning había pedido cangrejos de mar fritos con kimchi y estragón y una copa de Petit Chablis. En realidad lo que más le apetecía era una Coca-Cola. Tenía un poco de resaca después de las celebraciones de la noche anterior, pero eso no sería adecuado, claro está, aquí en el venerable Grand Cafe. El camarero se llevó los menús y Rønning sintió un leve cosquilleo de expectación. Ya estaba de vuelta. Y no había tardado mucho en conseguirlo.

Grung casi no podía mantenerse quieto en el otro lado de la mesa.

—¿Y dónde está? —susurró el viejo periodista, mirando a su alrededor.

Erik Rønning sonrió y dio unos golpecitos en su móvil.

—¿Muestra todo el asesinato? —preguntó Grung con los ojos abiertos de par en par.

Rønning asintió con la cabeza.

«Cómo le había sonreído la diosa Fortuna».

«Ya había tenido ese presentimiento ahí arriba».

—¿Puedo verlo? —dijo Grung nerviosamente y estiró el brazo en busca del móvil.

—Aquí no —contestó Rønning, guiñándole un ojo, y volvió a meterse el teléfono en el bolsillo de la americana.

Afortunadamente, había pasado por su casa para cambiarse de ropa. Había encontrado una mina en su ronda por Maridalen, pero su aspecto había sufrido. ¿Comer en el Grand con manchas en los pantalones y barro en los zapatos? Ja, ja, de eso nada. Había elegido un traje azul marino de Ermenegildo Zegna, con una corbata negra, bastante sencilla, de Armani y zapatos marrones de Mantelassi.

—Cuéntamelo otra vez —dijo Grung cuando el camarero volvió con la comida.

Grung había querido ver el vídeo inmediatamente, claro.

«¿Qué me estás diciendo?».

«¡Baja a la oficina a la voz de ya!».

Pero Rønning lo tenía muy claro. ¿La oficina? Ni hablar. En cuanto corriese la voz, otros quedarían involucrados. Silje Olsen. O el idiota de Ellingsrud. No, necesitaba quedar con Grung a solas. ¿Y por qué no convertirlo en una ocasión festiva? ¿Celebrarlo un poco? A fin de cuentas, había pasado una mañana entera en medio de la nada, junto con una pandilla de imbéciles. Rønning se llevó la copa de vino blanco a la boca y ya casi se sintió ebrio. Hacía tiempo que Grung no lo miraba de esa manera. Casi con admiración.

—Bien, estoy allí junto a las barreras —comenzó Rønning.

Grung había oído la mayor parte de la historia por teléfono, pero aun así escuchaba con paciencia. Las vibraciones se reanudaron en su bolsillo, pero el viejo periodista no hizo ni el menor gesto para contestar.

—Ya sabes, allí están todos. Lund, Vikhammer, sí, toda la panda.

—Claro —asintió Grung.

—Pero luego se me ocurrió una idea —continuó Rønning, orgulloso—. ¿Para qué quedarme ahí abajo? No se veía nada. Me imaginé que todavía no les había dado tiempo a cercar toda la zona.

—Bien pensado —comentó Grung sonriendo.

—¿Verdad? El aviso había llegado..., bueno, menos de una hora antes. Eso sí, había una sorprendente cantidad de gente. Hay que joderse, NRK y TV2 ya tenían coches ahí arriba.

—La bailarina de ballet —asintió Grung y apartó un poco el filete de buey con salsa tártara—. Todo el mundo está en tensión.

—Efectivamente —repuso Rønning sonriendo—. Sin embargo, algunos de nosotros estamos aquí, mientras otros siguen por ahí, pelándose de frío, ¿no es así?

—¿Todavía hay gente en el lugar de los hechos?

—No lo sé, es una forma de hablar —contestó Rønning.

—Sí, sigue. ¿Las barreras?

—Resultó que al final sí habían cercado toda la zona —continuó Rønning, encogiéndose de hombros—. Pero, bueno, a pesar de eso la ronda sirvió de algo, como bien sabes. Era casi como si...

Se tomó otro sorbo y se dio unos ligeros golpes en la nariz.

—... ya sabes, ¿como cuando casi puedes olerlo?

Grung estiró la mano en busca de su copa.

—No terminaba de entenderlo antes —dijo el redactor, que ya no podía ocultar su impaciencia—. ¿Qué tiene que ver esto con las prostitutas?

—Justo llegaba a eso —respondió Rønning con una sonrisa y se secó la boca con la servilleta.

Le encantaba aquello. Quería disfrutar el momento al máximo.

—Entonces, iba subiendo por el camino que va por detrás, ¿y qué ven mis ojos?

—¿Qué?

—Creo que tengo que empezar desde el principio —dijo Rønning con un gesto al camarero para que le trajera otra copa de vino.

—¿Las prostitutas? ¿Qué tienen que ver con todo esto?

—Bueno —repuso Rønning sonriendo de nuevo—. Reconocí una cara por ahí. Entre la gente.

—¿Entre los espectadores?

—Lo vi en su cara desde el primer momento —dijo Rønning con un tono triunfal—. No estaba allí por curiosidad. Había ido para quitar las cámaras.

Grung negó con la cabeza.

—A ver, explica esto un poco mejor, ¿quién dices que era?

—Su nombre es Pal Amundsen.

—¿Y quién es?

—¿Te acuerdas del asunto que teníamos entre manos hace unos meses? —preguntó Rønning en voz baja, inclinándose sobre la mesa—. ¿El aviso sobre los puteros que recogían a chicas por el centro y las llevaban hasta ahí arriba para..., bueno, rematar el negocio?

—¿Colocaste cámaras? —dijo Grung con tono severo y frunció la nariz.

—No, no, oficialmente no, pero, bueno, me hablaron de un tío que podría ayudar con ese tipo de cosas. Ya sabes, el tipo de cámaras que se activan con sensores de movimiento, como las que usan en los documentales de animales.

—Sabes que no podemos hacer ese tipo de cosas, Erik. ¿Qué cojones?

Grung meneó la cabeza con irritación.

—Bien, y tampoco lo hicimos. No hay nada que me vincule a este Amundsen, puedes estar tranquilo.

Parecía que su jefe quería abrir la boca para decir algo, pero al final no lo hizo.

—Al final lo dejamos —continuó Rønning—. No sacamos nada de aquello, como recordarás, pero, bueno, en fin, lo vi en sus ojos...

—¿Había dejado las cámaras?

—Sí, menudo cerdo —dijo Rønning con una risa seca—. Esperaría captar algo goloso para llevárselo a casa y disfrutarlo en privado. Lo vi enseguida. El hombre irradiaba remordimientos. Me costó diez segundos conseguir que lo reconociera.

El camarero volvió con más vino. Rønning dejó que lo terminase de escanciar antes de seguir.

—Pim, pam, pum, veinte minutos más tarde estábamos en casa del tío, metidos en su ordenador, y ahí estaba.

Esbozó una sonrisa torcida y volvió a dejar el móvil sobre la mesa.

—Increíble —dijo Grung, negando con la cabeza—. ¿Y lo has visto?

—Naturalmente —asintió Rønning.

—Y muestra..., bueno, ya sabes.

—Todo el proceso.

—¿Desde el principio? En fin, ¿se ve...?

—Se ve todo —confirmó Rønning sonriendo y deslizó el teléfono sobre el mantel blanco hacia el otro lado.

—¿Puedo? —dijo Grung y lo levantó de la mesa como si fuera un bebé recién nacido.

—Claro.

—Gracias —murmuró Grung y se metió el teléfono en el bolsillo de la americana.

—Es un placer —dijo Rønning y levantó su copa.

Grung miró a su alrededor como si sospechara que el Servicio Secreto los hubiese seguido y las tropas de asalto pudieran entrar en cualquier momento. Después se levantó con cautela y se marchó en dirección a los servicios.

Curry ya estaba junto al ascensor cuando Mia llegó. El musculoso bulldog pulsó el botón y se llevó una mano a la frente.

—Joder, va a ser un día duro —murmuró.

—Sí, para todos —dijo Mia y lo miró—. ¿Dónde has estado? ¿Una mala racha?

—Solo un poco, no pasa nada.

Curry le echó una mirada como para decir que era mejor que no siguiera preguntando.

Hombros caídos. Ojeras negras.

Había algo en su mirada que ella no terminaba de interpretar.

Mia no podía dejar de pensar en lo que Wold le había contado en el Lorry, pero ahora mismo no tenía fuerzas para involucrarse. Tres asesinatos. De momento, tenía que esperar.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuando llegaron al garaje subterráneo.

—A Los Juguetes de Kalle, en Torshov —respondió Curry y abrió uno de los coches con el mando a distancia.

—Conduzco yo —dijo Mia y le quitó la llave.

—¿Estás segura? —ladró el bulldog.

—Sí —repuso Mia y tomó asiento tras el volante.

Curry suspiró y se puso el cinturón de seguridad. Parecía que tenía más que suficiente con mantener la cabeza erguida.

—¿Cómo pudimos dar con el sitio tan rápido? —preguntó Mia y salió del garaje.

—Grønlie envió e-mails a todos los sitios que encontró. Tiendas de juguetes, importadores, toda esa peña, y se enteró enseguida de que este podía ser nuestro hombre.

—¿Has hablado con el tío?

—Hace un momento. Estaba dormido. Ha dicho que iría en cuanto pudiera.

—¿La tienda no estaba abierta?

Curry suspiró y apoyó la cabeza en las manos.

—Eh, no, parece que es uno de esos sitios alternativos. Juguetes auténticos. Fabricados a mano. Con materiales que no perjudican a los niños pobres del tercer mundo, ese tipo de planteamiento. Con horarios de hippie, ya sabes. Pero iba a bajar ahora.

Curry sacó una cajita de snus del bolsillo interior y al final consiguió colocarse una bolsita debajo del labio superior.

—¿No llevarás algo de agua encima?

Mia tuvo que reír.

—¿Qué quieres decir? ¿Si llevo un grifo en el bolsillo?

—Yo qué sé —contestó Curry y volvió a agarrarse la cabeza con las manos—. La gente anda con botellines, ¿no? Mierda.

—Lo siento —se disculpó Mia y tomó la salida hacia Torshov.

—¿Ibuprofeno, entonces?

—No —respondió ella con una sonrisa compasiva—. ¿Quieres que pare en algún sitio?

—¿Te importaría?

Mia paró junto a la acera y esperó mientras Curry entraba apresuradamente en un 7-Eleven.

—Gracias —murmuró el bulldog cuando volvió al coche. Se metió cuatro pastillas en la boca y se las tragó con casi todo el contenido de la botella de agua.

Mia decidió permanecer callada durante el resto del viaje.

Habían aparcado el coche y acababan de ver el rótulo de la tienda, hecho a mano, cuando un hombre de mediana edad, pelo largo y una enorme barba vino hacia ellos por la acera, arrastrando los pies.

—¿Ha sido usted el que ha llamado? —preguntó el hombre y sacó un juego de llaves del bolsillo de un amplio anorak.

—Jon Larsen —se presentó Curry y le dio la mano.

—Thomas Lange —contestó el hombre de la barba—. Pero todo el mundo me llama Lange Thomas^[1].

—¿No se llama Kalle? —dijo Mia indicando con la cabeza el cartel que colgaba sobre la puerta.

El hombre sonrió levemente.

—Ese nombre viene de *El árbol de Kalle*. ¿Ha oído hablar de ese programa? ¿Un programa para niños?

—Sí, va de un chico que se pasa el día entero tumbado en la copa de un árbol, mirando al cielo —murmuró Curry.

—Ese soy yo —replicó Lange sonriendo y abrió la puerta con llave.

—«En medio de la ciudad vive un chaval llamado Kalle. Kalle tiene un árbol...» —cantó Curry, sin acertar ni una sola nota de la melodía—. ¿No te acuerdas de ese programa? ¿Kalle, que se pasa el día en el árbol pensando en la vida, mientras su abuelo se queda sentado al pie del árbol leyendo el periódico?

—Sí, claro —asintió Mia.

—Los suecos son la leche. Joder, ¿por qué todo lo bueno viene de Suecia? *Miguel el Travieso*, *Vacaciones en Saltråkan*, *El gran detective Blomquist*, *La piedra blanca*. ¿Te acuerdas de algún programa noruego bueno? Ni de coña, todo era sueco.

—¿Entramos? —propuso Mia, señalando la puerta abierta.

—*Ronja, la hija del bandolero*, *Alfonso...*

—Adelante —dijo Mia y dejó pasar a Curry antes de entrar en la tienda.

—¿La conozco de algo? —preguntó Lange cuando ya estaban dentro.

—Mia Krüger —se presentó ella, estrechándole la mano.

—Ajá —comentó Lange, quitándose la larga y colorida bufanda y dejándola sobre el mostrador—. Sabía que era conocida. ¿Puedo ofrecerles algo?

—No, gracias —contestó Mia.

—Necesitamos saber si usted ha vendido esto —dijo Curry y sacó una foto del bolsillo interior.

Lange la cogió y frunció la nariz.

—Es mía, sí. ¿Quién ha quemado mi casita?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —respondió Mia—. ¿Ha vendido muchas unidades?

—No. Solo he vendido una y eso fue todo. No hay mucha demanda de artículos bien fabricados hoy en día. Es una pena, porque he fabricado unas cuantas. Me parece que son bonitas.

Lange le devolvió la fotografía a Curry y desapareció en la trastienda. Regresó con una casa de muñecas blanca, idéntica a la que habían encontrado en el aparcamiento de Skar.

—Bambú —explicó Lange y puso la casita sobre el mostrador—. El mejor material que hay para el medioambiente. Crece rápido. Necesita pocos

nutrientes. Deberíamos construirlo todo con bambú, tengo un folleto por aquí...

—No se preocupe —dijo Mia—. ¿La vendió hace poco?

—La verdad es que sí. A una chica muy simpática, de hecho, se parecía a usted, pero con el pelo más claro.

—¿Una chica? —se sorprendió Mia.

—Chica, mujer, dama, no sé lo que prefieren, pero era una mujer joven, tendría unos veintipocos años. Muy simpática. Estuvimos hablando un buen rato. Quería irse a Goa, ¿han estado allí?

—¿Angola? —dijo Curry.

—No, Goa, en la India. O el paraíso, que es como lo llamo yo. Normalmente paso el invierno allí, pero este año no, por desgracia. La tienda no ha ido tan bien como otros años. Ahora todo el mundo quiere cosas de plástico brillante, ¿no es así? Ya nos da igual todo, ¿verdad? El planeta se va al carajo y nuestros hijos heredarán toda esa basura. Y esos aviones de caza, ¿qué? ¿Cuánto valen? ¿Cien billones de coronas? Hay gente que pasa hambre, los niños no tienen material escolar, los mayores están metidos con pañales en residencias sin que nadie les haga caso, ¿y tenemos que comprar esos cazas americanos? Este país se hundirá si no ponemos a gente sensata al timón cuanto antes.

—¿Una mujer joven? —repitió Mia aún sorprendida, y lanzó una mirada rápida a Curry, que se encogió de hombros.

—Sí, fue un buen día —comentó Lange sonriendo—. Es bonito que la gente sepa apreciar el trabajo de uno, ¿verdad? El toque artesano, que se nota en el más mínimo detalle.

—¿No tendrá una cámara montada por aquí? —dijo Mia.

—¿Gran Hermano te ve? No, gracias.

—O un..., en fin, una lista de correo o algo así. ¿No le dio su nombre? —preguntó Curry.

—¿Lista de correo? —bufó Lange—. ¿Por qué iba yo a entrometerme en la vida privada de nadie? ¿Es consciente de cuánto saben las grandes corporaciones sobre usted hoy en día? Macrodatos. ¿Cree que quieren que les des tu número de teléfono y la dirección de correo electrónico para ayudarte con algo? ¿Para conseguir jornadas más cortas? ¿Mejores salarios? Nada de eso, es para que compres más cosas. Por supuesto que no tengo una lista de correo. Pero tengo un pequeño bote para que todo el que quiera pueda donar unas coronas a una escuela en Ruanda. Mi novia y yo la patrocinamos, ¿a alguno de los dos le sobra una monedita para los más necesitados?

Curry miró el bote de cristal que Lange sujetaba, prácticamente vacío, y al final sacó casi a regañadientes un billete de cincuenta coronas del bolsillo del pantalón.

—¿Hay algo más que pueda contarnos sobre esa chica? —preguntó Mia.

—Bueno —respondió Lange—. Como os decía, era muy simpática. Unos veintipocos años, delgada. Pelo largo, una gorra verde, llevaba ropa un poco desgastada, como dirían los pijos de Frogner.

Lange sonrió irónicamente, indicando con un gesto en dirección al barrio en cuestión.

—¿Pero no le dejó un nombre ni una calle?

—No me gusta el Gran Hermano —dijo Lange otra vez y negó con la cabeza—. No se me ocurriría.

—¿Le importa darnos un toque si volviera a la tienda? —le pidió Mia y sacó una tarjeta del bolsillo interior de su cazadora.

—Por supuesto —contestó Lange—. ¿Están seguros de que no quieren nada? Tengo un té de Darjeeling realmente bueno y miel de Svartlamon de Trondheim. Todo auténtico. Da calorcito ahora que la primavera todavía no termina de llegar.

El hombre barbudo hizo un gesto de cabeza hacia el neblinoso paisaje urbano al otro lado de la ventana.

—La naturaleza nos está devolviendo el golpe. En breve todos nos congelaremos de frío, y nos lo habremos merecido.

—¿Le importa que enviemos un dibujante?

—¿Un artista? ¿Me va a hacer un retrato? —dijo Lange y guiñó un ojo.

—Es para hacernos una idea de cómo era la mujer que compró la casa.

—Ya lo sé —contestó el hippie barbudo—. Como decía, veintipocos años, pelo largo rubio, gorra verde, pero sí, envíenme a uno, no pasa nada. Estaré aquí. O por aquí cerca, en todo caso.

—Muy bien. Gracias por la ayuda. Llámenos si se le ocurre algo —se despidió Mia, y salió de la tienda detrás de Curry.

Se quedó un momento en la húmeda acera.

—Allí, allí y allí —dijo y señaló con el dedo.

—¿Qué? —exclamó Curry.

—Cámaras. ¿Puedes hacerte cargo?

—¿Yo?

—¿Sí?

—¿Tú a dónde vas?

—Tengo que mirar una cosa. ¿Va todo bien, por cierto?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás bien?

—Sí, sí, me lo tomo con calma —murmuró el musculoso bulldog y cambió la bolsita de snus por otra—. Cogeré un taxi. Nos vemos en la oficina.

—Genial —dijo Mia y se sentó detrás del volante.

Gabriel Mørk estaba en su despacho, tratando de decidir qué hacer con la enorme cantidad de información que había guardado en su MacBook, cuando de repente Ylva metió la cabeza por la puerta.

—Hay una emergencia.

—¿Qué?

—Todo el mundo ya está viniendo.

—¿Por qué?

—Parece que un periodista de *Aftenposten* ha grabado el asesinato en vídeo.

—¿Qué dices? ¿Cuál de ellos?

—Ruben Iversen.

—¿Estás de guasa? ¿Cómo es posible?

—A mí no me preguntes —respondió Ylva y se marchó por el pasillo.

—Vale, antes de empezar —dijo Munch cuando todos habían llegado a la sala de reuniones—. Acaban de enviarnos los retratos del joven que fue visto en el hotel Lundgren y en la lavandería.

—¿Karl Øverland? —preguntó Curry.

Munch asintió con la cabeza.

—Antes de ver el vídeo —continuó cuando la pantalla a sus espaldas por fin empezó a funcionar adecuadamente—, me parece importante echar un vistazo a los retratos.

Dos retratos robot. Hubo un leve murmullo en la sala cuando aparecieron en la pantalla.

—¿No es el mismo hombre? —dijo Ylva, sorprendida. Gabriel había pensado exactamente lo mismo. Los dibujos eran totalmente diferentes entre sí. El hombre de la izquierda tenía el pelo corto. El de la derecha llevaba un peinado que recordaba a los Beatles, con flequillo y también gafas.

—¿Estamos buscando a dos hombres distintos? —dijo Curry—. ¿Gente que está colaborando en esto?

—Algo me dice que nos está engañando —apuntó Mia con la espalda apoyada en la pared.

—¿Por qué? —quiso saber Ylva.

—Fijaos en esto —repuso Mia y señaló la pantalla—. Los ojos. El mismo tamaño. La nariz, bastante parecida. La barbilla, prácticamente idéntica. Estas son cosas que no son tan fáciles de camuflar, ¿verdad?

Se giró hacia los otros.

—¿Entonces se disfraza? —dijo Goli.

—Creo que sí —respondió Mia lacónicamente.

—¿En serio? —exclamó Curry.

—Creo que Mia puede tener razón —intervino Munch—. Y es por eso por lo que nos cuesta encontrarlo en diferentes cámaras.

—¿Cambia de aspecto?

—Si este es el mismo hombre —dijo Munch, señalando la pantalla—, hay razones para suponerlo. Y si cambia su cara de esta manera, a saber qué otras cosas cambia. Hasta ahora...

—Todo han sido maniobras de distracción —interrumpió Mia—. La contaminación de los lugares de los hechos. Una dirección falsa. Parece que quiere que vayamos de un sitio a otro y malgastemos nuestros recursos.

—¿Mientras él lleva a cabo la siguiente fase del plan? —dijo Goli.

—Eso parece —confirmó Mia.

Hubo otro ligero murmullo en la sala.

—¿Así que habrá más? —susurró Ylva, preocupada.

—Escucha —dijo Munch—. No sabemos nada de esto, no es más que una teoría, pero es algo que deberíamos tener en cuenta.

—¿Y si son hermanos? —sugirió Gabriel cautelosamente.

Rara vez solía abrir la boca en estas reuniones, pero esta vez no había podido reprimirse.

Munch miró a Mia.

—Lo que quiero decir —continuó Gabriel— es que puede ser su aspecto real, pero hay dos de ellos. Como tú misma has dicho, aquellos rasgos que no son tan fáciles de cambiar, como los ojos y la nariz, en realidad pueden ser muy parecidos.

Sintió como se le encendían las mejillas cuando Munch echó una mirada en dirección a Mia.

—Quizá —dijo Mia al final—. De hecho, no resulta tan improbable. Bien razonado, Gabriel.

—¿Hermanos? —musitó Munch.

Era evidente que los líderes del equipo acababan de ver los retratos por primera vez y no habían tenido tiempo para analizarlos.

—Y el vídeo, ¿qué? —dijo Curry otra vez—. ¿Es cierto?

—¿El qué? —preguntó Munch.

—¿Que muestra el asesinato entero? ¿Allí en el aparcamiento de Skar? Por cierto, ¿cómo lo consiguieron? Si es una locura, ¿no? Quiero decir, ¿cómo podrían pensar que iba a ocurrir algo ahí arriba? ¿Habían recibido un aviso de antemano o qué?

Munch movió la cabeza hacia Anette.

—Se esconden tras la ley de secreto profesional periodístico —explicó Goli con irritación—. Pero he puesto a unos abogados de la casa en ello. No creo que vayan a salirse con la suya, en este caso no, pero de todos modos el proceso de investigación nos va a llevar un tiempo.

—¿Podemos acusar formalmente a alguno de ellos? —dijo Grønlie.

—Podríamos intentarlo —respondió Anette y miró de soslayo a Munch—. En cualquier caso, nos va a llevar un tiempo.

—No hay nada que indique que hayan tenido conocimiento previo —dijo Munch—. Conozco a Grung. Es un hombre legal. Un buen tipo. No puedo pensar que haya dado el visto bueno a algo así. De ninguna manera. Si hubiesen sabido algo de antemano nos lo habrían dicho.

—Y el periodista ese, ¿qué? —señaló Curry—. Erik Rønning. Es todo un personaje, ¿no? Un lechuguino. ¿Fue él quien lo encontró? Ese sí que es capaz de cualquier cosa.

—Lo dicho, hemos puesto en marcha un proceso para enterarnos de su procedencia —contestó Munch—. Mientras tanto deberíamos estar agradecidos de que haya acabado en nuestras manos. Por absurdo que suene. No todos los días tenemos acceso pormenorizado a un vídeo que muestre semejantes detalles. Así podemos ver sin ser vistos.

—¿A qué estamos esperando, entonces? —dijo Curry, con un gesto de impaciencia.

Parecía estar bajo los efectos de algo y se sorbió los mocos ligeramente.

—Son retratos totalmente diferentes entre sí —dijo Munch señalando de nuevo con la cabeza hacia la pantalla—. Y la razón por la que quería que los vierais primero es que en el vídeo vemos al asesino.

—¿En el vídeo? —exclamó Ylva.

—Sí —asintió Munch—. Pero en esta ocasión...

—No me digas que tiene otro aspecto diferente —lo interrumpió Curry con impaciencia, sin saber que probablemente había dado en el clavo.

Munch miró a Mia y después a Anette.

—¿Es así? —dijo Curry, sorprendido—. ¿Tenemos un tercer hombre?

—El vídeo no es de gran calidad —murmuró Munch—. La cámara está bastante alejada y la imagen tiene algo de ruido, pero aun así podemos ver cosas que en mi opinión son aprovechables. Llega el coche. Ruben Iversen está en el asiento trasero. Hasta este punto no vemos la cara del conductor. Iversen sale del coche y comienza a desvestirse inmediatamente. Coloca su ropa en una bolsa y durante un instante se queda desnudo en el aparcamiento, antes de ponerse el bañador y colocarse detrás del coche. Y es en ese momento cuando...

—El autor del crimen recoge la bolsa, la coloca delante del coche y lo podemos ver —concluyó Goli.

—¿Y? —dijo Curry.

—Un tercer aspecto —afirmó Munch, serio—. Esta vez lleva bigote.

—¿No podríamos tener a tres hermanos? —balbuceó Curry—. Evidentemente es algo así como un..., qué sé yo, experto en disfraces o como se diga. ¿Por qué no pones el vídeo y ya está?

—Mierda —dijo Mia, que parecía un poco ausente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Munch.

—¿Puedes sacarme un pantallazo? —le pidió Mia, expectante, a Ludvig Grønlie.

—¿De qué?

—De la cara. ¿Del vídeo?

—Sí, claro, ¿te refieres a ahora mismo?

—Sí —dijo Mia, poniéndose la cazadora.

—No hay problema —asintió Grønlie.

—Hay algo que necesito comprobar —murmuró Mia y salió de la sala detrás del investigador canoso.

Susanne Hval estaba en las escaleras del Teatro Nacional, entre las estatuas de Bjørnstjerne Bjørnson y Henrik Ibsen, cuando Mia cruzó la plaza, caminando apresuradamente. Tuvo una repentina sensación de ambivalencia. Era bueno volver a verla, claro. Habían sido amigas de toda la vida de Asgardstrand. Sin embargo, Susanne siempre había tenido la sensación de que Mia marcaba las pautas de la relación. Susanne había intentado dar con ella durante varios meses, sin recibir respuesta alguna. Mia Krüger. La investigadora de homicidios. Parecía que su amiga siempre tenía otros asuntos prioritarios entre manos.

La había llamado de repente, sin previo aviso.

«¿Podrías ayudarme con una cosa?».

Quizá fuera demasiado tonta. Decía que sí a todo, siempre, a pesar de que luego no era recíproco. Total, ahora ya no había nada que hacer. Había parecido importante.

—Hola, Susanne —dijo Mia, dándole un largo abrazo—. Siento no haberte contestado, pero, bueno, ya sabes.

—No hay problema —contestó Susanne sonriendo—. ¿Qué tal estás?

Mia tenía muy buen aspecto. La última vez que se habían visto parecía un fantasma. Flaca. Cansada. Como un esqueleto a punto de desmoronarse. Ahora era otra persona. Parecía recuperada. Casi como en los viejos tiempos.

—Todo bien —contestó Mia—. ¿Lo has conseguido?

—¿A qué te refieres?

—¿Has podido hablar con él?

—Tenemos varios —respondió Susanne y esbozó una sonrisa—. Pero sí, he hablado con uno de ellos. ¿Tanto te urge?

—Es para un caso en el que estamos trabajando —murmuró Mia y lanzó una mirada hacia las escaleras—. Algo que tengo que confirmar. O

desestimar. ¿Está ahí dentro?

—¿No quieres tomar un café primero? —propuso Susanne—. ¿O comer? Estamos en medio de una serie de reuniones. *La metamorfosis*, de Franz Kafka. ¿Gisli Orn Garðarsson? ¿El islandés? Fue un éxito el año pasado y volveremos a representarla en el escenario principal después del verano.

—No, no te preocupes —contestó Mia, que parecía que en realidad estaba en otro lugar—. No tengo hambre. ¿Él controla el tema?

—¿Qué quieres decir?

Mia señaló su propia cara.

—Máscaras. Cómo alterar el aspecto de una persona, ese tipo de cosas.

—Sí, sí —respondió Susanne sonriendo y apartó la irritación de su mente—. Por aquí todo el mundo sabe casi todo de lo que haga falta.

Guió a su amiga por las escaleras.

—¿Sabe que se trata de una investigación policial? —preguntó Mia cuando se acercaron a la sección de sastrería y maquillaje.

—Acabo de hablar con él hace un momento —respondió Susanne y se paró delante de una puerta—. Si me hubieras dado un poco más de tiempo, ya sabes que...

—No puede decirle nada a nadie sobre lo que le voy a enseñar —la interrumpió Mia—. ¿Vale? Y tú tampoco.

—Claro —asintió Susanne y abrió la puerta.

Ishmael estaba junto a su escritorio y se levantó cuando entraron.

—Mia Krüger —dijo Susanne—. Te presento a...

—Ishmael Malik —dijo el joven, sin poder ocultar del todo que sabía perfectamente quién era ella.

Siempre pasaba lo mismo. Mia Krüger. La investigadora de homicidios. Susanne siempre le había tenido un poco de envidia, o no, quizá envidia no fuera la palabra correcta, más bien estaba orgullosa, pero, bueno, un poco resentida sí estaba, tenía que reconocerlo.

—Hola, Ishmael —lo saludó Mia y sacó algo de su bolso—. Siento venir casi sin avisar, pero necesito que eches un vistazo a una cosa, ¿te importa?

—No hay problema —contestó el joven afgano-noruego sonriendo y despejó el escritorio—. Me alegro de poder ayudar. ¿De qué se trata?

—De esto —dijo Mia y puso tres hojas sobre la mesa.

Dos dibujos y una fotografía.

Susanne no era tonta. Naturalmente, se daba cuenta de que esto tenía algo que ver con aquello de lo que hablaba todo el país. Ya estaba por todas partes, daba igual el canal de televisión que pusiera. Había visto las ruedas de prensa.

La abogada policial rubia que siempre trataba de esquivar todas las preguntas y aparentar tranquilidad. «No hay razones para preocuparse». A pesar de que últimamente toda la gente del teatro, y el resto de la gente que veía, se miraba nerviosamente por encima del hombro. ¿Un asesino en serie que andaba suelto por las calles de Oslo? Incluso su madre la había llamado antes. «¿No crees que deberías volver a Asgardstrand, Susanne?».

—¿Qué estoy viendo?

—Esto debe quedar entre nosotros, ¿de acuerdo? —dijo Mia y puso una mano sobre su hombro.

Ishmael asintió con la cabeza, todavía con esa mirada, como si no terminase de creerse que ella estuviera allí.

—¿Es este el mismo hombre? —dijo Mia.

—Es difícil saberlo —repuso Ishmael, estudiando las hojas que tenía delante—. No son más que dibujos, así que, en fin...

Acercó la fotografía a la luz de la lámpara.

—Este flequillo —dijo Mia—. Y, como puedes ver, aquí lleva un bigote, y aquí unas gafas. ¿Es fácil, esto? Me refiero a cambiarse el aspecto de esta manera.

—Como te decía —contestó Ishmael, dejando la fotografía sobre la mesa—, estos dos no son más que dibujos, pero no, no creo que sea muy complicado.

—¿No?

—¿Cambiar el aspecto de esta manera? No, para nada. Bien podría ser la misma persona, si esa es la pregunta.

—Hemos pensado que podría haber más gente.

—¿Sí? —respondió Ishmael, todavía con las mejillas encendidas—. Claro que podría ser una posibilidad, pero diría que no.

—¿Estás seguro? —preguntó Mia.

—Como te decía, claramente es una posibilidad —repuso Ishmael—. De nuevo, estos dos no son más que dibujos, pero tienen una similitud estructural.

—¿Sí? ¿Te refieres a la nariz?

—No, no —dijo el joven, cada vez más excitado—, todo eso puede cambiar. La nariz, la frente, las orejas, la barbilla, puedo convertirte en un viejo gordo con tan solo un par de horas de trabajo, por expresarlo de alguna manera. Hay que fijarse en los ojos.

—Explica eso.

—Bueno, mira esto. No puedes cambiar los ojos.

—¿Así que dirías que es el mismo hombre? —preguntó Mia.

—De nuevo...

—Aparte de que no son fotografías, ya lo sé.

Susanne sintió otra vez una leve sensación de molestia. Había intentado dar con Mia durante mucho tiempo. No para nada especial, solo para quedar y pasar un rato juntas.

Susanne lo apartó de su mente y esbozó otra sonrisa. En cualquier caso, no hacía falta, era evidente que ninguno de los otros dos parecía percatarse de su presencia.

—¿De modo que para ti es la misma persona? —insistió Mia.

Ishmael volvió a escrutar las imágenes.

—Yo diría que sí. Mira esto. Estas líneas. Por aquí. Si el dibujante, o aquellos que le dieron instrucciones para el dibujo, han conseguido captarlo bien, estos son rasgos difíciles de ocultar.

Susanne metió la mano en el bolsillo en busca de su teléfono, solo para tener las manos ocupadas.

—Mil gracias. Ishmael, ¿verdad?

—Sí, no hay problema —asintió el joven con una sonrisa casi avergonzada jugando en las comisuras de su boca.

—Eres un sol, Susanne.

Ya habían salido. Mia le dio un abrazo rápido y se subió la cremallera de la cazadora.

—Por Dios, faltaría más. ¿Quedamos para comer o tomar una copa un día de estos?

—Claro que sí. Yo te llamo —dijo Mia y le dio un besito en la mejilla antes de bajar las escaleras apresuradamente. Desapareció entre la gente delante de la pista de patinaje de Spikersuppa.

Acababan de terminar de maquillar a Erik Rønning y le parecía que tenía un aspecto un poco raro, pero había estado en la televisión antes y sabía que tenían que hacerlo así. Parecería más normal bajo los focos del estudio. Había llegado a los locales de TV2 en la calle de Karl Johansgate hacía poco más de media hora y lo habían recibido como..., bueno, casi como un héroe, según su propia estimación. Desde que la noticia del vídeo del aparcamiento de Skar había irrumpido, su teléfono no había dejado de sonar un solo minuto. Había hablado un poco del tema con Grung, no sabía si debía mantener sus declaraciones exclusivamente para *Aftenposten*, pero al final habían acordado que el periódico recibiría aún más atención si se dejaba entrevistar por otros medios, y eso era algo que a Erik Rønning no le importaba lo más mínimo. Aparte de todos los periódicos, había estado en NRK TV, NRK Dagsnytt 18 y ahora había accedido a hacer de comentarista experto en el canal de noticias de TV2. Lo habían recibido con los brazos abiertos. Sonrisas por los pasillos. Manos que no deseaban otra cosa que estrechar la suya.

«Bienvenido, Erik».

«Joder, menuda primicia».

«¿Cómo lo has conseguido?».

«¡Qué bueno que hayas podido venir!».

«¿Te apetece tomar una copa después?».

—¿Ya hemos terminado por aquí?

Una mujer con ropa elegante y auriculares alrededor del cuello metió la cabeza y lo miró con ojos curiosos y amables.

—Estoy listo —asintió Erik.

—Muy bien —dijo la productora—. En breve daremos paso a los anuncios, cuando volvamos te toca.

—Perfecto, entonces aprovecho para ir al baño —repuso Rønning, guiñó un ojo y se levantó de la silla de maquillaje.

La mujer de los auriculares se rio un poco.

—No te pierdas por el camino.

—Intentaré no hacerlo —respondió Rønning sonriendo y entró en el baño.

«Mi-mi-mi-mi».

«Mo-mo-mo-mo».

«Qui-ca-co-ca-qui-co».

«Vrr-brr-vrr-brr-vrr».

Calentó la voz, tal y como le habían enseñado el año que pasó en la Universidad Popular de Romerike, cuando pensaba que iba a ser actor, y volvió a mirarse en el espejo. Esta vez se había vestido de gala. Había elegido el traje azul marino que le habían hecho a medida en Brooks Brothers, en Manhattan. En realidad le estaba un poco pequeño, últimamente no había entrenado tanto como debería, pero aun así le quedaba muy bien. Una sencilla corbata roja de Armani y zapatos de Salvatore Ferragamo. Comprobó que no tenía nada entre los dientes, se lavó las manos y salió a la sala de maquillaje otra vez. Ya estaba de vuelta en la primera división política y se sentía como *un jugador importante*. No estaría mal. El parlamentario Erik Rønning. El ministro de Asuntos Exteriores Erik Rønning. Sonrió para sí y se pasó la mano por el pelo para llevar el flequillo hacia la izquierda. Así era como le gustaba, con mucha gomina brillante. Todos aquellos colegas que pensaban que eran artistas e iban despeinados y no se quitaban sus Crocs ni para ir al trabajo, por favor. ¿Erik Rønning, primer ministro? Pasó la mano por la corbata roja y ajustó el nudo un poco. Corbata roja. Eso era lo que los políticos conservadores siempre llevaban cuando querían que los vieran como «amables y de fiar», y con un gran corazón. Por un breve tiempo, Rønning había salido con una estilista que trabajaba para una empresa de relaciones públicas y se dedicaba al tema. Intentaba hacer que los idiotas parecieran humanos y quedasen bien en la tele. Porque, a fin de cuentas, de eso iba la cosa, ¿no?

—Entras cuando terminen los anuncios, ¿estás preparado?

—Siempre estoy preparado —dijo Rønning con una sonrisa y siguió a la mujer hasta el estudio.

Saludó a la presentadora con la cabeza y tomó asiento donde le indicaron. El estudio era pequeño. No era mucho más grande que el salón de su casa. Siempre le sorprendía eso, lo diferente que en realidad era la tele de lo que parecía cuando la veías.

—Prueba de micrófonos —dijo un joven, que también llevaba auriculares. Erik Rønning dijo «Uno-dos» y el chico le enseñó el pulgar.

—Veinte segundos —anunció la productora.

Rønning se giró hacia la presentadora, que le devolvió la mirada con una sonrisa.

¿Cuál era su nombre?

¿Mossfjord?

¿Mossberg?

Veronica Mossberg, eso era. La había visto en diferentes eventos y ella nunca se había dignado a mirarlo, pero ahora las cosas habían cambiado.

—Diez segundos —dijo la productora y levantó una mano—. Cinco.

Ya tenía los dedos en el aire. Los cerraba de uno en uno mientras iban terminando los anuncios.

La secuencia de apertura. Imponente y llena de acción. La productora cerró la mano y giró el brazo hacia Mossberg.

—Bienvenidos de vuelta —dijo la bella presentadora—. Nuestro siguiente invitado es Erik Rønning, del *Aftenposten*, el periodista que consiguió grabar en vídeo el terrible suceso de esta mañana, pero primero un pequeño resumen para los espectadores que acaban de incorporarse. ¿Roger?

Rønning se aclaró la garganta y tomó un sorbo de agua. Roger. Un tipo pequeño de rostro rojizo. Rønning había jugado al póquer con el tío unos meses antes y no le había caído especialmente bien.

—¿Hay un asesino en serie suelto por Oslo? —dijo Roger con una voz seria, un poco afectada—. Esta es la pregunta que toda la nación se plantea después de que la tercera víctima en tan solo unos pocos días haya sido encontrada esta mañana en el maletero de un coche en Maridalen. Lars Ellingsen tiene más información.

La productora volvió a salir al estudio para señalarles que ya no estaban en directo. Un reportaje previamente grabado apareció sin sonido en una pequeña pantalla detrás de ellos. Rønning lo había visto unas horas antes. Vivian Berg, la bailarina de ballet. Kurt Wang, el músico de jazz. Encontrado en la habitación de un hotel. Ruben Iversen, el chaval. ¿Era el mismo asesino? Blablablá. ¿Era realmente necesario eso? ¿Ahora que él estaba allí? Meneó ligeramente la cabeza, esperando que se dieran cuenta. Tomó otro sorbo de agua del vaso y se limpió los dientes con la lengua.

La productora salió junto a la cámara y reanudó sus gestos con la mano mientras el reportaje iba terminando.

Tres, dos...

—Como hemos dicho antes, tenemos con nosotros a Erik Rønning, del *Aftenposten*. Bienvenido, Erik —dijo Roger con un gesto de cabeza hacia él cuando estaban otra vez en directo.

—Gracias —contestó Rønning, serio.

—Has conseguido un vídeo que muestra el asesinato de Ruben Iversen, ¿es correcto?

—Así es —asintió Rønning, cruzando las manos sobre la mesa.

—¿Cómo habéis podido hacerlo? ¿Por casualidad? ¿O es como dicen las malas lenguas, que fuiste informado con antelación por el autor de los hechos?

—Esa es una acusación que quiero desmentir de inmediato, Roger —afirmó Rønning con énfasis—. El vídeo es fruto de otro artículo en el que estábamos trabajando, y, bueno, no sé si fuimos extremadamente profesionales o simplemente afortunados, eso lo deben juzgar otros, pero, por suerte, por fortuna...

Miró directamente a la cámara, para establecer contacto visual con los espectadores.

—... pudimos sacar esta prueba, que ha sido de extrema utilidad para la policía, que se ha mostrado muy agradecida.

—¿Nos puedes decir...

Ya estaba hablando Veronica Mossberg, con un tono totalmente diferente. Parecía impresionada, ese Roger no era más que un envidioso. ¿Acaso este mundo no era así? Rønning tenía que sonreír un poco por dentro, mientras la presentadora casi le comía con la mirada y el enano a su lado no hacía más que apartar la mirada con amargura.

—... si este vídeo se hará oficial en algún momento? ¿No te parece que todos tenemos derecho a ser informados de los detalles de este caso?

—Bueno, Veronica —dijo Erik Rønning, aclarándose la garganta—. Como ya sabes, en casos como este es importante proteger no solo a la víctima y su familia, sino que también..., en fin, diría que a la nación entera.

—Pero... —comenzó Roger.

—Naturalmente —prosiguió Rønning sonriendo y levantando la mano para apaciguarlo—, esto no es algo que yo, o la redacción del *Aftenposten*, hayamos decidido. Hemos trabajado en estrecha colaboración con la policía y las autoridades, y si lo piensas, Roger, ¿no resulta evidente? Si fuera tu propio hijo, ¿a ti te gustaría que se mostrase en abierto en la televisión nacional? Creo que no.

Rønning lanzó una rápida mirada seductora hacia Mossberg y se tomó otro sorbo de agua.

—¿Pero qué opinas —continuó la presentadora— de la posibilidad de que un país pequeño como Noruega esté ante la perspectiva de tener que enfrentarse al *segundo* asesino en serie en menos de un año? ¿Estamos alcanzando niveles americanos en este sentido? ¿Qué es lo que está pasando en nuestro pequeño país?

—Bien, Veronica —comenzó Rønning, pero fue interrumpido por Roger, que puso un dedo sobre el auricular que llevaba en el oído.

—Perdona por la interrupción, pero tenemos con nosotros desde Estocolmo al experto más reconocido de Suecia en este campo, el escritor de novela negra y catedrático de Criminología Joakim Persson. Persson, bienvenido y gracias por poder estar con nosotros.

El barbudo sueco de mediana edad apareció en la pantalla delante de ellos.

—Encantado—dijo el sueco.

Rønning negó con la cabeza y se tomó otro sorbo de agua.

¿Qué era esto?

¿Era de verdad necesario?

Tenía mejores cosas que hacer que estar *esperando* en TV2.

De hecho, tenía la agenda llena y podían darse con un canto en los dientes de que se hubiera tomado la molestia de venir. ¿Y van y le cortan para dar paso a un puñetero sueco?

—Nosotros, los noruegos —continuó Roger—, no estamos muy acostumbrados a este fenómeno, un asesino que mata por placer, que finge elegir a sus víctimas al azar, pero usted, que es un especialista en el tema, quizá pueda explicarnos con más detalle qué significa esto.

¿Un asesino que mata por placer?

¿De dónde cojones había sacado eso?

Hay que joderse, además sonaba muy bien.

—Todavía es pronto —gruñó Persson—. Y no tengo la información de la que dispone la policía, tengo que basarme en lo que ha trascendido a través de los medios de comunicación. Dicho lo cual, no tengo ni la menor duda de que estamos ante un asesino que puede volver a matar en cualquier momento.

—¿Y en qué basa esta conjetura? —dijo Roger.

—Bueno, parece que es algo que ha planificado —contestó Persson—. Es el mismo modus operandi, y los lugares de los hechos parecen escenificados. Algo típico en estos casos es que...

Rønning dejó de escuchar al sueco y pensó en la posibilidad de adoptar la misma idea.

«¿Un asesino que mata por placer?».

Tenía otro artículo que se publicaría en la web dentro de unas horas. Ahora lo hacían de manera continuada, era casi todo lo que hacía la redacción. Habían creado un equipo propio de investigación que iba al colegio, a ver a los vecinos, a los amigos. Según decían, Ruben Iversen había ido a casa de un amigo para pasar la noche, pero había desaparecido en el camino, después de llenar el depósito de su moto en una estación de servicio.

¿Había alguna conexión entre las primeras dos víctimas y este chico? Hasta ahora nadie había encontrado nada, pero sí que parecía que todos los asesinatos habían sido premeditados, aunque la policía de momento lo negaba.

El sueco seguía hablando de los asesinos en serie y por qué actuaban cómo lo hacían.

Ted Bundy.

David Berkowitz.

Jeffrey Dahmer.

Edmund Kemper.

Blablablá.

Rønning lo había oído antes.

¿Podría ser que el enano de Roger hubiera tropezado con algo que tenía sentido? ¿Que el asesino solo elegía sus víctimas al azar? ¿Matando a gente solo porque... le daba la gana?

Eso sí que podría ser algo.

Podría usarlo.

No tenía mucho sentido, ¿o sí? No era más que una brutalidad.

¿Había algún motivo sexual?

¿Asesinatos casuales?

«¿Un asesino que mata por placer?».

Tenía que llamar a Grung. Rønning sintió una creciente expectación cuando el sueco se despidió y la productora de los auriculares levantó el brazo para prepararlos para otra pausa de publicidad.

Munch acababa de salir a la terraza a fumar cuando sonó su teléfono. Miró la pantalla y decidió contestar.

—Hola, Marianne, ¿cómo va todo?

—Te iba a preguntar lo mismo.

Había oído esa voz muchas veces antes. La exmujer que trataba de disimular su preocupación, pero sin mucho éxito.

—Está siendo intenso —contestó Munch—. Miriam, ¿cómo se encuentra?

—Cada vez mejor, ayer el fisioterapeuta habló maravillas de ella.

—Muy bien —dijo Munch y encendió el cigarrillo mientras esperaba a que llegase aquello por lo que suponía que había llamado.

—¿Ya lo sabes? —preguntó su exmujer.

—¿El qué?

—¿La boda?

—Sí, me llamó —confirmó Munch, y se arrepintió un poco de haber contestado. Las nubes que habían cubierto el cielo sobre la ciudad todo el día dejaron paso al sol un momento. En realidad no tenía tiempo para aquello. Justo ahora, no.

—¿Qué opinas? —dijo Marianne, todavía con ese leve tono de preocupación en la voz.

—No me parece mal —respondió Munch lacónicamente.

—¿Lo conoces?

—No, ¿y tú?

—Solo de una vez.

—¿Y?

Vio como Grønlie le hacía un gesto desde el otro lado de la ventana. Munch asintió con la cabeza y señaló su móvil.

—Bueno, parece un buen tipo. Creo que lo llama Ziggy. Me los encontré en las escaleras. Al parecer no quiere que Marion lo conozca todavía. Lo cual está bien, por otra parte, pero ¿casarse? ¿Ya? ¿No crees que es un poco pronto para eso?

—Puede ser —repuso Munch, sin apenas escuchar.

Tenía que reubicar las tropas, mover las cosas un poco. Tenían que dar prioridad a la familia Iversen. Y hacer un seguimiento de los interrogatorios de la gente cercana a Kurt Wang. El grupo de jazz. Algo de un portugués que al parecer figuraba en los registros policiales.

—¿... de acuerdo? —dijo Marianne.

—¿Cómo? —preguntó Munch.

—¿Le decimos que sí?

—Es una mujer adulta —contestó Munch mientras Grønlie volvía a aparecer al otro lado de la ventana—. No creo que podamos decir nada al respecto, ¿no?

—Pero si es nuestra nieta —adujo su exmujer, ya con otro tono de voz—, deberíamos tener permiso para dar consejos, ¿no te parece?

—Marion es una niña dura. Lo más importante es que Miriam esté bien, ¿no crees? Después de todo lo que le ha pasado...

Grønlie volvió a desaparecer, y el sol hizo lo mismo. Esa primavera que no terminaba de llegar. Munch se ajustó la trenca y otra llamada comenzó a sonar.

—A eso me refiero, precisamente. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Medio año? Todavía ni siquiera habla normal. Esto es una decisión muy importante. ¿No te parece que debería esperar hasta que..., bueno, hasta que esté plenamente recuperada?

—Tengo que marcharme —dijo Munch mientras los tonos de la llamada entrante dejaron de sonar—. Estoy en medio de algo. En cualquier caso, ya le he dicho que la acompañaré hasta el altar, ¿vale? Me parece que se lo merece.

Hubo un momento de silencio. Parecía que su exmujer estaba cogiendo carrerilla para decir otra cosa.

—¿Deberíamos estar preocupados?

—Como te decía, si ella quiere hacerlo, yo la apoyo.

—No, eso no —dijo la exmujer—. Lo que vemos en la tele. Doy por hecho que es en eso en lo que estás trabajando. Todos esos horribles asesinatos.

—Sabes que no puedo hablar del trabajo, Marianne.

—Ya lo sé, Holger, pero aun así...

—No hay razones para preocuparse por nada —la tranquilizó Munch esperando sonar reconfortante, y después el móvil comenzó a sonar otra vez.

—Algo me puedes decir. ¿Tenemos que tomar precauciones? ¿Tengo que sacar a Marion del colegio?

—No, no —respondió Munch y vio como Grønlie sacaba la cabeza por la puerta de la terraza.

—¿Puedes contestar la llamada de Mia? He intentado decirle que estás ocupado.

—Dos segundos —asintió Munch.

—¿Estás allí, Holger?

—Escucha, Marianne —dijo Munch y dio otra calada al cigarrillo—. Vamos a dejar que Miriam tome esta decisión por su cuenta, ¿te parece bien? Y en cuanto a lo otro, podéis hacer vida completamente normal. No hay razones para preocuparse. ¿Vale? Ahora tengo que irme. Te llamo luego, dales un abrazo a las dos de mi parte.

Colgó antes de que pudiera replicar y contestó la llamada de Mia.

—¿Has dejado de coger el teléfono? —exclamó Mia con irritación.

—Ya estoy aquí —repuso Munch.

—Creo que es el mismo hombre —dijo Mia.

—¿En qué te basas?

—Hablé con un tío que maquilla a la gente del teatro. Dice que los ojos son los mismos.

—¿A partir de los dibujos?

—Y del fotograma del vídeo. Es verdad que pueden ser hermanos —dijo Mia sin escucharlo—. *Los hermanos Corazón de León* y todo eso. Aun así pienso que deberíamos dar por hecho que se trata del mismo hombre.

—Vale —respondió Munch—. ¿Vienes a la oficina?

—No, tengo que pensar un poco —contestó Mia—. Es posible que apague el teléfono. Me molesta. Tengo que comprar otro.

—No lo apagues, ¿vale? —le pidió Munch, pero Mia ya había desaparecido.

Apagó el cigarrillo en el rebosante cenicero y el teléfono volvió a sonar; en esta ocasión era un número desconocido.

—Al habla Munch.

—Hola, Holger —dijo una voz amable—. Soy Lillian Lund, de medicina forense. Espero que no te importe que te llame directamente.

—Claro que no —respondió Munch—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Bueno, en realidad son dos cosas —explicó Lund—. Primero quería contarte que todo coincide en cuanto a las conexiones entre las víctimas. Etilenglicol. Una dosis un poco más grande esta vez, pero no hay dudas. La causa de la muerte es la misma. Tampoco he encontrado nada en el resto del cuerpo. No hay señales de lucha, nada debajo de las uñas, ya sabes. Lo mismo que pasaba con Vivian Berg y el joven del hotel.

—De acuerdo —asintió Munch y encendió otro cigarrillo—. ¿Has encontrado algo que pueda explicar las heridas de la boca?

—Sí —dijo Lund, apurando un poco la respuesta—. Justo acaban de llegar los resultados de las muestras que envié.

—¿Y?

—Creo que lo tengo —susurró Lund.

—¿A qué te refieres?

—La razón por la que no oponen resistencia.

—¿Y bien?

—Escucha —dijo Lund y se aclaró la garganta—. Puede que este no sea el procedimiento habitual, pero ¿crees que podríamos quedar? Preferiría no hablar del tema por teléfono.

—Claro —contestó Munch.

—¿Qué te parece si comemos algo? —continuó Lund—. Iba a quedar con una amiga, pero me ha llamado a última hora para decir que no puede. Tengo una mesa reservada. Y no me gusta comer sola. ¿Te parece bien?

—Sí, claro —dijo Munch—. ¿Cuándo y dónde?

—¿Comes sushi?

—En realidad no, pero puedo hacer una excepción.

—Perfecto —repuso Lund con amabilidad—. Alex Sushi en Tjuvholmen. ¿Dentro de una horita?

—Allí nos vemos —dijo Munch y colgó.

Lillian Lund ya estaba sentada junto a una de las mesas de las ventanas y se levantó cuando Munch entró. Le costaba reconocerla, vestida de paisana. Ya no llevaba nada que le cubriese la cabeza y la boca. El pelo moreno estaba suelto y le llegaba hasta los hombros. En lugar de la ropa blanca del laboratorio llevaba una falda amarilla y una chaqueta de lana gris.

—Hola, Holger —lo saludó sonriendo—. Siento todo esto.

—No lo sientas —dijo Munch, desabotonándose la trenca.

—Bueno, en fin —continuó Lund—. Ya sabes, ¿comer sola? Me cuesta. Parece una cosa totalmente enrevesada. ¿No te pasa?

—En realidad, no —contestó Munch sonriendo y se sentó—. Algunos dirían que tengo demasiados pocos problemas con la comida.

Se rio ligeramente mientras una camarera de aspecto japonés se acercaba discretamente a la mesa con dos menús.

—Te recomiendo los maki —dijo Lund con otra sonrisa—. No sabes lo que son los maki hasta que pruebas los de aquí. Quiero decir, todo el mundo me lo comentaba y me di cuenta de que tenían razón la primera vez que vine. ¿No serás alérgico a algo?

—¿Cómo? No, no —contestó Munch, un poco incómodo, y tuvo la sensación de que debería haberse dado una vuelta por casa antes de venir.

La ropa era del día anterior, ¿o era la misma que hace dos días? Le preocupaba levantar los brazos por miedo a que el olor generado por varios días de trabajo pudiera molestar a los otros comensales. En fin, ya era tarde. Tenía cosas más importantes en que pensar.

—¿Te importa que pida por ti? —preguntó Lund haciendo un gesto a la maître para que volviera.

—En absoluto —contestó Munch.

—Muy bien —repuso Lund sonriendo y dijo algo a la joven sin mirar el menú.

—¿Y bien? —dijo Munch cuando se quedaron otra vez solos en la mesa.

—Bueno —respondió Lund, colocándose la servilleta sobre el regazo—. En fin, lo siento, pero me parecía mejor hablar sobre este tema cara a cara.

—Como te decía, no hay problema —repuso Munch y trató de aparentar que no tenía demasiada curiosidad por saberlo.

—Para ser sincera, las pruebas —empezó Lund, tomando un sorbo del vaso de agua— indicaban justo lo que me temía.

—¿Sí?

—O no, no era eso lo que quería decir, *temer* es una palabra demasiado fuerte, pero bueno...

Eché una mirada por la ventana.

—Escopolamina, hiosciamina y atropina —dijo la bella médica forense rápidamente y volvió a mirarlo.

—¿Sí? ¿Y qué quiere decir eso?

—¿Has oído hablar de esas cosas antes? ¿Escopolamina?

—Así, a bote pronto, no me suena —confesó Munch.

—Burundanga —dijo Lund.

—¿Burunqué...?

—Burundanga —repitió Lund—. Así es como la llaman. Escopolamina. Hay muchas dudas en torno a esa sustancia, muchos piensan que su uso no es más que un mito.

Se aclaró la garganta levemente antes de continuar.

—Han llegado casos, sobre todo de Sudamérica y Centroamérica, de criminales que la han usado para obtener un control absoluto sobre sus víctimas. No queda recogida en la lista oficial de sustancias estupefacientes de Noruega, pero dicen que es tan potente que sus efectos son inmediatos. Basta con un pequeño pinchazo, o que entre en contacto con la piel cuando alguien te da la mano, por ejemplo.

—¿Y es lo que se ha usado aquí?

—Sí, no cabe duda, desgraciadamente.

—¿Escopo...?

—Escopolamina. En Noruega la sustancia puede encontrarse en una planta llamada estramonio. La tienes en el Jardín Botánico. Pero debes saber lo que estás buscando, claro. Dicen que produce un estado de embriaguez extremo e hipnótico. En realidad es extraño que no sea más conocida. Y también bueno, por supuesto.

Echó una rápida mirada a Munch y esbozó otra sonrisa.

—¿Y se puede encontrar en nuestro país?

—Sí, y además abiertamente. Me han dicho que hay gente que cultiva estas plantas.

—¿Y piensas que...?

—Las heridas en la boca —señaló Lund, inclinándose hacia él—. Eso fue lo que me impulsó a pedir estas pruebas nuevas, más detalladas. Creo que se trata de una reacción.

—¿En serio?

—Al fin y al cabo, es un veneno, ¿verdad? —comentó Lund—. Es mortal. Dicen que una exposición directa es extremadamente peligrosa, en dosis demasiado grandes. Creo que alguien ha podido..., bueno, inyectarlo en sus bocas o algo así, no lo sé.

—¿Escopolamina? —murmuró Munch, sorprendido—. ¿Por qué no he oído hablar de esto antes?

—Como te decía, no es muy conocido —continuó Lund, retirándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Según dicen, los efectos son parecidos a una especie de parálisis del cerebro. Existen muy pocos estudios científicos sobre el tema, pero se conocen ejemplos de personas que han estado con desconocidos en la calle y después han sido observados en estados parecidos a una especie de trance. A continuación, el atacante, o, bueno, no sé qué palabra usan, acompaña a sus víctimas a casa para despojarlas de cosas de valor. O va con estas personas al cajero automático para vaciar su cuenta. La gente se despierta varios días más tarde sin sus pertenencias y sin recuerdos de lo que ha pasado. ¿Entiendes? Es como si estuvieran despiertos, pero mentalmente idos. Es espeluznante.

—¿Y estás segura de que es esto lo que han ingerido?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por la mezcla. Escopolamina, hiosciamina y atropina. *Datura stramonium*. Vamos, estramonio, para entendernos.

—Hay que joderse —murmuró Munch—. ¿Por qué iba alguien a cultivar eso?

—Bueno, para colocarse —dijo Lund, levantando las cejas—. Las sustancias alucinógenas son casi como el LSD, solo que mucho más potentes.

—Pero ¿por qué...? —murmuró Munch.

—¿Por qué no quería contártelo por teléfono?

—No era lo que iba a decir exactamente, pero sí, ¿por qué?

Lund miró por la ventana otra vez, antes de tomar otro sorbo del agua que tenía delante.

—¿Tienes hijos?

—Una hija, ¿por qué?

—Yo tengo un hijo —contestó Lund—. Benjamin. Tiene veintiséis años. Es..., no sé cómo decirlo..., diferente. En fin, le cuesta encontrar su lugar en el mundo, ¿sabes a qué me refiero?

—Sí, claro —contestó Munch sonriendo.

—Benjamin —repitió Lund, y continuó—. En fin, ha tenido..., bueno, problemas a la hora de integrarse en la vida normal. Por decirlo de alguna manera. Siempre ha tenido inclinaciones artísticas, ¿comprendes? Lo siento, creo que esto se ha vuelto demasiado personal.

—En absoluto —replicó Munch.

—Gracias —repuso Lund sonriendo y prosiguió—. Viajó a Trondheim. Para estudiar Antropología en la NTNU, la Universidad Noruega de Ciencia y Tecnología. Creo que fue por capricho, pero, en todo caso, ahí arriba estuvo viviendo en un piso de estudiantes con gente, cómo lo diría, un poco alternativa. Gente que tocaba en grupos de música y esas cosas. Habían oído rumores y habían entrado en un jardín botánico para buscar esa planta. Sin malas intenciones, naturalmente, pero aun así. Los chicos tardaron varios días en volver en sí, y cuando eso ocurrió estaban en la otra punta de la ciudad, sin la menor idea de lo que había pasado. Él me dijo que no lo había probado, pero, ya sabes, supongo que quería ahorrarle un disgusto a su madre.

A Munch le costaba ocultar la sonrisa.

—¿Qué? —dijo Lund, frunciendo las cejas.

—Lo siento —se disculpó Munch—. No sabía muy bien qué pensar cuando dijiste que no podías contármelo por teléfono.

—Me sentía incómoda —explicó Lund y sonrió levemente—. Es que, en mi trabajo... Ya sabes.

—Es un poco sensible. Tu propio hijo. Lo entiendo —asintió Munch mientras la camarera se acercaba con la comida.

—Bien, en cualquier caso —dijo Lund y sacó los palillos de su envoltorio—. La burundanga.

—Si es así, explicaría bastantes cosas —afirmó Munch—. Lo único que no comprendo es por qué no he oído hablar de ello antes.

—América Latina, Sudamérica —repuso Lund—. Como te decía, los estudios son pocos o inexistentes, pero es cada vez más común, por lo menos si nos fiamos de los informes en la red.

—¿Y no es ilegal?

—De momento no lo es, pero lo será en breve. Por cierto, no tienes por qué usar los palillos si no quieres.

—¿Seguro? —dijo Munch.

Lund soltó una risita.

—Si no quieres, no. En Japón, muchos usan los dedos. Es un clásico nuestro, esto. Los noruegos tenemos mucho miedo a meter la pata. Esa cosa verde es wasabi. Tienes que mezclarlo con la salsa de soja.

—De acuerdo —contestó Munch sonriendo.

—Ah, lo siento —dijo Lund—. Se me ha olvidado preguntarte si querías una cerveza o algo para beber.

—No tomo alcohol —respondió Munch en voz baja.

—¿No?

—No.

—¿Nunca?

—No. Lo probé una vez. No es para mí.

—Madre mía. Un hombre ideal —dijo la médica forense con un guiño y levantó el vaso de agua en un brindis.

Mia echó una rápida mirada a través de las ventanas del Lorry y cambió de idea. Su apartado habitual estaba ocupado, y había demasiada gente. La oscuridad ya dominaba las calles de Oslo y todavía no había conseguido dormir. Había vuelto a casa otra vez para probar de nuevo, pero parecía que el circo del portal no terminaba nunca. La vieja, otra vez. En esta ocasión era algo de una mascota que había desaparecido. «¿Has visto a mi gato?». Y el vecino que salía por la puerta también, se podía leer en sus ojos que todavía no había abandonado la esperanza. «¿Qué pasa con esas vacaciones?». Había visto la pregunta formularse en sus labios y justo le había dado tiempo a colarse en el piso antes de que lo soltase. La cabeza sobre la almohada durante un momento, con toda la ropa puesta. Se oían golpes que venían del piso de arriba. Una dura voz masculina, seguida de respuestas de una mujer, tan enfadada como él. Las trivialidades del día a día. Había cerrado los ojos con fuerza, pero su alma no estaba dispuesta a dejarla descansar. No era capaz de apartar el mundo exterior. Toda esa gente. Siempre había sido su responsabilidad. Procurar que estuvieran seguros. Para que pudieran buscar a su gato. Ayudar a su hermana. Discutir con su marido. Dependía de ella. Para que no acabasen en un lago de montaña con la ropa de ballet puesta. O en camas de hoteles lúgubres. Solos sin ropa en un maletero en medio de la noche, sin posibilidades de defenderse.

«Tu trabajo es malo para tu salud».

«Lo entiendes, ¿no?».

«¿Sabes que deberías haberte dedicado a otra cosa?».

Otro psicólogo bienintencionado. Ella había apartado las palabras de su mente, pero, ahora que cruzaba la calle en busca de otro lugar donde esconderse, volvieron a aparecer. El Pub de los Artistas. Poco más que un agujero en la pared. Un hombre barbudo junto a la barra, con una copa y un

cuaderno de dibujo. Tres caras inexpresivas junto a un tablero de ajedrez, con manos toscas alrededor de vasos de cerveza templada. Encontró una mesa en un rincón y en ese momento sonó el teléfono. Gabriel. Dejó el bolso sobre una silla y salió a la calle otra vez para contestar.

—¿Tienes dos minutos?

—Claro, Gabriel, ¿cómo te ha ido?

—Tengo todo —murmuró el joven hacker—. ¿Qué quieres que haga con ello?

—¿Es mucho?

—Muchísimo. Casi me da miedo abrirlo, es bastante privado, no sé si me entiendes.

—¿Se pueden hacer búsquedas?

—¿Qué quieres decir?

—En los archivos. ¿Tiene función de búsqueda, para que puedas introducir una palabra, un nombre, o algo así?

Gabriel soltó una risita.

—No. No es una base de datos. Solo miles de documentos. Documentos en formato PDF escaneados de sus propios apuntes. No se pueden buscar cosas concretas.

—Ritter debe tener una manera de encontrar las cosas, ¿no?

—Bueno, para él, que sabe cómo se llaman todos sus pacientes, no es difícil. Me llevaría diez segundos encontrarlo si me pudieras dar un nombre, una fecha de nacimiento, una dirección o algo así.

—Bueno, no te preocupes —lo tranquilizó Mia—. Como ya te he dicho, no es más que una idea que se me ocurrió.

—¿Y no tienes un nombre o algo?

—No, salvo que ponga Karl Øverland en algún sitio.

—Ya lo he probado y no hay nada. No era más que un alias, ¿verdad?

—Nada, déjalo —dijo Mia—. Hasta que encontremos algo que podamos buscar.

—De acuerdo —contestó Gabriel—. ¿Has hablado con Munch? ¿Esa sustancia que han encontrado? ¿Escopolamina?

—Lo sé —contestó Mia.

—¿Así que fue por eso por lo que Vivian Berg subió al monte ella sola? ¿Por eso ninguna de las víctimas opuso resistencia?

—Parece ser que sí —murmuró Mia, impaciente.

«Tenía que volver ahí dentro».

—Resulta extraño —dijo Gabriel—, eso de saber que en cualquier momento puede pillar a cualquiera de nosotros sin que seamos capaces de protegernos, ¿no te parece?

—Oye, estoy un poco ocupada, Gabriel. Te llamo si se me ocurre algo, ¿vale?

—Vale —respondió Gabriel y colgó.

Mia habría dado lo que fuera por poder dormir un poco, pero trató de obviar el sueño. Pidió un café y una Farris y sacó las hojas de su bolso. Resistió la tentación de los grifos al otro lado del mostrador. Habría sido mucho más fácil apartar el mundo con la ayuda de una cerveza y un Jägermeister. Habría sido de cobardes, claro está, pero le habría venido bien, tenía que reconocerlo.

El café sabía a agua residual, pero se lo tragó con esfuerzo. Puso el boli contra las hojas que tenía delante.

¿Una casa de muñecas en llamas?

Era la misma pista.

¿*Los hermanos Corazón de León*?

¿Una casa en llamas?

¿De bambú?

¿La artesanía?

Irrelevante.

¿Los números?

¿Cuatro? ¿Siete? ¿Trece?

«¿Una fecha de nacimiento?».

No.

El cuatro del siete del trece.

No tenía sentido.

¿De ninguna manera?

Movió los números en la hoja, pero ninguna combinación indicaba nada concreto. El siete de abril, el cuatro de julio, el trece de lo que fuera. ¿74?

«Eso podría ser algo».

¿El trece, «nueva víctima», 1974?

Se tomó otro sorbo del amargo brebaje.

Mierda.

Una cervecita no haría daño, ¿no?

Solo para poner la mente en marcha.

Lo obvió otra vez, eligió la Farris.

El bañador.

Era lo mismo, ¿no?

Agua.

Hielo.

¿«Mira lo que sé hacer»?

Podría estar equivocada. Podría no tener nada que ver con *Bambi*, ¿por qué iba a tener algo que ver con eso? Podría haber otras mil razones.

«¿Me veis?».

«Estoy riéndome de vosotros en la cara».

¿Veis lo que soy capaz de hacer?

¿Sin que podáis pararme?

«Mira lo que sé hacer».

El bolígrafo se movía con más rapidez sobre la hoja.

Víctima número 1.

Vivian Berg.

Traje de ballet.

¿Un disfraz?

¿Por qué?

«Esto es importante, ¿no?».

Víctima número 2.

Kurt Wang.

¿La música que sonaba en el teléfono?

My Favorite Things.

¿Cuál era... el disfraz?

¿El saxo? ¿La puesta en escena en general?

«Esto es importante».

Tenía la sensación de estar cada vez más cerca.

«Aquí hay algo».

Víctima número 3.

Ruben Iversen.

¿La edad? ¿La edad es importante?

¿Un bañador?

¿No es simbólico?

¿No?

¿No es el agua?

«¿Es algo más concreto?».

«¿Se trata de ver... cómo se ponen la ropa?».

«¿Otro disfraz?».

«¿Un juego mental?».

Los dedos se movían con aún más energía sobre la hoja.

«¿Wolfgang Ritter?».

«¿El psiquiatra?».

«Una danza macabra...».

Joder, casi se le había olvidado.

Wolfgang Ritter.

Tenían que darle otro toque.

«Tenía que haber algo más ahí».

Subrayó el nombre y se metió el extremo del bolígrafo en la boca.

¿Klaus Heming?

«¿Todavía vivía?».

«No, imposible».

Mia no se dio cuenta de que la puerta se había abierto y no lo vio antes de que llegase a su mesa. Una cara que salía de las profundidades de la niebla.

—¿No funciona tu móvil o qué? —dijo la voz profunda y la figura tomó asiento en la silla delante de ella.

Erik Rønning no había pagado ni una sola copa en toda la noche, y ahora le ponían otra más delante, seguida de una cara con la misma expresión que el resto. Cincuenta por ciento envidia, cincuenta por ciento curiosidad. Otro colega desaliñado se abrió paso entre la gente y encontró un sitio junto a él, con la esperanza de sacarle las últimas novedades. El *Nettavisen*, esta vez. ¿Cómo se llamaba? Rønning no se acordaba y le daba lo mismo. Levantó el gintonic con una leve sonrisa y se giró otra vez hacia Veronica Mossberg, que era todavía más guapa ahora que... «¿ya iba por la séptima?». No se acordaba.

Estaba en el Stopp Pressen. No solía ir a menudo al lugar, era demasiado llano para su gusto. Demasiado vulgar. Los redactores no venían casi nunca, así que él no veía razones para acudir, había sido Mossberg la que se lo había propuesto.

—Entonces, ¿de dónde sacasteis ese vídeo, en realidad? —dijo Mossberg con ojos cansados.

¿Se había desabrochado otro botón de la blusa? Sí que lo había hecho, ¿verdad? Había mirado hacia otro lado durante un instante para estrechar otra mano más. Una sonrisa seductora se formó sobre su copa y se acercó aún más a ella.

—Bueno, ya sabes —contestó y dejó la mano descansar sobre el respaldo del sofá—. Buen olfato. Trabajo duro.

Mossberg soltó una risita y negó con la cabeza.

—No. Ahora en serio, Erik, tengo curiosidad por saberlo. Dímelo.

—Mis labios están sellados. —Sonrió y se puso un dedo sobre la boca.

—Vamos, estamos solos, nadie nos oye —insistió Mossberg, guiñándole un ojo.

—Muy probable —dijo Erik, enseñando la fila de perlas blancas.

Se había blanqueado los dientes unos pocos días antes. En el dentista de la plaza Radhusplassen. Había pensado en la posibilidad de ponerse fundas. Era muy molesto tener que mantenerlos de un blanco radiante, lo suyo sería hacerlo de manera permanente. Si iba a aparecer más en la tele, lo cual iba a ser el caso con casi total seguridad, había que mantener la sonrisa radiante. De momento no iba a hacerlo. La semana anterior había ido a cenar con unos inversores, tenía que ver con algún hotel en Dubái, y con la esposa de uno de ellos, o la amante, no había manera de saberlo. Sea como fuere, ella parecía un caballo con sus nuevos dientes, así que tal vez tenía sentido mantener los viejos.

Se acercó un poco más a Mossberg y puso la boca contra la lisa mejilla. Ya podía oler su perfume.

—Conozco un sitio más tranquilo —susurró.

—¿De verdad? —dijo Mossberg con una risita e introdujo la pajita en la boca.

Otra persona apareció detrás de ella. Otra copa, sin dudas. Más felicitaciones de cotillas. Se habían sucedido a lo largo del día. Pringados. ¿De verdad creían que iba a revelar cómo había conseguido la grabación de vídeo del asesinato? Muy probable.

—Hola, cariño —dijo Mossberg, levantándose.

Plantó un beso en la boca del recién llegado.

—Erik, este es mi marido, Konrad. No os conocíais de antes, ¿verdad?

¿Marido?

Rønning tragó saliva y ahogó un eructo. Se levantó a regañadientes para estrecharle la mano al tío.

—Konrad Larsen —dijo el hombre.

Llevaba una americana y una camisa desabotonada. Un bigote bien recortado debajo de un par de gafas.

—Encantado —murmuró Rønning, y el hombre se sentó.

Mierda.

Notaba el alcohol.

¿Se había tomado seis o siete?

Le costaba encontrar el camino de vuelta al asiento.

—Ha sido todo un descubrimiento —dijo Larsen, pasando la mano sobre el hombro de Mossberg—. ¿Pura casualidad o qué?

¿De dónde venía este personaje?

«Menuda encerrona».

Se puso la sonrisa otra vez, murmuró alguna cosa a modo de respuesta y se disculpó. Encontró el camino al baño y se quedó mirándose en el espejo. Puta pérdida de tiempo, esto. Estar ahí cotorreando. Incluso había regalado algunas de sus copas. Todo por una tía. Abrió el grifo y se lavó la cara. ¿Tal vez el bar del Grand sería lo suyo? ¿Un poco de champán?

Salió del baño a trompicones y pensó en la posibilidad de salir a la calle sin despedirse cuando vio un par de ojos que lo estaban mirando desde la barra. Unos labios rojos encima de un cóctel. Pelo rubio. Una falda ajustada que no ocultaba gran cosa. Tendría más o menos su edad, quizá fuera un poco más joven. No entendía para qué se había puesto esa gorra verde, pero, bueno, ¿por qué no? Le daba un aspecto deportivo.

Se ajustó el nudo de la corbata y se abrió paso hacia la barra.

—¿Qué estás tomando? —le preguntó sonriendo con un gesto hacia su copa.

—De momento, nada —contestó la chica entre risas.

—Vaya —dijo Rønning, guiñándole un ojo—. Así no se puede estar.

Trató de llamar la atención del barman, pero no lo consiguió.

¿Acaso no sabía quién estaba en el local?

—¿No te parece que hay demasiada gente por aquí?

—¿Perdón? —dijo Rønning y se dio media vuelta.

—Demasiada gente —repitió la chica, con una sonrisa enigmática.

—Está claro —respondió Rønning esbozando una sonrisa y se acercó aún más—. ¿Se te ocurre alguna alternativa?

—Es una pena que viva tan lejos. ¿Y tú?

«Bingo».

—Cerca, en esta misma calle. —Sonrió y le pasó los dedos por la piel desnuda del brazo.

—¿Qué copas sirves? —dijo la chica con una risita.

—Bueno, ya sabes. Lo que te apetezca —respondió Rønning.

—¿Me das diez minutos? —preguntó la chica y agarró su bolso.

—Por supuesto —repuso Rønning sonriendo.

—Ahora vengo.

La chica de la gorra verde le tocó la mano levemente antes de levantarse y encaminarse con pasos gráciles hacia los servicios.

Siento interrumpir —se disculpó John Wold—. Veo que estás trabajando. He intentado llamarte. ¿Has pensado en lo que te dije?

Se desabrochó el abrigo, se quitó los guantes de piel y los dejó sobre la mesa.

—Oye... —contestó Mia con irritación.

Había estado cerca. Justo ahí. Había estado a punto de alcanzarlo.

—Comprendo —dijo Wold y levantó las manos para disculparse—. Estás ocupada. Es importante.

—¿Lees la prensa? —espetó Mia y le clavó los ojos.

—Naturalmente. Y no te habría pedido esto si hubiera pensado que no es necesario. ¿Puedo invitarte a algo? ¿Otro café? ¿Una cerveza?

—Nada —respondió Mia, negando con la cabeza—. Mira, yo...

—Lo sé, lo sé. Cinco minutos y me iré. Lo único que necesito saber es si estás a bordo o no. Soy consciente de que estas cosas pueden parecerle repugnantes, Mia. Tu propio equipo. Incluso un amigo, qué sé yo, lo entiendo, pero el caso es que estamos hablando de la arteria principal. Lo que alimenta las calles de heroína. Y yo también estoy implicado a nivel personal, ¿entiendes? ¿Mia Krüger? ¿Podemos fiarnos de ella? ¿Ella no estaba...?

Sonrió levemente.

—¿Qué? —dijo Mia—. ¿Ella no estaba qué?

—Ya sabes —repuso Wold—. Tu historial. No es que seas un angelito precisamente, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó Mia con tono frío.

—No hago más que referir lo que he leído —dijo Wold con una voz tranquilizadora—. Lo que piensan otros. ¿Comprendes? ¿Proteger a un sospechoso? ¿Suspendida de sus funciones en varias ocasiones? ¿Qué era lo que había escrito sobre ti...?

—¿Quién?

—Mikkelson. No es que seáis íntimos, ¿verdad?

—Oye... —repitió Mia aún irritada.

—Mia —la interrumpió Wold para calmarla—. No son mis palabras, ¿de acuerdo? El que propuso tu nombre fui yo, recuérdalo. No mates al mensajero. Es un asunto muy delicado, incluso a nivel interno. ¿Contarle a Mia Krüger lo que estamos haciendo? ¿Correr ese riesgo? Uno de sus compañeros más cercanos, ¿posiblemente involucrado? Me expongo a muchas cosas, eso lo sabes, ¿no?

De repente a Mia le entraron ganas de tomarse esa cerveza a pesar de todo.

—De acuerdo. —Suspiró y se tomó un sorbo de Farris—. Recuérdame qué era lo que querías de mí.

—Curry —dijo Wold.

Hizo un gesto a la camarera y pidió un café.

—Creo que te equivocas —afirmó Mia—. ¿Qué era lo que querías saber?

—Bueno —contestó Wold—. Quería saber si estabas dispuesta a trabajar con nosotros. En el mejor de los casos, para desestimar la sospecha.

—¿No lo pillaste la primera vez? —Mia suspiró—. No es Curry. Es policía al cien por cien, nada más. Nunca vendería su alma por algo así.

—Puede que el viejo Curry no —replicó Wold a la vez que llegaba su café—. Pero el nuevo, ¿qué? ¿Cómo se ha comportado últimamente? ¿Ha sido puntual? ¿Ha estado sobrio?

Wold se llevó la taza a la boca e hizo una mueca al notar el sabor.

—¿Conoces a su nueva novia?

Mia negó con la cabeza.

—¿Luna Nyvik? ¿Veintiún años? ¿Rastas? ¿Camarera en un bar?

—Ya te he dicho que no.

Wold metió la mano en el bolsillo de su abrigo y le pasó una fotografía sobre la mesa.

—En el aeropuerto de Oslo, el verano pasado. Venía de Bangkok. La dejamos pasar, esperando que nos llevase a alguien más importante en la organización. Nos despistó, desafortunadamente.

—Así que Curry se ha echado novia, ¿y qué? —dijo Mia y devolvió la fotografía—. Casualidad. No parece que tengáis nada sólido contra él.

—¿De verdad crees que te lo pediría si no estuviéramos bastante seguros? —exclamó Wold, inclinándose hacia ella—. Estamos muy cerca. Lorentzen, el abogado, está involucrado, de eso no hay duda. Blanquea dinero. Tiene una

empresa en las islas Caimán. Podríamos haberlo arrestado hace tiempo, pero las altas esferas quieren dar con el hombre que han comprado. ¿Un policía responsable de que la heroína fluya libremente por las calles? Nos deja mal a todos, ¿entiendes?

—Tengo ya suficientes cosas entre manos —repuso Mia suspirando—. Y no creo que sea Curry, ¿vale? Tendréis que buscar a otro. Así que no. ¿Te sirve como respuesta?

El entrañable agente se calló por un momento. Durante un instante pareció que pesaba las palabras sobre la lengua antes de que por fin decidiera volver a abrir la boca.

—Claro que podríamos buscar a otro. Pero hay una razón por la que te queríamos a ti, Mia. ¿Entiendes a qué me refiero?

—No —dijo Mia.

—¿Heroína? —insistió Wold, acercándose aún más a ella.

Ya notaba su olor. Le recordaba a algo. A verano. A las rocas del mar. A un antiguo novio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mia.

—¿Hablas en serio? —replicó Wold.

—Sí, no tengo ni la menor idea de lo que quieres decir.

Wold se pasó una mano por la barbilla y la miró de reojo. También tenía una mirada parecida. Una especie de amable curiosidad. Ella en bañador. Risas sobre una toalla bajo el sol abrasador en una isla del archipiélago. ¿Cómo se llamaba?

—Escucha —continuó Wold—. Los otros se oponían, decían que deberíamos ir a por otra persona. Grønlie. Goli. Esto ha sido una decisión mía. Hablar contigo, me refiero.

—Guau. Muy generoso, mil gracias —exclamó Mia con un tono sarcástico.

—No quería decir eso —repuso Wold—. Solo quería decir que..., bueno, que serías la persona adecuada. Porque ya estás involucrada.

—¿Cómo es eso?

—¿No has sido informada? ¿Acerca de tu hermana? —dijo Wold, sinceramente sorprendido.

Mia notó como empezaban a revolvérsele las tripas.

—No —contestó su boca seca mientras el local en el que se encontraban de repente se empequeñecía.

Los jugadores de ajedrez se levantaron y se marcharon.

El dibujante de la barra del bar se giró hacia ella.

«Ven, Mia, ven».

—¿Mia? ¿Estás bien?

—Sí —murmuró Mia, vaciando la botella de Farris.

—¿Necesitas algo? ¿Va todo bien?

—Va bien —murmuró Mia.

—¿No lo sabías?

—¿Saber qué? —dijo Mia.

—Tenemos razones para pensar que fue una de las primeras —contestó Wold y cruzó las manos delante de sí sobre la mesa.

—¿Una de las primeras qué?

—Mulas —respondió Wold—. Por eso. ¿Ahora lo entiendes?

—¿Por eso me elegiste?

—Sí.

—No te creo —dijo Mia lacónicamente.

—Tú decides, claro está. —Wold sonrió—. Pero piensa en ello. ¿Cómo murió Sigrid? ¿De verdad fue ella la que se chutó esa sobredosis?

Mia lanzó una mirada hacia los grifos.

—¿Markus Skog? Ella introducía la droga para él. Creemos que todo está relacionado. Pensaba que sabías que esa era la razón por la que he venido a verte justo a ti.

«Una cerveza».

—No —dijo Mia—. No lo sabía.

Wold lanzó una mirada hacia su muñeca.

—¿Nada? ¿De verdad?

«Un Jagermeister».

«Necesitaba algo ya».

—¿Qué sucede? —preguntó Mia.

—Esa pulsera.

—Sí, ¿qué le pasa?—dijo Mia y levantó la mano de la mesa.

Pudo sentir como la pulsera se deslizaba sobre su piel.

Un corazón, un ancla y una letra.

«Yo te doy la mía si tú me das la tuya».

—¿Esta?

—Sí.

—¿Qué le pasa? —repitió Mia.

—Hay un rumor —dijo Wold, serio, y se inclinó hacia ella—. Otra persona que también hizo de correo por aquel entonces. Su nombre es Cecilie. Se dice que estaba allí.

—¿Dónde?

—Cuando murió tu hermana. Se dice que anda por la ciudad con una pulsera como la tuya. Igual que esta.

Wold hizo un gesto con la cabeza hacia su muñeca.

—Está buscando algo. Quizá quiera dinero, no estoy seguro.

—¿Cómo has dicho que se llama? —preguntó Mia y notó como la habitación iba desapareciendo a su alrededor.

—Cecilie. La llaman Cisse. No sabemos nada más. Es una yonqui. Cerca de los cuarenta. Pelo rubio. Lleva un plumífero rojo. Me temo que es todo lo que tenemos. Todavía no puedo creer que no te hayan...

«Pastillas».

«Anestesia».

«Lo que sea».

«Ya daba lo mismo».

Mia levantó la mano y con una sonrisa le dio a entender que no quería oír más.

—No pasa nada. Gracias por decírmelo. Y si ahora puedes marcharte, te lo agradecería.

—Claro que sí —contestó Wold y se levantó—. Pero estás a bordo, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—¿Tienes mi número?

—Sí, lo tengo.

—¿Me llamas?

—En cuanto sepa algo.

—Perfecto, muchas gracias. Lo valoro mucho, de verdad. Estoy contento de que hayas aceptado. Muy contento.

—Genial —dijo Mia y estrechó la mano que el otro le tendió.

Wold se puso el abrigo, se despidió con un gesto sobrio y echó a andar hacia la puerta de salida.

Mia esperó hasta que desapareció por completo.

Entonces sacó el teléfono del bolsillo de su cazadora de cuero con manos temblorosas.

Y encontró el número de Charlie Brun.

4

El párroco Paul Malley había terminado la misa matutina y se moría de ganas de meterse en el confesionario. Había hecho lo mismo el día anterior, pero había pasado las dos horas solo ahí dentro. El joven no había vuelto, pero estaba claro que no iba a rendirse por esa razón. Eso sí, se sentía un poco contrariado. El martes había sido un día muy bonito. Se le había ocurrido esa idea, y no solo alguien había aprovechado la ocasión, no, había venido alguien que *de verdad lo necesitaba*. Un nuevo miembro del rebaño. Que ni siquiera se había confesado antes.

«Quiero hablar sobre mi hermano».

También se había preparado. La noche anterior se había quedado hasta tarde leyendo las Escrituras de nuevo en busca de pasajes que hablasen sobre hermanos. Sobre el amor al prójimo. Sobre la necesidad de sacrificarse unos por otros. La desesperada voz del joven lo había perseguido hasta en sueños. Se había despertado con la luz en la cara y la extraña sensación de que alguien hablaba con él. ¿Era el Señor? Las palabras no eran del todo inteligibles, pero casi. El Señor lo había alabado por lo que él había hecho por ese pobre corderito que necesitaba ayuda divina. De fondo, la Virgen estaba sobre una nube con un arpa y una sonrisa divina en los labios, y luego, al final, había resultado que no estaba despierto, porque poco después había sonado el despertador. En cualquier caso, más tarde, con la cabeza descansando sobre la almohada blanca, se había sentido como si hubiera vuelto a nacer. Había estado tan tenso que le había costado hasta desayunar.

Pero no había venido nadie.

«Quiero que sepas que estaré aquí todas las mañanas esperándote».

«Puedes venir a verme cuando quieras».

¿Por qué no había vuelto al día siguiente?

Sí, se había sentido contrariado, tenía que reconocerlo.

La misa matutina de hoy. Le había salido muy bien, aunque tenía la cabeza en otro sitio.

El joven.

¿Iba a venir hoy?

Entonces se le había ocurrido algo que no era muy positivo: si no viene, ¿cuánto tiempo debo esperar?

Se remangó la sotana y miró el reloj.

Podría ser estúpido, esto. Comprometerse de esta manera.

Malley suspiró y repiqueteó ligeramente con los dedos en el muslo. El banco del confesionario era duro e incómodo, y además tenía hambre, llevaba ya casi una hora ahí dentro. El párroco de cuarenta y tres años decidió que ya era suficiente, pero justo en ese momento oyó pasos sobre el suelo de la catedral y una figura apareció al otro lado de la rejilla.

—Padre —murmuró el joven y cerró la puerta cuidadosamente detrás de él.

«Trompetas y júbilo».

«Había vuelto».

—Hijo mío —dijo con su voz de cura más profunda—. ¿Has encontrado el camino de vuelta?

Hubo un momento de silencio al otro lado de la rejilla.

—No estaba nada seguro. Pero creo que esto es lo correcto, padre. Quiero darle las gracias por haberme traído.

«¿Las gracias?».

Malley sonrió para sí y sintió como el calor se extendía por su cuerpo.

—Agradéceselo al Señor y a la Virgen —dijo con suavidad—. No somos más que servidores de la divinidad. No soy nadie, solo estoy aquí para ayudarte.

—Gracias de todos modos —contestó el joven—. He estado pensando mucho. Y ya me he decidido.

—¿Sí? —repuso Malley con cautela.

—Quiero contarle todo —aseguró la voz.

—Puedes confiar en mí —replicó Malley con tranquilidad—. En esta habitación solo juzgan los ojos del Señor.

—¿Juzgan? —dijo el joven.

Malley se aclaró la garganta.

—No juzgan, sino que ven, quería decir que solo Él nos ve.

—¿Y si al Señor no le gusta lo que ve?

—Escucha —dijo el cura y se acercó un poco a la rejilla—. Nadie juzga. Lo he expresado mal. Solo estamos aquí tú y yo. Nadie más. ¿Mejor así?

Se inclinó ligeramente hacia atrás y esperó, tenso.

—Sí, está bien, padre —continuó la voz al final—. Creo que necesito contar esto. Espero que no sea demasiado estúpido hacerlo. Y que no haga daño a nadie.

—El Señor se alegra de que quieras contarlo —repuso Malley, esperando que no sonase demasiado ávido por saber de qué se trataba—. Y Él quiere que sepas que, sea la carga que sea, Él la recibirá con compasión y será comprensivo.

Hubo otro silencio a otro lado, pero al final salió.

—Perdóneme, padre, porque he pecado. Sé cosas que no he contado, pero ya no puedo más, el corazón me pesa mucho, tengo que compartirlo.

Malley no estaba del todo seguro, pero le pareció oír unos leves sollozos al otro lado de la rejilla.

—Estoy contento de que hayas venido —dijo con tono tranquilizador—. El Señor quiere oír lo que quieras contar. La carga oscura es pesada para un corazón lleno de luz.

No estaba seguro de si las palabras eran una cita de las Escrituras, pero le habían parecido oportunas.

—Sí, padre, en nuestra casa está oscuro —murmuró el desconocido—. Pero no será mi culpa, ¿verdad?

Las lágrimas ya eran evidentes. Se oían los sollozos tras unos labios temblorosos.

—Por supuesto que no, hijo mío —dijo Malley y se acercó a la rejilla otra vez.

Tenía ganas de abrir la trampa y darle un sentido abrazo al valiente joven para hacerle entender que no estaba solo, pero esperaba que el calor que emanaba de su voz cumpliera la misma función.

Pobre chaval.

—¿Cuánto tiempo tengo? —murmuró la voz entre sollozos.

—Tómate el tiempo que quieras —respondió Malley con tono sereno—. No voy a ningún sitio.

—Gracias —sollozó el joven y se calló otra vez—. La verdad es que no sé por dónde empezar —dijo al final—. Me da un poco de miedo.

—¿Qué te da miedo? —preguntó Malley.

—Contarlo. Lo de mi hermano. Tengo la sensación de que estoy defraudándolo de alguna manera, pero ya no puedo más, después de todos

estos años. ¿Lo entiende, padre?

—Sí, claro —asintió Malley.

—¿Por dónde debo empezar?

—¿Dónde te parece que resulta conveniente empezar?

Hubo otro silencio detrás de la rejilla de madera. Parecía que el desconocido estaba cogiendo carrerilla.

—El incendio, quizá —respondió la voz.

—¿Sí? —dijo Malley y sintió como el corazón le comenzaba a latir con más fuerza.

—O el pequeño corzo —añadió el joven con cautela—. No lo sé...

—Tómate el tiempo que necesites, hijo mío. ¿De qué incendio estamos hablando?

—Se nos acabó la vida a todos aquel día, pero algunos de nosotros seguimos vivos —dijo el joven en voz baja—. ¿Puedo confiar en usted, padre? ¿Puedo contarle todo?

—Por supuesto, hijo mío —asintió Malley.

Y se acercó más a la rejilla.

Primero estaba en su casa. Y luego ya no estaba allí. Primero estaba la chica de la gorra verde. Y después se convertía en un... ¿mono? Erik Rønning apagó la tele, pero ya no estaba sujetando el mando, sino que parecía un... ¿plátano? La chica de la gorra verde se había convertido en un mono y le había dado un plátano. Las paredes a su alrededor de repente cambiaron de color. Su piso era una bola de discoteca. No, eso no era verdad. No estaba en casa. Estaba en otro lugar. Sí, estaba en casa, pero no era su casa de *ahora*. Era su casa de *hacía mucho tiempo*. Era el año 1999. Solo tenía catorce años. Había un póster de los Backstreet Boys en la pared. Nick, Kevin, AJ, Howie y Brian. Le dolían los pulmones. Estaría enfermo. La chica de la gorra verde ya no estaba allí. Había salido del piso y había agitado una varita mágica, era Hermione Granger, de *Harry Potter*. Crascatacrás. ¿Estaba su madre en casa? ¿Era su madre la que andaba haciendo ruido en la cocina? ¿Era su madre la que estaba sentada en el extremo de su cama con un pasamontañas sobre la cabeza? ¿Con un cuchillo militar? ¿El mismo que le había regalado su tío Tore? «Deja de jugar con mi corazón». Había fiesta en la casa de la juventud de Asker este viernes. Discoteca. ¿Por qué estaba tan mareado? ¿Por qué estaba todo tan borroso a su alrededor? ¿Como en una película que se proyectaba a triple velocidad y ponía todo boca abajo? ¿Esa era la razón por la que su madre lo había atado? ¿Para que no se cayera, ahora que la cama estaba en el techo? Intentó hablar, pero su boca estaba tapada con el gran velero que estaba amarrado en el embarcadero, debajo de su casa, donde solía zambullirse.

Erik Rønning abrió los ojos.

Un hombre con un pasamontañas cubriéndole la cabeza estaba sentado en el borde de la cama.

—¿Estás despierto?

—¿Qué? —dijo Rønning, pero no se oyó nada.

Tenía celo sobre la boca.

Al principio no entendía lo que estaba pasando.

Sería por eso por lo que no tenía miedo.

Pero ahora..., *ahora sí*.

—¿Estás despierto? —dijo el hombre del pasamontañas otra vez y le clavó algo en la planta del pie.

«Ay, Dios...».

Casi ni notaba el dolor.

Tenía suficiente con mantener el pánico a raya.

«Ay, Dios...».

«Ay, Dios...».

Alguien lo había atado en su propia cama. Las manos y los pies. No llevaba ropa. Solo un calzoncillo. Tenía celo sobre la boca. Sobresalían los pies. Delante de un hombre con pasamontañas que llevaba un cuchillo grande en una de las manos.

—¿Puedes oírme? —preguntó el hombre de la mirada oscura y volvió a pincharlo.

«Jesús...».

Aulló tan alto que la cabeza estuvo a punto de explotarle, pero no salió nada por la boca.

—¿Ya estás despierto?

Rønning asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo el otro, con voz tranquila—. ¿Te gusta hablar? ¿Te gusta llamar la atención?

El hombre alzó la otra mano, que estaba cubierta con un guante, y comenzó a hablar con ella como si fuera la cabeza de un muñeco.

—Mírame. Salgo en la tele. Encuentro secretos. Creo que soy alguien importante.

«Ay, Dios».

—¿Sabes lo que hacíamos en Afganistán? ¿Con la gente a la que le gustaba hablar demasiado?

Rønning sintió la punta del cuchillo contra la planta del pie. Se le sacudió el cuerpo entero y la habitación comenzó a dar vueltas otra vez.

«Ay, mierda».

Debió de perder la conciencia un momento, porque, cuando volvió a abrir los ojos, el hombre del pasamontañas estaba inclinado sobre él.

«Podía notar el olor».

«El olor del guante que cubría la mano que lo había abofeteado para despertarlo».

«Y alguna cosa ácida».

—Ahora quédate conmigo, ¿vale?

El hombre del pasamontañas ya estaba sentado al pie de la cama otra vez.

Una mirada oscura a través de los agujeros.

—Asiente con la cabeza si estás conmigo.

Rønning asintió.

Como nunca antes lo había hecho.

—Bien. No volverás a quedarte dormido, ¿cierto?

Rønning negó febrilmente con la cabeza.

—Muy bien. Eres una puta, ¿no es así? ¿Andas por ahí con tu ropa elegante, chupando pantalla y llamando la atención?

Rønning asintió con la cabeza enérgicamente.

Podía sentir el olor que emanaba de su propio cuerpo.

El miedo que se convertía en olor en sus sobacos.

«Ay, Dios».

«Ay, Dios, qué mierda».

—Bien —asintió el hombre del pasamontañas—. Pero ahora eres mi puta. Puedo improvisar, ¿me entiendes? Me gusta planificar, ahí es donde reside mi fuerza, pero puedo improvisar si me da la gana. ¿Verdad?

Rønning no sabía si el otro quería que le respondiera a lo último, pero aun así asintió con la cabeza. Le escocían los ojos bajo la luz de la lámpara del techo. Nunca antes había tenido semejante sensibilidad en el cuerpo. Era como si pudiera sentir el frío acero del cuchillo contra la planta del pie, aunque podía ver claramente que la mano que lo sujetaba estaba levantada.

—¿Eres mi puta?

Rønning asintió enérgicamente y el hedor que emanaba de su cuerpo se hizo aún más fuerte, mareándolo.

—Bien —dijeron los ojos—. Normalmente te habría matado, pero luego pensé que esta puta me podía servir de algo. Hay que saber improvisar. Inteligente, ¿no?

Algo que parecía una sonrisa apareció en el agujero inferior del pasamontañas.

Rønning asintió con la cabeza y contestó como buenamente pudo.

—Lo sé —dijo la boca—. Soy listo. Pensaban que iban a librarse, ¿verdad? Pero ahora no tiene pinta de que esto vaya a suceder, ¿a que no?

El cerebro de Rønning trabajaba a mil revoluciones, pero era como caminar a través de sirope.

«¿Afganistán?».

«¿Librarse?».

«¿De qué?».

Negó con la cabeza, por si acaso.

—Lashkar Gah —continuó el hombre del pasamontañas en voz baja—. ¿Sabes dónde está eso?

Rønning negó febrilmente con la cabeza.

—No lo sabes, ¿verdad? —dijo el otro y se encogió de hombros—. Sacrificas tu vida por la patria ¿y cómo te lo agradecen? ¿Salgo en las noticias? ¿Con medallas? ¿Has visto algún desfile? ¿Niños que saludan con banderines, música de cuernos y trompetas? Nada. Estarán esperando que se olvide todo, supongo. Dejando que todo caiga en el olvido. Fingiendo que no pasa nada.

El hombre cerró los ojos con fuerza y escupió al suelo para subrayar sus palabras.

—No. Ya ha llegado mi hora.

Metió la mano en el bolsillo de lo que debía de ser una cazadora militar y sacó una hoja.

—¿Ves esto?

Rønning no podía ver qué ponía, pero aun así asintió con la cabeza.

—Vas a darles esto de mi parte, ¿de acuerdo? Y no me refiero a la gente para la que trabajas. Hablo de las más altas instancias. Los que están arriba del todo. ¿Lo pillas?

Rønning volvió a asentir con la cabeza y notó que todo lo comido desde el desayuno le subía por la garganta.

—Genial. —La boca en el agujero esbozó una sonrisa y el hombre se levantó.

Se giró rápidamente hacia la pared, donde clavó la hoja del cuchillo.

Erik Rønning podía ver el mango que temblaba junto al papel de la pared. El hombre del pasamontañas se acercó a él y desató uno de sus brazos de la cama. Sus oídos registraron el ruido lejano de la puerta de la calle, que se cerró con un golpe, y después se quitó el celo de la boca con dedos temblorosos. Se inclinó rápidamente sobre el borde de la cama.

Y cubrió de vómito el suelo.

Gabriel estaba en la pequeña sala de reuniones junto con Ylva y Ludvig, impresionado por todo lo que el veterano investigador había conseguido poner en la pared en tan poco tiempo. Un montón de fotografías. Todas marcadas con un nombre debajo. Colocadas en función de la relación que tenían entre sí. Naturalmente, ese era el problema, y en eso habían estado trabajando desde la tarde del día de ayer, todavía sin avanzar demasiado.

Las conexiones.

«No parecían existir».

—Tiene que ser casualidad —comentó Ylva suspirando y se quitó las gafas.

Se frotó los ojos y bostezó levemente.

—Tampoco yo veo otra cosa —murmuró Grønlie y echó otra mirada hacia la colorida pared—. De momento no tenemos nada más que eso, ¿verdad?

Señaló la línea roja que unía a Vivian Berg y Raymond Greger.

—Recuérdame quiénes son los que están alrededor de Kurt Wang —dijo Ylva.

—Su grupo de música —repuso Grønlie—. La vocalista, Nina Wilkins. Y el batería, Danilo Costa, un portugués.

—Lo siento —dijo Ylva, frotándose los ojos otra vez—. Llevo mucho tiempo mirando esto, tengo la cabeza hecha polvo.

Ninguno de los tres había ido a casa la noche anterior. Ylva había dormido en la silla, delante de su ordenador. Gabriel había cerrado los ojos de vez en cuando en el sofá de la sala de descanso otra vez. No quería llamarlo sueño. Solo unos pensamientos, imágenes y eventos inquietos que no parecían tener conexión, como en un sueño.

Munch entró en la sala con una taza de café en la mano. Parecía que él tampoco había dormido demasiado.

—¿Cómo va todo? —preguntó y se sentó en una de las sillas—. ¿Hay alguna conexión en algún sitio? ¿Nada?

—Seguimos buscando —contestó Grønlie, mordiéndose el labio ligeramente—. Pero es complicado.

—De acuerdo —dijo Munch, rascándose la barba levemente—. Hazme un repaso de lo que tenemos hasta el momento.

—Asesinatos, lugares del crimen, personas con relación con las víctimas —dijo Grønlie, señalando con el dedo—. Y por aquí está la cronología. En esta pared están las comunicaciones electrónicas de todos. Teléfonos, ordenadores, lugares que han visitado.

—Por cierto, ¿alguien ha visto a Mia? —preguntó Munch bostezando—. ¿O a Curry?

—Desde ayer, no —contestó Grønlie.

—Lo siento, sigue —dijo Munch y se tomó un sorbo de café.

—No hemos encontrado nada especial ni en los teléfonos ni en las redes sociales —señaló Ylva—. En el caso de Vivian Berg, todas sus pertenencias seguían en su casa, así que no hay nada allí desde la tarde que salió del piso. El teléfono de Kurt Wang ha sido registrado por repetidores desde Grunerløkka hasta Gamlebyen en momentos que coinciden con el intervalo transcurrido desde su desaparición hasta que fue encontrado.

—Estaba ensayando, ¿no? —comentó Munch, tragándose otro bostezo.

Ylva asintió con la cabeza.

—¿No había tomado drogas?

—No desde que fue observado por última vez.

—¿Y qué pasa con Iversen?

—Señales registradas en el centro comercial de Storosenteret confirman que estuvo allí, por lo menos es lo que tenemos de momento. Los mensajes de su teléfono indican que iba a dormir en casa de un amigo, pero desapareció en el camino.

—¿Sabemos dónde? —preguntó Munch.

Grønlie se acercó al mapa grande que estaba junto a la puerta.

—La última señal de su móvil venía de aquí. Grefsen.

—No muy lejos de su casa, entonces.

—Aquí está su casa. Y aquí vive su amigo, no recuerdo cómo se llamaba.

—Martin —apuntó Gabriel.

—Vale, entonces nuestra teoría es correcta, ¿no?

—Hasta donde podemos ver, sí —respondió Ludvig—. Parece que iba a casa de su amigo para dormir allí, sin más. Lo tenemos junto a su moto en esta estación de servicio de Statoil, pero luego..., bueno, parece que algo lo paró en el camino.

—¿No hay cámaras?

—Es Boligstrøk —dijo Grønlie, negando con la cabeza—. Dudo que vayamos a encontrar algo.

—Entonces, a Berg la recogieron en su casa. A Wang, en un ensayo. A Iversen lo pararon y lo recogieron en la carretera. No hay semejanzas. No hay conexiones.

—No —confirmó Ludvig suspirando.

En realidad hacía tiempo que habían llegado a esa conclusión, pero parecía que Munch todavía no quería darse por vencido. Gabriel, a pesar de no llevar mucho tiempo trabajando para la policía, sabía por qué. ¿Víctimas por casualidad? Era la pesadilla de cualquier investigador.

—¿Las redes sociales? ¿Todavía nada? —continuó Munch y se tomó otro sorbo de café.

—Vivian Berg no tiene mucha actividad —repuso Gabriel—. Pocos amigos. Pocas actualizaciones. Kurt Wang era un poco más activo, entre otras cosas era administrador de la página del grupo, que tiene bastantes seguidores.

—¿Y el chico?

—Como la mayoría de los adolescentes, muy activo, sobre todo en Snapchat, no tanto en Facebook e Instagram, eso es más para otro tipo de usuarios —respondió Gabriel.

—¿Snap...? —dijo Munch.

—Sacas una foto, se la envías a alguien que la puede ver por un breve periodo de tiempo y luego desaparece —explicó Ylva.

—¿Desaparece? —se sorprendió Munch.

—Sí.

—Entonces, ¿qué sentido tiene sacar una foto?

Gabriel ocultó una sonrisa mientras Ylva comenzaba a explicárselo, pero al final Munch la paró.

—Vale, muy bien. Entonces, ¿Snap...?

—Snapchat. Ha estado increíblemente activo, tiene largos hilos con un montón de gente.

Parecía que Munch iba a preguntar algo otra vez, pero se frenó.

—¿Y todavía no tenemos nada que indique que estas personas puedan conocerse? ¿No se han visto en ningún sitio? ¿Ni en la red ni en la realidad?

—Hasta ahora, nada, desafortunadamente —dijo Grønlie.

—¿Deportes? ¿Intereses? ¿Inclinaciones políticas? ¿Compras en la misma página web? ¿Búsquedas en Google?

—He repasado el historial de visitas de los tres con bastante detalle —contestó Gabriel—. Y también todas las búsquedas en Google a lo largo de las últimas semanas. La única página que todos han visitado es la NRK.

—¿Sí? —dijo Munch, esperanzado.

—Noticias, en los casos de Berg y Wang. Un programa para adolescentes en el caso de Iversen. Nada más, desafortunadamente.

—Por cierto —intervino Ludvig—. Me ha llamado el tío de Ruben Iversen esta mañana.

—¿Y bien? ¿Qué quería?

—Quería saber si hay algo que podamos hacer para ayudarlos. La casa está rodeada de periodistas. Los llaman a todas horas. Lo mismo pasa en el instituto, no dejan en paz a los alumnos.

Munch suspiró.

—Ya. No hay nada que podamos hacer.

—Lo sé —asintió Grønlie—. Eso es lo que le he dicho.

—Pobre gente —murmuró Munch y negó con la cabeza.

En aquel momento, entró atropelladamente Anette Goli, resoplando.

—¿Ya no coges el teléfono?

La abogada policial, normalmente tan tranquila, tenía los ojos abiertos de par en par y la cara prácticamente blanca.

—Está en mi chaqueta —explicó Munch—. ¿Qué ocurre?

Goli echó una rápida mirada a los otros tres.

—Tu oficina. Ya.

—Estamos en medio de...

—No. Ya. Inmediatamente —dijo Goli con tono severo, se dio media vuelta y caminó apresuradamente por el pasillo delante de él.

Qué pasa? —preguntó Munch con curiosidad cuando Anette cerró la puerta detrás de ellos.

—Acaban de llamarme desde arriba —dijo Goli cuando recuperó el aliento.

—¿Mikkelson?

La abogada policial negó con la cabeza.

—Las más altas instancias. El despacho del ministro de Justicia. Bueno, más bien sería por iniciativa del FST^[2], me imagino, pero así fue como me llegó.

—¿El FST? —dijo Munch.

—¿Te acuerdas de ese periodista? —preguntó Goli—. ¿Rønning?

—¿Sí?

—Recibió una visita anoche. De una persona que según ellos es nuestro hombre.

—¿Cómo? —exclamó Munch y echó una mirada al reloj de la pared, que ya mostraba las doce y media—. ¿Anoche? ¿Y nos enteramos ahora?

—La hora es lo que menos nos debe preocupar, Holger —murmuró Goli.

—¿Nuestro hombre, dices? —la interrumpió Munch, irritado—. ¿Cómo cojones pueden saber eso?

—Holger —musitó Anette.

—Putos idiotas.

—Holger —repitió Anette y levantó las manos hacia él—. Hay una lista.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Munch.

Anette volvió a callar un momento, casi como si estuviera reuniendo valor para poder decirlo.

—Una lista con nombres.

—¿Qué nombres?

—Una lista de asesinatos —repuso Goli.

—¿Qué coj...?

—Cincuenta nombres —murmuró Anette—. Vivian Berg. Kurt Wang. Ruben Iversen. Como ya sabes, no los hemos hecho públicos, pero aun así están en la lista. El departamento acaba de llamarme ahora mismo.

—No, esto debe de ser una broma. No es pos... —comenzó Munch, pero Anette volvió a interrumpirlo, con una seriedad en la mirada que él nunca antes había visto.

—El primer ministro ha elevado la alerta a nivel cinco. Ya se está hablando de aislar a la familia real.

—Hay que joderse —murmuró Munch.

—Cincuenta personas, elegidas al azar —dijo Goli, negando con la cabeza.

—¿Tenemos la lista?

—No, es confidencial.

—Hay que joderse —repitió Munch—. Entonces, ¿cómo vamos a poder...?

Munch la miró y ya pudo verlo. Había algo que no le estaba contando.

—¿Qué? —dijo, pero ella apartó la mirada—. Estamos fuera, ¿es eso? ¿Ellos se hacen cargo del caso?

—No, no —respondió Goli, mordiéndose el labio—. Estamos dentro, aunque solo...

—¿Solo qué?

—Solo tú y yo —contestó Anette a regañadientes—. Somos los únicos que tenemos autorización. Están componiendo una comisión de coordinación en estos momentos. Volverán a llamarme en menos de una hora.

—Joder, Anette. ¿Mia... no?

—¿Qué harías tú? ¿Si estuvieras en su lugar? —dijo Anette, encogiéndose de hombros—. Ya sabes cómo es su historial. ¿Con todo lo que tiene? No se fían de ella. No ha sido autorizada. Hablamos de cincuenta personas. ¿Víctimas elegidas al azar? Imagínate lo que puede pasar si sale eso.

—Entonces, ¿quién está?

—Tú y yo.

—Ya, pero ¿quién está en la comisión de coordinación?

—El FST, como ya te he dicho. Me imagino que el PST^[3] también, y seguramente hay un grupo del Ministerio de Justicia.

—¿Mikkelson?

—No tengo ni idea —dijo Goli, negando con la cabeza—. Que yo sepa, no.

—¿Y Mia... no?

—De ninguna manera —contestó Anette mientras comenzaba a sonar su móvil—. ¿Te encargas tú? ¿O prefieres que lo haga yo?

—No, no, yo me ocupo —respondió Munch suspirando y el teléfono de Goli sonó otra vez.

—Goli —dijo la abogada policial y salió de la habitación.

Jon Ivar Salem, de cuarenta y dos años, en realidad era fontanero, pero no se lo conocía por eso en la cárcel de Ullersmo. Había recibido la condena máxima de veintiún años y era uno de los internos que más tiempo llevaba en la unidad dos. Eso, ya de por sí, le otorgaba el respeto suficiente como para que los otros internos lo dejaran en paz. Hasta que llegó el grupo de albanokosovares. Esos puñeteros maromos no habían leído la prensa, no habían visto la tele y pensaban que podían joder al sistema. Jugar a ser Dios. Tomar el control de la cocina y del teléfono. Decidir quién iba a hacer qué cosa, y Jon Ivar Salem había decidido que ya era hora de ir poniendo orden.

En realidad le daba igual. Normalmente no se entrometía en la justicia interna de Ullersmo, por la sencilla razón de que los otros internos nunca se atrevían a levantar un dedo contra él ni negarle nada. A la gente normal le podría resultar difícil de entender, tal vez. Que personas mayores con tatuajes pudieran llegar a las manos por asuntos tan triviales como un paquete de salchichas o el acceso a la ducha. Pero así era como funcionaban las cosas por aquí. Llevaba siete años dentro y le quedaban catorce. Podría pedir la libertad condicional después de haber cumplido dos tercios de su condena, pero todavía quedaban siete años para eso, así que no había razones para portarse bien.

Todavía no.

«En breve ardería otra vez, de lo cual se alegraba».

Tenía más edad que la mayoría de los internos y se consideraba una especie de padre para todos ellos. La comida que servían en el lugar era tan mala como se podía esperar, tenían suerte si les daban *labskaus* o algo que recordase a pescado. Normalmente les ponían cosas que sabían parecido a algo que podía haber salido del culo de un camello. Afortunadamente, tenían la posibilidad de pedir su propia comida, con su propio dinero, claro está, y él

había tomado iniciativas y asumido responsabilidades. Había reunido a un grupo de sus amigos más cercanos, se había hecho cargo de la cocina y ahora se sentía casi como un chef con su propio restaurante. Todos los días ponía platos que no eran exactamente deliciosos, pero sí comestibles, con dinero recaudado de manera casi voluntaria de los demás.

«Ah, las llamas».

«Como un hombre en el desierto».

«Muchos años sin agua».

«Pero ahora iba a poder beber en breve».

Los albanokosovares. No había más que tres de ellos, condenados por tráfico de drogas, cocaína y heroína, y los pringados que estaban al mando de este garito los habían colocado en su unidad. No eran más que unos críos, encima. Unos veintipocos años, morros duros de gánster con los preceptivos tatuajes. En este sitio no era suficiente con el nombre de la novia en el brazo, no, tenía que haber calaveras y lágrimas en medio de la cara, a poder ser, o si no por todo el cuello, y por supuesto en algunos dedos también, LOVE-HATE, KILL-FUCK. Al principio, Salem los había ignorado, tal y como hacía con todos los vírgenes del lugar, los que tenían condenas inferiores a diez años, pero un día la habían montado con uno de los críos en el túnel. Lo habían machacado a base de bien con los puños y con latas de atún metidas en calcetines. Habían tomado el control de las duchas y de la cocina, y no quedaba otra que darles una lección.

«Las llamas».

«Sentía cosquilleos por todo el cuerpo».

«Hasta en los dedos de los pies».

«Subiendo por la entrepierna».

«Llevaba muchos días sin dormir».

Los idiotas habrían podido ahorrarse bastante sufrimiento si hubieran visto la tele. Si hubieran sabido quién era. Habrían podido evitar unas cuantas cosas. Incluso habrían podido vivir hasta los treinta. Naturalmente, no lo habían hecho. En parte porque no entendían el noruego, pero sobre todo porque en 2006, cuando pasó todo lo gordo, estos pringados no tenían más que unos trece o catorce años. La sonrisa de Jon Ivar Salem era cada vez más ancha en su cara. Tenía que controlarse para mantener la cabeza fría.

«Iba a ser memorable».

«Las llamas. Por fin».

«Le costaba hasta respirar».

Los chirridos del carrito del correo lo despertaron de sus ensoñaciones, y después apareció Muffins, subiendo por el pasillo. Era uno de sus amigos más cercanos en ese lugar. Un chaval de Trøndelag tatuado que estaba allí por la misma razón que la mayoría de los otros adolescentes. Drogas, violencia, a menudo ambas cosas.

—¿Para mí? —dijo Salem sorprendido, mirando el paquete que Muffins acababa de entregarle.

—Pues sí —contestó el otro sonriendo y se metió un dedo sucio en la boca para quitarse algo de entre los dientes—. ¿Te has echado novia o qué?

—Que yo sepa, no —contestó Salem y sintió una leve curiosidad por ver qué era.

No recordaba la última vez que alguien le había enviado algo.

Ya habían abierto el paquete, claro está, pero no podía distinguir el contenido. Lo habían vuelto a cerrar y habían puesto lo de siempre, COMPROBADO, con letras azules torpes sobre el papel marrón.

—No sabían cómo actuar en conserjería —dijo Muffins, mirando a su alrededor.

—¿Y eso?

—Je, je, bueno, creo que estuvieron debatiendo si debían dártelo o no.

—Ah, ¿sí? ¿Qué es?

—Ni idea, ¿crees que me han dejado verlo? No soy más que el mensajero. Por cierto, ¿ya está en marcha la cosa?

Lo último lo susurró con los labios medio cerrados mientras miraba hacia atrás por encima del hombro. No es que hubiese hecho falta, no había chapas por el pasillo. Raras veces andaban por aquí, solo cuando abrían o cerraban, o si alguien tenía que ir al baño fuera del horario.

Los recursos del reino se usaban para otras cosas.

Aquí la caza era libre.

Y eso le venía de perlas.

Tenían que pillarlos ya.

Ya era hora.

«Llamas sobre la piel desnuda».

—Sí, claro —asintió Salem sin apartar los ojos del paquete.

—¿Después de comer? ¿En el túnel?

—Ajá. Los pringados juegan al baloncesto hasta la una. Después los pillamos.

—Guau, esto va a ser divertido. ¿Hasta dónde vamos a llegar? ¿Acabaremos en aislamiento?

Salem echó una mirada severa al joven de Trøndelag.

—Hasta el final, claro está.

—Joder, Jon, me quedan solo dieciséis meses, no puedo cometer un asesinato, eso lo entenderás, ¿no?

—¿Quién ha dicho que lo vas a hacer tú?

Los ojos del traficante se abrieron de par en par.

—¿Lo vas a hacer tú?

—Vosotros vigiláis, yo me hago cargo.

—Qué grande —exclamó Muffins sonriendo y levantó la mano en un gesto que seguramente pretendía ser un choque u otro saludo absurdo que los niños solían usar, pero Salem pasó de él.

—Tendréis un par de días de aislamiento, máximo.

—OK, lo aguantaremos, sin problemas.

—Joder, Muffins, ¿qué estás haciendo, preparándote para la boda o qué? Vamos, hombre.

Los gritos impacientes venían desde el pasillo. El ruido del carro era como la llegada de los Reyes Magos para la mayoría de los internos de la unidad dos.

—Tranquilos, que ya voy, joder.

Muffins suspiró, guiñó un ojo una última vez y continuó empujando el carro en dirección a la gente que esperaba.

«¿Un paquete?».

Salem cerró la puerta de la celda y se sentó sobre la silla junto al pequeño escritorio. Abrió el papel con cuidado, pero cuando vio lo que había dentro no lo entendió muy bien. Era un anillo de oro y una pequeña carta.

Querido Jon Ivar Salem:

No me conoces, pero aun así te pido que me hagas un favor. Guarda este anillo, en breve vendrá alguien para recogerlo. Serás recompensado. Gracias por la ayuda.

La carta no estaba firmada.

¿Qué cojones significaba esto? Qué extraño. Si no fuera porque su nombre estaba escrito en el sobre, habría pensado que se trataba de un error. Salem sacó el anillo de la cajita. Brillaba levemente a la luz de la lámpara del escritorio. Giró el sobre y lo puso boca abajo, pero no había nada más. Era raro, pero, bueno, daba lo mismo. Podía hacerse cargo de un puto anillo. ¿A cambio de una recompensa? Sin problemas.

«Volverá a arder pronto».

«Mañana a primera hora».

Jon Ivar Salem sonrió, metió el anillo de oro bajo la almohada y se tumbó sobre la cama para descansar un poco.

A Mia la despertó una voz conocida que canturreaba una canción. Se levantó de la cama desconocida y entró en la cocina.

—Rayo de Luna —la saludó Charlie Brun sonriendo y le dio un largo abrazo—. Ya has tenido tu sueño de belleza. ¿Quieres desayunar?

—¿Qué cojones me diste anoche? —preguntó Mia bostezando y se sentó atropelladamente en una silla.

Charlie estaba en plena forma, como siempre. Hoy llevaba un vestido largo y verde que le revoloteaba alrededor de las piernas, y un delantal en el que ponía: «Bésame, soy el chef».

—¿Huevos? ¿Beicon? —sonrió el encantador hombre y levantó la sartén del fuego.

—No, nada para mí —murmuró Mia—. ¿Qué hora es?

—¿No quieres desayunar? Algo tienes que comer, hija. Estás como un palo.

Charlie atravesó el suelo bailando y llenó el plato que estaba sobre la mesa, delante de Mia.

—También tengo salchichas. ¿Te apetecen?

—¿Para desayunar? —exclamó Mia y volvió a bostezar.

—¿Por qué no? A los ingleses les va muy bien. ¿Te dije que estuve en Londres la semana pasada? Fui a ver un musical, *El rey león*. Los rumores no eran para nada exagerados. Maravilloso. Dios mío, cómo lloré. ¿No te parece raro que sucedan esas cosas?

—¿Qué cosas? —dijo Mia y se metió un trozo de beicon en la boca.

—Que un hombre hecho y derecho pueda llorar como un niño ante algo que en realidad está escrito para niños.

—De ti nada me sorprende, Charlie —contestó Mia sonriendo y sintió como volvía al mundo poco a poco.

Algo para dormir.

Había entrado en su club, buscando algún tipo de anestesia desesperadamente, una copa o lo que fuera, y él la había convencido tranquilamente de que no debía hacerlo.

«Por suerte».

Ni una gota de alcohol.

«Solo algo para dormir».

Estiró los brazos hacia el techo y lanzó una mirada al apartamento pequeño y acogedor.

—¿Has hecho reformas?

—Sí —dijo Charlie con una amplia sonrisa—. Todo nuevo. El suelo, los muebles, he pintado las paredes. Feng shui. Hay que cambiar el entorno un poco de vez en cuando, que si no, nos morimos, ¿no crees?

Charlie, que estaba junto al frigorífico, se puso un dedo contra la sien.

—¿Qué quieres para beber? Vamos a ver, tengo zumo, smoothie...

—Solo un poco de agua, por favor. A no ser que tengas café.

—¿Café? Sí, desde luego. Tengo una máquina nueva. Ultramoderna. George Clooney y yo, ya sabes. Él sí que es un hombre de mi gusto. ¿Sabías que en realidad le gusta vestirse como yo?

Charlie guiñó un ojo y le enseñó una cápsula ancha.

—¿Arábica? ¿Linizio? ¿Kazaar?

—Algo fuerte —murmuró Mia.

—Ristretto, entonces —asintió Charlie—. Con una combinación de los mejores granos sudamericanos y una pizca de robusta para una intensidad añadida.

Sujetó la cápsula delante de ella con una postura exagerada y puso morritos.

—¿Lo vendes? —dijo Mia sonriendo y deslizó una rebanada de pan debajo del huevo frito.

—Soy la nueva cara de Nespresso —contestó Charlie y ladeó la cabeza ligeramente—. ¿Qué te parece?

—Absolutamente perfecto —repuso Mia con una risita.

—Somos George y yo —comentó Charlie, levantando las cejas con una expresión seductora.

—Te lo has inventado sin más, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que a él también le gusta llevar ropa de mujer.

—En mis sueños, Mia —dijo Charlie y pulsó el botón de la máquina de café—. No por nada, también lo aceptaría tal y como está. ¿Agua, has dicho?

—Por favor —murmuró Mia.

Tenía la boca seca. Y también un dolor sordo detrás de los ojos, pero estaba remitiendo.

La había disuadido.

Solo algo para dormir.

«Gracias a Dios».

Charlie Brun era nada menos que un ángel.

—También has puesto a la familia en la pared, por lo que veo —observó Mia cuando Charlie le trajo el café.

—Así es —respondió él, con una expresión un poco dolorida y miró la pared detrás de ella—. Ya sabes, no ha sido fácil para ellos, todo esto. El pequeño Charlie, que era un chaval tan prometedor. ¿Sabes que jugaba al hockey sobre hielo?

—¿Tú? —exclamó Mia.

—Pues sí, en el equipo de Storhamar. Jugaba de delantero. Y encima era bueno.

Cuatro fotografías, con marcos bonitos. Adultos con sonrisas en la cara y un niño pequeño entre ellos, de un tiempo que ya no existía.

—Buenos recuerdos —dijo Charlie, un poco apesadumbrado.

—¿Sigues sin hablar con ellos?

—Escribí una carta a mi padre hace algún tiempo. Ya es muy mayor, ¿sabes? Le gusta recibir cartas de verdad. O eso creo, es lo que supuse. No es que sepa nada sobre el asunto, hace ya bastante tiempo que no nos hablamos.

—¿Y?

—Y sigo sin recibir respuesta, desgraciadamente —contestó Charlie suspirando—. En fin, por lo menos lo intenté. ¿Te gusta el café?

—Es perfecto —dijo Mia, y luego vio el reloj que estaba sobre la encimera—. Mierda.

—¿Qué?

—¿Ya es casi la una y media?

—Sí —respondió Charlie.

—Ya voy tarde —comentó Mia y se levantó rápidamente.

Se tocó el bolsillo del pantalón, pero no estaba allí.

—¿Mi teléfono?

—Aquí lo tengo —murmuró Charlie y salió de la cocina.

Mierda.

¿Tanto había dormido?

Mia vació la taza de café de pie y después regresó Charlie.

—¿Mucha prisa?

—Me temo que sí —murmuró ella.

Una docena de llamadas.

La mayoría de Munch.

Pulsó una de ellas rápidamente.

—¿Mia? —gruñó el hombre barbudo desde el otro lado—. ¿Dónde estás?

—Lo siento —murmuró Mia—. He estado durmiendo. Ya voy para allá.

—No, no —dijo Munch—. Voy a buscarte.

—¿Cómo?

—Voy a buscarte —repitió Munch con un tono de voz extraño—. ¿Dónde estás?

—¿La dirección? —preguntó Mia, poniendo una mano sobre el móvil.

—Calle Tøyenbekken, 9.

—Tøyenbekken, 9 —dijo Mia.

—¿Junto a Grønlandsleiret?

—Sí. ¿Ha pasado algo?

Munch no contestó.

—¿Holger?

—Llego enseguida, ¿vale?

—Eh..., vale.

—Voy para allá —insistió Munch y colgó.

—¿Ya te marchas? Si casi no has tocado la comida.

—Tengo que irme —dijo Mia y se metió el teléfono en el bolsillo.

—Prométeme que no tardarás tanto tiempo en venir la próxima vez.

Charlie la agarró por los hombros y le dio un beso en cada mejilla.

—¿Estás bien, Rayo de Luna? Ya sabes que siempre estoy aquí para lo que necesites.

La estaba mirando con cierta preocupación, no quería soltarla del todo.

—Estoy bien —asintió Mia—. Mil gracias por todo, Charlie. Eres un sol. Lo sabes, ¿verdad?

—Ah, se hace lo que se puede.

—¿Mi cazadora?

—En el pasillo. Me llamas, ¿de acuerdo? Y ten cuidado por ahí.

—Sí, mamá, y gracias otra vez —respondió Mia sonriendo y le dio otro largo abrazo antes de darse media vuelta y bajar corriendo por las escaleras.

Munch se sentía como un idiota, pero ya no había nada que hacer. Negó con la cabeza mientras reducía la velocidad y se detenía junto a la acera. Mia entró con una expresión animada en la cara y se puso el cinturón de seguridad.

—¿A dónde vamos?

Munch suspiró y se dio cuenta de que no tenía sentido alargar la pena.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mia, frunciendo la nariz.

Al parecer, ya lo había visto en su cara. Habían trabajado mucho tiempo juntos.

—¿Todavía tienes ganas de unas vacaciones?

—¿Perdón? —dijo Mia.

—Lo siento —murmuró Munch y se pasó una mano por la cara—. Han llegado noticias de arriba.

—¿Sobre qué?

—El FST se ha metido en el caso. Ya están al timón.

—¿Al timón? ¿Qué quieres decir?

—El caso ya no es nuestro... —comenzó, pero fue interrumpido.

—¿Cómo? ¿Qué cojones, Holger?

—Lo sé —asintió Munch—. Yo solo...

—Joder, no puede ser verdad —exclamó Mia—. Me estás tomando el pelo, ¿no? ¿Defensa? ¿Qué pintan ellos en algo como esto?

—Es una larga historia —murmuró Munch y se rascó la barba un poco—. Ha pasado algo esta noche. Escucha, lo he intentado por todos los medios, pero ya ves.

Munch se dio cuenta de que Mia ya iba percatándose de lo que estaba intentando decir. Su mirada cambió de suave e inquisitiva a oscura y agresiva en menos de un segundo.

—¿Estoy... fuera?

—Solo de momento —respondió Munch en tono tranquilizador—. Hasta que el resto podamos hacernos una idea de la situación.

—Joder —gruñó Mia—. ¿Y quién cojones es el resto?

—Nos van a juntar en una comisión de coordinación. Con la gente del FST y el PST.

—¿Y ninguno de nosotros? ¿Qué es esto, Holger?

—Anette y yo estamos dentro —aclaró Munch rápidamente—. Como te decía, es solo de momento, hasta que...

—No me lo puedo creer, Holger —protestó Mia y negó con la cabeza, rendida—. ¿Cuánto hace que me llamaste para quedar en el Justisen y me pediste que echase un vistazo al caso? Joder, ya había comprado los billetes. Había un velero que me estaba esperando.

—¿Ya es tarde? —tanteó Munch, pero se arrepintió nada más pronunciar las palabras.

Mia apartó la cara de él, casi parecía que echaba espuma por la boca.

—Lo siento —dijo Munch—. No soy más que el...

—¿Y por qué no entro yo?

Los ojos penetrantes ya se posaban sobre él otra vez. Sabía la respuesta a la pregunta, pero quería obligarlo a decirlo en voz alta.

—Hay un protocolo de autorización por motivos de seguridad —dijo Munch en voz baja.

—¿Porque soy una idiota inestable?

—Mia...

—Que se puede usar cuando viene bien, pero no cuando realmente hay algo en juego, ¿es eso?

—Escucha, Mia... Si de mí dependiera, ya sabes que estarías dentro. Eso sí que lo sabes, ¿no?

—Putos pringados —murmuró Mia, que se desabrochó el cinturón de seguridad con irritación y buscó el tirador de la puerta con la mano.

—Han encontrado una lista —dijo Munch rápidamente antes de que abriese la puerta.

—¿Qué clase de lista?

Por mucho que las órdenes vinieran de las más altas instancias, Munch estaba harto. En primer lugar, tenía una responsabilidad hacia los suyos. El departamento podía irse al carajo, él ya estaba cansado. En realidad, llevaba bastante tiempo así. Harto del trato que Mia había sufrido durante los últimos

años. Las reprimendas, las suspensiones, solo para traerla de vuelta cuando les venía bien. Bah, él ya pasaba.

—Rønning recibió una visita anoche —continuó.

—¿El periodista?

—Sí. Era un exmilitar, un veterano de Afganistán, según creen.

—¿Dónde?

—En su casa. No tengo todos los detalles, pero creo que le dio un repaso. Le dio una lista también. De las víctimas. La primera hipótesis es que todo esto es una especie de acción de venganza.

—¿Para vengarse de qué?

—No lo sabemos, pero algo debió de pasar ahí abajo, odia al Estado de Noruega o algo así. Pero escucha...

—¿Una lista?

—Una lista de asesinatos. Que recoge los nombres de una serie de víctimas elegidas al azar.

—¿Qué? ¿Cuántos? —dijo Mia, aturdida.

—Cincuenta —murmuró Munch.

—Mierda.

—Por eso han impuesto confidencialidad estricta, ¿entiendes?

—¿Encaja con el perfil?

Se giró hacia él y ya parecía menos enfadada, afortunadamente. Tenía la cara más suave, y la típica mirada suya que retrocedía hacia el interior de su cabeza.

—La edad parece coincidir —contestó Munch.

—¿Los números?

—Vivian Berg era la cuarta en la lista —asintió Munch—. Hasta ahora, esto es todo lo que sé, no sueltan prenda.

—Entonces, ¿las víctimas son elegidas al azar? —dijo Mia y miró por la ventanilla del coche.

—Elegidas al azar de una lista de cincuenta, según parece —confirmó Munch.

—Mierda —murmuró Mia mientras hacía la cuenta en la cabeza.

Él había hecho lo mismo.

El perfil. Los números. Las víctimas elegidas al azar.

—¿La has visto? ¿La lista?

Munch negó con la cabeza.

—Estoy esperando a que me llamen. Anette está en contacto con ellos. Parece ser que han activado la alerta roja. Están hablando de poner a salvo el

Gobierno, tal vez también a la familia real.

—¿En serio?

—Lo dicho, no quieren revelar los detalles, pero es lo que me ha dicho Anette.

—Pero no pueden hacer eso, ¿no? ¿Cómo lo van a justificar? ¿Ante la población? El rey ha sido evacuado a un lugar secreto, pero, eh, no hay razones para preocuparse, podéis hacer vida normal. Idiotas.

—No creo que vayan a llegar tan lejos. En cualquier caso, me imagino que el Ejército, la Milicia y la Defensa Civil serán todos movilizados, pero con la mayor discreción posible, por eso no quieren...

—¿Hacer públicos los hechos? —murmuró Mia con una cara que parecía indicar que en realidad lo que quería era escupir en el suelo.

—Escucha, Mia... —comenzó Munch, pero ella lo paró.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

Mia negó con la cabeza y agarró la puerta con decisión.

—Te mantendré informada, ¿de acuerdo? —dijo en voz alta tras ella, cuando ya estaba sobre la acera. Mia le echó una última mirada rendida antes de cerrar la puerta de golpe. Después bajó por la acera sin mirar hacia atrás.

«Mierda».

En realidad quería ir tras ella, pero lo interrumpió el teléfono desde el bolsillo.

—¿Sí?

—Ya estamos en marcha —comunicó Anette.

—¿Dónde?

—En Bankplassen dentro de veinte minutos.

—Ya estoy en camino —dijo Munch y encendió el motor del coche.

Mia bajó por la calle sin rumbo fijo. Estaba irritada, cabreada, aturdida, no sabía cómo hacer frente a todas las emociones que le atravesaban el cuerpo violentamente. Había empezado el día con una pregunta: «¿Y si solo quiere engañarme? ¿Un mentiroso consumado?». John Wold en el pub la noche anterior. Tuvo que haber visto el escepticismo en sus ojos, ¿no? Joder, si se lo había dejado bien claro. «No es Curry. No tengo intención de ayudaros con nada». Pero era un tipo listo. Sabía que las paridas que se había inventado iban a terminar surtiendo efecto. Hacerle dudar. Conseguir que se uniera a la causa. «Hay una yonqui que anda por ahí. Tu hermana tenía algo que ver con esto». Sigrid. «Puto cabrón». Además había funcionado. Por supuesto que sí. El dolor de la pérdida. La añoranza. Había jugado con sus sentimientos más íntimos. Con el único fin de que aceptase su propuesta.

Mia blasfemó entre dientes y volvió a cruzar la calle. Ya le daba igual dónde dirigirse con tal de estar moviéndose. Era lo que había sucedido, ¿verdad? ¿La había engañado? ¿Cisse? ¿Un plumífero rojo? Resultaba vago de cojones. Debería haberlo entendido desde el principio, pero no había estado preparada. Se acarició con los dedos la pulsera de la muñeca y se paró repentinamente cuando sonó la bocina de un taxi, que pasó rozándole la pierna.

Mierda.

El día había empezado muy bien. Se había levantado de la maravillosa cama de Charlie Brun, con la cabeza clara y despejada. ¿Curry? No tenía nada que ver, evidentemente. Mia conocía al pequeño caniche desde hacía diez años. Podía tener aspecto de gánster, pero tras los rasgos duros habitaba un alma que no sería capaz de hacer daño a nadie.

No, no, tenía que ser otro.

Un policía.

Podría ser cualquiera.

¿Y ahora esto?

Estuvo a punto de cruzar la calle otra vez, pero de repente salió una mano que la agarró de la cazadora para pararla. Señaló el semáforo, que estaba en rojo, y al momento pasó otro coche con otro bocinazo. Miró la amable cara con una expresión agradecida y se metió la mano en el bolsillo en busca de una pastilla.

¿Cincuenta personas?

Podría ser cualquiera de las personas a su alrededor.

¿La del abrigo amarillo que estaba paseando a su perro?

¿El chaval del monopatín?

«Joder».

Se calmó un poco cuando el semáforo se puso verde y la gente comenzó a cruzar la calle tranquilamente. Volvían a sus casas. Iban a trabajar. Venían del instituto. Algunos sonreían con alegría, otros estaban cansados. Llevaban bolsas de la compra, empujaban cochecitos de bebé. Era un día normal en la pequeña ciudad de Oslo, con la primavera a la vuelta de la esquina.

«Putá mierda».

Mia se paró en una esquina y sacó el teléfono.

Vale.

Tenía que calmarse.

¿Cisse?

¿Cecilie?

¿Una yonqui con un plumífero rojo?

Sería fácil descartarlo.

Constatar que era mentira.

La ciudad no era tan grande.

El entorno en realidad era reducido, y sabía exactamente a quién debía llamar.

—Centro de acogida Prindsen.

—Buenos días, me llamo Mia Krüger, ¿podría ponerme con Mildrid Lind, por favor?

—Un momento.

La puso en espera.

Un joven tatuado salió de un local justo delante de ella, sacó de su desgastado pantalón un manajo de llaves que tintineaban e introdujo una de ellas en la puerta. Saldría a comer. Un día totalmente normal.

—Está hablando por teléfono, pero no creo que tarde mucho, ¿le digo que la llame?

—Sí, por favor, muy bien.

Mia volvió a guardarse el teléfono en la cazadora y estuvo a punto de echar a andar otra vez cuando de repente descubrió algo en el escaparate delante de ella.

«¿Qué cojones...?».

Un estudio de tatuajes.

Filas de fotografías detrás del sucio cristal del escaparate.

«¿Pero qué...?».

Fotos promocionales. El logo de Motorhead en un brazo. Un águila enorme sobre un pecho. Llamas rojas y amarillas que se extendían por una fina pierna.

Y allí.

En medio de la fila.

¿No podría ser...?

Mia se quedó con la boca abierta, acercándose lentamente a la ventana.

¿Qué?

«¿Ella?».

Una espalda desnuda y pálida. Entre los omoplatos. El pelo largo y negro. Los ojos azules.

No, no podía ser verdad...

Pero sí que lo era, joder.

En el escaparate.

Entre corazones y palomas de la paz y calaveras envueltas en llamas.

Un tatuaje de su cara.

«¿Pero qué co...?».

Un ruido que venía de muy lejos, una vibración en el bolsillo.

—Soy Mildrid Lind. ¿Me habías llamado?

Hacía tiempo que los rumores hablaban de este nuevo lugar seguro y ultrasecreto. El mundo estaba cambiando. Los bloques de aliados y enemigos ya no estaban organizados en oeste contra este con generales acercando sus dedos a fatídicos botones rojos, sino alrededor de acciones terroristas perpetradas con bombas caseras de metralla, aviones secuestrados o camiones robados. Los objetivos civiles eran impensables hacía unos años, y resultaba casi imposible protegerse contra eso. Hasta ahora, Noruega no había sufrido estas acciones de fundamentalismo religioso, pero el ataque al Gobierno, y sobre todo la tragedia que Munch ni siquiera era capaz de mencionar, habían conseguido que incluso los políticos noruegos más inocentes se dieran cuenta de la seriedad del asunto. En realidad, Munch no había creído que de verdad hubiesen hecho algo. Pensaba que todo se había quedado en palabras, documentos desarrollados por comisiones del Parlamento que trabajaban parsimoniosamente, pero cuando salió del ascensor y entró en la sala de operaciones hipermoderna tuvo que reconocer que se había equivocado.

Estaban en la última planta del sótano de los locales del Ministerio de Defensa en la calle Myntgata, 1. Nunca antes había visto nada parecido en cuanto a medidas de seguridad. De no haber sido por su espíritu crítico y su inherente escepticismo hacia las altas esferas, incluso habría reconocido que estaba impresionado. Ascensores que requerían largos códigos. Puntos de control donde cacheaban a todos. Puertas que requerían más códigos. Detectores de metal vigilados por jóvenes soldados uniformados. Al final llegaron a una enorme puerta de metal, donde se les ordenó que dejaran sus teléfonos móviles, lo cual irritó a Munch, pero no tenía más remedio que obedecer, lógicamente. Un joven bien vestido introdujo otro código en un panel que ahora parpadeaba en verde, y al final entraron.

Una gran mesa ovalada. Hombres con caras serias, algunos de uniforme, la mayoría de traje, corbatas de colores neutros sobre camisas blancas o azul claro. Munch repasó la sala con la mirada rápidamente en busca de caras conocidas, pero no vio a nadie.

—Soy el general Edvardsen —dijo un hombre alto y distinguido con un flequillo canoso, acercándose a ellos a través de la sala.

Una mano enorme les dio un fuerte apretón a cada uno.

—Munch, ¿verdad? ¿Y Goli?

Munch asintió. Anette Goli también. Si estaba incómoda en una sala dominada por hombres, no se le notaba. Las mujeres tenían representación en todos los puestos de importancia en el país, pero parecía que la paridad no había llegado al sótano de la calle Myntgata, 1. El general hizo un gesto de cabeza hacia la mesa y presentó a la gente ante los recién llegados, y después volvió a la enorme pantalla que cubría toda la pared detrás de él. El FST. El PST. Un representante del gabinete del primer ministro. Varios generales de las diferentes ramas de la defensa. De repente, Munch se sentía un poco desaliñado entre tanta pulcritud. Los pantalones de pana tenían varias manchas y la trenca había visto mejores tiempos.

—Señores —comenzó Edvardsen cuando la luz se volvió más tenue en la amplia sala—. Saben de sobra por qué estamos aquí. Algunos lo saben más que otros, y así debe seguir siendo; toda la información en esta sala es NTK. Si hay preguntas, las contestaremos al final, primero quiero repasar los sucesos tal y como han ido desarrollándose a lo largo del día, junto con las diferentes medidas que hemos adoptado.

Cabezas que asentían alrededor de la mesa.

Una fotografía apareció en la enorme pantalla.

—Esta mañana, un poco después de las once cero cero, nos llegó una llamada de este hombre, Erik Rønning, del *Aftenposten*. Por fortuna, este periodista tuvo el sentido común de ponerse directamente en contacto con el departamento, y el sujeto en cuestión nos ha confirmado en interrogatorios posteriores que la información no ha llegado a manos de sus superiores en el periódico. Por lo tanto, parece que de momento estamos al mando. No será necesario hacer hincapié en la extrema necesidad de mantenerlo así. Como decía antes, esto es NTK y haremos todo lo que esté en nuestras manos para que el público no se entere del suceso. Lo que no saben no les hace daño. Lo último que necesitamos en este momento es pánico en las calles.

—¿NTK? —susurró Munch, inclinándose hacia Goli.

—*Need to know*^[4] —murmuró Anette sin mirarlo.

—Rønning recibió una visita de alguien que creemos que puede ser nuestro hombre, quien le dejó una lista con cincuenta nombres.

Apareció una nueva foto en la pantalla, y se repartieron unas hojas entre la gente de la sala, lo cual causó movimientos alrededor de la mesa. Munch miró la pantalla con curiosidad y después desvió la mirada hacia la lista que tenía delante. Repasó los nombres rápidamente en busca de alguno conocido, pero no vio ninguno, afortunadamente. Miriam Munch. Marion Munch. Tal vez podría ser un acto egoísta y poco profesional, pero fue espontáneo.

—Tal y como todos saben, a lo largo de la última semana han tenido lugar acontecimientos que demuestran la autenticidad de esta lista. Nuestros amigos de la unidad de homicidios de la calle Mariboegate lo saben mejor que nadie, y es por eso por lo que los hemos invitado a venir, por si alguien se pregunta por qué está presente la policía de Oslo.

Breves miradas hacia ellos. Munch respondió con un gesto cortés de cabeza.

—¿Tal vez podrían resumir brevemente lo que ha ocurrido en torno a estos asesinatos, para aquellos que no dispongan de todos los detalles?

Edvardsen los miró.

—Sí —contestó Munch, aclarándose la garganta.

Por un momento estuvo pensando en levantarse, pero se quedó sentado, parecía que el general ya estaba impaciente.

—Hemos tenido tres víctimas —dijo Munch—. Vivian Berg. Veintidós años, bailarina de ballet. Fue encontrada en un lago en la montaña hace unos días.

—Junto con un número, ¿correcto?

—Así es —confirmó Munch—. El número cuatro, inscrito en...

—Como podemos ver —interrumpió Edvardsen—, Berg ocupa el número cuatro en la lista.

—Pues sí —continuó Munch—. La segunda víctima era un tal Kurt Wang.

—Número siete en la lista —señaló Edvardsen—. ¿Y la última?

—Ruben Iversen, catorce años. Encontrado en el maletero de un coche en el cuartel de Skar.

—¿Qué número?

—Trece —respondió Munch.

—Lo cual también coincide con la lista que fue entregada a Rønning —dijo Edvardsen con un gesto hacia la pantalla—. ¿Han encontrado alguna conexión entre las víctimas?

—No —repuso Anette Goli—. Y era eso lo que más nos intrigaba. La casualidad. Hasta que..., bueno...

Hizo un gesto de cabeza hacia la hoja que tenía delante.

—Cincuenta nombres —dijo Edvardsen con firmeza—. Ciudadanos civiles noruegos, elegidos al azar. Tres de ellos ya han sido liquidados. Por lo tanto, no hay razones para no tomar en serio esta amenaza, y hemos adoptado determinadas medidas, siguiendo órdenes del gabinete del primer ministro.

El general bebió un sorbo de un vaso de agua que estaba sobre la mesa antes de seguir.

—Según Rønning, el autor de los hechos llevaba en parte atuendos militares y mencionó Lashkar Gah, en Afganistán. Puede parecer que el móvil es evidente. Lo más probable es que se trate de una acción de venganza. Volveré a las razones para esta afirmación enseguida, mientras tanto estoy contento de poder comunicarles que ya hemos identificado a un sospechoso.

Edvardsen se giró hacia la pantalla cuando apareció otra foto.

¿Un sospechoso?

¿Ya?

Munch miró a Goli, que levantó las cejas. No le caían bien, tenía que reconocerlo, pero esto era para quitarse el sombrero. No habían transcurrido muchas horas desde que Rønning se había despertado en su casa.

—Quiero recordarles otra vez que estamos hablando de información extremadamente sensible. Es estrictamente confidencial, del más alto grado, no podemos hacer público nada. Bajo ningún concepto, repito, *bajo ningún concepto*, puede salir de esta habitación lo que van a oír ahora.

Edvardsen no los miró directamente, pero no había duda de que las palabras estaban dirigidas a ellos.

—¿Tenemos fuerzas operativas activas en Afganistán? Oficialmente, no. Nuestros hombres solo participan de manera pasiva en operaciones apoyadas por las Naciones Unidas. ¿De manera extraoficial? Por supuesto que sí. No nos quedamos con los brazos cruzados mientras nuestros aliados están en guerra. De nuevo, lo que les voy a decir ahora no saldrá de esta habitación, ¿queda claro?

Edvardsen levantó la mirada, como si quisiera asegurarse de que comprendían que hablaba en serio. Goli asintió con la cabeza a modo de respuesta, y al final Munch, a regañadientes, hizo lo mismo.

—Bien —gruñó el general mientras una nueva fotografía aparecía en la pantalla.

Un joven de uniforme, entornando los ojos hacia el fotógrafo. Armado hasta los dientes. De fondo, un paisaje desértico.

—Creemos que este es nuestro hombre —continuó Edvardsen.

Otra foto.

El mismo soldado, esta vez en un retrato de archivo.

—Su nombre es Ivan Horowitz —dijo Edvardsen, levantando la mirada—. Nació en 1988 en Gjøvik. Comenzó su carrera militar en el batallón de Telemark y posteriormente fue reclutado por la Unidad Alfa. Para los que no sepan a qué me refiero, puedo decirles que es lo mejor que tenemos. Los americanos tienen a sus Boinas Verdes, los rusos tienen a los Spetsnaz y nosotros tenemos la Unidad Alfa.

El general no fue capaz de ocultar el orgullo en su voz mientras seguía pasando fotos en la pantalla.

—Afganistán. La zona norte. Los americanos habían iniciado una operación mayúscula llamada Endurance, y nosotros participamos con una pequeña unidad de seis soldados, todos Alfa. Uno de ellos era nuestro hombre, Ivan Horowitz. No quiero entrar en detalles, como les decía antes esto es NTK, pero tenemos razones para pensar que lo que ocurrió allí fue lo que propició las acciones que están desarrollándose en estos momentos. Una acción de venganza, una especie de odio hacia Noruega, si así lo prefieren. Sea como fuere, comprenderán por qué estamos bastante seguros de que ya tenemos a nuestro hombre.

Edvardsen tomó otro sorbo del vaso de agua. Más paisajes desérticos. Cimas montañosas quemadas por el sol.

—Primavera de 2010. La Unidad Alfa estaba involucrada en algo que en realidad debería haber sido una operación rutinaria cuando de repente cayó en una emboscada. Perdimos a cinco hombres. El único superviviente fue Ivan Horowitz. Todavía no hemos podido esclarecer todos los detalles; según el propio Horowitz, se despertó tras la explosión, sin medios para hacer frente a su situación. Heridas de metralla en el pecho y el estómago, una pierna rota. Horowitz pasa los siguientes diez días en un agujero en el monte. Bebe su propia orina. No sabemos muy bien lo que come. En cualquier caso, al final consigue arrastrarse hasta un camino cercano, donde lo recoge una patrulla.

Edvardsen lanzó una mirada seria alrededor de la mesa antes de seguir.

—Después del interrogatorio de rutina y una estancia en el hospital de campaña envían a Horowitz a su casa en Noruega, donde termina su carrera militar. Le damos una medalla y tratamos de ayudarlo en la transición, le damos un trabajo de oficina, pero Horowitz ya no es el mismo. Quiere

ponerse en contacto con los medios de comunicación, no está bien lo que está ocurriendo, ha perdido a todos sus amigos más cercanos, la gente necesita saber lo que está pasando, en fin, ya saben. Al final nos vemos obligados a despedirlo. Lo seguimos de cerca para poder ayudarlo, claro está, pero también para tenerlo vigilado.

Edvardsen volvió a pulsar el botón.

—2011. Ingresan a Horowitz en la unidad de psiquiatría del hospital de Blakstad. Recibe el alta a principios de 2012. Y ahí es donde le perdemos la pista. No hay reintegros en cajeros automáticos. No hay actividades electrónicas registradas. Es como si Ivan Horowitz ya no existiera. Suponemos que se ha quitado la vida, pero no encontramos ningún cuerpo. Cerramos el expediente. Y ahora, esto.

—¿Una nueva identidad?

Una corbata azul con voz seca.

—Lo más probable —asintió Edvardsen.

—¿Y ese odio es real?

Otra voz tranquila, esta vez una corbata gris.

—Me temo que sí —confirmó Edvardsen—. Los informes de nuestros propios psicólogos muestran que, poco después de su regreso, Horowitz ya mostraba signos de lo que llamamos..., bueno, un comportamiento negativo.

—Nos estamos quedando sin tiempo —soltó de repente un hombre mayor al fondo de la mesa, con un gesto de cabeza apenas perceptible hacia Munch y Goli.

—Así es —murmuró Edvardsen—. Munch y Goli, ¿verdad?

Munch asintió con la cabeza.

—Naturalmente, hemos iniciado una operación masiva de búsqueda para dar con Ivan Horowitz, y lo que ahora queremos que hagan ustedes es lo siguiente.

Un cambio en la voz, de repente ya era una orden. A Munch no le gustó pero no dijo nada.

—Publicamos el nombre de Horowitz. Hacen falta fotos, nosotros nos encargaremos de que tengan lo que necesiten. Es el principal sospechoso del caso, pero no mencionamos el trasfondo.

—Escuche... —dijo Munch, pero fue interrumpido.

—Me parece bien —dijo alguien con otra corbata—. Alguien ha tenido que verlo, ¿no? Aunque se esconda. Nadie puede permanecer totalmente invisible. Quiero decir, puede que haya conseguido un nuevo trabajo, amistades, vecinos.

—Efectivamente —asintió Edvardsen—. Nuestra esperanza, precisamente, es esa, que alguien lo reconozca. Si tenemos suerte, el proceso será rápido, antes de que..., en fin, le dé tiempo a tachar otro nombre de la lista.

—¿Vamos a dar protección a alguno de ellos? —dijo un hombre con gafas, levantando la hoja.

—Lo hemos debatido, claro está —contestó Edvardsen—. Sin embargo, como pueden ver, los nombres son casi todos bastante comunes. Nils Olsen, Janne Andersen, ¿cuántas posibles víctimas puede haber? Por desgracia, no tenemos recursos para hacerlo. Sencillamente, no podemos llevarlo a cabo.

Dijo lo último con algo que, por primera vez, sonó a compasión.

—Entonces —continuó el general, lanzando una mirada a los presentes—. La policía. Ivan Horowitz ya es el sospechoso oficial. Es el mejor enfoque posible en estos momentos, sin crear mucha preocupación. Sospechoso de un caso de triple asesinato. Por eso lo estamos buscando. Creemos que será suficiente. Esperemos que esta medida nos proporcione la información necesaria para dar con él. Naturalmente, también nosotros hemos destinado todos nuestros recursos al caso, pero ya llegaremos a eso.

—Pero... —dijo Munch, y de nuevo fue interrumpido.

—Disculpe, Goli, ese era su nombre, ¿no?

Anette asintió con la cabeza.

—Les enviaremos lo que necesiten. Por lo demás, que sigan las rutinas de siempre, ¿de acuerdo?

—¿Se refiere a que no debo informar a mi equipo de nada de esto? —preguntó Munch.

—Solo de que es el sospechoso.

—¿Cómo voy a...?

—Ustedes pueden hacerlo —zanjó Edvardsen, quien, al parecer, ya quería pasar al siguiente punto en su agenda.

El joven que los había conducido hasta la sala volvió a entrar discretamente.

—Los acompaño hasta la salida —dijo con una sonrisa cortés y un gesto hacia la ancha puerta, que ya estaba abierta.

Mia estaba delante del edificio de color amarillo crema de la calle Storgata. Le estaba costando entrar. Había estado allí antes, pero hacía ya mucho. Eran otros tiempos. Otra vida. El edificio despertaba recuerdos que en realidad prefería olvidar. El centro de acogida Prindsen. Un centro financiado por el Ayuntamiento de Oslo para ofrecer ayuda a drogadictos. Hospedaje de urgencia. Habitaciones para colocarse. Médicos para atención sanitaria. Psicólogos. Enfermeros. Dentistas. Transporte a casa. Por eso conocía el sitio. Había ido a buscar a Sigrid.

«Joder, eso no estaba bien».

Había encontrado a su hermana sentada en el suelo, abrazándose a sí misma. Parecía muy pequeña.

«Lo siento, Mia».

«Por Dios, Sigrid, has hecho bien en llamarme».

«No quería molestarte».

«No molestas, Sigrid, claro que puedo ayudarte. ¿Qué ha pasado?».

Caras amables pero curtidas. Entraban y salían de diferentes habitaciones frescas. Papeles que había que firmar.

«No estoy bien, Mia».

«¿Quieres venir conmigo? ¿A mi casa?».

«¿No te importa?»

«Claro que no, Sigrid».

«No te molestaré, te lo prometo».

«Nunca me molestas, Sigrid».

Más gente. Más pantallas. El cuerpo casi transparente de su hermana gemela, sentada en el asiento del copiloto y envuelta en una manta.

El ruido del tranvía que pasaba justo por detrás de ella despertó a Mia de sus recuerdos. Se serenó. Entró por las puertas de hierro forjado negro y

encontró la recepción.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

Una expresión suave, pero cansada, al otro lado de la ventanilla de cristal.

—Soy Mia Krüger, tenía una cita con Mildrid Lind.

—Vale. Si quiere esperar un poco en la sala, vendrá en breve.

—Gracias.

Mia acababa de sentarse cuando se abrió la puerta y apareció la trabajadora social de mediana edad.

—Hola, Mia, cuánto tiempo, me alegro de verte.

—Gracias, lo mismo digo.

—¿Entramos en mi despacho? Creo que será mejor hablar allí.

Mia la acompañó por el pasillo y atravesaron el patio cubierto de grava. Una oficina sencilla con un sofá y carteles en la pared que ofrecían ayuda.

Mildrid Lind se subió las gafas y tomó asiento.

—Ya sabes que no suelen fiarse mucho de la policía por aquí, pero he hablado con algunos de ellos. No había muchos detalles, ¿verdad?

—Sí, lo sé —se disculpó Mia—. En fin, es todo lo que tengo. Cecilie. Cisse. Un plumífero rojo. De unos cuarenta años, según dicen.

—Anduve preguntando por la casa un poco, y creo que he encontrado a alguien que puede ayudarte.

—¿Sí? —dijo Mia, sorprendida—. ¿Existe?

—¿A qué te refieres? —preguntó Lind.

—No, nada, solo...

—Como te decía, son un poco escépticos respecto a la policía por aquí —continuó Lind—. Es comprensible.

—Esto es un asunto totalmente privado —explicó Mia—. No es oficial. No hay una investigación. Nadie acusa a nadie de nada. Solo intento dar con ella.

—Sí, me doy cuenta —afirmó Lind—. Es lo que entendí yo también. Tampoco me entusiasma la policía, para ser sincera, pero a ti te conozco.

—Gracias. Te lo agradezco.

Lind levantó el teléfono.

—Hola, soy Mildrid, ¿está por ahí Synne? Muy bien, ¿podrías preguntarle si quiere pasar un momento por mi despacho? Sí, lo que te he comentado antes. Vale, gracias.

Permanecieron a la espera en el pequeño despacho hasta que por fin alguien llamó a la puerta.

—¿Hola?

Una joven de unos dieciocho o diecinueve años, flaca y aletargada, de mirada nerviosa y escurridiza, metió la cabeza cautelosamente por la puerta.

—Hola, Synne. Entra, por favor. ¿Estás bien?

—Eh, sí —contestó la joven, echando una rápida mirada a Mia.

—Te presento a Mia Krüger —dijo Lind.

Una mano delgada en la suya.

—Hola, Synne —la saludó Mia, levantándose—. Encantada de conocerte.

—Eh, sí, claro —respondió la chica y se quedó de pie, sin saber muy bien dónde meterse.

—Siéntate aquí si quieres —dijo Mildrid, levantándose de la silla—. Tengo que salir a hacer un recado. No os importa, ¿verdad? ¿Estaréis bien sin mí?

—No hay problema —repuso Mia sonriendo—. Bueno, si a ti te parece bien, claro.

—No habrá hecho nada, ¿no? —murmuró la joven.

—¿Quién? —dijo Mia.

—Cisse —contestó la chica.

—En absoluto. Esto no tiene nada que ver con la policía. Es importante para mí, simplemente. No sé si tiene sentido.

Mildrid Lind salió por la puerta con una sonrisa.

—No lo sé —dijo la chica—. ¿Por qué es importante para usted?

—Creo que tiene algo que es mío —respondió Mia.

La chica se sentó. Por su expresión parecía que todavía no estaba segura de que no la estaban engañando.

—¿Qué es?

—Esto —repuso Mia, enseñándole el brazo—. Bueno, o algo que se le parece.

Synne echó una breve mirada a la pulsera de plata y sonrió ligeramente.

—Yo tenía una de esas.

—¿Sí?

—Sí, o una parecida, con tres naves. Veleros. Mi hermano me la dio antes de irse a la guerra.

—¿Tu hermano se fue a la guerra?

La chica se arrebujó mejor en la cazadora de lana y asintió levemente. Se giró sobre la silla de oficina. Miró nerviosamente por la ventana que daba al patio.

—Hace ya mucho tiempo.

—¿Qué guerra?

—No lo sé, se fue a la..., cómo se llama, la Legión.

Mia asintió con la cabeza.

—Creo que quería hacerse el duro, pero luego no volvimos a saber nada más de él. Mamá intentó llamar para que alguien lo ayudase, pero no era muy fácil si te habías ido voluntariamente, no sé si me entiende. ¿Alguna vez ha estado en Lofoten?

—Desgraciadamente, no —respondió Mia.

—Las montañas caen desde el cielo directamente al mar —dijo la chica, con una leve sonrisa.

—Parece un sitio increíble.

—Lo es.

—¿Así que la conoces? ¿A Cisse?

—Sí —contestó la chica al final—. Pero dicen que ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿En qué sentido?

—Ha muerto. Es lo que dicen —afirmó la joven—. Pero no lo sé. Todo el mundo habla mucho, ¿verdad? Es imposible saber quién dice la verdad en esta ciudad.

—¿Hace tiempo que no la ves?

—Sí, creo que la última vez fue..., no sé, antes de Navidad, quizá.

—¿La conocías bien?

—Bastante bien, o, bueno, solíamos quedar. Era buena gente. Siempre compartía sus chutes, no era tacaña. También prestaba dinero, si lo tenía, claro.

—¿Solo Cisse? ¿No sabes más sobre ella? Cómo se llamaba, o dónde vivía.

—No creo que tuviera donde vivir —repuso Synne—. Y no sé qué otro nombre tenía, no. ¿Ha hablado con Kevin?

—¿Quién? —dijo Mia.

—Kevin. Siempre andaban juntos. Primero pensaba que ella era su madre, pero creo que no lo era, simplemente eran buenos amigos. En fin, si encuentra a Kevin seguro que él sabe más que yo.

Synne tosió un poco y volvió a ajustarse la fina cazadora de lana.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese Kevin? —preguntó Mia.

—No lo sé. Está por todas partes y en ningún sitio a la vez. Como el resto de nosotros, en realidad. O, bueno, no lo sé.

—¿Entonces, no sabes por dónde suele andar normalmente? ¿O si tiene un número de teléfono?

—No, ni idea —respondió la joven.

—¿Cuántos años tiene? ¿Cómo es, físicamente?

—No es muy mayor —contestó Synne—. Unos años más que yo, quizá. La última vez que lo vi todavía andaba con el gorro amarillo, el que siempre lleva, pero no sé si eso le sirve de algo, puede haberlo perdido. En fin, no lo sé.

—Sí, claro. Pero, bueno, un gorro amarillo, lo miraré —dijo Mia y al momento la puerta se abrió detrás de ellas. Mildrid Lind metió la cabeza.

—Synne, el médico ya puede verte, ¿te va bien?

—Sí, muy bien —asintió la joven y se levantó.

Lind miró a Mia, quien le devolvió la mirada.

—Por cierto —dijo Synne cuando llegó a la puerta—. Tiene las cejas raras.

—¿Quién? ¿Kevin?

—Sí. Son un poco..., bueno, parece que no están allí, no sé si me entiende. Creo que les pasa algo.

—¿Le faltan las cejas?

—No es que le falten, pero casi no tiene.

—Ya debemos irnos, el médico tiene el día muy ocupado hoy —dijo Mildrid Lind con una sonrisa amable.

—Por supuesto —repuso Mia y se levantó.

—Espero que encuentre lo que busca.

—Gracias por todo, Synne.

La joven la miró con una sonrisa breve y levantó la mano en un saludo cauteloso. Después cruzó los brazos alrededor del fino cuerpo y siguió a Lind por el pasillo.

Kevin estaba en la trastienda del 7-Eleven de la calle Hegdehaugsveien con un dolor de cabeza bestial, y no porque le hubiesen pegado una paliza, sino porque tenía hambre. Normalmente podía pasar varios días sin comer. Eso ocurría cuando se chutaba heroína, no hacía falta nada más, tal vez un poco de agua, pero ahora llevaba varios días sin pincharse y de repente le habían entrado ganas de tomarse un Snickers.

—Puto yonqui, anda por aquí todo el día —dijo una voz lejana.

Kevin trató de entornar los ojos para averiguar quién estaba hablando, pero no lo consiguió.

«Mala idea».

Eso era lo que había pensado. No había tenido ni dinero ni fuerzas para conseguir un chute en condiciones. Había estado demasiado cansado. Casi enfermo, de alguna manera. No había tenido fuerzas para hacer nada. Se habían chutado otra cosa para salir del paso, Jimmy y él. Habían fundido unas pastillas. Ritalin y Rohipnol. Primero un subidón y después un bajón. Jimmy había oído decir que era un buen sustituto para el caballo de verdad, pero Kevin se lo había pensado justo antes de que la aguja penetrase su piel.

«Mala idea».

Y después ya no recordaba gran cosa.

—Eh, zombi —dijo otra voz, y sintió como alguien le sacudía los hombros.

—¿Eh? —balbució Kevin y abrió los ojos sin estar seguro de haber hablado.

—¿Estás dormido? —graznó el hombre otra vez, y ahora se dio cuenta de que era un guardia de seguridad. De repente, Kevin se despertó del todo y le entraron ganas de pegar un salto desde la silla, pero luego se apagó la luz nuevamente y quiso dormir otra vez.

«Mala idea».

Los rumores decían que Jimmy era un antiguo profesor de matemáticas que había acabado en la calle porque se había vuelto loco. Decían que sabía un montón sobre el mundo y esas cosas, pero esto había salido muy mal.

«¿Cuándo había pasado?».

Había vomitado mucho, con la tripa vacía, no había más que ácido. Y eso de que menos y más es igual a nada, o lo que Jimmy quisiera conseguir cuando combinaba un subidón con un bajón, no había funcionado como debía. En un momento estaba totalmente despierto, con la sensación de que podría saltar hasta la luna si le diera la gana, y en el siguiente estaba casi completamente ido, totalmente anulado.

«Ahora estaba de bajón».

Así era. Se encontraba un poco mejor. Esto estaba terminando. Había que aguantar los últimos coletazos. Recordaba que había tenido hambre. Había entrado en el 7-Eleven y había visto la barra de chocolate. Muy buenas noticias. Había chocado con una estantería, había perdido la conciencia y se despertó en esa habitación. Esas eran noticias menos guais, pero a quién le importaba eso. Una puta barra de chocolate. Pero lo que de verdad contaba era que aquello ya estaba terminando.

«Putá mierda».

—Y mira esto —dijo la chica, señalando algo en la mesa.

Kevin ya estaba despierto, pero aun así no entendía de qué hablaba.

—¿Ha robado dinero? —preguntó el guardia de seguridad.

—De la caja —confirmó la chica—. Había por lo menos veinte mil aquí, ahora solo queda la mitad.

—¿Tienes el dinero encima? —dijo el guardia, sacudiéndole el hombro.

—Un Snickers —murmuró Kevin, y notó que, aunque tenía la boca seca, la voz por lo menos estaba volviendo a funcionar.

—¿Has robado una barra de chocolate, nada más?

Kevin quería asentir con un gesto, pero tenía miedo de que su cabeza fuera a caérsele de los hombros, así que se quedó quieto.

—Miente como un bellaco —dijo la chica y volvió a señalar la caja—. Le he pillado con las manos en la masa. Ha venido más veces. Mira, no queda casi nada de dinero.

Ya estaba mejor. Kevin podía ver y oír lo que ocurría. Un alivio. Joder. Por un momento había creído que iba a morir, ¿o eso fue mucho antes?

—¿Dónde está el dinero?

El guardia de seguridad lo agarró con fuerza por el hombro.

—Si no devuelves el dinero tenemos que llamar a la policía.

—¿Qué pasta? —murmuró Kevin, confuso.

—La de la caja —dijo la chica y la señaló por tercera vez, como si las primeras dos no hubiesen bastado—. Había por lo menos veinte mil aquí, y mira ahora, solo queda la mitad.

Ya había terminado. Menos mal. No, mierda, ahí estaba otra vez. Kevin se agarró al borde de la silla, temiendo lo peor, pero fue falsa alarma. Él seguía allí. Habían terminado los bajones. Sonrió por dentro. Puto Jimmy. Esto no lo volvería a hacer. Tenía que hablar con Lotte. Tenía que hablar en serio con ella. Eran novios. Tenían que hacer cosas juntos y no guardarse secretos.

«Vuelvo en una semana».

«¿Dónde vas?».

«No puedo decirte».

«¿Por qué no?».

«No preguntes, por favor, Kevin. Confía en mí, ¿vale?».

«Sí, pero, joder, una pista me puedes dar, ¿no?».

«Voy a ir a buscar algo».

«¿El qué?».

«No me preguntes más. Te lo prometo. Cuando vuelva nos iremos juntos, ¿de acuerdo?».

«¿Irnos? ¿Dónde?».

«Lejos. Lejos de este puto agujero. Tú y yo. Suena bien, ¿verdad?».

Joder, claro que sonaba bien. Kevin ya sentía que estaba despertando. Ya era hora de ponerse en marcha. Había perdido su teléfono. No era de extrañar que no supiera nada de Lotte. Tenía que conseguir otro.

—Entonces, ¿dónde está? —dijo el guardia, que ya parecía estar más cabreado.

—¿El qué? —preguntó Kevin.

—El dinero de la caja.

—Solo he pillado un Snickers —contestó Kevin con cautela.

El seguridad miró a la chica, que negó con la cabeza. Kevin tardó unos segundos en darse cuenta de lo que sucedía. Algo en los ojos de la chica con el uniforme de 7-Eleven. Joder. Puta tía. Era ella la que había metido mano a la caja. Había visto su oportunidad cuando él estaba metido ahí dentro. Claro. Un yonqui medio ido. Una ocasión inmejorable para coger el dinero y echarle la culpa.

—Entonces nos quedaremos aquí hasta que venga la policía —dijo el guardia de seguridad.

Llegó otro. Aspirante a poli. Los que no conseguían entrar en la academia pero tenían necesidad de estar al mando de algo. Después de casi seis años en la calle, Kevin los conocía a casi todos. De los centros comerciales. De los aparcamientos. De los portales. Estaban en todos los sitios donde uno podía encontrar algo de calor, o un techo sobre la cabeza.

—Parece que hay un caos total por ahí, ha tenido que pasar algo, no viene nadie —dijo el recién llegado al primero.

—Por Dios, hay que denunciar esto —exclamó doña Pícara y cruzó los brazos sobre la camiseta.

«Atención, todos. ¿Hola? No me extraña que no os dejasen entrar en la academia de policía. Una caja con dinero. Un yonqui. Si he sido yo, ¿por qué iba a dejar la mitad? ¿Diez mil? ¿Por qué iba a dejar diez mil?». Kevin sonrió ligeramente ante su propia inteligencia y estaba a punto de abrir la boca cuando de repente se oyó un ruido loco que venía de la calle delante de la tienda. El zumbido de ruedas de metal seguido de un aullido humano que parecía venir del inframundo.

—¿Qué cojones?

El segundo guardia sacó la cabeza por la puerta y abrió los ojos de par en par.

—Oh, mierda.

—El tranvía ha atropellado a alguien.

Caos en la tienda. Kevin estaba entre el primer guardia y el segundo, con la cara pegada a la ventana que daba a la calle, donde un hombre mayor estaba tendido en el suelo. Y luego: el momento en que la gente no sabe muy bien qué hacer. Esas cosas que no salen en el guion. Bajas por la calle. Estás en tu mundo. Y de repente pasa algo gordo. Un hombre agonizando delante de tus narices. Alguien que se desmaya. Otros que se agarran, paralizados. Algunos que lloran. Alguien que llama a una ambulancia. Alguien que saca su teléfono y comienza a grabarlo todo. Otro que intenta ayudar. Pone las manos sobre el pecho del herido. Sopla aire en su boca. Intenta parar el flujo de sangre. Kevin no hizo nada de todo eso. Caminó tranquilamente a la trastienda. Se metió las diez mil que quedaban en el bolsillo.

Y después echó a correr hacia el centro.

Hege Anita solo tenía siete años, pero aun así entendía mucho más de lo que creían los adultos. Sabía, por ejemplo, que en la Oficina de Protección de Menores había gente peligrosa. Robaban a niñas pequeñas de sus madres. Cuando venían había que mantenerse quieta como una musaraña y no abrir, por mucho que llamasen a la puerta. Si el ruido se hacía insoportable, algo que a veces pasaba, lo único que hacía falta era meterse los dedos en los oídos y pensar en algo bonito. Por ejemplo, el gato blanco que solía andar por el parque delante del edificio. O quizá podría cantar una canción dentro de su cabeza. Tal vez *El patio de mi casa*, o *Arre, borriquito*, aunque quedaba mucho para Navidad, cuando tocaba ir a casa de la abuela, aunque mamá también lo dijo el año pasado y al final no lo hicieron.

Hoy el profesor la había obligado a quedarse después de clase. Había vuelto a preguntar, pero Hege Anita ya sabía lo que había que contestar, así que esta vez tampoco había pasado nada. El profesor se llamaba Tore y tenía algún tipo de enfermedad, porque el pelo solo le crecía junto a las orejas y no encima de la cabeza, pero por lo demás era muy majo. A Hege Anita no le gustaba mentir, pero sabía muy bien que las cosas no siempre salen como a uno le gustaría, así que lo importante era que todo pasara cuanto antes.

«¿Puedes decirle a tu madre que nos gustaría hablar con ella?».

Había que asentir, sonreír con cara de simpática y contestar que sí.

«No ha venido a las reuniones de padres, es por eso. No contesta cuando la llamamos».

Asentir otra vez, rascarse la pierna un poco quizá, pensar en otra cosa, por ejemplo, en los niños al otro lado de la ventana que estaban caminando hacia sus casas, donde los esperaban madres y padres que no estaban fuera todo el tiempo ni dormían en pleno día.

«¿Le has dado la carta que te dejé?».

Retorcerse un poco sobre la silla, fingir que tienes ganas de ir a mear, eso solía funcionar.

Hege Anita agarró la llave que llevaba en un cordón alrededor del cuello y abrió la puerta del piso.

—¿Hola?

Ni un ruido. Pero los zapatos de su madre estaban allí, y la cazadora que siempre se ponía estaba en el suelo, y eso la animó.

«Mamá estaba en casa».

Deseaba gritar de alegría, aunque no muy alto, claro, mamá no quería que la despertasen cuando estaba dormida, y casi siempre estaba dormida cuando no trabajaba. Bueno, quizá no se tratara de un trabajo, pero hacía cosas a cambio de dinero, por eso pasaba tanto tiempo fuera de casa y estaba tan cansada todo el tiempo.

Poco antes habían organizado una reunión con los padres y entonces las otras madres habían hablado de sus trabajos. Una era médica y salvaba a la gente si se ponía mala. Otra era dentista y ayudaba a los niños si les salía una caries. Otra trabajaba con ordenadores y otra trabajaba en casa, y entonces pensó que eso era algo parecido a lo que hacía su madre. Pensó asimismo que su madre podría haber ido también, aunque había dicho que no y casi parecía que estaba sufriendo cuando Hege Anita se lo preguntó.

—¿Hola?

Lo dijo susurrando y se quitó las botas con los pies. Echó a correr por el pasillo y entró en el salón, pero no había nadie.

La puerta de la habitación estaba cerrada.

«No hay que molestar».

Lo sabía perfectamente, pero hoy quizá sería diferente. ¿Quizá le diera permiso hoy, ya que habían pasado muchas cosas buenas?

Tore la había alabado. Había enseñado el dibujo delante de toda la clase y había hablado tan bien de ella que se había puesto roja. Ella había dibujado al abuelo en el coche, con la abuela al lado. Y el perro, claro, y al fondo, en el mar, había dibujado un barco pesquero y una gaviota. En realidad no había pensado que era especialmente bueno antes de que el profesor se acercase a su mesa.

Una estrella de oro.

Le costaba creer que fuera verdad.

El resto de la clase también lo había dicho.

«Guau, qué bonito».

«Guau, qué bien se te da».

«Guau, ¿puedes enseñarme a hacerlo? Yo también quiero dibujar así».

En el descanso después de clase todo el mundo había querido jugar con ella, eso no pasaba casi nunca. La habían dejado ser la primera en saltar a la comba, incluso la habían elegido capitana en uno de los equipos de balón prisionero.

¡Vaya día bueno!

El dibujo estaba en la mochila.

Hege Anita lo sacó con cuidado y se puso delante de la puerta otra vez.

«Es para ti, mamá, ten».

Al final no hizo nada.

Sería lo mejor.

Hege Anita volvió a meter el dibujo en la mochila y después entró en la cocina. Tuvo que sonreír al ver qué había en la encimera. Sus cereales favoritos. También había leche en el frigorífico. A mamá le habían pagado, sería el hombre de la cazadora militar, el que nunca entraba en casa, sino que se quedaba en la entrada. Entonces no era de extrañar que estuviera cansada. Llevó las dos cosas al salón y encendió la tele.

NRK Super era el canal que más le gustaba, pero no estaba en la tercera, donde solía estar.

«Emisión especial», ponía en la parte superior de la pantalla.

Hege Anita vertió leche en el bol y subió el volumen.

—Hoy la policía ha publicado las primeras imágenes del principal sospechoso del caso del triple asesinato...

Apareció una foto de un hombre en la pantalla.

Odd Squad, eso era lo que más le gustaba. Y la serie de animación sobre las chicas que tenían sus propios caballos.

Ahora no había caballos, solo una foto de un hombre con un rifle y un casco sobre la cabeza. Abrió la caja roja y añadió los cereales a la leche, era mejor así, porque entonces podía hundir los pequeños copos y jugar a que eran barquitos con viajeros que ella salvaba después con la boca.

Hege Anita introdujo la cuchara en el bol cuando una nueva cara de repente salió en la pantalla y le hizo abrir los ojos de par en par.

—La policía también está buscando a esta mujer...

«¿Qué?».

En la pantalla delante de ella salía una foto de...

«¿Mamá?».

No...

Primero una.

Después otra.

«Sí, era ella...».

Saliendo de una tienda.

Con la gorra verde puesta.

La señora seguía hablando, pero ya no podía oír lo que decía.

Había un dibujo.

Y luego otra imagen.

¿Mamá?

«Pero ¿por qué...?».

Hege Anita se levantó rápidamente y corrió tan rápido como se lo permitieron los calcetines sobre el resbaladizo suelo. Se quedó delante de la puerta un momento, con el corazón latiendo en el pecho, antes de tomar una decisión. Luego comenzó a llamar con fuerza a la puerta de la habitación.

Holger Munch estaba en el Freddy Fuegos Burrito Bar de la calle Hausmanngate, tomando un desayuno tardío. Había dormido mal y por una vez se había despertado sin ganas de comer nada, por lo irritado que estaba. Los bancos duros y estrechos del lugar no ayudaban a levantarle el ánimo, pero ahora por lo menos conseguía comer algo. Había pensado en la posibilidad de entrar en Starbucks, que estaba un poco más cerca, pero no tenía ganas de tanta gente. Hoy no. Había salido de la reunión en la sala de seguridad con un mal presentimiento que se había afianzado a lo largo de la noche. Altivos sabelotodos eran una cosa, pero ¿cómo podían estar tan seguros de haber dado con el hombre correcto? Había estado dándole vueltas toda la noche, se había levantado varias veces, fumando en la ventana y echando humo como una vieja chimenea, para después despertarse mareado y de muy mala uva.

Hizo una bola con el papel y se tomó el resto de la Coca-Cola cuando Anette Goli entró en el local. No había hablado con ella desde la tarde del día anterior y necesitaba ayuda para organizar sus ideas. Normalmente usaba a Mia justo para eso, pero no había contestado sus llamadas. Comprensiblemente.

—Buenas —dijo Anette, mirando a su alrededor con una expresión un poco confusa.

—Ya lo sé —comentó Munch, limpiándose con la servilleta—. Tenía que salir de la oficina. Me entró la duda de si podían ver y oír todo lo que hacemos allí.

—¿Quiénes? —preguntó Goli y se sentó.

—Ya sabes —murmuró Munch—. Los generales.

Anette sonrió levemente y se recogió un mechón de pelo tras la oreja. Munch sabía que no había parado desde la reunión del día antes, pero si

estaba cansada lo ocultaba muy bien.

—¿Café? —dijo Munch—. ¿Un burrito?

—No, gracias —respondió Anette—. Tengo que volver cuanto antes.

Habían montado una centralita improvisada en Grønland. Veinte líneas de teléfono, con sus operadores correspondientes. Tras hacer pública la identidad del sospechoso en los medios de comunicación, la respuesta no se había hecho esperar.

—¿Cómo va todo por ahí?

—Ah, ya sabes. —Anette suspiró—. La gente no para de llamar. No es fácil llevarlo todo al día, pero lo organizamos como podemos.

—¿Algo provechoso hasta ahora?

—Es difícil decirlo. No tenemos capacidad para comprobar ni la mitad de lo que nos llega. Alguien lo ha visto en la casa de al lado. Alguien lo ha visto en Gran Canaria. En el metro, hace un momento. Sobre esquís con ruedas por Sognsvann. Incluso hemos tenido uno que decía que tenía que ser el entrenador del equipo de fútbol de su hija, no porque se pareciera mucho al hombre de la foto, sino porque se comportaba de manera muy militar.

—Vaya —dijo Munch.

—¿De qué querías hablar? —preguntó Anette, ignorando su teléfono.

—De esto —respondió Munch, abriendo la carpeta que tenía delante sobre la mesa.

Sacó los retratos de Karl Øverland y los dejó junto a la foto de Ivan Horowitz.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Anette.

—¿De verdad creemos que estos dos son el mismo hombre?

Goli echó una breve mirada a las fotografías.

—Holger...

—Hablo en serio —gruñó Munch—. Míralos.

—Sé que no te gusta que vengan de fuera a hacerse cargo del caso. A mí tampoco me gusta demasiado, pero ¿qué le vamos a hacer?

—No, en serio —repitió Munch—. Veo que hay similitudes, claro, pero ¿son suficientes como para que tiremos por la borda todo lo que tenemos? ¿Bailando a su son, como un rebaño de ovejas?

—Sí, pero estos tampoco se parecen tanto, ¿verdad?

Puso el dedo sobre los dos dibujos.

—Ya hemos podido determinar que se oculta, se disfraza o como quieras llamarlo.

El teléfono de Anette volvió a sonar. Echó un rápido vistazo a la pantalla.

—Es Mikkelson. Tengo que contestar.

—Puede esperar —gruñó Munch—. ¿De modo que quieres decir que la similitud es suficiente como para dejar que manden, sin más?

—A fin de cuentas, estos dos dibujos no son más que bocetos aproximados...

—Ya lo sé —convino Munch—. Pero he enviado a Curry.

—¿A dónde?

—A la gente que de verdad lo ha visto. Con sus propios ojos.

—¿El hotel de Gamlebyen?

—Y la lavandería de Sagene —confirmó Munch.

—Bien pensado —comentó Goli—. Aunque, la verdad sea dicha, habría preferido tenerlo a mano en la oficina.

—Bueno, si no por otra cosa, por lo menos para confirmarlo, ¿no?

—¿Que se trata del mismo tío?

—Sí.

Anette ya sonreía un poco.

—Claro, Holger. Tú decides, aunque yo, la verdad...

—¿Te fías de ellos?

—No veo razones para no hacerlo. ¿Por qué iban a señalar a la persona equivocada y proporcionar información confidencial sin necesidad? Quiero decir, tú mismo viste todo lo que tienen. No disponemos ni de una milésima parte de los recursos de los que disponen ellos. Me dio la impresión de que estábamos delante de la CIA ahí abajo. ¿Cuánto tiempo les costó encontrar a Horowitz? ¿Veinte minutos?

—Ya, sí.

—Tú decides, naturalmente. Pero, si me preguntas a mí, estamos siguiendo la pista correcta. Recuerda que las fotografías de Horowitz tienen tres años. De nuevo...

—No son más que bocetos, lo sé —murmuró Munch—. Solo quiero asegurarme.

—Claro —dijo Anette, levantándose.

—Solo una cosa más —dijo Munch con un gesto para que volviera a sentarse—. ¿Te diste cuenta de que no nos dejaron la lista de los cincuenta nombres?

—Confidencial —asintió Anette—. NTK, ¿verdad?

—Y un carajo, NTK —murmuró Munch y sacó otra hoja de la carpeta.

—¿Te la has traído? —dijo Anette, sorprendida.

—Por supuesto —repuso Munch—. Faltaría más. Y mira esto.

Señaló algunos de los nombres con un gesto impaciente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Ann-Helen Undergard?

—¿Sí?

—¿Tom-Erik Wangseter?

—No te sigo.

—Dijeron que no teníamos capacidad para poner vigilancia a estos pobres, ¿verdad? Por lo menos deberíamos avisarlos, ¿no crees?

—Holger —murmuró Anette, negando levemente con la cabeza.

—Hablo en serio. ¿Cuánta gente puede llamarse así? Quiero decir, ¿Anton Birger Lundamo? Veo que algunos son muy comunes, pero ¿estos? ¿Por qué no hacer algo?

—Holger —dijo Anette otra vez.

—No, en serio. Estoy pensando en poner a la gente a trabajar en ello.

—¿A ponerse en contacto con ellos?

—Sí.

—No, no —murmuró Goli.

—¿Por qué no?

Se inclinó sobre la mesa hacia él y echó una rápida mirada por encima del hombro antes de susurrar:

—¿Y decir qué? ¿Que hay un loco que anda suelto por ahí matando a la gente al azar y que su nombre está en la lista? ¿Cuánto tiempo crees que pasaría antes de que saliera en las noticias? La liarías gorda.

—Ya, pero, joder, Anette, ¿y si uno de los tuyos estuviera en esta lista?

—¿Y a quién pondríamos a trabajar? —musitó Goli—. ¿Gabriel? ¿Ylva? Kripos ya ha sido movilizado. Y toda la comisaría de Grønland. Todos los agentes de tráfico han sido redirigidos al seguimiento de los avisos. Esto ya ha ido mucho más allá de nosotros, Holger. Hay que pensar en lo mejor para el país. Mantener la tranquilidad de la gente y todo eso. Por no hablar de que te despedirían nada más enterarse. Antes de darte cuenta, ya estarías contando osos polares en Svalbard.

—Me importa un carajo —murmuró Munch.

—Haz lo que quieras —dijo Anette, y al momento volvió a vibrar su teléfono, que llevaba ya un buen rato irritando profundamente a Munch—. Confío en que tomarán las decisiones correctas. El despacho del primer ministro. El Departamento de Justicia. La gente está allí por algo. Ivan Horowitz. Estoy convencida de que hay alguien por ahí que sabe algo, lo

único que hay que hacer ahora es descartar a los locos. Estamos cerca. Llegará algo en breve. Puedo sentirlo. Ahora tengo que volver, ¿de acuerdo?

Anette se levantó y agarró el bolso, que estaba sobre la mesa.

—Espero que tengas razón —murmuró Munch y volvió a introducir las fotografías en la carpeta—. ¿Me envías un mensaje directamente en cuanto tengas cualquier novedad?

—Serás el primero en saberlo, Holger —contestó Goli sonriendo y echó a andar apresuradamente hacia la salida, con el teléfono sonando otra vez.

Curry entró por la puerta de la lavandería de Sagene y se sobresaltó un poco cuando sonó una campanilla para anunciar su llegada. Mierda. Tenía los nervios a flor de piel. La noche anterior no había tomado más que tres cervezas y un chupito de whisky. Se había sentido un poco orgulloso de sí mismo, la verdad, pero parecía que su cuerpo no estaba de acuerdo.

—¿Sí? —dijo una señora mayor vietnamita, mirándolo desde el mostrador de la recepción, sin dejar las agujas de punto que tenía en las manos.

—Policía —dijo Curry, sacando su carné—. Unidad de homicidios. ¿Quién es el responsable?

—Ya —repuso la señora mayor sin mostrar la más mínima intención de levantarse.

—¿Cómo? —preguntó Curry.

—Ya aquí —insistió la señora vietnamita, pero al momento salió un joven de la trastienda.

—Dice que ustedes ya han estado aquí —explicó el elegante hombre sonriendo y puso las manos sobre el mostrador—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy Jon Larsen, de la unidad de homicidios —dijo Curry y enseñó su identificación otra vez—. Tuvieron un empleado llamado Karl Øverland, ¿verdad?

La mujer vietnamita puso los ojos en blanco y murmuró algo.

—No era un empleado —dijo el joven—. Era un trabajador por horas. ¿De qué se trata esta vez?

—De esto —murmuró Curry y se metió la mano en el bolsillo de la cazadora.

«Solo tres. ¿O habían sido cuatro?».

«No, tres. Se lo había tomado con calma, ¿no? Tres cervezas y solo un whisky, quizá dos».

«No terminaba de recordar cómo había llegado a la cama de Luna, pero allí estaba ella, sonriendo desde la almohada, cuando se despertó».

«Todo bajo control».

—Es el dibujo que realizamos con sus indicaciones, ¿verdad?

Desplegó la hoja enrollada y la puso sobre el mostrador.

—Sí, es correcto —asintió el joven—. ¿Por qué pregunta? ¿Ha pasado algo?

—¿Y esto, qué? —murmuró Curry y tuvo que rebuscar en los bolsillos un rato antes de encontrar la fotografía del soldado, Horowitz.

—¿Quién es? —dijo el joven vietnamita, mirando la foto con atención.

—¿Este es el hombre que trabajó aquí?

—Bueno, a saber...

Frunció las cejas y estudió las imágenes un momento.

La mujer del punto meneó de nuevo la cabeza y dijo algo que Curry no entendió.

—¿Qué dice?

El joven sonrió como si quisiera disculparse.

—Dice que ha engordado.

—¿Sí? ¿Pero es el mismo hombre? ¿Este que estuvo..., bueno, trabajando aquí?

—Trabajador por horas —precisó el vietnamita otra vez y estudió la imagen un poco más de cerca—. Parece más joven, pero este es Karl Øverland, sí, es lo que creo.

—¿Está seguro? —insistió Curry.

La mujer que estaba haciendo punto volvió a menear la cabeza y murmuró algo.

—Sí, es la misma persona, por lo que se puede ver.

—Genial, muchas gracias —dijo Curry y volvió a meterse las hojas en el bolsillo de la cazadora.

«¿El bar Sagene?».

«¿No estaba por aquí cerca?».

«¿Tal vez una cervecita?».

«¿Solo para recuperar el tono?».

—Si necesitan algo más no hace falta más que decirlo. Me alegro de poder ayudar.

—Más que suficiente. Gracias de nuevo —murmuró Curry y abrió la puerta con cuidado esta vez, para que no sonase tanto la campanilla.

Ivan Horowitz.

Karl Øverland.

«El mismo hombre».

Munch había estado de muy mala uva toda la mañana, hacía tiempo que Curry no lo había visto tan jorobado, pero ahora por lo menos podían cerrar esto.

Un soldado.

Veterano de Afganistán.

No tenía ni idea de cómo había salido este sospechoso, pero daba lo mismo. Lo había podido confirmar. Era el mismo hombre. Últimamente había estado un poco nervioso y tuvo la sensación de que esto seguramente ayudaría. Volvería a ganarse la confianza de Munch. Lo necesitaba. Le había costado explicar el rasguño en la frente y la razón por la que no había ido a trabajar.

«¿El bar Sagene?».

«¿Solamente una vuelta rápida?».

Primero tenía que llamar a Munch.

Para darle la buena noticia.

Sacó el teléfono del bolsillo y estaba a punto de llamar cuando de repente sonó. Se quedó clavado en la acera, sorprendido, al ver el nombre en la pantalla, y casi se olvidó de pulsar el botón para contestar.

—¿Mia? —murmuró Curry cuando al final consiguió mover los dedos—. ¿Dónde estás? Te están buscando.

—A tu derecha. Unos cincuenta metros. Junto a la iglesia. Un Subaru gris. ¿Lo ves?

—¿Qué? —susurró Curry, girando la cabeza.

—Cazadora azul. ¿Lo ves?

—Eh, sí —dijo Curry.

—Al otro lado de la calle. Delante del 7-Eleven. Una mujer hablando por teléfono. Un abrigo gris. Botines marrones. ¿La ves?

—¿De qué va esto? —dijo Curry y se giró.

—Actúa como si no te hubieras enterado. Echa a andar.

—¿Qué quieres decir?

—Camina. No dejes que se den cuenta de que los has descubierto. Camina hacia el parque.

«¿Descubierto?».

Curry no entendía nada, pero aun así hizo lo que Mia le había pedido. Movié los pies por la acera.

—¿Qué ocurre?

—Dos cabinas de teléfono rojas, ¿las ves?

—Eh..., ¿sí?

—Un banco, ¿lo ves?

Curry ya estaba totalmente perdido. Echó otra mirada a la mujer del abrigo gris delante del 7-Eleven y de repente descubrió que lo estaba mirando. No mucho. Solo por un breve momento antes de girarse rápidamente hacia el escaparate otra vez.

—¿Mia? ¿Qué está pasando?

—Tú escúchame sin más, Jon. Haz lo que te digo.

—Vale —murmuró Curry y dejó que los pies siguieran caminando sobre el asfalto.

—El banco. ¿Lo ves?

—¿Sí?

—Ponte en el lado que da a la iglesia.

—Eh, de acuerdo.

Curry volvió a mirar a la mujer del abrigo gris. Se había girado hacia él y lo seguía con la mirada.

—Ya estás allí. Siéntate.

El Subaru que estaba aparcado junto a la acera. El hombre de la cazadora azul estaba saliendo del coche.

—Pasa la mano por debajo del banco.

Ya estaba en modo automático. Pasó una mano bajo la madera, donde había algo. Una hoja de papel.

—Dentro de una hora, ¿de acuerdo?

—No entiendo... —empezó a contestar Curry mientras la mujer del abrigo gris cruzaba la calle tranquilamente y al final se colocaba frente a otro escaparate, justo delante de él.

—Entra en el 7-Eleven.

—Eh..., vale.

—Enséñales tu identificación. Tienen una puerta trasera. ¿Has encontrado la nota?

El hombre de la cazadora azul ya estaba entrando en el parque.

—Sí.

—Apaga el teléfono. Nos vemos dentro de una hora —dijo Mia y colgó.

Dolores Di Santi estaba bastante segura de que el diablo la había poseído. Había crecido en Cerdeña, en el pueblo pesquero de Portoscuso. Era la hija del carnicero del pueblo y de una mujer profundamente creyente. Su madre había comenzado cada día persignándose y pronunciando las palabras *Neanche oggi, Dio*; «Hoy tampoco, Dios». De pequeña, siempre le había parecido exagerada la fe de su madre en la existencia del cielo y el infierno, pero ahora lo hizo ella misma, sentada sobre el frío banco dentro de la catedral de Sankt Olav en la calle Akersgata. *Neanche oggi, Dio*. Y eso que estaba bastante segura de que ya era tarde.

De joven había soñado con ser arquitecta, pero no pudo ser. Él había aparecido en un velero y la había conquistado, en cuerpo y alma. Salvatore Di Santi. De una familia acomodada de Milán. Y después los años se habían sucedido uno tras otro, no sabía muy bien dónde habían ido a parar. Primero una hija y luego un hijo. Su madre había sido ama de casa y se había prometido a sí misma que ella nunca lo sería, pero aun así había acabado de la misma manera.

En realidad había sido una buena vida, no debería quejarse. Tanto la hija como el hijo habían recibido una buena educación, ella ya era médica y él, ingeniero. Salvatore Di Santi siempre había tenido ambiciones políticas y con el tiempo se habían cumplido. Habían pasado cinco años en Sudáfrica, él como embajador de Italia, ella como la esposa del embajador, y había sido allí donde había ocurrido aquello que había propiciado que el diablo poseyera su alma. En realidad había sido una relación inocente. Él era joven. Mucho más joven que ella. Un empleado de la embajada.

L'ingresso del diavolo.

«La entrada del diablo».

Dolores volvió a persignarse cuando la congregación se levantó. Había terminado la misa de media mañana. Buscó al padre Malley con la mirada, pero no lo vio en ningún sitio. Otra persona había dado la misa de hoy, la verdad era que resultaba un poco irritante, ya que había venido precisamente para hablar con el padre Malley. Tenía que confesar sus pecados. Era la única solución. Tenía que terminar con esta angustia, ya no podía más.

Sudáfrica había sido un país caluroso. Colorido. Vivo. Este lugar en medio de la nada al que los habían trasladado era lo contrario. El embajador de Italia en Noruega. Había tiritado tanto a lo largo del invierno que casi no podía creerse que fuera posible tiritar de ese modo. La luz del día que nunca llegaba. Una oscuridad perpetua. Y ahora se suponía que era primavera, por lo menos según el calendario, pero no terminaba de llegar para darle el calor que necesitaba. *Il diavolo*. Estaba por todas partes, alrededor de ella, tenía que confesar sus pecados de una vez por todas. Tenía que volver a Italia. Ya no aguantaba más ese helado país.

Se acercó con cautela a la sacristía y saludó al cura con un gesto de cabeza.

—*Pater Malley?*

—Hace un tiempo que no sabemos nada de él —contestó el joven hombre en aquella lengua extraña que ella no entendía—. Puede que esté enfermo, porque no damos con él, por desgracia.

—*Pater Malley?* —dijo de nuevo, pero no parecía que el otro entendiese a qué se refería.

—Ya vendrá en breve —repuso el cura sonriendo, pero ella seguía sin entender una sola palabra de lo que decía.

Por eso tenía que hablar con el padre Malley. Él hablaba un poco de italiano. Había estudiado en Roma. Ella hablaba un poco de inglés. Entre los dos ya se entenderían. Malley le había explicado que había ampliado el horario de la confesión. La mañana era un buen momento, antes de comer; en realidad, cualquier momento era bueno, no hacía falta más que venir.

Se acercó lentamente al confesionario pintado de marrón que se hallaba al fondo de la iglesia y se sentó en un banco para esperar. Quizá fuera eso lo que le había dicho el joven cura. Veinte minutos más tarde empezó a cansarse. No parecía que fuera a aparecer. Cogió su bolso del frío suelo y casi iba a levantarse cuando descubrió que la puerta marrón estaba un poco entreabierta.

¿Se encontraba allí, después de todo?

¿Qué era lo que había dicho el cura?

Puedes entrar, sin más.

Dolores dio unos pasos cautelosos hacia el ornamentado confesionario.
—*Scusi? Pater Malley?*

Curry entró en el Cafe Mistral de Majorstua y encontró a Mia en un rincón sentada a una mesa.

—¿Qué coño pasa? —gruñó el bulldog y tomó asiento pesadamente en una silla frente a ella.

—¿Te los has quitado de encima? —dijo Mia con una mirada difícil de interpretar.

La india de ojos azules parecía estar extremadamente despierta. Le costaba mantener las manos quietas, repiqueteaba con las uñas en la taza de café y lanzaba miradas inquietas alrededor constantemente. De no conocerla, Curry habría dicho que se había tomado algo.

—Creo que sí —murmuró—. ¿Qué cojones está pasando? ¿Se te ha ido la olla o qué?

—¿Has apagado el móvil?

—Sí.

—Bien —asintió Mia—. Nos tienen localizados, ¿sabes? GPS. Saben dónde estamos en cualquier momento. Se me ocurrió que era así como lo hacían. Como controlaban tus movimientos.

—¿Mis movimientos? —exclamó Curry—. ¿Qué putos movimientos?

—Lo siento —dijo Mia, poniendo una mano sobre la suya rápidamente—. Debería haber hablado contigo antes. Pero ya estoy aquí, ¿vale?

Sirvieron una cerveza a un señor mayor que estaba junto a la barra del bar. Curry sintió la tentación en el paladar, pero la apartó de su mente.

—¿Y quién coño es esa gente?

—La unidad especial, es una larga historia —contestó Mia, recogiendo un mechón de pelo tras la oreja—. Lo siento mucho, debería haber hablado contigo nada más enterarme.

—¿La unidad especial? ¿La policía? ¿Por qué me siguen? ¿Qué narices se supone que he hecho?

—Escucha —dijo Mia, inclinándose hacia él—. Hace un par de días me vino a ver un agente llamado Wold. ¿Te acuerdas del abogado ese? ¿Lorentzen?

—No.

—El dueño del coche robado. El Mercedes que usaron para llevar a Vivian Berg hasta el monte. En todo caso, el agente Wold quería saber si estábamos tras su pista.

—¿Del abogado? ¿Por qué?

—Heroína —repuso Mia y se tomó un sorbo de café—. Creen que han dado con la arteria principal de la organización que la trae. Y creen que él está metido.

—¿Droga? —dijo Curry rendido, negando con la cabeza—. ¿Y qué cojones tiene eso que ver con nada?

—Creen que tienen a alguien dentro —susurró Mia.

—¿Qué?

—En la policía —asintió Mia—. Uno de los nuestros. Y querían que los ayudase a confirmarlo.

Poco a poco, Curry se dio cuenta de qué estaba diciendo. Notó como le subía la ira por el cuerpo.

—¿Yo? —espetó lo suficientemente alto como para que el hombre mayor que estaba junto a la barra del bar se diera la vuelta.

—Calla —dijo Mia.

—¿Yo? —siseó Curry, más bajo esta vez.

Mia asintió con la cabeza.

—¿Qué cojones?

—Lo sé.

—¿De dónde hostias han sacado eso?

—Una larga historia —repitió Mia y trató de calmarlo, pero la ira ya se había apoderado de él.

—¿Qué se supone que he hecho?

Dio un golpe en la mesa con la palma de la mano, tan fuerte que la taza de Mia saltó. El barman se despertó tras la barra y les lanzó una mirada de preocupación.

—Tranquilízate —insistió Mia—. Eso da igual, ¿no crees? Les he dicho que no eres tú. En varias ocasiones ya. Porque no eres tú, ¿verdad, Jon?

Ladeó la cabeza ligeramente y lo miró. Curry ya podía ver lo cansada que estaba.

—Claro que no —contestó lanzando espuma por la boca—. ¿Por qué cojones iba a hacer eso?

—¿Lo ves? —Mia sonrió—. No tienes nada de que preocuparte.

—Ya, pero, joder —murmuró Curry otra vez y se quedó sentado sin poder hacer nada más.

«¿Heroína?».

«¿Él?».

—Necesito ayuda —dijo Mia y se acercó más a él.

—Me cago en... —murmuró Curry, que todavía estaba luchando por encajar las piezas del puzle.

«¿Trabajando desde dentro?».

«¿Para unos putos traficantes?».

«¿Cómo cojones podían haber pensado que...?».

—¿Estás aquí? —murmuró Mia, tratando de captar su atención. De repente, Curry lo vio con claridad.

Mierda.

Había creído, equivocadamente, que Mia estaba despierta. Totalmente erróneo. Era lo contrario. La frágil compañera estaba tan cansada que le costaba mantenerse erguida en la silla.

—¿Estás bien? ¿Mia?

Ella inspiró hondo un momento, cerró los ojos y casi pareció que no iba a volver en sí.

—¿Mia?

—Estoy bien —murmuró—. Solo que...

—¿No has dormido?

Negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que no duermes?

—Casi veinticuatro horas. Pero no pasa nada —respondió con un gesto que restaba importancia al asunto.

—¿Qué cojones está ocurriendo? —dijo Curry, inclinándose sobre la mesa—. ¿La unidad especial piensa que soy un puto infiltrado? ¿Y parece que tú has visto un fantasma? ¿Por qué no has dormido? ¿Qué has hecho?

—Peinar las calles —susurró Mia y se frotó los ojos—. Por toda la ciudad.

—¿Por qué?

—Escucha —dijo Mia, recomponiéndose—. Necesito tu ayuda, ¿vale? No sé a quién podría pedírselo si no.

—Claro, Mia. Lo que sea.

Curry pudo ver la gratitud en sus ojos cuando volvió a recogerse el mechón de pelo tras la oreja con una sonrisa cansada.

Desde luego, no parecía estar en forma.

—Se trata de Sigrid —comentó Mia al final.

—¿Tu hermana?

—Sí —murmuró Mia—. He estado...

—Pero si ella está...

La india de los ojos azules volvió a cerrarlos, y por un momento Curry temió que no fuera a volver en sí y se desplomase sin más al otro lado de la mesa, delante de sus ojos.

—Tienes que ayudarme a encontrar a alguien.

—Claro, Mia. ¿A quién?

—Conoces el entorno, ¿verdad? ¿Trabajaste mucho tiempo en la unidad antidroga?

—Sí, claro —asintió Curry—. ¿A quién estás buscando?

—Su nombre es Kevin —dijo Mia en voz baja—. He estado toda la noche recorriendo las calles de la ciudad, pero...

—¿Un yonqui?

Mia asintió con la cabeza.

—¿Aquí, en esta ciudad?

Volvió a inclinar la cabeza, y esta vez le costó levantarla otra vez.

—Claro que te ayudaré, Mia —aseguró Curry rápidamente y puso una mano sobre la suya con delicadeza—. ¿Sabes algo más sobre ese pavo? ¿O solo tienes el nombre?

—Cisse —murmuró Mia.

—¿Cisse?

—Kevin y Cisse. Cualquiera de ellos, a poder ser los dos. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto —dijo Curry—. ¿Puedo preguntarte por qué, o es...?

Mia parpadeó y se pasó una mano sobre la cara cansada.

—Tiene algo que me pertenece.

—¿La otra yonqui? ¿Cisse?

—Sí.

—Me pongo a ello. Joder, Mia, faltaría más. Si me prometes una cosa.

—¿Qué? —murmuró Mia.

—Que vas a descansar un rato, ¿de acuerdo?

Mia le sonrió con una expresión rendida.

—No, es que...

—Sí, en serio, Mia. ¿Kevin y Cisse? Yo me ocupo. Cero problemas.
Ahora a dormir, ¿vale?

Hubo un largo silencio.

—Vale —dijo Mia al final.

—Bien —repuso Curry y se sacó el teléfono del bolsillo.

Munch pasó la barrera, subió las escaleras de la catedral de Sankt Olav y se encontró con el coordinador, Torgeir Bekk, un policía al que conocía de antes. Habían jugado al ajedrez un par de veces. Durante aquellas partidas, Munch había tenido que reconocer que todavía le quedaba bastante por aprender.

—Los médicos forenses ya están aquí —dijo Bekk.

—¿Y los técnicos?

—Están en camino. ¿Tienes alguna idea de lo que está sucediendo?

—¿A qué te refieres? —preguntó Munch y apagó el cigarrillo.

—Es caótico, no consigo dar con nadie —contestó Bekk, rascándose la cabeza levemente.

—Ivan Horowitz —dijo Munch.

—Ya, pero aun así. ¿Todo el cuerpo?

Munch no hizo caso a la última pregunta y entró por las grandes puertas. La iglesia estaba iluminada con una luz tenue. El eco de sus pasos sonaba entre las paredes de la imponente sala. Vio a Lillian y su equipo, que ya estaban trabajando junto al confesionario marrón.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Una mujer italiana —respondió Bekk.

—¿Y bien?

—La tengo en el despacho del cura. Está fuera de sí. No para de llorar. Un agregado de la embajada está con ella. Parece que se trata de la esposa del embajador italiano —afirmó Bekk.

—Vaya —dijo Munch.

—¿Es necesario retenerla?

—¿La has interrogado?

—Acabo de hacerlo. Venía a confesarse. Pensaba que estaba ahí dentro. Y tenía razón, de algún modo —comentó Bekk, levantando las cejas.

—Apunta sus datos personales y deja que se marche —dijo Munch y echó a andar hacia Lillian Lund.

—Hola, Holger. —Lund sonrió y se bajó la mascarilla.

—¿Qué tenemos? —preguntó Munch.

En realidad, la pregunta sobraba. Podía ver perfectamente el interior del confesionario, donde el cura estaba echado hacia atrás en uno de los habitáculos, con una expresión de terror en la cara.

—Hay una cámara de fotos ahí dentro —dijo Lund, señalando con el dedo.

—¿En el otro habitáculo?

Lund asintió con la cabeza.

—Parece que el autor de los hechos ha confesado sus pecados. Probablemente le ha enchufado la jeringuilla al cura a través de la rejilla. Luego ha cambiado de lado para, en fin, hacer lo que venía a hacer.

—¿Has mirado la cámara?

—No he podido resistirme —repuso Lillian.

—¿Y?

—Veintinueve —contestó en voz baja.

—Diablos —dijo Munch.

—Podría parecer que sí —replicó Lund sin la menor ironía en la voz.

—¿Heridas en la boca?

—No que yo haya visto, pero no tiene por qué significar nada. Las personas responden de manera diferente a diferentes sustancias.

—¿Pero sí que tiene una marca de jeringuilla?

—En el mismo sitio —confirmó Lund y volvió a ponerse la mascarilla mientras Anette Goli se acercaba apresuradamente sobre unos tacones que retumbaban a su paso.

—¿Qué tenemos? —dijo, recobrando el aliento.

—El número veintinueve —respondió Munch en voz baja.

Sacó la lista del bolsillo de la trenca.

—Paul Malley. Cura parroquial.

—Joder —murmuró Anette y miró la hoja.

—¿Todavía no estás convencida? —preguntó Munch, contemplándola.

—¿De qué?

—¿Paul Malley? ¿Quizá sea hora de empezar a avisar a la gente?

Anette Goli se mordió el labio, pero no contestó. Munch negó con la cabeza con irritación, metió las manos en los bolsillos y echó a caminar hacia el grupo de gente que estaba esperando junto al altar.

La respuesta no tardó muchas horas en llegar. Luna lo había mirado raro varias veces, pero Curry había insistido.

—¿No quieres una cerveza?

—No, solo café.

Había visto en su sonrisa que eso era algo que no le importaba lo más mínimo. No había mucho movimiento en el local, solo un par de viejos junto a la jukebox, pero aun así Curry había sentido cierta paranoia.

¿Lo estaban mirando?

¿Eran...?

Claro que no eran policías. Los había visto en el bar varias veces, tan perdidamente borrachos que apenas se mantenían en pie. «Mierda». No lo podía remediar. El orgullo. Le dolía un poco, o más bien bastante. ¿Cómo podían haber pensado que él no era legal? ¿Qué cojones había hecho para merecer eso? ¿Y cuánta gente andaba creyendo aquello? ¿Conocidos suyos? ¿Y desde cuándo? En realidad tenía sentido, ahora que podía pensarlo con más tranquilidad. Los tipos con cazadora deportiva en la barra del bar aquella tarde en la que estuvo bebiendo demasiado con la tripa vacía, por despiste. Habían parecido fuera de lugar, ¿acaso no lo había pensado cuando los vio? Menuda faena.

Apareció un número desconocido en la pantalla de su móvil.

No había que contestar, sino esperar unos minutos y después devolver la llamada, pero a otro número.

Jimbo.

No sabía por qué, pero esas eran las instrucciones que le había dado. Naturalmente, no había tenido dudas de quién iba a llamar cuando se enteró de lo que Mia estaba buscando.

Jimbo Monsen.

Un policía capaz, al que conocía desde la academia. Habían trabajado juntos en la unidad antidrogas, pero luego Jimbo había empezado como agente infiltrado, y desde entonces se había quedado allí. Mientras los otros de la misma promoción habían ido subiendo peldaños en la organización, Jimbo había optado por quedarse en la calle. Unos años antes, Curry le había preguntado por qué, pero no había recibido ninguna respuesta clara.

—Me gusta —había dicho Jimbo, encogiéndose de hombros, y luego no habían vuelto a hablar del tema.

Jimbo Monsen.

Naturalmente.

Y ya tenía la respuesta.

Curry esperó un tiempo que estimó prudente y después marcó el número que le habían enviado horas antes.

—¿Curry? —dijo la profunda voz.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Curry, expectante.

—Bingo —contestó Jimbo—. Has dicho Kevin, ¿verdad? ¿Un tío joven? ¿Cejas raras?

—Sí —repuso Curry—. Y Cisse.

—A ella no la he encontrado —dijo Jimbo—. Sé quién es, pero dicen que se fue. Que tomó la aguja.

Los años que había trabajado como agente infiltrado no solo habían modificado su aspecto, sino también su forma de hablar. La última vez que se vieron, Curry casi no lo reconoció. Había pensado que era un vagabundo y estuvo a punto de pasar de él.

—¿Sí? ¿Muerta?

—No lo sé al cien por cien, pero es lo que dicen.

—Y el Kevin ese, ¿qué? —preguntó Curry—. ¿Sabes dónde está?

—¿No te lo he dicho ya? ¿Quieres ver al pavo?

—Sí, desde luego. ¿Es posible?

—Todo es posible —contestó Jimbo y tosió—. ¿Llevas pasta?

—¿Pasta? ¿A qué te refieres?

—Puedo organizar un encuentro —dijo Jimbo—. Pero no creo que vaya a acceder si no le untas un poco, ya me entiendes. Hablar con la pasma y eso te hunde la reputación enseguida.

—Sí, claro, ¿cuánto hay que darle?

—Un billete haría maravillas.

—¿Mil?

—Dale dos y así el pavo se lo puede tomar con calma unos días. Hay que ayudar donde se pueda, ¿no te parece?

—Vale, perfecto —murmuró Curry—. ¿Dónde lo hacemos?

—Te mando un mensaje —dijo Jimbo y colgó.

—¿Te relleno la taza?

Luna vino hacia la mesa con una cafetera en la mano.

Curry asintió con la cabeza y pensó en la posibilidad de llamar a Mia directamente. No. Sería mejor esperar un poco. Dejarla dormir. Hacía tiempo que no la veía tan cansada.

Menudo lío.

¿Qué narices estaba pasando?

¿Cómo no se había enterado?

El puto alcohol.

El alcohol tenía la culpa.

Nada, esto no podía seguir así.

¿Un hijo de puta corrupto?

Ni de coña.

Era un poli bueno.

Bueno de cojones, de hecho.

Nuevos tiempos.

Ahora empezarán.

Curry blasfemó entre dientes, se llevó la taza de café a la boca y se quedó mirando la calle a través del sucio cristal de la ventana.

Gabriel Mørk estaba sentado en la pequeña sala de reuniones con el portátil sobre las rodillas, sin poder aclarar las ideas del todo. La pared delante de él estaba casi completamente cubierta por la pequeña obra de Ludvig Grønlie. Fotografías, hojas y notas de todos los colores. Y luego, solitario, sobre la pared más corta junto a la puerta:

Ivan Horowitz.

Munch no había dado instrucciones claras, y Goli había sido tan evasiva como él. La sesión había sido extraña, pero aun así había dedicado el día a hacer lo que le habían pedido. El nuevo sospechoso. Ivan Horowitz. Desaparecido del mundo sin dejar rastro en 2012, pero ¿no podría haber dejado alguna pista en la red, después de todo?

No había encontrado gran cosa. Nada, en realidad, todo eran historias antiguas. Una vieja página de Facebook. Unas pocas fotos de Horowitz en uniforme, entornando los ojos hacia el sol y con un rifle automático en la mano. La última actualización era de la primavera de 2011. «Ya queda poco para ir a casa», acompañado de un emoticono sonriente. «¡Nos vemos, Ivan!». Solo un comentario, de una tal Caroline, a quien incluso había llamado. Sin embargo, ella parecía saber tan poco como el resto del mundo. «No lo he visto. Lo siento. Ni idea». No parecía que le importase demasiado, aparte de la curiosidad, claro, la novedad, algo que contar a sus amigas. «Conozco a Ivan, éramos amigos en Facebook. Ya sabéis, ¿el asesino en serie que están buscando? La policía me llamó. Soy importante».

A Gabriel la llamada le resultó tan repulsiva que colgó antes de terminar.

Ivan Horowitz.

Nacimiento: Gjøvik, 21/11/1988

Tenía la misma edad que él. Gabriel meneó levemente la cabeza y siguió buscando entre sus apuntes.

Madre: Eva Horowitz, fallecida en 2007 (accidente de tráfico)

Padre: Anatol Horowitz, fallecido en 2007 (en el mismo accidente)

Hermanos: no

Instituto de bachillerato de Gjøvik, 2006-2008

Ejército, Batallón de Telemark, 2008-?

Baja del Ejército, 2010

Ingresado en el hospital psiquiátrico de Blakstad, 2011-?

Fue eso lo que le había llamado la atención. ¿El hospital psiquiátrico de Blakstad? ¿Había sido paciente? Todavía recordaba lo nervioso y tenso que se había sentido cuando fue al bloque de oficinas junto al estadio de Ullevaal, y después había tenido que dejarlo, sin más.

Le había molestado un poco, para qué engañarse. Todo el esfuerzo para nada. Era él mismo el que no había encontrado una manera de buscar entre el material, pero, aun así, ¿dejarlo por completo? Había tenido ganas de preguntarle a Mia si no debería seguir indagando un poco más. Sentarse juntos, quizá, para ver si había algo por ahí, después de todo, pero no lo había hecho. Hacía tiempo que no la veía. No venía a las reuniones. No venía para nada. De repente Mia había desaparecido, sin que a Munch ni a nadie pareciera importarles. Resultaba extraño. De hecho, todo había sido extraño en la oficina desde que apareció ese sospechoso principal de la nada. Ni Munch ni Anette les habían ofrecido explicaciones. Lo único que sabían era que ahora ese era el hombre al que buscaban. Había que concentrar el cien por cien de los esfuerzos en él. Las fuentes venían de lo más alto del servicio de inteligencia de la Defensa, eso era lo único que sabían. No había que preguntar más.

Los medios de comunicación solo hablaban de la búsqueda de Horowitz.

El soldado.

El asesino en serie.

Que seguía caminando libremente por las calles de Oslo.

Había dado una vuelta rápida por su casa unas horas antes y casi lo podía ver en las caras de la gente. Desplazándose a toda prisa de un punto a otro, rodeando a sus hijos con los brazos. Los vecinos de Frankrikegarden, con los que normalmente se paraba a hablar, simplemente lo evitaban, apretando el paso para buscar refugio tras las puertas rojas.

Podía entenderlos.

Había enviado a Tove y Emilie a casa de la madre de ella en Hadeland.

«¿En serio, Gabriel?».

«Todo saldrá bien, pero hazlo por mí, por favor».

«Bueno, en fin, seguramente se alegrará de vernos».

Les había dado un breve beso de despedida y había sentido alivio al ver como se alejaban las luces traseras rojas del Volvo.

—Muy excitante, esto.

Una irónica Ylva entró en la sala con su portátil y se sentó en la silla de al lado.

—¿Alguna novedad?

—No desde la última vez.

—Tiene que haber algo que podamos hacer en lugar de quedarnos aquí con los brazos cruzados, ¿no?

La islandesa suspiró y se frotó los ojos un poco. Gabriel, que conocía perfectamente la sensación, asintió con la cabeza. La oficina, que normalmente estaba llena de movimiento, con los teléfonos sonando y la gente corriendo de un lado a otro, se había convertido en un paisaje muerto, ya solo quedaban ellos dos. Ludvig andaba por Grønland. Munch y Anette habían ido a la catedral. Una nueva víctima, un cura esta vez. Gabriel había esperado que pasaran por la oficina para una nueva puesta al día, con más información, pero no, parecía que estaban ocupados con otras cosas. Y hacía tiempo que no veía a Mia.

—¿Cuándo me lo vas a contar? —preguntó Ylva, dándole un golpecito en el hombro.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, no me engañas —contestó la amable islandesa sonriendo.

—¿Qué? —exclamó Gabriel.

—¿Tu pequeña misión? —precisó Ylva, con un tono provocador—. Vamos, Gabriel, eres tan transparente como una ventana. ¿Lo hiciste por Mia?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gabriel y sintió como se le encendían las mejillas.

—Muy bien, de acuerdo, si prefieres hacerlo así —repuso la islandesa, ofendida—. ¿Misiones secretas? ¿Y no me cuentas nada? ¡Vamos, hombre! ¿Qué fue lo que hiciste?

Gabriel Mørk suspiró. Ya daba lo mismo. A Munch seguramente le daba igual también. En cualquier caso, no iban a usar la información.

—Hackeé la base de datos de Wolfgang Ritter —soltó.

—¿Estás de guasa? —exclamó Ylva—. ¿Sin permiso?

—Bueno, permiso —murmuró Gabriel—. Me lo encomendó Mia.

—Joder —dijo Ylva con una risita—. ¿Y qué hiciste? ¿Te metiste en su despacho? ¿Entraste directamente en su ordenador?

—Me quedé en la sala de espera —contestó Gabriel y se retorció un poco en la silla—. ¿Crees que no debería haberlo hecho?

—Por Dios, claro que tenías que hacerlo. Qué importa. ¿Qué encontraste? ¿Lo tienes aquí?

Acercó la silla un poco y miró expectante a su pantalla.

—No puedo usarlo —dijo Gabriel—. Pero resulta extraño, estaba justo pensando en ello. ¿Horowitz?

Señaló brevemente con la cabeza hacia las notas de Ludvig.

—¿Blakstad? ¿Ingresado en el hospital psiquiátrico?

—¿Por qué no puedes usarlo? —preguntó Ylva con curiosidad—. ¿Y si Ivan Horowitz fuera también uno de los pacientes de Ritter? ¿Quizá podamos encontrar algo allí?

—Ya lo he comprobado —dijo Gabriel, negando con la cabeza—. No estuvo allí.

—¿Cómo lo sabes?

—He repasado la información —contestó Gabriel.

—¿No acabas de decir que no puedes usarlo?

—Son los apuntes escritos a mano del psiquiatra, escaneados y convertidos en PDF, ¿entiendes? Así que no se puede buscar entre el material de los documentos.

—¿Qué quieres decir?

—Es texto escrito a mano y después escaneado, ¿vale?

Parecía que Ylva seguía sin entender.

—Digamos que quiero buscar la palabra *incendio*, ¿de acuerdo? O *Los hermanos Corazón de León*. No hay manera de que la máquina pueda buscar esas palabras. Necesitas tener algo que sea capaz de reconocer las letras, ¿verdad?

—¿Sí? —dijo Ylva.

—Para poder buscar algo entre el texto, necesito conseguir que la máquina reconozca su letra. Una A tiene este aspecto; la B, este otro, y así. Aun así sería bastante difícil. ¿Qué pasa con las letras que quedan enlazadas a otras, la L con la K, la M con la N, etcétera? ¿Me entiendes?

—¿Y entonces? —preguntó Ylva, que por fin comprendía lo que quería decir.

—Se puede hacer —continuó Gabriel—. Pero sería un currazo, seguramente llevaría semanas...

—Pero ¿cómo...? —comenzó Ylva y se subió las gafas sobre la nariz.

—¿Cómo qué?

—Bueno, ¿cómo puedes saber con seguridad que Horowitz no está allí?

—Los títulos —contestó Gabriel.

—¿Qué quieres decir?

—Mira esto —señaló Gabriel, abriendo uno de los documentos—. Les ha puesto título, claro. ¿Ves? Nombre y fecha de nacimiento. Y eso lo puedo usar para buscar, naturalmente, no hay problema. Igual que cualquier otro documento que tengo por ahí.

—¿Y si...? —musitó Ylva, reflexionando.

—¿Y si qué?

—Conocemos su edad, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Podemos usar la fecha de nacimiento para buscar. ¿Verdad? Quiero decir, lo pone ahí, ¿no?

—Sí, pero yo ya sé que no es uno de los pacientes. Su nombre no está ahí.

—¿Has probado con Karl Øverland?

—No está, ya lo he mirado.

—Vale, pero piensa en lo siguiente.

Ylva señaló los dibujos que estaban colgados en la pared delante de ellos.

—¿Ves los dibujos?

—¿Sí?

—Ves que son diferentes, ¿verdad?

—¿A dónde quieres...?

—Parece que el asesino es una persona muy..., no sé, calculadora, ¿no? Nada de esto ocurre al azar, ¿verdad? Quiero decir, aquí lleva gafas, aquí otro corte de pelo. ¿Y si Horowitz estuviera en los archivos después de todo? Bajo otro nombre o algo, no sé.

—No tiene sentido. —Gabriel suspiró—. ¿Por qué iba a ir al psiquiatra bajo otro nombre? ¿Y es posible eso, para empezar? ¿No tienes que...? En fin, no funciona así, ¿no?

—No, tienes razón —dijo Ylva y se quitó las gafas—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Verdad?

—No, ¿por qué narices iba a hacer eso?

Volvió a frotarse los ojos y se puso las gafas de nuevo.

—En fin...

Se quedaron quietos en la pequeña sala con los ojos puestos en la colorida pared.

—A no ser que... —murmuró Ylva.

—¿En qué estás pensando?

—No, no tiene sentido —dijo la islandesa, sujetándose la cabeza con las manos—. Mierda. Habría sido divertido poder darles algo nuevo a los viejos. Quiero decir, parece que nos han puesto aquí como extras o algo. Odio no poder aportar nada.

—Sé perfectamente lo que dices —asintió Gabriel.

—Al mismo tiempo, ¿Blakstad? ¿Hospital psiquiátrico? Seguro que tú también lo has pensado. Ha debido de tener algún tipo de contacto con las víctimas. Quiero decir, no me creo eso de que todo ha sido al azar. Algo ha tenido que desencadenarlo. Y Vivian Berg, ¿qué? Ella fue la primera, ¿no?

—¿Sí...?

—Vivian Berg, la primera víctima. Paciente de Ritter, ¿verdad? Ya conoces a Mia —dijo Ylva y se levantó, ya expectante—. Algún presentimiento tenía. ¿Por qué, si no, quería que metieras mano a la base de datos? ¿Te dijo algo acerca de la conversación que tuvo con él ahí arriba?

—¿Cuándo?

—Cuando lo interrogaron. Me refiero a Ritter.

—No.

—Joder, Gabriel —dijo Ylva—. Algo ha tenido que ser, ¿o qué?

—Sí, sí, pero ¿qué?

—A saber. Sí que conocemos su edad, ¿no?

—¿La de Horowitz?

—Sí.

—Veinticinco —dijo Gabriel.

—Vamos a darle un par de años más y un par de años menos también. ¿Te parece?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, piensa en eso de las fotografías. Los dibujos. Las descripciones de la gente que lo ha visto, digamos desde los... veintitrés hasta... los veintisiete, ¿algo así?

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Dijiste fecha de nacimiento, ¿verdad?

Ylva se acercó corriendo y puso un dedo en la pantalla.

—Entonces, ¿qué sale? ¿Desde 1986 hasta 1990? Prueba con eso.

Gabriel no sabía muy bien a dónde quería llegar, pero introdujo los datos.

—¿Cuántas coincidencias?

—Doscientas setenta y cinco —dijo Gabriel.

—¿Lo ves? —Ylva sonrió y le dio un golpecito en el hombro.

—¿Quieres decir que tenemos que leernos todos estos informes? ¿Te haces una idea de cuánto tiempo nos llevaría?

—¿Y por qué no? ¿Acaso tienes otra cosa que hacer?

El sonido del silencio invadió la sala. Gabriel oía los coches pasar en la calle, a lo lejos, y el zumbido de un sistema de ventilación que ni siquiera sabía que existía.

—Sí, sí, por qué no —murmuró al final.

—Bien —dijo Ylva y le dio otro golpecito en el hombro.

—Yo me haré cargo de la A hasta... ¿Dónde termina?

—La N —dijo Gabriel.

—Muy bien. ¿Te ocupas del resto? Envíame los míos, por favor.

Ylva volvió a levantarse apresuradamente. A Gabriel le recordó a una niña con una sonrisa de oreja a oreja dando palmaditas de expectación.

—Cuando terminemos nos reunimos aquí, ¿vale? O en cuanto salga algo.

—Puede llevarnos días —contestó Gabriel suspirando.

—Es lo que hay. ¿Me lo envías?

—Ya va —murmuró Gabriel y adjuntó los archivos a un e-mail con destino a Ylva.

Mia se hallaba en el limbo entre el mundo de los sueños y la realidad y le estaba costando encontrar su sitio. Se sentía reventada de cansancio, pero la cabeza seguía funcionando a altas revoluciones. Esta vez había obviado la bebida mágica del sueño de Charlie, no quería arriesgarse a desaparecer por completo. Curry podría llamar en cualquier momento y tenía que estar despierta, disponible, lista para enterarse. Munch la había telefoneado varias veces en el camino a Tøyen, pero se había negado a contestar. No podían tratarla de esa manera. Que se fueran al carajo todos. Había echado un breve vistazo al mensaje que le había enviado. «Nueva víctima, Paul Malley, cura. Otra cámara, el número veintinueve». Las palabras la habían acompañado hasta la blanda almohada, mezclándose lentamente con la necesidad de descanso de su cuerpo.

Los números. Cuatro, siete, trece, veintinueve. ¿Una lista de asesinatos? ¿No resultaba demasiado fácil? ¿Qué sentido tenía el procedimiento de la cámara? ¿Inscribir el número en la lente? ¿Uno nuevo en cada lugar? Había otras mil maneras de señalar un número, ¿no? Podía haberlos escrito en la pared. En los cadáveres. Además, ¿no sería más auténtico, de alguna manera? ¿Para qué usar una cámara? Había algo importante que no pillaba, ¿verdad? Los números están inscritos en... la cámara. Vale. No, no, *concéntrate ya*. Los números están en el *interior* de la cámara. Eso era algo muy diferente. Dentro de *la lente*. No por fuera. Olvida la cámara. *La fotografía*. Quédate con eso, Mia, no te me vayas ahora. Esto es importante. Cuando pulsas el disparador, el número se convierte en... ¿una parte de la foto?

Debió de quedarse dormida después de todo, porque cuando se despertó Sigrid estaba ahí, en las calles de Oslo, delante de ella. No era más que una sombra sin cara, pero era ella. La pulsera bailaba ruidosamente alrededor de la fina muñeca mientras su hermana gemela le hacía un gesto lento para que

la siguiera sobre el oscuro y húmedo asfalto. «Ven, Mia, ven». De repente aparecía un chico con un gorro amarillo, inclinado sobre una mujer con un plumífero rojo, pero luego volvían a desaparecer, fundiéndose con la niebla. La sombra también desaparecía un momento. Mia se quedaba con el corazón latiendo violentamente y un grito que no se escapaba de su boca. Un breve atisbo de su madre, y después su padre. Delante de la tumba en el cementerio. Ellos tampoco eran más que sombras tristes que sollozaban, y luego volvía a aparecer Sigrid delante de ella, y se daba cuenta de donde estaba. Era el sótano. El colchón sobre el suelo. El sucio agujero donde la habían encontrado. Su hermana se echaba cuidadosamente y se colocaba la goma alrededor del fino brazo. Mia quería tirarse al suelo desesperadamente para abrazarla, pero el cuerpo no le obedecía. Los pies estaban clavados en el suelo. No podía moverse. Su hermana levantaba la aguja del suelo y la miraba. Mia quería gritar, aullar, chillar, pero no le funcionaba la voz. Ahora veía una figura detrás de ella, había más gente en la habitación. Unas manos que la agarraban y sujetaban, un extraño que se asomaba delante de sus ojos. Le entraba pánico al ver como su hermana colocaba la aguja contra la piel con una sonrisa triste a través de las brumas.

«La muerte no es peligrosa, Mia».

«¿Vienes?».

Mia se incorporó en la cama rápidamente e inspiró hondo. El sudor le corría a chorros por la cara. Se puso de pie laboriosamente y caminó descalza sobre el suelo. Entró en la cocina a trompicones, todavía con el sueño dominando su cuerpo. «Mierda». Aún aturdida, abrió la puerta de un armario, llenó un vaso de agua y lo vació. Lo llenó otra vez y se quedó tiritando junto al fregadero mientras la realidad iba tomando formas más fijas a su alrededor. Se hundió lentamente sobre una silla y al final consiguió abrir los ojos.

La cocina de Charlie Brun. OK. Bien. Un sitio seguro. Se había sentido demasiado cansada. No debería haber permitido a su cuerpo dormir. «Los números». Una cámara de fotos. «Que apuntaba a la víctima». Estaban inscritos en la lente. Mira, Mia, mira de una vez. ¿Mirar a través de la cámara? ¿Qué ves, Mia?

«¿Ya lo entiendes?».

Echó una mirada a las fotos de la familia de Charlie que colgaban de la pared encima de la mesa de la cocina. Pobre Charlie. Recuerdos de una vida que no había sido tan fácil.

«¿Qué cojones...?».

El vaso de agua estuvo a punto de caérsele de la mano.

¿No podría ser...?

«Sí, joder...».

Cuatro.

Una bailarina de ballet.

Siete.

Un músico de jazz.

Trece.

Un joven con bañador.

Veintinueve...

No, joder, no podía...

Mia se levantó tan deprisa que su rodilla chocó con el duro tablero de la mesa, pero ni siquiera se percató del dolor que la atravesó cuando corrió hacia el dormitorio, donde se puso la ropa con movimientos febriles. No recordaba dónde había dejado las llaves de Charlie, pero no había remedio. Se puso la cazadora mientras bajaba las escaleras y dejó la puerta abierta detrás de sí.

Fuera.

Gente.

¿Un taxi...?

Allí.

Se metió en el asiento trasero de un salto, todavía con un pie fuera de uno de los botines.

—Plaza de Sofiesplass, 3.

—Está en Bislett, ¿no?

—Conduzca. Es... importante.

—¿Tiene prisa?

—Usted conduzca, ¿vale? Rápido.

—De acuerdo —dijo la voz tras el volante, y por fin arrancó el coche.

Curry echó una mirada al bloque de pisos encima de él cuando la lluvia empezó a repiquetear en el parabrisas. Puto tiempo. Primero un invierno pesado y oscuro, y ahora la primavera, que ni siquiera quería llegar a tiempo. Encontró otra bolsita de snus en la cazadora, se la colocó bajo el labio superior y lanzó otra mirada por la ventanilla. La calle Kyrre Greppsgate. Había estado por aquí antes, ¿no? Al principio no se había dado cuenta. El mensaje de Jimbo. «Kevin quiere quedar en la calle Kyrre Greppsgate, 15. Tercera planta, puerta C, a las seis de la tarde. Lleva pasta». Había bajado corriendo a la calle Mariboegate, esperando encontrarse con todo tipo de preguntas de Munch sobre la razón por la que necesitaba un coche, pero el local se encontraba casi vacío, afortunadamente. Solo estaban allí Ylva y Gabriel, inclinados sobre un ordenador en la pequeña sala de reuniones. Había pillado una de las llaves que colgaban de la pared sin que se dieran cuenta de que había entrado siquiera. Mejor. No tenía fuerzas para dar explicaciones. Lanzó otra mirada hacia el piso de la tercera planta. Era aquí donde había estado hacía no demasiado tiempo, en el coche, junto a Allan Dahl. Cuando llegó la feliz noticia de que la unidad estaba otra vez operativa. ¿Lotte? ¿No era algo así? La yonqui que estaba ahí arriba, aquella vez que él no entendía por qué perdían el tiempo vigilándola. Sacó el teléfono del bolsillo y trató de llamar a Mia otra vez, pero seguía sin contestar. El reloj del salpicadero se acercaba a las seis a una velocidad ominosa. ¿Debería subir solo, sin más?

No, debía esperarla. ¿Verdad? No tenía ni idea de lo que había que preguntar a ese Kevin. Bueno, la pulsera, podría empezar por ahí. Volvió a teclear el número, pero el teléfono seguía apagado. Mierda. ¿Qué hacer, qué hacer? La lluvia ya martilleaba el cristal del coche y los limpiaparabrisas casi no daban abasto. Mientras tanto, el reloj ya marcaba las seis. El pavo solo tenía un rato, ¿no era eso? Había que ser puntual. Si no, ¿mandaría todo a la

mierda? ¿Se montaría en alguna nube y seguiría el viaje? Curry lo intentó una vez más, pero Mia seguía sin contestar. El mismo mensaje en el contestador.

«Ha llamado al número...».

Se metió el teléfono en el bolsillo de nuevo y tomó una decisión. Abrió la puerta rápidamente, se subió la cazadora sobre la cabeza y atravesó la calle corriendo mientras la lluvia bombardeaba el asfalto a su alrededor.

«Puto tiempo».

Se sacudió el agua y miró las filas de timbres.

Tercera planta. ¿Debería llamarla una vez más? No, ella ya podría darle las gracias más tarde. Sonrió para sí y apoyó el dedo sobre el botón donde ponía 3C.

Mia le dio todo el dinero que tenía al taxista y no hizo caso a la mirada atónita que la siguió desde el interior del coche mientras ella abría la puerta del portal con manos temblorosas y subía las escaleras corriendo. Afortunadamente, no había nadie en el pasillo. No es que le hubiera importado mucho, en todo caso. Ya blandía otra llave. Abrió la puerta con un empujón, entró corriendo en el dormitorio y se quedó delante de una de las cajas de cartón, respirando pesadamente.

Cortó la cinta adhesiva con la llave, sacó el álbum de la caja y se sentó directamente en el suelo.

«El álbum de Mia».

Las manos seguían temblándole. De hecho, le temblaba todo el cuerpo cuando abrió el álbum con cautela y comenzó a contar.

Página uno.

Página dos.

Página tres.

Le costó controlar sus emociones cuando vio la foto.

Allí.

«En la página cuatro».

Sigrid, en su traje de ballet. No era muy mayor, podría tener cinco años. A su lado, la pequeña e insegura Mia, entornando los ojos hacia la cámara.

En el centro de la foto.

«La profesora de ballet».

Una chica joven, de unos veintipocos años. Llevaba el atuendo completo, con zapatillas de media punta y pendientes de perlas en las orejas. Rodeaba a las dos con los brazos, con una amplia sonrisa hacia el fotógrafo.

«Qué cojones...».

Los dedos tropezaban sobre las páginas, pero consiguió seguir hojeando.

Página siete.

Papá. Con ella en brazos. En un concierto al aire libre. Sonriendo a la cámara con un pulgar vuelto hacia arriba. De fondo se veía a alguien sobre el escenario, un saxofonista de jazz. Debajo de la foto se veía la escritura sinuosa de su madre.

«La canción favorita de papá. *My Favorite Things*».

No podía ser...

Se obligó a seguir.

Página trece.

Unas rocas a orillas del mar en Asgardstrand. Verano. Ella en bañador, entornando los ojos hacia el sol, podría tener unos catorce años. Un chaval que era su vecino junto a ellos. Con bañador. Perlas de agua sobre el cuerpo joven. Sigrid señalando con la mano de fondo, con una toalla alrededor del cuerpo.

«Por fin llegó el sol. La juventud disfruta».

Mia siguió hojeando automáticamente.

Página veintinueve.

En la iglesia. Las gemelas con el mismo vestido. Sigrid con una amplia sonrisa. Ella, con la boca cerrada; llevaba un aparato que no quería mostrar al fotógrafo. En el centro, el cura.

«¡Recién confirmadas!».

Cuatro.

Siete.

Trece.

Veintinueve.

Una cámara de fotos montada sobre un trípode. Un número inscrito en la lente. «Mira, Mia. Mira a través de la cámara».

¿Por qué cojones...?

Ya llegó, la náusea sudorosa que había ido creciendo en ella. Tambaleándose, buscó el camino al baño y se puso de rodillas junto a la taza del váter, pero tenía el estómago vacío. Metió las manos en el lavabo y se echó agua fría en la cara.

«Ella».

No había una lista de asesinatos.

El álbum de Mia.

«Esto iba de ella».

Se pasó una mano sobre la cara y volvió rápidamente a la habitación, donde se sentó de rodillas mientras trataba de hacer funcionar la cabeza.

Mierda.

Vale.

«Fotos».

«De mi propio álbum».

Ojeó el álbum con cautela hasta volver a la primera foto. Fue entonces cuando lo descubrió. Alguien la había movido. La había sacado y la había vuelto a pegar con cola. Los bordes no coincidían. Los dedos todavía tardaban en responderle, pero al final consiguió desprenderla y la giró con cuidado.

Alguien había escrito algo en el dorso.

Trazos ondulantes con tinta azul.

«Enhorabuena».

Hizo un esfuerzo por mantener la calma y siguió hojeando rápidamente.

La siguiente foto.

Página siete.

«Qué lista eres».

Los dedos ya se movían automáticamente, seguían pasando las hojas hasta los jóvenes sobre las rocas. Esta vez arrancó la foto con rapidez.

«¿Quieres una última pista?».

Las manos ya le temblaban seriamente. Le costaba pasar página. El cura que sonreía a la cámara, Sigrid y ella con el mismo vestido.

La misma letra.

Bolígrafo azul sobre el rugoso dorso.

«Salem».

Claro.

Claro, joder.

Aturdida, Mia dejó el álbum sobre el suelo, se levantó y atravesó el salón corriendo hasta el pasillo en busca de la cazadora de cuero antes de darse cuenta de que la llevaba puesta.

«Salem».

Jon Ivar Salem.

Los hermanos Corazón de León.

La casa en llamas.

Sacó su teléfono de la cazadora y marcó el número de Ludvig Grønlie.

—¿Mia? ¿Dónde estás? Munch ha...

—El pirómano —dijo Mia rápidamente y notó como ya se tambaleaba la habitación entera.

—¿Quién?

—¿Jon Ivar Salem? ¿Te acuerdas de él?

—Sí, claro —contestó Grønlie a lo lejos.

—¿Puedes buscármelo, Ludvig? ¿Ahora? ¿Dónde está? ¿En qué cárcel?

—¿Estás bien, Mia?

—¿Puedes encontrarlo, Ludvig? Por favor.

—Sí, claro, un momento...

Podía oír sus dedos contra el teclado desde lejos.

—Ullersmo —dijo Grønlie, su voz ya de vuelta.

—¿Seguro?

—Sí, sí —confirmó Ludvig—. ¿Qué ocurre, Mia?

No tenía tiempo para contestar, cortó la llamada y salió al pasillo.

Las llaves del Jaguar.

Mierda.

«Sí, allí estaban».

Sacó el manajo del gancho, pasó de cerrar la puerta tras de sí y bajó las escaleras tan rápido como pudo.

Curry acababa de pulsar el timbre de la puerta del piso en la tercera planta cuando se dio cuenta de que algo no iba bien. Su cabeza funcionaba lentamente, pero la memoria ya iba volviendo, poco a poco, desde la distancia. Había un coche aparcado en el otro lado de la calle. Lo había visto antes, en alguna ocasión, ¿no? Y además, ahora estaba en el mismo bloque de viviendas, ¿no era demasiada casualidad? ¿Allan Dahl y él? Estaban vigilando un piso, en fin, sin ninguna necesidad. ¿Y dónde había visto ese coche antes?

Se abrió la puerta y apareció una cara evasiva en el resquicio.

—¿Sí?

—¿Kevin?

—¿Sí?

—Soy Jon Larsen. Teníamos un trato. ¿A través de Jimbo?

—Mmm, sí, vale —dijo el joven, que no podía tener más que unos veinte años escasos.

El chaval soltó la cadenilla de seguridad y lo dejó pasar al piso. Tenía unas cejas raras. Parecía que no estaban allí.

Era él.

Solo le faltaba el gorro amarillo para que encajase a la perfección con la descripción de Mia.

—¿Traes la pasta? —murmuró el yonqui, abrazándose el delgado cuerpo.

—Sí, hombre.

Curry lanzó una mirada rápida al piso y sus sospechas se confirmaron. No había nada ahí dentro que recordase a un hogar normal. Había basura desparramándose desde el pasillo hacia el interior del piso, donde había unos colchones sobre el suelo. Una lámpara verde de los años setenta junto a una ventana. Una sábana sucia, clavada en el marco, colgaba sobre el cristal.

—Dos mil, ¿verdad? —dijo Curry y se metió la mano en el bolsillo.

—Eh, sí, guay —contestó Kevin mientras lanzaba una mirada furtiva sobre el hombro.

El coche que estaba aparcado en la calle.

Joder, estaba espeso.

Sí, era el mismo que había visto aparcado debajo del piso de Luna. Cuando mantenía un perfil bajo. Cuando tenía miedo de que alguien pudiera verlo.

Acercó el dinero hacia las ávidas manos, delgadas y azules. El cuerpo actuaba antes de que su cabeza tuviera tiempo para decirle que debería abstenerse.

«Allan Dahl».

Su mente todavía nadaba en sirope, pero llegaba, lentamente.

«¿Un policía?».

«¿Trabajando para ellos?».

El hombre tras el volante. Sabía que había visto esa cara en algún sitio. El abogado. Lorentzen.

Joder.

Claro.

Pudo verlo en los ojos del yonqui cuando recogía el dinero lentamente. Movi6 la mirada hacia algo que de repente apareció detrás de él.

«Joder, mierda...».

Curry levantó los brazos hacia la cabeza, trató de protegerse instintivamente de lo que sabía que iba a llegar, pero ya era tarde.

Un hombre salió de las sombras.

Un golpe de metal contra la sien.

Curry perdió el conocimiento mucho antes de que su cuerpo tocara el suelo.

Un chaparrón de agua helada acababa de limpiar el aparcamiento, pero Mia ni siquiera se dio cuenta de que ya no llovía mientras caminaba, aturdida, hacia el portón de salida de la cárcel nacional de Ullersmo. Jon Ivar Salem. Había parecido tan sorprendido como ella. Lo habían sacado de la D, la Unidad Difícil, donde se encontraba debido a algo que había pasado con otros internos. Mia no se había quedado con los detalles. «Mierda». ¿Qué se había creído? ¿Acaso no había pasado lo mismo a lo largo de todo el proceso de investigación? ¿Una sucesión de pistas falsas? Raymond Greger. Klaus Heming. Había ido a por él directamente en la pequeña sala, había perdido los estribos y actuado de manera poco profesional. La adrenalina había corrido por sus venas. «¿Has pagado a alguien? ¿Por matar? ¿Ha sido porque te pillé? ¿Ha sido por eso? ¿Mis fotografías? ¿Mi álbum? ¿Quién ha estado en mi piso?». La había mirado con los ojos abiertos de par en par. Como si ella fuera la paciente y él la persona sana.

«Putá mierda».

El pirómano más conocido de Noruega. Jon Ivar Salem. El repugnante hombre había campado a sus anchas durante casi quince años por toda la región de Østlandet. Casa por casa. Elegidas al azar, según parecía. Las había prendido fuego por la noche. No con bidones de gasolina y un mechero, no, nada de eso, lo había hecho con cinismo, de manera mucho más elaborada. Era fontanero y también tenía conocimientos de instalaciones eléctricas. Durante el juicio trascendió que había realizado trabajos en todas las casas en algún momento u otro. Una tubería reventada. Un váter roto. Una caldera nueva. Además había actuado con la paciencia de un santo. Había esperado el tiempo suficiente para que nadie se acordase de él, en el caso de que alguien fuera a sospechar algo. Forzaba la cerradura de la puerta. Un cortocircuito eléctrico, a poder ser ayudado por ropa o trapos que encontraba en el sótano

de las casas. Después se refugiaba en su coche. Desde donde podía ver las llamas. Veinticuatro viviendas unifamiliares. Veinticuatro familias. Trece muertos. Y nadie había visto la conexión hasta que, un día, una joven Mia Krüger recibió el encargo de resolverlo.

Lo había visto en su cara en la sala del juicio. Había más curiosidad que odio en sus ojos, la verdad, cuando se giraba hacia ella una y otra vez. ¿Quién era esa mujer que después de quince años había conseguido pillarlo?

Jon Ivar Salem.

Un incendio.

Claro.

Pero al mismo tiempo, no...

Carecía de sentido...

Jon Ivar Salem no tenía ni la menor idea de lo que había ocurrido.

—Me enviaron un anillo —murmuró al final—. Me iban a dar una recompensa.

La sonrisa calculadora cuando el guardia volvió de su celda, donde había ido a buscar el anillo.

—¿De quién?

—No tengo ni idea, oye. Lo único que sé es que me iban a dar algo a cambio. ¿Lo has traído? ¿Lo que me iban a dar?

Un anillo de oro.

Mia se lo había metido en el bolsillo, bajo ruidosas protestas, pero el guardia se había encargado de él. Lo había esposado y después se lo había llevado de vuelta a la D.

¿Un anillo de oro?

El sol de la tarde salió de detrás de una nube y los rayos se reflejaron en el agua que cubría el aparcamiento. Mia se metió una mano en el bolsillo y sacó una pastilla para aclarar sus ideas.

«Vale. Respira hondo, Mia».

Las fotos. Del álbum. El álbum de Mia. Todos los asesinatos estaban allí. Reconstrucciones.

«¡Enhorabuena!».

«Qué lista eres».

«Salem».

Mia estaba tan ensimismada que no se dio cuenta de que alguien había aparecido detrás de ella. Ahora lo vio de reojo. Sería un guardia, naturalmente. La cárcel nacional de Ullersmo. Aquí estaban algunos de los

criminales más peligrosos del país. Había medidas de seguridad muy estrictas tanto fuera como dentro.

—Disculpe —dijo una voz, que ya sonaba más próxima.

Se oyó el ruido de un manojito de llaves. En la mano se veía una linterna que no estaba encendida, todavía faltaban unas horas antes del atardecer.

—Lo siento, soy policía —murmuró Mia; buscó su placa en el bolsillo interior y se la pasó.

¿Salem?

«Jon Ivar Salem».

«¿Qué otra cosa podía significar?».

El guardia de seguridad recibió el carné, lo estudió un momento y se lo devolvió.

—Qué lista eres.

—¿Qué...?

Se giró, todavía profundamente ensimismada, y se encontró con otro tipo de lluvia, esta vez en plena cara.

—Qué lista eres, Mia.

«¿Qué cojones...?».

Abrió los ojos y vio una cara joven con una amplia sonrisa en la boca. Un brazo uniformado se extendió hacia ella, pero no sujetaba una linterna, era *un pulverizador de agua*.

Sus pies querían salir corriendo y sus manos se cerraron en puños cuando de repente comprendió que no era agua, pero ya era tarde.

—Iremos en tu coche. Es muy bonito.

La llave del coche giró y Mia sintió un cosquilleo remoto en los brazos cuando intentó controlar sus propios movimientos, pero solo registró que la lluvia volvía a caer.

Pequeñas gotas, suaves y dulces, se deslizaban con cautela por el parabrisas mientras el coche salía del aparcamiento.

6

Munch acababa de aparcar el coche en el sótano de la calle Mariboegate cuando sonó su teléfono. Esperaba encontrar el nombre de Mia en la pantalla, había intentado dar con ella varias veces, pero se negaba a contestar.

—Soy Anette —dijo Goli—. Ya lo tenemos.

—¿A quién? —preguntó Munch.

—A Ivan Horowitz.

—¿En serio?

—Tres pistas independientes que llevan al mismo lugar —informó Goli mientras trataba de recobrar el aliento—. Se las he pasado a Edvardsen. Ya están en camino.

—¿En camino? ¿Quién? ¿Dónde?

—Tiene una cabaña —continuó Goli—. No muy lejos del sitio donde encontramos a Vivian Berg. Una hora a través del bosque, más o menos, en sentido opuesto.

—¿Horowitz?

—Sí, como te decía, hemos recibido tres llamadas que avisaban de exactamente lo mismo. Se retiró a ese lugar hace mucho tiempo —explicó Goli—. Decía que se había cansado de la humanidad. Quería vivir solo en la naturaleza. Y desde entonces nadie lo ha visto.

—Joder —exclamó Munch y volvió corriendo al coche—. ¿Quién está en camino?

—El ejército —dijo Anette—. Han enviado a la unidad de la que nos hablaron. Alfa. Edvardsen quiere tenernos con ellos.

—¿En la sala de operaciones?

—¿Sí?

—¿Por qué?

—A mí no me preguntes —contestó Anette suspirando—. ¿Para presumir? ¿Mostrar que son superiores a nosotros? No lo sé. Sea como fuere, ahora lo tenemos. Esto habrá terminado en breve. Afortunadamente.

Munch pudo oír el alivio en la voz cansada.

—¿Bajas?

—Sí, ahora voy —dijo Munch y volvió a meterse en el coche.

Mia Krüger despertó sin saber dónde se encontraba. Era como si todavía estuviera soñando. Imágenes difusas iban y venían en su cabeza. No era capaz de decidir qué era real y qué no. Estaba en una cabaña. Podía ver las tablas de pino que cubrían las paredes. Una pequeña ventana que alguien había tapado. Su abuela se hallaba al pie de la cama, sonriendo. La cubrió con una manta. Su abuela ya no estaba. Tenía el brazo encadenado a una cama pequeña. Uno de sus pies también. Oía a madera. Y a pájaros. Tenía la frente caliente. Su madre estaba al pie de la cama. Tenía una bandeja con un vaso de zumo y un trapo frío. Su madre ya no estaba allí. Su padre estaba en el jardín. Acababa de llegar de trabajar. Había reparado el coche. El viejo Jaguar de color verde jade que había heredado del abuelo. El coche que ella, un día, heredaría. Sigrid estaba al pie de la cama. Sujetaba un álbum de fotos. Mia quería tocarla. Sujetarla con fuerza, para que no volviera a desaparecer.

La muerte no es peligrosa.

La abuela había vuelto.

Sigrid le sonreía.

¿Vienes, Mia?

Abrió los ojos e inspiró.

«¿Qué coño está pasando?».

Intentó levantarse, pero no pudo moverse. Notó como el pánico se materializaba desde las profundidades, pero lo apartó de su mente.

«Tranquila, Mia. Tranquila».

Tenía el brazo atado a una cama. Una de las piernas también. Nada sobre la boca. Repasó el entorno con la mirada. Seguía difuso, pero ya podía ver qué era real y qué no. Las tablas de pino. Una puerta que daba a otra habitación. Armarios en una de las paredes. El diseño era antiguo. Una

cabaña. Una ventana cubierta. Un plafón en el techo. Inspiró hondo y trató de sacar la mano. No. El pie tampoco. Vale.

«Que no te paralice el pánico, Mia».

«Te ha atrapado, pero no te ha matado».

«Eso tiene que significar algo, ¿no?».

Sintió agudas náuseas que le subían por la tripa a medida que iba recordando lo que había pasado. La cámara de fotos. Las fotos. Eran los motivos lo que tenía que haber buscado, no la cámara en sí. Las fotos de la pared en casa de Charlie Brun. Los números. El álbum de Mia. Los asesinatos tenían que ver con ella. Salem. En Ullersmo. El anillo de oro.

No pudo seguir más.

De repente se abrió la pequeña puerta y apareció una persona sonriente que llevaba algo en las manos.

Algo que ardía.

¿Velas?

¿Una tarta?

—Felicidades, querida. Sé que no es tu cumpleaños, claro. Pero he pensado que no podemos perder la oportunidad de celebrar esto. ¿Quieres que sople las velas? ¿O prefieres hacerlo tú sola?

Curry nunca había pensado en cómo iba a morir. No se le había ocurrido, sin más. Quizá de viejo. Lejos en el tiempo, en una terraza con vistas al mar o algo así. Cualquiera cosa menos esto. En un piso sucio, atrapado y atado a una silla, con una capucha cubriéndole la cabeza.

Volvió a sacudirse, pero seguía pegado a la dura silla de madera. La cuerda se le incrustaba en la piel alrededor de las muñecas. Hacía que le entrasen ganas de aullar, pero mantuvo la boca cerrada con esfuerzo. Le dolía la cabeza. Sentía la sangre que se había coagulado en el cuello. Le habían dado una buena paliza. El cerebro ya no le funcionaba.

¿Jimbo?

No, Jimbo no, imposible.

Jimbo había organizado la cita. Con Kevin, el yonqui. Que tenía una relación con la Lotte esa. La mula de Allan Dahl. Esa era la conexión. Por eso estaban allí aquella mañana. Dahl estaba allí para vigilar a su chica. Pendiente de la heroína. Y del dinero.

Atado a una silla.

Con una capucha cubriéndole la cabeza.

Traicionado por un hijo de puta que en realidad debería estar de su lado.

Ni de coña.

No, no era así como se lo había imaginado.

Ya no podía oír nada ahí fuera. Durante un rato se había oído una violenta discusión. Voces altas en inglés con fuerte acento. Alguna que otra palabra en noruego. Curry lo había oído.

Al hijo de puta de Dahl.

What to do with him?

¿Qué hacemos con él?

Y Dahl había contestado algo.

Kill him?

¿Matarlo?

¿O había dicho *we leave*?

¿Nos largamos?

No estaba seguro.

Curry tiró de las cuerdas una vez más, pero solo provocó un renovado dolor que le penetró las muñecas. Se incorporó en la silla y notó como le latía el corazón bajo la camisa sudada y ensangrentada.

Mierda.

Pasos.

Alguien se acercaba.

La manilla se movió.

Mierda.

Un potente destello de luz cayó sobre él, lo podía ver incluso a través de la capucha. Una figura en la puerta. Una gran sombra negra. Oyó el sonido de un arma. Alguien quitaba el seguro.

Mierda.

Inclinó la cabeza instintivamente.

De acuerdo.

«Así era como terminaba».

Cerró los ojos y se dio cuenta de que temblaba mientras murmuraba unas últimas palabras entre los labios secos.

«Lo siento, a todos».

«Me despido».

«De vosotros».

Munch estaba sentado al fondo de la mesa ovalada y casi podía sentir la tensión en el aire. El general había intentado ocultarlo, pero Munch se había percatado de la sonrisa que le asomaba en la boca. Goli tenía razón. Habían sido invitados solo como espectadores. Ya se había dado cuenta la primera vez que habían estado en la sala. La condescendencia en las miradas. La policía. Civiles. Ahora se iban a dar cuenta de quién manejaba el cotarro en este país. De quién asumía las responsabilidades reales cuando la seguridad de la nación estaba en juego.

—Cada una de las pantallas muestra la grabación en directo desde el casco de un soldado.

Edwardsen casi parecía un niño con un mando a distancia en la mano.

—Podemos trasladar las imágenes a la pantalla principal en función de nuestras necesidades.

Un crío delante de un videojuego que probablemente costaba billones. Munch se sentía mareado, pero ya daba lo mismo. Ivan Horowitz. El asesino en serie. Estaba en una cabaña en el bosque, y esto terminaría en breve.

Podrían haber enviado a Delta. La unidad de operaciones especiales. Pero Edwardsen había elegido a los suyos, claro está. Quería enseñar a los políticos de la habitación que el dinero de los impuestos había sido bien aprovechado. De esa manera quizá añadieran algunos millones más en los próximos presupuestos. En fin, ya le valía. Debería dejarlo. Lo más importante era que ese enfermo fuera arrestado de una vez por todas. Munch se sentía escéptico desde hacía tiempo, pero el cura lo había convencido. Paul Malley. El número veintinueve en la lista.

Se oyó un crepitar desde la pantalla.

—Uno, tres, contacto visual con el objetivo, cambio.

—Tres, uno, aguarda, cambio.

Las cámaras que se movían a través del bosque, la verdad es que parecía casi un juego. Soldado uno. Una niebla ligera entre los troncos de los árboles que crecían muy juntos. Soldado dos. Un atisbo de una cabaña, una especie de chabola a lo lejos. El cañón de un rifle automático. Soldado tres. Corriendo sobre el brezo, y después en el suelo detrás de un tocón. La cabaña ya no estaba tan lejos.

—Uno, cuatro, listo para el asalto, cambio.

—Cuatro, uno, a mi señal, cambio.

Guerra digital. En directo desde los profundos bosques. Munch no podía apartar la mirada de la pantalla mientras varios soldados se acercaban a la puerta gris.

—Equipo, os habla uno, silencio de radio, actuamos a la voz de ya.

De repente se hizo el silencio en la sala. Nuevos cañones de rifles moviéndose sobre el brezo. Un pulgar apuntando al aire justo delante de la puerta gris.

Más gestos.

Dos soldados enmascarados intercambiaron posiciones.

Ya había dos hombres junto a la puerta, los otros dos estaban delante de sendas ventanas.

Una chabola.

En las profundidades del bosque.

Ivan Horowitz.

Todo terminaría en breve.

Por fin.

—¡YA!

De repente, la escena se transformó en una explosión delante de sus ojos. Granadas de humo. Astillas de la puerta llenando el aire. Cristales rotos. El primer soldado saltó al interior de la pequeña cabaña, la cámara ya tenía un foco activado y buscó desesperadamente a su alrededor. Otro entró por la ventana. Humo. Caos. Ya no era posible ver qué estaba ocurriendo, hasta que el silencio de la radio por fin se rompió y el humo se disipó.

—Lo tenemos.

—Mierda.

Un guante señalaba un cuerpo inerte que colgaba del techo.

—Uno, tres, lo tenemos. Pero lleva aquí mucho tiempo.

—Tres, uno, ¿identificación?

El mismo guante se movió hacia el cuello del cadáver, consumido por la putrefacción. Apareció una chapa de identificación militar.

—Uno, tres, es nuestro hombre. Horowitz. Pero, como pueden ver, ni de coña ha podido hacer nada. Se fue hace mucho tiempo.

La cámara apuntó repentinamente al suelo cuando el hedor del cadáver que colgaba del techo de la cabaña hizo retorcerse al soldado.

—Soy Eagle —dijo Edvardsen con voz seria.

—Hable, Eagle, cambio.

—¿Estamos seguros?

—¿Repita, Eagle?

—¿Estáis seguros de que se trata de Horowitz? —dijo Edvardsen, visiblemente estresado.

—Dos, uno, comprueba otra vez la identidad.

Otro soldado con una mano cubriéndose la nariz se acercó al cadáver y miró la placa que colgaba alrededor del cuello.

—Horowitz —confirmó el soldado.

—Eagle, uno, hemos encontrado al hombre correcto. Pero no puede ser el hombre que están buscando.

—Mierda —dijo Edvardsen, ya con la cara roja, y se giró lentamente hacia el resto.

—Estaría bien que nos devolvieran nuestros móviles —gruñó Munch con irritación. Después se levantó y salió de la habitación.

Pensaba que no te ibas a despertar nunca —dijo la cara sonriente—. Llevo mucho tiempo esperando, y ahora por fin ha llegado el día. ¿No estás contenta?

Mia no conseguía fundir las imágenes en la retina.

¿Alexander?

¿El vecino?

¿Qué coño...?

El chico rubio se levantó y alzó algo de una pequeña mesa.

—Toma esto.

Una mano se movió detrás de su cabeza. El borde de un vaso contra los labios, la mitad se le derramó por el cuello y le mojó el jersey, pero lo que le entró por la boca tenía un sabor maravilloso.

—¿Por qué...? —empezó Mia con voz quebrada, pero luego no pudo seguir.

—Tendrás mil preguntas, y llevo mucho tiempo queriendo contártelo —dijo el joven con otra amplia sonrisa—. Empezamos sin más, ¿te parece? Ya sabes, no nos queda mucho tiempo, en breve salimos de viaje.

Alexander le pasó una mano cautelosa por la mejilla. Mia se sobresaltó automáticamente y sintió el dolor en la muñeca cuando el nudo se tensó.

—¿O quieres adivinar? Es cierto que lo has acertado ya, ¿pero tal vez no te has dado cuenta de por qué?

—¿Mataste a toda esa gente por... mí?

Su voz parecía provenir de otro planeta.

—¿Las fotos del álbum? Elegante, ¿verdad?

Alexander sonrió levemente y le llevó el vaso de agua a la boca otra vez.

Mia repasó la habitación con la mirada.

Una puerta. Abierta. Estaba en una cabaña.

Ruido desde el interior. Un crepitar.

Una radio. No, una radio de policía.

No, varias.

Nadie hablaba.

Joder.

Estaba lejos.

Muy lejos.

—Ha sido muy divertido seguirte —comentó el chico sonriendo—. Realmente entretenido. Hace mucho tiempo me metí en tu teléfono. Estás muy guapa cuando duermes, ¿lo sabías?

Se levantó repentinamente, salió de la habitación y volvió con sus pastillas. Metió una de ellas entre los labios de Mia.

—Tómame algo salado, te va a venir bien. Pobrecita, ¿ya estás mejor?

Le deslizó un dedo por la mejilla y lo dejó plantado sobre sus labios un momento.

—Será el destino, ¿verdad? ¿Cuánto hace que nos conocemos, Mia? Y de repente, ¿qué veo? ¿El piso enfrente de tu casa está... en venta? Bueno, adivina cuánto tardé en presentar una oferta. Imagínatelo, Mia. ¿Vecinos? Cómo me alegré. Pero luego...

Negó levemente con la cabeza.

—¿Casi ni un saludo? Quiero decir, ¿después de todos estos años? Ofensivo, Mia. Muy egocéntrico. Si no fuera porque vamos a ser nosotros dos para siempre, diría que..., bueno, que...

El chico sonrió un poco y puso el trapo frío sobre su frente de nuevo.

—¿Has entrado en mi casa? —dijo Mia con voz débil.

Paseó la mirada por la habitación otra vez, pero ya solo veía sombras, como antes. Sus ojos se cerraban lentamente, pero el chico le dio un golpecito para despertarla.

—Oh, no, querida, ya no puedes dormir más. Recuerda que no tenemos mucho tiempo.

La agarró de la barbilla y le sacudió la cabeza.

—La gran investigadora Mia Krüger —exclamó el joven de repente y se levantó—. ¿Es capaz de ver a su gran amor cuando se planta delante de sus ojos? ¡No! Entonces, ¿cómo va un amante ninguneado a ganarse su afecto? ¿Qué es lo que mantiene ocupada a esta gran detective? ¡Sí, claro!

Elevó un dedo al aire con una amplia sonrisa. Mia tuvo la sensación de estar presenciando algún tipo de enfermizo numerito de circo.

Los ojos.

La sonrisa.

No estaba del todo allí.

A este chaval se le había ido la olla.

—Ahora me ves, ¿verdad, Mia?

El vecino sonrió e hizo un amplio gesto con los brazos.

—Ya no soy invisible, ¿a que no? ¿Qué? ¿No? Ahora me ves, ¿verdad?

De repente soltó una sonora carcajada.

—Una genialidad. ¿No? Tienes que reconocerlo. Ah, sí —sonrió el chico—. Lo he leído todo. He visto todo. Lo sé todo sobre ti, Mia. Las fotos. Tu diario. Algunas veces mientras dormías. ¿No es extraño lo bonitas que pueden llegar a ser estas cosas?

Sonrió otra vez y volvió a la cama. Puso otra mano contra su mejilla.

—¿Hasta qué punto puedes llegar a conocer a una persona? ¿Aunque no hables con ella?

—¿Por qué...? —murmuró Mia mientras la oscuridad volvía a apoderarse de sus ojos.

—Me salvaste la vida —dijo el chico y después se puso serio—. O no, no del todo, aunque de alguna manera sí. Lo pillaste, ¿verdad? ¿Salem? ¿El pirómano?

Mia negó con la cabeza, o tal vez asintió. Ya no estaba segura. Ya no sentía ni las piernas ni los brazos.

—Humo en la casa —dijo el chico y volvió a levantarse.

El numerito de circo otra vez, aunque esta vez realizado con algo más de seriedad.

—En mi habitación. Fue lo último que recuerdo. Cuando volví a despertar estaban muertos. Mi padre. Mi hermano Kyrre. Los dos. Consumidos por las llamas. Nuestra casa de Fredrikstad. Por si fuera poco, ella pensaba que lo había hecho yo, ¿entiendes? ¿Yo, Mia? Pensaba que lo había hecho yo.

Un incendio.

Los hermanos Corazón de León.

Un hermano mayor muerto.

Había tenido razón.

—Había jugado con cerillas, ¿entiendes, Mia?

El chico ladeó la cabeza un poco. Tenía una sonrisa en la cara, pero los ojos estaban en otro sitio.

—El verano anterior. Me pilló con las manos en la masa. En el jardín. Bueno, no era más que un hámster y el gato ese, pero aun así. Creía que lo había hecho yo, ¿entiendes? Que yo había incendiado la casa.

Mia quería decir algo, pero no podía.

—Después —continuó Alexander, ansioso por contarlo, como si fuera un discurso ensayado que quería pronunciar desde hacía mucho tiempo—, no quiso tener nada que ver conmigo. Como si llevase una marca en la frente o algo. Como si fuera un hijo de Satanás. No quería verme. Me encerró en el sótano. Me dejaba ir a la escuela, pero nada más. Un televisor y un viejo reproductor de vídeo. Con una sola película. Una y otra vez. *Bambi*. Solo yo. Y esa película. ¿Qué crees que le hacen estas cosas a un niño, Mia?

La mirada se había vuelto seria en la cara de labios finos, pero ya no la miraba, estaba muy lejos.

—Y luego, un día, Mia. «¿Quieres ir a la cabaña, Alexander?». Te puedes imaginar lo contento que me puse, ¿verdad, Mia? ¿Ir a algún sitio? ¿Con mamá? Recuerdo qué bonito fue, estar allí en el coche escuchando la radio. La chimenea encendida. El olor a comida desde la cocina. Era pleno invierno. Entonces mamá bajó algo de la pared y me lo ató a la cabeza. Una cornamenta de corzo. Señaló hacia el lago al lado de la cabaña. Hacia el hielo, que estaba liso como un espejo. «Allí está Bambi». Eso fue lo que dijo, Mia. «Allí está Bambi, Alexander. Si bajas al lago con esto sobre la cabeza podrás verlo de verdad...».

Mia se acercó uno de sus pies al cuerpo y notó que tenía cierto margen de movimiento. Si tan solo pudiera soltarse el brazo...

—¿Me estás escuchando, Mia? —preguntó el chico con una mirada triste.

—Te escucho —repuso Mia en voz baja y trató de sonreír—. Bajaste al hielo para ver a...

—Bambi —dijo el chico sonriendo—. Tenía diez años e iba a ver a Bambi, ¿entiendes? Verás, yo amaba a Bambi. Así que me quedé allí, sobre el hielo. Durante muchas horas. Hasta que me puse totalmente azul. Pero Bambi no llegó. Y cuando al final me rendí y volví hacia la cabaña, abriéndome paso por la nieve, no había nadie.

—¿Qué? —murmuró Mia.

—Mamá. Se había marchado.

El chico se calló un momento.

—Pero luego llegaste tú. Mia Krüger. Saliste de la nada. Fue un pirómano, mamá. No fui yo. Ay, Mia, tendrías que haber visto sus ojos en la cama del hospital cuando llegué con aquel número del periódico. ¿Te acuerdas? ¿Esa primera plana?

Un recuerdo vago.

El VG y el *Dagbladet*.

Justo después de que ella lo hubiese arrestado.

—Se dio cuenta, Mia. Me miró con ojos llenos de amor, Mia, ¿entiendes? Después de todos esos años. Justo antes de morir. Me acarició la mano, Mia. *Lo sabía*. ¿Entiendes?

El chico sonrió y se acarició su propia mejilla.

—Mamá...

Mia volvió a acercar el pie con cuidado, pero no le dio tiempo a más, porque la cabeza del chico ya estaba de vuelta en la habitación y centrada en ella.

—Fue entonces cuando pasó, claro está. Mia Krüger. El destino. Mi amor eterno. Los dos para siempre. No fue casualidad, ¿verdad, Mia? ¿Que me salvaras tú?

—Enhorabuena —balbuceó Mia y por fin consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Y ahora viajaremos juntos —asintió el chico, que, afortunadamente, ya parecía más tranquilo—. Pero primero...

Salió de la habitación otra vez y volvió con una amplia sonrisa. Llevaba algo en las manos.

«Un... ¿vestido de novia?».

—¿Crees que es de tu talla? —preguntó el chico—. ¿Tú y yo, querida? ¿Antes de partir?

Sujetó el vestido de novia delante de sus ojos, sonriendo tímidamente.

—¿A dónde... vamos? —preguntó Mia con tono vacilante.

—¿Qué quieres decir? —exclamó el chico, un poco sorprendido.

—Has dicho que nos vamos de viaje. ¿A dónde vamos...?

La miró con una expresión extraña.

—Vamos a ver a Kyrre, claro está. Y a Sigrid. ¿No es eso lo que quieres? ¿Dejar todo esto? Nosotros dos juntos, a Nangijala^[5]?

Volvió en sí de repente cuando se dio cuenta de qué estaba diciendo. Los libros que había guardado en las cajas. Los apuntes que había tomado después de las interminables sesiones con los psicólogos.

«Los planes de suicidio».

Su hermana gemela vino lentamente hacia ella a través del campo de trigo amarillo.

«Ven, Mia, ven».

—Casi se me olvidaba —comentó el chico y juntó las manos.

Salió al salón y volvió a la habitación con las manos tras la espalda.

—Mira —sonrió, sujetando la brillante joya delante de su cara.

Ella vio la letra, pero, aun así, no lo entendió.

M.

M de Mia.

¿Era la... pulsera de Sigrid?

«¿Cómo...?».

—Para ti, mi amor —dijo Alexander sonriendo y colocó la pulsera cuidadosamente sobre la cama, a su lado.

Todo listo, no hay nadie.

Curry volvió en sí de repente cuando alguien le quitó la capucha. La luz era aún más fuerte y le quemaba los ojos.

Se oían unos ruidosos pasos de botas.

—Comprobado, está todo vacío, ya no están.

Una mano bajo su barbilla le levantó la cara.

—Mi nombre es John Wold. ¿Tú eres Larsen? ¿Curry?

Le costaba abrir la boca.

—¿Dahl? ¿El abogado? ¿Lorentzen? ¿Han estado aquí?

Curry asintió lentamente con la cabeza.

—¿Hace mucho que se han marchado?

Se oía una radio de policía a lo lejos.

—Yo... —comenzó Curry, pero la lengua le falló.

—Se han ido —le dijo Wold a alguien que Curry no podía ver—. Envía una orden de busca y captura. No pueden haber llegado muy lejos.

Por Dios.

Seguía temblando. No podía pararlo.

—Suéltalo —dijo otra voz.

Manos moviéndose por sus piernas. Los brazos. Notó como la sangre volvía a fluir hacia las manos.

—¿No hay nadie?

—Nadie, solo este tío.

Más pasos de botas sobre el suelo duro.

—Mierda. Vale.

Otro crepitar, desde aún más lejos.

—Lanza el aviso. Cierra todo.

Wold, otra vez, desde algún lugar en la niebla.

—¿Cómo estás? ¿Puedes ponerte de pie?
Manos que lo ayudaban, piernas que no le sostenían.
Curry volvió a perder el conocimiento.

Mia se despertó de nuevo; esta vez estaba delante de un espejo. Se había vuelto a ir. La había movido. ¿Seguía drogándola? Una silla. En la cabaña. Las manos esposadas. Nada alrededor de las piernas.

—Qué bien te queda, ¿verdad, cariño?

Vio la sonrisa desde el espejo y notó algo en el pelo.

Un cepillo.

La estaba cepillando.

Su cara.

La había maquillado.

Tenía algo alrededor del dedo.

El anillo de oro.

Y algo extraño le cubría el cuerpo.

El vestido de novia.

La había vestido.

La había puesto guapa.

«Joder».

Mia sintió una imperiosa necesidad de levantarse, liberarse de todo de una sacudida, pero no fue capaz de moverse. Su cara se volvía cada vez más nítida en el espejo mientras iba recuperando la consciencia.

—¿Cómo te gusta, querida?

Sintió los asquerosos dedos bajo el pelo.

—¿Recogido?

El chico sonrió y puso su cara junto a la de Mia delante del espejo.

—¿O quizá suelto, sin más? A mí me parece que estás más guapa con el pelo suelto, pero, bueno, por ser el día que es, ¿quizá recogido hoy? ¿Qué te parece?

Tenía que ganar tiempo.

Hasta allí llegaba.

—Recogido, quizá —murmuró y trató de sacar algo parecido a una sonrisa.

—Sí, la verdad es que estoy de acuerdo —repuso el chico sonriendo y dio un paso hacia atrás.

Había que conseguir que hablase de algo.

—¿Cómo...? —balbuceó Mia con la boca seca.

—¿Qué, amor?

Otro dedo sobre su mejilla.

—La pulsera. ¿Cómo la has conseguido?

—Ah, pura casualidad. Era un regalo para ti. Una amiga de tu hermana. Cisse. La colgó en la puerta del portal de nuestra casa, pero no la encontraste. Yo sí. Andaba mucho por ahí, ¿entiendes? Por el estadio. Te estaba espiando.

Se rio un poco y deslizó el cepillo por su pelo otra vez.

—Por cierto, tenías razón.

De repente, la voz se oía muy cerca del oído.

—Markus Skog. ¿El hombre al que mataste? Fue él quien se la cargó. Sigrid. La invité a pasar, a Cisse. Ya sabes cómo son las yonquis. Le di un poco de dinero para que se relajase. Me contó todo lo que había pasado.

—¿Por qué...?

Mia notó que volvía a perder el conocimiento.

—Bueno, fue algo muy trivial, creo —dijo el chico y le volvió a pasar el cepillo por el pelo—. Sigrid hacía de mula, introducía heroína, pero luego fue a rehabilitación y ya no quiso seguir.

Mia no pudo contestar.

—Sí, hombre, volvió a la ciudad en plena forma. Lista para una nueva vida. Incluso dejó caer que, si no la dejaban en paz, lo contaría todo. Sobre Markus Skog y algún que otro abogado, y, claro, no estaban dispuestos a tragar, ¿entiendes?

Notó como crecía la oscuridad dentro de ella.

—Esta yonqui estaba allí, Cisse. Se estaba pinchando en un sofá, pero lo vio todo. Un chute en el brazo y Sigrid ya no estaba. La bajaron a un sótano que estaba cerca, una yonqui muerta, quién sospecharía algo, ¿verdad?

El chico sonrió y puso su mejilla contra la de Mia otra vez.

—¿Estás segura de este moño? ¿Por qué no lo dejamos suelto, después de todo? ¿Lo más natural posible?

Mia estaba a punto de perder el conocimiento.

No.

Nada de eso.

Volvió en sí con un esfuerzo.

—¿Por qué...? —murmuró—. ¿Ivan... Horowitz?

Mia levantó la cabeza con las últimas fuerzas que le quedaban y consiguió encontrar la mirada de él en el espejo.

—Sí, ¿no te pareció muy inteligente?

El chico sonrió y dejó caer el cepillo.

—Estuvimos ingresados en Blakstad juntos. Seis meses. Llegamos a conocernos muy bien, la verdad. Él había participado en la guerra. Se había quedado hecho polvo. Y yo estaba..., en fin, yo soy yo, ¿verdad?

Se rio un poco.

—No podía dejar que todo el mundo siguiera mi pista, ¿no? Solo tú y yo, esa era la idea. ¿No te pareció un plan genial? ¿Mandarles pistas falsas? ¿Una lista de asesinatos? ¿Cincuenta personas elegidas al azar?

El chico soltó una sonora carcajada, después ladeó la cabeza ligeramente y recogió el cepillo del suelo.

—No, vamos a hacer un moño, ¿te parece? Quiero decir, es un día de celebración, ¿verdad?

Mia volvió a perder las pocas fuerzas que había conseguido reunir. Le costaba hasta mantener la cabeza erguida.

¿Sigrid?

De ninguna manera...

Ya no podía más.

Viajar.

Por qué no.

El mundo estaba podrido por el mal.

Su hermana, caminando por el campo de trigo.

Esa imagen que no la dejaba en paz.

«Ven, Mia, ven».

La muerte.

A Nangijala.

—¿O quieres dejarlo suelto?

A la mierda con todo.

Ya había terminado aquí.

—Haz lo que quieras —dijo Mia.

Y cerró los ojos lentamente delante del espejo.

Acababan de subir a la calle cuando los dos teléfonos comenzaron a sonar. Munch contestó y vio como Anette hacía lo mismo.

—¿Dónde has estado, Holger?

Era Gabriel Mørk.

—Oye, Gabriel, estoy un poco ocupado ahora mismo. Tenemos lío por aquí, voy a tener que llamarte más tarde.

—¿No lo has oído? —jadeó Gabriel.

—¿El qué? —dijo Munch.

—No es él.

—¿Quién?

—Horowitz. No es él. Es su vecino. Su nombre es Alexander Sørli.

—¿Qué cojones...? —dijo Munch.

—Hemos repasado los archivos —continuó el joven hacker enérgicamente—. Ylva y yo. Encontramos una cosa. Fue paciente. De Ritter, el psiquiatra. Estaba obsesionado con Mia. Perdió a su hermano en un incendio. Sería allí donde conoció a la primera víctima. Vivian Berg.

—Quieto ahí —dijo Munch, que se había olvidado de encender el cigarrillo—. ¿Qué me estás contando? ¿Qué archivos?

—El vecino de Mia —exclamó Gabriel—. Ya hemos enviado a gente al piso. ¿Dónde has estado?

—¿Que habéis...?

Anette había terminado de hablar y le estaba haciendo señales de que colgase.

—Ludvig lo ha organizado, hemos enviado a gente, ¿venís ya? —continuó Gabriel.

—¿Organizar el qué?

—El piso del vecino. Alexander Sørli. Es él. Hemos encontrado fotografías en las paredes. Fotos de trajes diferentes. Dientes postizos. Pelucas. Gafas. Tiene fotos de ella por todas partes, incluso junto a la cama, ¿venís ya o qué?

—¿Fotos de... quién? —dijo Munch y vio que Anette estaba haciéndole otra señal enérgica.

—Mia —jadeó Gabriel—. Tiene que ver con Mia...

Anette se acercó a él, asintiendo con la cabeza.

—Han encontrado a la chica.

—¿Qué chica? —dijo Munch, poniendo una mano sobre el micrófono del teléfono.

—La de la gorra verde. Su hija llamó para avisar. Había visto a su madre en la tele. La están interrogando en la comisaría de Grønland. Nos hemos equivocado, Holger, pero a lo bestia. Se llama Sørli. Alexander Sørli.

Mierda.

Munch volvió a Gabriel.

—¿Habéis estado allí?

—Estamos aquí ahora —dijo Gabriel—. Tendrías que ver su piso, es algo... Y la puerta de ella está abierta...

—Quédate allí, Gabriel, ahora voy —murmuró Munch y tiró el cigarrillo al suelo.

El pelo recogido. Un enorme vestido de novia blanco. Un anillo de oro en el dedo. No llevaba nada en los pies, pero Mia no lo notaba, no sentía nada. Él la sacó de la cabaña y después la condujo por el bosque, apuntándola por la espalda. Con dos pistolas.

Glock.

«Las que te gustan a ti, Mia».

«Son las que tú tienes, ¿no es así?».

El viento susurraba cosas suaves a su cara. El chico apartó una rama y la guió por la cuesta que bajaba al lago.

Estaba cansada de todo.

¿Acaso no se había portado bien?

Nada de alcohol.

Nada de pastillas.

Chica buena.

Muy positiva.

Ahora daba igual.

Las pastillas en la mesa ahí arriba.

En la costa de Trøndelag.

La isla de Hitra.

La casa que se había comprado solo para desaparecer.

La había interrumpido.

Munch.

Apareció con una carpeta.

Una niña muerta.

Seis años de edad.

Colgada de un árbol con un cartel alrededor del cuello.

«Viajo sola».

Un caso antiguo. Así que lo había pospuesto. Había dejado que la usaran, como siempre hacían.

A la mierda con ellos.

El chico seguía empujándola a través del bosque hacia la orilla del lago.

Esta oscuridad.

Este puto mal por todas partes.

Ya no podía más.

«Ven, Mia, ven».

El chico salió al agua delante de ella con las pistolas en las manos.

—Fue aquí donde pasó, Mia.

La voz era casi irreconocible.

—Este era el lago. Aquella vez estaba helado, claro.

Una sonrisa en la joven cara.

—Aquí estuve. Con una cornamenta de corzo sobre la cabeza. Esperando a Bambi, que nunca llegó, claro.

Mia abrió los ojos otra vez cuando el chico levantó las pistolas hacia ella.

—¿Nos vamos?

El viento en los árboles.

Una brisa suave.

—¿Juntos? ¿A Nangijala?

Pájaros.

Batiendo las alas sobre el agua.

«Ven, Mia, ven».

Mia Krüger abrió los ojos y de repente se sintió muy despierta, por extraño que pareciera. La cara sonriente en la orilla del lago. Un acosador. Un puto admirador obsesivo que se había imaginado que ella era un ángel. Que había matado en su nombre. Había visto a muchos de ellos antes. Esos niños quietos en los que nadie se fijaba. El mal, oculto tras máscaras de inocencia. ¿Morir así?

Ni de coña, Mia.

«Así no».

—No.

—¿Qué? —dijo el chico, sorprendido, y ladeó la cabeza un poco—. ¿No quieres?

—No —repitió Mia, seria.

—¿Estás segura? —preguntó el chico y dio otro paso en el agua.

—Sí.

—¿No quieres venir?

—No.
El viento en los árboles.
—¿Quieres vivir?
Asintió con la cabeza hacia la figura del agua.
—Vale —sonrió el chico y acercó una mano hacia ella.
La Glock.
Una de ellas.
—Me alegro, Mia —dijo el repugnante chico con una sonrisa, y dio unos pasos más en el agua fría—. Pero sí que me haces el favor, ¿verdad?
—¿Cuál?
—De matarme.
La sonrisa, otra vez.
—Me haces ese favor, ¿a que sí?
No estaba preparada para el repentino disparo.
Los pájaros echaron a volar desde los árboles.
—Mátame —dijo el chico sonriendo y apretó el gatillo otra vez.
Esta vez notó el dolor.
Brevemente, en el muslo, antes del ruido sordo de la bala impactando contra las piedras detrás de ella.
Y después.
Una vez más.
Esta vez atravesó el vestido de novia junto a la cadera. Vio como brotaba la sangre a través de la tela blanca.
—Mátame, Mia.
El chico dio otro paso más en el agua y volvió a apretar el gatillo.
La bala le atravesó el gemelo.
Mia levantó la Glock hacia la cara sonriente.
—Alexander —dijo cautelosamente.
—¿Tú o yo?
Vio un ligero movimiento en la superficie de las oscuras aguas del lago.
—Te quiero, Mia —dijo el joven y levantó la pistola otra vez, esta vez hacia su cara y con el dedo sobre el gatillo.
Mia tomó una rápida decisión.
Levantó la pistola.
Y disparó al chico entre los ojos.

7

JUNIO DE 2013

El sol estaba alto en el cielo y Munch disfrutaba del calor que llevaba tanto tiempo deseando sentir. Estaba fumando bajo los verdes árboles en el jardín de Røa, viendo la amplia sonrisa en la cara de Marianne, que vino caminando hacia él.

—¿No crees que es hora de que lo dejes?

—¿Qué quieres decir?

Su exmujer se acercó a él y le dio un largo abrazo.

—El tabaco, Holger.

—Sí, hoy lo dejo —contestó Munch y tiró la colilla.

Una pareja con ropa elegante entró en el jardín.

—Hola —dijo la chica, estrechándoles la mano—. Soy Kathy, somos amigos de Ziggy.

—Bienvenidos —repuso Munch con una sonrisa—. Si queréis tomar algo, las bebidas están ahí dentro. La ceremonia comienza dentro de unos minutos.

Asintieron con la cabeza bajo el sol y subieron las escaleras que llevaban a la puerta de entrada.

—Nuestra niña se ha hecho mayor —susurró Marianne y le cogió la mano con cautela.

—Sí, así es —asintió Munch.

—¿Estás contento? ¿Estás bien, Holger?

Munch le apretó la mano y sonrió.

—Sí, Marianne. Estoy muy bien.

—Me alegro —dijo su exmujer y vieron como venía otra pareja por el camino de grava.

—Por ahí. Las bebidas están sobre una mesa —indicó Munch a los recién llegados cuando de repente Mia entró en el jardín.

—Enhorabuena —exclamó la india de ojos azules con una sonrisa y abrazó a Marianne—. ¿Dónde puedo dejar el regalo?

—Se suponía que no querían regalos —murmuró Munch.

—Ya, siempre lo mismo —contestó Mia sonriendo—. ¿Ella está dentro?

—Están en el salón —dijo Munch.

—De acuerdo, iré a saludar. Luego hablamos.

Mia volvió a dar un abrazo rápido a Marianne y desapareció en la casa.

—¡Abuelo!

Se oyeron unos pasos ligeros sobre el camino de grava y después llegó Marion, con un vestido nuevo, y se lanzó a sus brazos.

—Hola, amiga, ¿cómo va todo? ¿Te acuerdas de todo lo que tienes que hacer?

—Ay, abuelo —dijo la pequeña y puso una cara seria—. Ya no tengo cinco años. No es que sea muy difícil. Llevo una cesta con flores. Estoy muy guapa y adorable, y luego echo las flores sobre el suelo cuando vienen caminando. Vamos, abuelo, si ya me preguntaste lo mismo ayer.

—Muy bien, Marion, solo quería comprobarlo.

Marianne sonrió y le apretó la mano otra vez.

—Por cierto, abuelo —añadió Marion, mirándolo de reojo.

—¿Sí?

—Barbie no está del todo contenta con el caballo.

—¿No?

La pequeña levantó el borde de su vestido rosa y se rascó el pie un poco.

—No, bueno, o sí, pero es que está tan solo...

—¿El caballo está solo?

—Sí, abuelo. Está totalmente solo. Pobrecillo. Allí está, y, bueno, come su heno y salta sus obstáculos y todo eso, pero está muy solo.

Marianne lo miró y negó con la cabeza.

—Así que necesita un amigo, ¿es eso lo que dices?

—¡Sí! Abuelo, necesita un amigo. ¿No podríamos ir a ver si encontramos otro caballo, abuelo? Uno negro esta vez, que podría llamarse Flecha, y puede correr tan rápido que el otro caballo se alegrará mucho. ¿Sí?

—Ya veremos, Marion.

—Genial, abuelo. ¿Hoy?

—No, Marion, hoy es el día en que tu madre se casa.

—¿Mañana?

—Pronto —respondió Munch con una sonrisa y vio como la verja se abría de nuevo.

—Bienvenidos —dijo Marianne.

—Hola —murmuró Curry, que no parecía estar muy cómodo con el traje que llevaba—. Os presento a Luna.

—Bienvenida, Luna —la saludó Munch y le estrechó la mano—. Las bebidas se sirven dentro. La ceremonia comenzará en el jardín trasero dentro de..., bueno, dentro de nada.

—Gracias por la invitación —dijo Curry educadamente y llevó a su novia por las escaleras.

Munch se estaba sacando un cigarrillo del bolsillo cuando su teléfono sonó de repente.

Un mensaje de Lillian.

¡Enhorabuena por este día, Holger! Y mil gracias por lo del sábado pasado.
¿Repetimos? Tengo entradas para un concierto este jueves, ¿te apetece ir a cenar antes?

Munch contestó rápidamente.

Por supuesto, Lillian. Me alegro mucho.

Una cara estresada apareció en las escaleras. Era una de las amigas de Miriam que se ocupaba de que todo saliera según el plan previsto.

—Ya empezamos. La banda ya está tocando. La novia va a avanzar por el pasillo. Ahora empieza. ¿Venís?

—Claro —asintió Munch.

—Ahora vamos —contestó Marianne sonriendo y le apretó la mano con fuerza otra vez, antes de adelantarse a él y subir por las escaleras hasta la entrada de la casa pintada de blanco.

Mia Krüger salió del coche y llevó el ramo de flores a través del bello cementerio. Se arrodilló en el suelo y quitó las flores que se habían marchitado delante de la tumba. Colocó el nuevo ramo en el jarrón y pasó una mano por las letras de la lápida.

Sigrid Krüger,
hermana, amiga e hija.
Nacida el 11 de noviembre de 1979. Fallecida el 18 de abril de 2002.
Muy querida. No te olvidaremos nunca.

Su hermana gemela en el campo de trigo amarillo.

Saludando con la mano.

«Ven, Mia, ven».

—No, Sigrid.

Mia se metió la mano en el bolsillo de la cazadora. Sostuvo la pulsera de plata un momento antes de quitarse la que llevaba alrededor de la muñeca.

«M de Mia».

«S de Sigrid».

Hizo un agujero en la tierra marrón, y después ya no hubo pulseras. Se oyó la lejana voz suplicante de su hermana.

—No, Sigrid —dijo Mia—. Tengo que intentarlo. Ser yo misma. Vivir. Quiero hacerlo. ¿Entiendes?

Se levantó delante de la lápida blanca sin recibir respuesta alguna.

—¿De acuerdo?

Ni un ruido.

Solo el viento.

—He dejado mi trabajo. Me marchó, ¿vale?

Mia se quedó de pie un rato delante de la tumba.

Su hermana en el campo de trigo dorado.

Una cara difuminada que se giró hacia ella durante un breve instante.
Y después desapareció.

Mia se abrochó la cazadora y comenzó a bajar por el camino de grava.
Echó una última mirada hacia la lápida blanca antes de entrar en el Jaguar de color verde jade.

Arrancó el coche y se marchó por la estrecha carretera.



SAMUEL BJØRK es el seudónimo del noruego Frode Sander Øien. Es novelista, autor de obras de teatro, cantante y compositor. Además, ha expuesto obras de arte contemporáneo y ha traducido a Shakespeare. Escribió dos novelas de notable éxito, *Pepsi Love* (2001) y *Speed for Breakfast* (2009), pero el reconocimiento masivo le llegó con *Viajo sola* (Suma de Letras, 2014), *best seller* en todos los países en los que se ha publicado y recibido con excelentes críticas. Bjørk ha sido comparado con Stieg Larsson y Jo Nesbø y la segunda entrega de la serie protagonizada por los investigadores Holger Munch y Mia Krüger, *El búho* (Suma de Letras, 2016), le consolidó como uno de los autores de referencia de la novela policíaca nórdica. Actualmente vive y trabaja en Trondheim, Noruega.

Notas

[1] Juego de palabras basado en que *Lang* significa «largo» o «alto» en noruego. Al invertir el orden, su nombre se convierte en Thomas el Largo. <<

[2] Abreviatura de *Försvarsstaben*, el Estado Mayor de la Defensa de Noruega. <<

[3] *Politiets sikkerhetstjeneste*, el servicio de protección y seguridad de la policía de Noruega. <<

[4] Literalmente, «Necesidad de conocer», término usado por organizaciones militares, de espionaje, etc., para referirse a información sensible y confidencial que solo es revelada a alguien cuando es imprescindible para ejercer sus funciones. <<

[5] Nangijala es el nombre del mundo al que van los protagonistas de *Los hermanos Corazón de León* después de morir. <<